

LAS REDES SOCIALES Y LA POPULARIDAD A VECES AYUDAN
A QUIEN MENOS SE LO ESPERA, ¿PERO SERÁ TAN FÁCIL?

180 segundos

JESSICA
PARK

LAS REDES SOCIALES Y LA POPULARIDAD A VECES AYUDAN
A QUIEN MENOS SE LO ESPERA, ¿PERO SERÁ TAN FÁCIL?

180 segundos

JESSICA
PARK



180
segundos

JESSICA PARK

Traducción de Carolina Alvarado Graef


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Este libro está dedicado a Danielle Allman.
Porque es valiente, es valiente, es tan ferozmente valiente.*

1

Polluela

El penúltimo año de la universidad empieza ahora, lo cual significa que me quedan dos años antes de ser libre. Cada día es un recordatorio de lo diferente que soy de mis compañeros; esa sensación constante de que soy incapaz de ser sociable, feliz y emocionalmente libre. Tal vez sea un desafío lograr mantenerme aislada en este lugar, pero se hará lo que se pueda.

Simon da vueltas alrededor del campus del Andrews College durante veinte minutos sólo para encontrar dónde estacionarse. El día de entrada a la universidad siempre es un verdadero caos, con ríos de estudiantes que salen de sus coches cargados con cajas y bolsas, coches estacionados en doble fila a lo largo de toda la calle y padres con los ojos llenos de lágrimas que caminan por ahí y estorban en las aceras. Nos tardamos casi cinco horas en manejar desde Boston hasta el norte de Maine y este día de principios de septiembre se siente más como agosto que como el inicio del otoño. Bienvenidos a Nueva Inglaterra. Estoy sudorosa por la falta de un buen aire acondicionado, pero intento airear un poco mi camisa discretamente al salir del coche y disfruto la brisa ligera.

—Perdón por el aire acondicionado —dice Simon en tono de disculpa—. Este coche es viejo pero fiel —me mira desde el otro lado de su vehículo, me esboza una media sonrisa y le da unos golpecitos al cofre. Luce insoportablemente fresco a pesar del calor que hace.

—Se descompuso en el peor momento, lo sé. Podríamos considerarlo como una de esas desintoxicaciones elegantes del spa. Estoy seguro de que el Volvo estaría de acuerdo.

Yo sonrío y asiento.

—Seguro. El penúltimo año se debe iniciar con una especie de limpia.

—¿Verdad? Así ya estás preparada para hacer todas esas cosas universitarias que van a contaminarte. Fiestas, comida de cafetería... —hace un ademán con la mano para señalar a su alrededor y sé que está esperando que yo continúe con el chiste. Simon siempre hace un gran esfuerzo y yo le quedo mal con frecuencia. Lo sé, pero no puedo hacer más. No es su culpa, es mía. Él es un hombre muy agradable. Tal vez demasiado agradable. Tiene una capacidad desmedida para ser generoso y comprensivo.

Simon, me recuerdo en silencio, *también es mi padre*. Me avergüenza cuántas veces debo recordarme esta información porque vi los papeles de la adopción. Estaba presente, por Dios, cuando se firmaron y cuando, oficial y finalmente, salí del sistema de cuidados temporales para niños a la avanzada edad de dieciséis años y medio.

Descubro mi reflejo en la ventanilla del coche. Mi cabello oscuro y largo está recogido en una cola de caballo. Puedo sentir su peso en mi espalda. Tengo el fleco pegado a la frente de tanto sudor y las mejillas enrojecidas.

Pero mi reacción no se debe al calor. Es la ansiedad que empieza a acumularse.

Necesito agua.

No sólo estoy por conocer a mi nueva compañera de habitación, sino que tendré que separarme de Simon. Odio hacerlo pasar por una despedida incómoda, así que decido animarme y hacer un mejor papel. La cosa es que no soy muy buena como hija pero quiero intentarlo. Él me importa mucho pero demostrárselo todavía se me dificulta.

Esbozo una gran sonrisa y me dirijo a la cajuela del coche.

—¿Crees que podamos subir todo en un solo viaje? —pregunto—. Si lo logramos, te invito a comer.

—¿A tu horrible centro de estudiantes? Eso no es un incentivo —Simon saca una caja de la cajuela. Está intentando ocultar su sonrisa pero la veo—.

Voy a subir tus zapatos de uno en uno si eso me salva de tu comida.

—De hecho, estaba pensando en el restaurante griego que está en esta calle —la maleta que saco no pesa mucho. Soy minimalista y viajo ligera.

Simon se pone de pie y ladea la cabeza, luego arquea una ceja y ya no se esfuerza por ocultar su felicidad.

—¿Restaurante griego? ¿Con gyros? ¿Y hummus?

Asiento.

—Y baba ghanoush —agrego.

Él se acomoda la caja en la cadera para tener una mano libre. Sube el tono de voz.

—¡Toma todo lo que puedas y corre! ¡Trae sólo lo indispensable! ¡Corre como el viento! —saca una bolsa pequeña del coche y corre hacia la acera gritando por encima del hombro—. ¡Vamos, Allison! ¡No hay tiempo que perder!

Me río, saco la única otra bolsa que queda y luego cierro la cajuela. Simon está bromeando porque en realidad ya no queda nada de lo que traje a la escuela en su coche. Mi padre adoptivo está intentando hacer una broma sobre mi incapacidad para echar raíces en cualquier parte; cómo sólo tengo una fracción de las cosas que otros estudiantes atiborran en sus pequeñas recámaras. Pienso en lo dulce y comprensivo que es en lo que respecta a las fallas de mi personalidad. La mayoría de los estudiantes tardan horas en descargar sus coches y en sacar cajas del almacén de la universidad y nosotros descargamos el coche en cinco segundos.

Tengo que apresurarme para alcanzar a Simon, quien ya va tan lejos que siento irritación por mi incapacidad de seguirle el paso. Mi maleta rebota en los escalones y a lo largo de un buen trecho de césped, porque decido tomar un atajo entre los edificios de los dormitorios para llegar al mío. Cuando llego al Kirk Hall ya voy sin aliento y me encuentro con Simon sentado en una caja, con actitud despreocupada y relajada.

—¿En serio, Simon? —jadeo—. ¿Cómo... cómo supiste siquiera dónde ibas? —digo con el aliento que me queda.

—La semana pasada estudié el mapa del campus. Y tal vez ayer. Y de nuevo esta mañana, antes de que saliéramos.

Simon se las ingenia para verse tan bien y tan apuesto como siempre, sin un rastro de sudor en su camisa de vestir roja de lino. No se le ha movido ni un pelo de su peinado a la moda con el cabello hacia atrás. Su capacidad natural de siempre verse tan elegante, aunque la ocasión no lo amerite, es de admirarse. Unos lentes de aviador voltean hacia mí.

—Sólo he estado aquí unas cuantas veces y no quiero verme como el pariente promedio, todo torpe y siguiendo a su hijo a ciegas. Quiero que parezca que sé lo que estoy haciendo.

Me siento mal por no haberlo invitado a que me visitara con más frecuencia en los últimos dos años. Tal vez este año sea distinto. Tal vez este año lograré dejarlo entrar. Me gustaría.

Mi ritmo cardiaco está empezando a normalizarse pero de nuevo empiezo a sudar.

—¿Entonces decidiste correr como loco desatado por todo el campus?

Él sonríe.

—Sí. Ahora, vayamos a ver tu habitación.

La primavera pasada, tenía la esperanza de sacarme la lotería y conseguir una de las muy solicitadas habitaciones individuales pero, para variar, me tocó elegir hasta el final. Esperé durante horas en la fila para elegir mi habitación en un mapa mal hecho y me di cuenta de que todas las individuales ya estaban ocupadas. Es inaudito que la selección de habitaciones en el dormitorio todavía no se pueda hacer en línea y maldije el sistema arcaico cuando empecé a ver las opciones que quedaban. El estudiante que estaba a cargo de esto me preguntó en repetidas ocasiones si tenía alguna amiga con quién vivir y yo intenté cambiar de tema cinco veces pero casi terminé gritándole.

—¡No! ¿Entiendes? ¡No tengo a nadie con quién compartir nada! ¡Por eso quería la habitación individual!

Algunos dirían que hice una escena, pero el pánico que estaba sintiendo me distrajo tanto que no me importó. Al final, elegí la mitad de una suite de dos personas donde, por lo menos, tendría una recámara privada y un área común. Tendría que entrar y salir cruzando la pequeña área común pero tal vez no sería demasiado complicado pasar tiempo a solas en mi cuarto. En mis momentos más positivos, una parte de mí se atrevía a sentir esperanzas de que

esta chica misteriosa con quien viviría se llevaría bien conmigo. Es posible a veces que sucedan maravillas. Sin embargo, hoy que la voy a conocer, me siento nerviosa.

Sólo me toma unos cuantos minutos registrarme en el dormitorio y conseguir mi llave. Después, con bastante ansiedad, entro a mi suite en el sótano.

Simon se ríe cuando me escucha exhalar con fuerza.

—¿Sientes alivio de que todavía no haya llegado?

Llevo mi maleta a una de las habitaciones vacías y luego me siento en el espantoso sofá naranja y duro que hay en la salita. Simon se sienta en una silla giratoria de mi recámara, se desliza hasta quedar frente a mí y se detiene.

—¿Por qué estás tan preocupada?

Yo me cruzo de brazos y estudio la habitación de concreto.

—No estoy *preocupada* para nada. Lo más probable es que ella sea muy amable. Seguro nos haremos hermanas del alma y ella me va a trenzar el cabello, tendremos muchas peleas de almohadazos en ropa interior y terminaremos en una profunda relación amorosa lésbica.

Entrecierro los ojos cuando veo una telaraña y asumo que hay huevos de araña listos para eclosionar e invadir la habitación.

—¿Allison? —dice Simon y espera a que yo levante la vista para continuar—. No puedes hacer eso. No puedes volverte lesbiana.

—¿Por qué no?

—Porque entonces todos dirán que tu padre adoptivo gay te convirtió mágicamente en gay y será todo un tema y tendremos que escuchar a todos hablar sobre naturaleza contra crianza y será taaaaaan aburrido.

—Buen punto —digo, aunque estoy esperando que los huevos de araña empiecen a caer del cielo—. Entonces seguiré asumiendo que es una persona amable y normal con quien no quiero involucrarme sexualmente.

—Así está mejor —acepta Simon—. Estoy seguro de que será agradable. Este tipo de universidad con programas de artes atrae a estudiantes de calidad. Hay buenas personas aquí.

Está intentando tranquilizarme pero no está funcionando.

—Claro —respondo. Mis dedos recorren la tela nudosa color anaranjado

quemado que cubre este sillón que, por supuesto, está relleno de bloques de roca—. Oye, Simon.

—¿Sí, Allison?

Suspiro e inhalo un par de veces mientras juego con los hilos del sillón horrible.

—Probablemente tendrá cuernos.

Él se encoge de hombros.

—Creo que es poco probable —responde y hace una pausa—. Aunque...

—¿Aunque qué? —pregunto horrorizada.

Su silencio largo me pone nerviosa. Por fin, dice con mucha lentitud:

—*Podr a tener un cuerno.*

Volteo de inmediato y me quedo mirándolo.

Simon junta las manos con fuerza e intenta hacerme sonreír.

—¡Como un unicornio! ¡Aydiosmío! ¡Tu compañera de habitación podría ser un unicornio!

—O un rinoceronte —señalo—. Un rinoceronte bestial y asesino.

—Es otra posibilidad —acepta Simon.

Suspiro.

—La buena noticia es que si alguna vez necesito un rascador de espalda, tengo todo este sillón —me recargo contra la tela áspera y extendiendo las manos antes de que él pueda protestar—. Ya sé. Soy un dechado de positividad.

—Eso no es ninguna novedad.

Simon me mira con sus ojos azules. Tiene la piel bronceada y un poco áspera porque pasó el verano navegando en velero por toda la costa de Massachusetts; su cabello castaño se ve más claro en los sitios donde las canas todavía no alcanzan a predominar. Debería haberlo acompañado más veces a esas excursiones. Sólo fui unas cuantas. El próximo verano, tal vez el próximo verano...

—Creo que un rascador de espalda es uno de los grandes lujos que te proporciona Andrews College —dice—. Disfrútalo.

Miro alrededor de la habitación de concreto y me hago un propósito: voy a darle una oportunidad a esta compañera desconocida. Me obligaré a ser abierta y amistosa. Tal vez seamos muy compatibles. No hace falta que esta

relación universitaria se convierta en la mejor de las amistades, porque ya tengo eso con mi única amiga verdadera, Steffi, y no hay espacio en mi corazón para más de una. Pero ¿una buena relación con una compañera de habitación? Eso incluso podría ser agradable.

Bueno, *agradable* tal vez sea una exageración. Me conformaré con *tolerable*.

Se escucha que tocan con fuerza a la puerta y ésta se abre de par en par. Un chico alto y de barba rala y descuidada, con hileras de cuentas colgándole al cuello, se asoma a la habitación.

—¿Eres Allison?

Yo asiento.

Él sonríe.

—¡Hola! ¡Gusto en conocerte! Soy Brian, tu asistente de residencia. Bueno, amiga, pues bienvenida. Es un gusto que estés aquí en Kirk Hall. Va a ser un año genial —eleva el puño un poco y yo me esfuerzo por no retroceder—. Entonces... otra cosa. ¿Tu compañera? Hay un pequeño inconveniente.

—¿A qué te refieres con *inconveniente*? —le pregunto.

—Bueeno, pues en realidad no va a venir a la escuela este año. Algo sobre un viaje a la Antártica y las focas leopardo —su cara se contorsiona—. No suena agradable para mí, pero la que iba a ser tu compañera va a estar encerrada unos meses en el laboratorio estudiando a estas criaturas y luego irá a verlas en persona.

Simon arruga la nariz.

—¿Focas leopardo?

—Sí, hombre —el chico de los collares se aprieta el puente de la nariz—. Estoy seguro de que apestan. Supongo que volarás sola este año, polluela —dice pero de inmediato se ve más animado—. Pero, oye, ¡vamos a tener una fiesta genial de bienvenida del dormitorio esta noche! En el salón del tercer piso. ¡Allá nos vemos! —me señala con un dedo y luego desaparece y deja que la puerta se cierre a sus espaldas.

Aunque Simon parece sorprendido de que mi compañera de habitación no llegara, es innegable que mi ánimo mejoró. ¡Soy una *polluela que va a volar sola este año!*

—Vamos por baklava —digo con demasiado entusiasmo.

—Allison...

—¿Qué? Ah... —me obligo a aparentar desconsuelo e intento ocultar que en realidad me siento un poco aliviada por la situación—. Digo, hubiera sido agradable vivir con alguien, supongo, pero está bien. Estoy segura de que esta chica va a tener un año inigualable. Así que bien por ella, ¿no? ¿Sabías que las focas leopardo también se conocen como leopardos marinos? Me gusta más el nombre de foca leopardo.

Simon levanta las manos exasperado.

—No sabía —responde y busca algo apropiado que decir—. Mira, sé que no te gusta la gente, pero eso no significa que debas alegrarte si...

—¿Si alguien prefirió vivir un año en el laboratorio y después en la tundra helada estudiando un animal feroz y extraño que conmigo?

Simon luce triste.

—Sí. Pero no es que ella ya te conociera y... te rechazara. Sólo está siguiendo sus sueños o lo que sea.

Nos quedamos sentados sin hablar y eventualmente ya me duele el trasero tanto por estar en ese sillón rasposo que me veo obligada a ponerme de pie y avanzar los pasos necesarios hacia la habitación que hubiera sido de mi compañera. Apoyo la cabeza contra el marco de la puerta y miro al piso.

—Disculpa que no me guste la gente. Disculpa que me vea tan aliviada por vivir sola.

—Está bien —responde él con suavidad—. Lo entiendo.

—Y disculpa que sea pesimista.

—Eso también lo entiendo.

—Y disculpa... —no encuentro las palabras—. Sólo disculpa. Creo que cometiste un error. Un error *conmigo*.

Ésta es la primera vez que digo lo que llevo años pensando. No sé por qué se me sale decirlo ahora pero, por lo general, no suelo saber gran cosa.

Con el rabillo del ojo alcanzo a ver que Simon se levanta de la silla y voltea hacia mí. Con suavidad pero muy seguro de sus palabras, dice:

—No. Me consta que no cometí un error contigo.

Como me conoce bien, no se acerca a mí esperando un abrazo o alguna otra muestra emocional o física de cariño. Le debo reconocer a Simon que sabe

respetar mis límites. Sabe que la conexión humana no es lo mío.

La gente no es lo mío.

La confianza no es lo mío.

—Lo que también me consta —continúa— es que me debes la comida.

Así que caminamos al restaurante griego que está a una cuadra del campus y ordenamos una cantidad absurda de platillos. Me paso toda la comida atragantándome y casi no hablo, pero Simon logra hacer que nuestro silencio se sienta menos incómodo de lo que debe.

—Me pregunto cómo es ella —murmuro entre bocados. Por unos segundos, me imagino cómo sería vivir la experiencia típica universitaria, con todo y la compañera de cuarto increíble y compatible. Mis últimas dos compañeras y yo no teníamos nada en común, como era de esperarse. Sé que fue por mi culpa —. Tal vez sea muy buena onda. Tal vez hubiéramos sido amigas.

Simon carraspea. Sabe que estoy diciendo puras mentiras.

—Pero —continúo con tono serio— me queda claro que las focas leopardo son el amor de su vida y, dado que a mí me parecen pavorosas, sospecho que nuestra amistad no hubiera funcionado de todas maneras. Es mejor así.

Me empieza a doler la cabeza. Me termino mi bebida y luego me concentro en llenar y rellenar mi vaso con agua mineral.

—¿Cuánto sabes de verdad sobre estos animales? —Simon interrumpe mi consumo obsesivo de agua—. Yo apenas me estoy enterando de que existen.

Me toma sólo un momento buscar una fotografía en mi teléfono y se la muestro.

—Dientes. Ese animal tiene arpones miniatura en vez de dientes.

Simon luce derrotado.

—Está bien. Tienes razón. Es un animal desagradable. Tal vez no era la mejor compañera para ti.

Me recargo en el respaldo de la silla con gran satisfacción y mi dolor de cabeza empieza a desaparecer.

2

Nos toca uno

A las nueve de la noche ya estoy metida en mi cama, alisando las sábanas frescas y asegurándome de que el dobléz perfecto quede sobre mi pecho y conserve su forma. Tengo un ventilador pequeño sobre el escritorio para evitar sofocarme en esta noche calurosa. Algo tiene el ruido de los estudiantes, gritando y celebrando su regreso al campus, que me provoca un nudo en el estómago, así que no abro la ventana pequeña. El murmullo del ventilador no sirve mucho para disimular el festejo alcoholizado de la gente, pero algo es algo.

De pronto, me sobresalto porque alguien golpea mi puerta con fuerza. Me toma un segundo aquietar mi pánico pero abro la puerta con cautela.

—¡Allison! ¿Cómo te fue en el verano? ¿Vas a ir a la fiesta del dormitorio allá arriba?

Una chica de talla pequeña con un vaso de plástico en la mano está parada frente a mi puerta. Su cabello decolorado forma picos dramáticos sobre su cabeza que luego le aterrizan en los hombros. La reconozco de un par de clases del año pasado. ¿Becky? ¿Bella? ¿Brooke? Un nombre con *B*. Deja de hablar cuando se da cuenta de que traigo puesta una camiseta sin mangas y el pantalón de mi piyama.

—Ah. Supongo que no —dice.

Sonrío ampliamente.

—¡Oye! Qué gusto verte. ¡Dios! Te ves muy bien. ¡Muy bronceada! —logro sonar tan entusiasmada que me sorprende a mí misma por lo agudo de mi voz —. Estoy muy agotada por todas las fiestas de final de verano —le digo con una mirada conspiradora intentando hacerla creer que he estado involucrada en tantas actividades salvajes y escandalosas durante las últimas semanas que no me sería posible arrastrarme a un evento social más. Finjo bostezar.

La chica de nombre con B levanta su vaso con mirada comprensiva y asiente con tal vigor que un mechón de pelo se le sumerge en la bebida.

—Te entiendo. Bueno, descansa. Ya será la próxima vez, ¿de acuerdo?

La idea de que voy a tener que pasar aquí otros dos años evitando la interacción social es agotadora. Si pudiera lanzarme una capa de invisibilidad encima y asistir así a la universidad, lo haría.

—Seguro... —cometo el terrible error de hacer una pausa y eso delata que no puedo recordar su nombre.

—Carmen —me dice con un dejo de molestia—. *Carmen*. Vivía junto a ti el año pasado y tomamos literatura e historia británica juntas.

—Sí sé tu nombre, tonta —la interrumpo buscando algo más que decir. Aunque no quiero ir a ninguna fiesta, tampoco quiero herir sus sentimientos. En momentos como éste me gustaría ser menos torpe y rara. En un intento por ser amigable, suelto—: Es que... es que me estaba fijando en tus aretes. Son muy especiales.

Ella se lleva la mano a la oreja.

—Son unas simples arracadas de plata.

—Bueno, no quería decir *especiales* exactamente. Quise decir... que... que son del tamaño perfecto. No son ni demasiado grandes ni demasiado chicos, ¿sabes?

Carmen me mira con escepticismo.

—Supongo.

—Están muy lindos. Me gustaría encontrar unos así.

—Mi mamá me los compró. Le puedo preguntar dónde, si quieres.

Sonrío.

—Sería genial, ¡gracias! —me doy cuenta de que me estoy portando demasiado alegre así que le bajo un poco a mi intensidad y finjo otro bostezo

—. Pero, bueno, perdón por ser tan aguafiestas hoy. Pero tómate una cerveza a mi salud, ¿sí?

—¡Seguro! ¡Empezaré de una vez! —le da un gran trago a su vaso y empieza a alejarse por el pasillo. Después de dar unos pasos, voltea—. Fue un gusto verte, Allison.

—Igualmente, Carmen.

Cierro la puerta con llave y apago la luz. La puerta de la segunda recámara está abierta y me quedo mirándola. ¿La dejo abierta o la cierro? No puedo decidir. Cerrada parecería como si alguien más estuviera aquí, durmiendo, estudiando, conquistando, buscando un momento de privacidad... Como si tal vez tuviera una amiga ahí con quien tuviera una verdadera conexión. Algo. Abierta me recordaría que no hay nadie ahí

En realidad no sé qué hacer. Pasan los minutos.

Repentinamente, avanzo, tomo la manija y cierro con un portazo. Esa habitación no existe. Me alejo a toda velocidad y cierro mi puerta. Me meto a la cama lo más rápido posible.

Me apresuro a taparme hasta la barbilla como si me fuera a dar un ataque de algo. ¿Por qué vendría Carmen a mi cuarto? Es inexplicable. Los dedos de mis pies se mueven a toda velocidad, así que junto los pies y los aprieto para quietarlos.

Me abanico con las sábanas antes de volver a alisar la tela y asegurarme de que el dobléz sea exacto. Simon insistió en conseguir sábanas nuevas, aunque yo ya tenía un juego, y él ya las había lavado e incluso planchado antes de que saliéramos de casa. Se veía muy decepcionado cuando intenté rechazar las sábanas nuevas.

—No puedes tener sólo un juego de sábanas. ¿Por favor? ¿Por mí? Sólo este año, ten un segundo juego —me suplicó—. La cuenta de hilos es altísima.

Así que le di las gracias y acepté el regalo de una cuenta alta de hilos.

La sensación del algodón pesado me es menos familiar que las sábanas baratas y rasposas en las que solía dormir de niña, así que estoy un poco incómoda y me siento tentada a sacar las viejas de mi clóset y volver a tender la cama, pero en un esfuerzo por hacer feliz a Simon, me quedo con éstas. Lleva varios años intentando darme una nueva normalidad.

Desearía poder permitírselo, pero mi historia tiene tantas imperfecciones que ni siquiera él las puede arreglar.

Dejé de desear estabilidad a los diez años. En mi opinión, tuve un periodo largo de optimismo pero, cuando cumplí diez años, al fin me quedó muy claro que yo no era adoptable. Nadie iba a querer a una niña tímida, nada interesante y nerviosa que hacía mucho tiempo había dejado atrás la etapa adorable de bebé.

Cierro los ojos y aliso las sábanas una y otra vez intentando controlar la ansiedad que siempre me invade cuando recuerdo el pasado.

Me acuerdo de una trabajadora social muy amable que me recogió de la casa donde vivía a los ocho años. Era año nuevo y la lluvia congelada estaba perforando los montones de nieve. La mujer se ajustó la bufanda de lana rosada una docena de veces por minuto porque estaba muy nerviosa. Tenía un trabajo muy deprimente. Todavía puedo ver los rostros sonrientes de los padres y sus dos hijos biológicos cuando me abrazaron para despedirse de mí, me desearon lo mejor y me agradecieron por quedarme con ellos. *Me agradecieron* como si yo hubiera sido una estudiante de intercambio que se había quedado un tiempo para experimentar la cultura de una familia de clase alta de Massachusetts. Como si me hubieran recibido por diversión. Pero al menos comí bien, fui a una buena escuela y tomé clases de ballet por seis meses. Sin embargo, las clases de ballet no ayudaron a suavizar la desesperanza que me invadió cuando me dijeron que era hora de irme.

Mi niñez fue un constante intercambio de nuevas escuelas, nuevas habitaciones, nuevas casas, nuevos rumbos, nuevas familias. Pienso en cuántos maestros y compañeros de escuela tuve que conocer, cuántas veces tuve que empezar de cero.

Y luego estaban los cumpleaños. O se celebraban exageradamente o pasaban olvidados por completo.

Mi respiración empieza a agitarse y aprieto los dedos en la tela, intentando recordarme a mí misma que ahora tengo más de lo que siempre esperé. Debería sentirme aliviada. Tengo a Simon. Él me prometió que no iría a ninguna parte. Me adoptó. Firmó los papeles, por el amor de Dios. Legalmente *no puede* irse a ninguna parte.

Así que no le queda más remedio que estar conmigo.

Mi teléfono me distrae del inminente ataque que siento venir.

Steffi. Ella es la única persona en el mundo con quien hablaría.

Me limpio la cara y toso para aclararme la garganta.

—¡Hola, tú!

—¡Hola, tú también! —grita Steffi con felicidad. Siento consuelo de inmediato.

Steffi ha sido la única excepción a la regla perpetua que dice que el mundo es un sitio inestable y traicionero. Desde el momento en que nos conocimos, cuando teníamos catorce años, hemos sido compañeras de supervivencia. Sólo vivimos tres meses con la misma familia temporal junto con otros cuatro niños, pero esos tres meses fueron lo único que necesitamos para afianzar nuestra amistad.

—¿Cómo está California? —pregunto.

—Estúpidamente soleada y hermosa. Igual que yo —dice Steffi con una risa ronca y casi puedo ver cómo se echa hacia atrás el cabello largo y rubio—. Estoy hecha para Los Ángeles, lo sabes. Y tú también. Ya verás cuando te gradúes y por fin arrastres tu trasero hasta acá.

Sonrío.

—Ése es el plan —escucho música que viene y va y el sonido de ganchos de ropa que recorren el tubo de un clóset—. ¿Vas a salir?

—Claro. Voy a ponerte en altavoz mientras me visto, ¿sale? Entonces, dime cómo vas tú. ¿Cómo estuvo el regreso a la universidad con papi?

—Bien. Ya sabes... Comimos juntos.

—¿Simon sigue estando tan sexy como siempre?

—¡Dios, Steffi! ¡No seas asquerosa! —le digo pero no puedo evitar reírme.

—No es *mí* papi —responde ella con una voz sexy y casi perturbadora—. Si me dieran a escoger, podría convertirme en la señora de Simon Dennis. ¡Y ser tu mami!

—¡Cállate! Eso es inquietante. Además, es gay —le recuerdo—. Tú no eres precisamente de su tipo. Gracias a Dios.

—Bueno, está ese detalle —dice ella con un suspiro dramático—.

¡Maldición! ¿Sigues usando esos anteojos de aviador tan adorables? No me respondas. ¿Por qué es tan injusto el amor?

Yo pongo los ojos en blanco.

—Creo que serás capaz de sobrevivir aunque no seas dueña del corazón de Simon.

—Está bien. De todas maneras planeo ahogar mis penas en un tsunami de vodka y soda y conquistarme al mejor trasero que encuentre. ¿Y tú? ¿Habrá algo de acción con un universitario en esta encantadora noche?

Me controlo para no resoplar en respuesta.

—Las clases empiezan mañana. Esta noche simplemente... voy a estar... tranquila.

Por alguna razón tartamudeo un poco y eso basta para que Steffi se dé cuenta de que algo anda mal.

—¿Qué está pasando, Allison? —pregunta con suavidad.

—Estoy bien.

—¿Una noche difícil?

No tiene caso que le mienta a ella.

—Sí. Un poco. No sé por qué.

La música que se escuchaba de fondo se detiene. Me guste o no, ahora ya cuento con su total atención.

—¿Quieres platicarme? —pregunta.

No puedo hablar pero ella me conoce lo suficiente para saber que estoy asintiendo.

Empieza a decirme lo que ya sé, o lo que debería saber pero que ella me tiene que recordar con demasiada frecuencia.

—No somos estadísticas. Logramos salir del sistema. ¿Nadie nos quiso todos esos años? Muy bien. Entonces destruimos el sistema. Crecimos solas, rechazadas, no deseadas. Pero el mundo puede irse a la mierda. Terminamos el bachillerato y ambas estamos en la universidad. No hemos terminado en la cárcel. No usamos drogas. Nunca hemos huido de casa ni hemos estado en las calles haciendo sepa Dios qué cosas. No somos estadísticas —enfátiza de nuevo—. Nos tocó vivir con unas familias horribles. Nos tocó vivir con unas bastante decentes. Los detalles no importan, ¿me estás oyendo? Los detalles *no*

importan. Yo no quiero vivir en el pasado. Tú tampoco. No vamos a regresar. Ya quedó atrás. No somos malditas estadísticas. Nunca lo seremos. Somos la excepción y somos excepcionales. ¿Lo entendiste?

Yo vuelvo a asentir.

—Claro.

Yo estaba convertida en el puro cascarón de una niña hasta que Steffi llegó y me sacudió hasta devolverme a la vida. Al menos hasta cierto grado.

—Entonces, ¿qué más? —me pregunta—. ¿Qué hacemos? ¿Todos y cada uno de los días?

Me recuesto de lado y apago la pequeña lámpara de mesa que brilla sobre mí.

—Nos concentramos en nuestros futuros y no miramos atrás.

—Grandes futuros —me corrige—. ¿Y por qué nos aguardan grandes futuros? —pregunta.

—Porque tú nos obligaste a estudiar. Porque tú sabías que nuestra educación era lo más importante. Que eso sería lo que nos salvaría.

Ella no está siendo presumida cuando me obliga a decir esto, sólo me está presionando para que valide lo que ambas logramos. Pero ella debería recibir más crédito porque Steffi amenazó, convenció y sobornó a quien hizo falta para conseguir mis datos cada vez que me mudaba. Se dedicó sin descanso a mantenernos juntas aunque viviéramos separadas. Y Steffi es la única razón por la cual me concentré en la escuela, porque ella me hizo entender lo crucial que sería para sobrevivir.

—Y entraste a la universidad. A una muy buena.

—Y tú conseguiste una beca completa para la UCLA. Nadie logra eso. *Nadie* —digo con más énfasis, casi como si quisiera recordarme a mí misma lo que ella ha logrado. El trabajo arduo y la determinación feroz de Steffi le dieron resultados. Ella, mucho más que yo, es la excepción a la regla de los niños que salen del sistema de hogares temporales.

—Y llegamos hasta donde estamos hoy —continúa— porque nos mantuvimos concentradas.

Miro el techo sobre mi cabeza.

—Y porque tú me cuidaste.

—Nos cuidamos mutuamente —dice Steffi con una pausa—. ¿Recuerdas lo que hiciste por mí?

—No quiero hablar de eso.

Se queda un momento en silencio.

—Bueno, pero tú también me cuidaste a mí.

—¿Por qué no me dejas cuidarte más ahora?

—Porque soy una cabrona.

No puedo evitar reírme.

—Sí lo eres. Sólo quiero que sepas que cuentas conmigo. Que haría cualquier cosa por ti.

—¡Por supuesto que sí! Lo sé. ¿Allison?

—¿Sí?

—Tuviste un final feliz, ¿de acuerdo? Tienes a Simon. No lo olvides. Aunque pensábamos que era demasiado tarde, aunque parecía que ya no importaba, conseguiste un padre. Tienes un hogar, un lugar donde ir en las vacaciones y en los veranos. No importa que él haya aparecido tarde. A pesar de que tenías las probabilidades en tu contra, las venciste cuando te adoptó en el bachillerato.

—No es justo —protesto.

No soporto cuando Steffi habla de esto porque no puedo controlar lo culpable que me siento. Me tapo la boca con la mano para ahogar los sollozos que amenazan con brotar y me toma un momento poder hablar sin sentimiento. No hablo hasta que mi voz se oye neutral. Factual.

—Pero a ti no te adoptaron —agrego.

—No necesitaba que me adoptaran. Era una niña enferma, Allison. Nadie quiere a una niña que tuvo cáncer. Y luego, años después, cuando estuve mejor, yo no los necesité a *ellos*.

Los *ellos* a los que se refiere son Joan y Cal Kantor. Steffi se mudó a su casa más o menos al mismo tiempo que yo me mudé con Simon. Simon me adoptó, pero Joan y Cal no adoptaron a Steffi y permitieron que cumpliera dieciocho años y se fuera a vivir sola. No le dieron apoyo, no fueron su familia, no le dieron una sensación de contar con un puerto seguro.

A pesar de lo dura e independiente que era Steffi, incluso ella sintió el

golpe cuando le indicaron amablemente que su etapa de padres temporales había terminado. No fue una graduación feliz del bachillerato.

Nunca los voy a perdonar.

Nunca sabré qué decir sobre Joan y Cal. Qué decir sobre cómo descartaron a la chica más extraordinaria. Una posible hija.

Como siempre, Steffi interviene para llenar el vacío de silencio que yo creé.

—Mira, Allison, yo estaba defectuosa, ¿de acuerdo? Era un riesgo. ¿Y por qué querría yo conformarme con una bonita familia y sus tres perros cuando te tengo a ti, eh?

—Cierto.

Pero no estoy tan segura.

—¡Oye! ¡Ya deja de portarte así! —me dice con severidad—. ¡Te tengo a ti! ¿Qué es lo que siempre decimos?

La cabeza me da vueltas.

—No sé...

—Aférrate al tuyo. ¿Recuerdas? Yo te tengo a ti y tú me tienes a mí. Y cuando tienes suficiente suerte para encontrar una persona, *sólo una*, que hace que todo valga la pena en esta vida despiadada, a quien amas y en quien confías y por quien matarías, entonces te aferras a esa persona con fuerza, porque probablemente será la única que tengas. Nos tenemos una a otra —dice Steffi con convicción.

—Está bien.

—Va a doler hasta que deje de doler.

—Está bien.

—Dilo.

—Va a doler hasta que deje de doler.

Repito sus palabras pero no estoy segura de creérmelas. No soy tan fuerte como Steffi y mi pasado me sigue lastimando. Tal vez lo peor ya pasó, pero sigue doliendo con un poder implacable y duradero que no consigo vencer.

Es posible que ya esté demasiado dañada.

—¿Steffi? No estás defectuosa. Nunca lo estuviste. Eres más perfecta de lo que cualquier padre o madre podía manejar. Eso es todo.

3

Motivación

En la primera semana de clases me entero de algo alarmante: es más difícil encontrar clases llenas de estudiantes en los grados superiores. Me encantan las salas de conferencias y las clases que me permiten conservar el anonimato. Es irónico que, a pesar de que suelo evitar a la gente, me agraden ciertos tipos de multitudes.

La mañana del viernes, paso treinta y cinco minutos en la oficina del registro del campus revisando las opciones de clases y buscando las mejores probabilidades para pasar desapercibida. Me niego a dejar mi clase de *Cien palabras para la nieve: lenguaje y naturaleza*, porque trata sobre cómo influye el lenguaje en la manera en que vemos el mundo y eso me parece irresistible. Además, creo que el curso implica escuchar mucho y un mínimo de participación en clase, lo cual me parece perfecto. Sin embargo, sí dejo la clase de *Culturas del neoliberalismo* porque se reúnen en una sala de la biblioteca y de ninguna manera me pondré a discutir “la autonomía relativa de la esfera económica” con sólo otros seis estudiantes y un profesor. En vez de eso, me inscribo en la siempre popular *Psicología social*. Entre esas clases y ¿Comer para cambiar? Comida, los medios y el medio ambiente en la cultura de consumo estadounidense, así como *Probabilidad y estadística matemática*, debo alcanzar el equilibrio perfecto entre demasiada interacción y las clases interesantes que disfrutaré.

Ya que terminé de organizar mi horario, las siguientes semanas pasan sin novedad. Entro en una rutina agradable de estudiar, visitar la biblioteca y leer mientras como en la cafetería. Supongo que parezco una chica callada y nerd, pero eso no es demasiado extraño en Andrews College.

Estoy de un humor sorprendentemente bueno este viernes de finales de septiembre. Camino rápido entre la gente que llena el centro de estudiantes y salgo al patio central. Hoy sólo me queda la clase de Psicología social y el fin de semana inminente significa que hay menos presión para interactuar. La cafetería del centro vende un buen café helado y succiono con fuerza en el popote mientras me dirijo a la parte soleada del jardín donde me siento bajo un gran roble. Tengo media hora antes de mi clase, así que me recargo en el tronco nudoso y saco de mi mochila un libro de la biblioteca.

Creo que soy la única persona viva que todavía prefiere los libros impresos a los electrónicos y, en general, no me interesa mucho la tecnología. Obviamente, uso el correo electrónico e internet para investigar y para enterarme de las noticias y tengo un teléfono celular, pero eso es todo. Steffi lleva años insistiéndome en que entre a Facebook, Twitter y demás, pero sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar. Steffi, que siempre está enterada de todos los chismes de los famosos, no puede entender mi deseo de evitar las redes sociales. Aunque ella no tiene amigos muy cercanos en Los Ángeles, está bien instalada en la escena social superficial de la UCLA y siempre está ocupada saliendo a fiestas con grupos de personas.

Mi café helado tiene el equilibrio perfecto entre fuerte y dulce, y doy otro gran trago mientras mato el tiempo antes de mi clase. El aire está empezando a sentirse más fresco y por fin empieza a sentirse que viene el otoño. Levanto la vista y veo cómo se mecen las hojas del roble con la brisa ligera y proyectan sombras intermitentes en mi rostro. Tengo una sensación de paz. El lugar es muy silencioso.

Miro a mi alrededor y, como siempre, admiro las rocas hermosas que se usaron como material para construir los edificios originarios del campus. Andrews College no podría tener una apariencia universitaria más clásica. Los edificios más recientes también fueron diseñados para hacer juego con los viejos. Los árboles y arbustos, los caminos de ladrillo y los postes de luz

ornamentados contribuyen a la atmósfera. Inspirada por el día precioso, decido que debo pasar más tiempo en el exterior antes de que llegue el invierno brutal de Maine. Pasar tanto tiempo recluida en mi habitación tal vez no es lo más sabio y, desde mi lugar bajo este árbol, al menos puedo ver pasar al mundo aunque no participe en él. Me doy cuenta de que, cuando presto atención, sí alcanzo a oír muchas cosas: jugadores de frisbi que se gritan uno al otro, la plática de los estudiantes que cruzan por el camino cercano, unas notas de guitarra que flotan hacia mí provenientes de un músico debajo de otro árbol... Me sorprende cuántos sonidos suelo bloquear. Genial. Otra cosa que probablemente no es señal de una buena salud mental.

Observo al guitarrista. Se ve pulcro, con cabello perfectamente cortado y una camisa a cuadros fajada en sus jeans. La guitarra descansa en sus piernas y le está tocando y cantando a una chica que está recostada de lado en el césped y lo mira. El chico no me parece el típico guitarrista. Parece un estudiante de economía que aprendió a tocar para conquistar chicas. Pero por lo visto le está funcionando porque la chica que lo escucha parece estar embobadísima.

Sería una escena linda de presenciar pero lo único que siento es que mi buen humor empieza a desinflarse. Me siento celosa por un momento. No puedo imaginarme que un chico me llegue a cantar así, mucho menos que me mire como la está mirando. Pero no debería sentirme celosa porque es probable que su relación termine mal. Así funciona la vida.

No tienen idea de lo ingenuo que es creer, confiar.

Intento no reaccionar cuando deja la guitarra, se acerca a ella a cuatro patas y ríe al recostarla de espaldas y colocar su boca sobre la de ella. Dios, de verdad estoy celosa. Y triste. Me entristece saber que nunca voy a poder tener eso.

Devuelvo mi libro con brusquedad al interior de la mochila, sin haberlo abierto. Cierro el zíper con fuerza. Me dirijo a zancadas hacia un basurero para tirar el café helado que ya no me apetece. Lo lanzo al basurero pero rebota, estalla y hace un desastre de líquido y hielo al chocar contra la acera.

—Buen tiro —dice un grosero al pasar a mi lado.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —le grito a su espalda.

Suspiro por el desastre cafeinado. No puedo dejar los cubos de hielo

tirados en el camino, así que me agacho para empezar a recogerlos y maldigo entre dientes cuando varios se me resbalan de las manos.

—Son resbalosos, ¿verdad?

Veo aparecer un par de piernas a mi lado pero sólo alcanzo a ver unos jeans rotos y unos tenis Converse rojos.

No digo nada mientras continúo con mi intento desesperado de limpiar el desastre. Sin levantar la vista, logro encontrar unas servilletas en mi mochila y hago lo posible por limpiar el café derramado.

La persona se agacha a mi lado y la observo recoger con destreza cada uno de los estúpidos hielos que se me han escapado de las manos y echarlos todos con agilidad dentro de mi vaso. Tiene los antebrazos bronceados, musculosos y usa pulseras delgadas de cuero y cuerda en cada muñeca. Como si fueran sus brazaletes de superhéroe o algo así. Seguro piensa que puede desviar balas o algo. Giro inconscientemente la cabeza un poco y alcanzo a ver un bíceps que se asoma por la orilla de su camiseta blanca. Aparto la mirada de inmediato. Deseo que este tipo no se hubiera detenido.

Desearía no tener ideas escandalosas al instante.

Deseo que él no huela a galletas y amor.

Cuando recoge el último de los cubitos de hielo, logro lanzar el vaso al basurero sin provocar ninguna otra catástrofe.

—Gracias por la ayuda. Supongo que no tardan en llegar nueve millones de hormigas para celebrar el Festival del Azúcar —murmuro.

El chico galletas-y-amor empieza a verter agua de un contenedor de acero para enjuagar el pavimento.

—No te preocupes.

Empieza a ser obvio que voy a tener que hablar con esta persona que está siendo innecesariamente amable. Siento que hacerlo es una carga y eso me hace sentir avergonzada, pero sonrío y volteo a verlo. De hecho, miro hacia arriba porque mide unos quince centímetros más que yo con mi 1.62 metros de estatura.

El chico me mira. Me *mira* de verdad. Me muevo un poco para evitar hacer contacto visual pero, aunque me encantaría darle la espalda por completo, su cabello suave y castaño oscuro le enmarca el rostro de tal manera que no

puedo evitar mirarlo. Tiene algunos rizos demasiado largos. Los cortos le enmarcan el rostro y los demás le caen despreocupadamente sobre las orejas y le llegan casi a los hombros. Sospecho que lleva varios días sin afeitarse, pero le queda bien. Necesito hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no perderme en esos ojos de un color ámbar poco común que me miran con intensidad. Me siento muy incómoda y alterada por esta persona. Pero... me quedo viéndolo. Brevemente. Durante unos cuantos segundos, me permito seguir el contorno de su rostro, la manera en que sus mejillas se ven redondas y terminan en una mandíbula que me hace querer pedirle que se afeite para poderla ver con más claridad.

Esto es una locura. Yo estoy loca. Una especie de explosión hormonal psicótica se apoderó de mí por un momento pero corregiré esta situación absurda de inmediato. Así como en este instante. De verdad.

Por fin, aparto la mirada y tiro una de las servilletas empapadas al basurero.

—Gracias de nuevo. Tengo que irme a clase.

Siento que está a punto de decirme algo, así que me doy la vuelta y me pierdo en el río de estudiantes que se dirigen hacia el otro lado del campus. Como si esto no hubiera sido suficiente para alterarme, Carmen pasa a mi lado, en dirección contraria, y me saluda con la mano. Yo le respondo el saludo con amabilidad pero no hablo. Me estoy muriendo de ganas de gritar, porque tiré el café y un chico desconocido y sexy me ayudó y me dejó hecha un desastre.

Mi clase de *Psicología social* es en una de las salas de conferencias más grandes del campus. Aunque el grupo es enorme, todavía hay muchos lugares vacíos y me dirijo al lugar que suelo ocupar en el extremo de una de las filas a la mitad del aula. De inmediato, abro mi carpeta y finjo que estoy estudiando mis notas de la clase anterior con detenimiento. La mayoría de los estudiantes toman notas en sus laptops, pero Steffi me comentó que había leído que escribir las cosas a mano hace que te las aprendas mejor. Me pongo mis audífonos para escuchar mi aplicación de White Noise y estar más segura de que no me interrumpirán mientras la sala se va llenando poco a poco.

Alguien me toca el hombro y doy un salto. Es sólo una chica que quiere

pasar frente a mí para sentarse. La miro y me pongo de pie. En ese momento, alcanzo a escuchar voces a pesar del sonido de mis audífonos y levanto la vista. El chico que me ayudó con los cubos de hielo está entrando al salón. El estómago se me va al suelo. Él está parado en las escaleras laterales junto a las filas de asientos y lo rodean varios estudiantes. Todos están muy animados y hablan con entusiasmo y, me queda claro, están tratando de quedar bien con él.

Sin pensarlo, le quito el sonido a mi aplicación y me vuelvo a sentar.

El chico sonríe cuando alguien le da una palmada en la espalda para saludarlo y luego levanta la barbilla para agradecer el aplauso de una hilera de estudiantes. ¿Quién es este tipo?

Los estudiantes empiezan a gritar: “¡Esben! ¡Esben! ¡Esben! Hashtag valórate! Hashtag valórate!”.

Así que se llama Esben. El recogedor de hielo se llama Esben. *Ah. Bueno, da lo mismo.*

Frunzo el ceño e intento pasar más desapercibida en mi asiento. No sé qué es lo que está pasando, pero me estoy sintiendo muy agitada. Este chico Esben ríe y hace un ademán para que ya dejen de prestarle atención. Una chica de la tercera fila dice su nombre a un volumen tal que se alcanza a escuchar a pesar de los gritos cada vez más fuertes y le hace una señal para que se siente en el lugar libre a su lado. Me queda claro que este chico es un ícono súper popular del campus.

Lo voy a ignorar. Será fácil. No tenemos nada en común.

Pero... Me doy cuenta de que durante la hora y media que dura la clase no puedo dejar de ver la parte trasera de su cabeza y me cuesta trabajo obligarme a tomar notas. En contra de mi voluntad, me siento intrigada cuando el profesor se refiere al concepto del liderazgo carismático y hace una señal hacia Esben, lo cual provoca risas y aplausos en toda la sala. Para el final de la clase, el corazón me late con fuerza y prácticamente salto de mi asiento en el instante en que el profesor termina de asignarnos lecturas. Llego a la puerta en cuestión de segundos y me abro paso entre la oleada de estudiantes para salir.

Díos, necesito aire. Necesito aire.

Acelero el paso para separarme de la masa de estudiantes y regreso a mi habitación en tiempo récord. Coloco mi mochila en el sofá al centro de la habitación y miro el espejo mientras me tranquilizo. Mi fleco está bien, mi cola de caballo está en su sitio y mi rímel no está corrido ni tengo mazacotes asquerosos en las comisuras de los párpados. Inhalo y exhalo, adentro y afuera, hasta que empiezo a tranquilizarme.

En ese momento noto una mancha bastante grande de café en mi blusa amarilla.

Maldición.

Estoy temblando cuando me saco la camisa por la cabeza y corro a mi clóset por una limpia. Mi reacción emocional ante una simple mancha es extrema. Lo sé, pero también sé que tengo mis razones.

Cuando tenía once años, viví con una madre temporal que estaba obsesionada con que yo nunca me ensuciara. Una simple mancha en los zapatos era una catástrofe, así que para no ensuciar mis tenis blancos desarrollé un estilo extraño de caminar que parecía como si estuviera dando pisotones. Una mancha visible en una blusa era motivo de alarma, así que aprendí a estar siempre al pendiente de cualquier cosa que me pudiera eliminar de su lista de adopción. Esa mujer siempre estaba señalando detalles de mi ropa con una expresión de dolor y me pedía que me cambiara. Me fue imposible deshacerme de la idea de que me había devuelto al sistema de hogares temporales por mi incapacidad de mantener la ropa impecable.

Así que me carcome la ansiedad mientras busco la prenda más limpia de mi clóset. Aunque sé *por qué* estoy ansiosa, saberlo no me sirve de nada. Mi reacción exagerada es sólo una entre millones de reacciones disfuncionales que he perfeccionado a lo largo de los años.

Realmente soy irreparable.

Me llevo la camisa manchada de café al baño al fondo del pasillo. Sostengo la mancha bajo el chorro del agua y, en ese momento, veo que tiene algo oscuro en la parte interior. Gimo. *Perfecto, ¿ahora qué mancha rara va a aparecer?*

Deslizo los dedos debajo de la tela y siento algo plástico. Me siento intrigada, así que volteo la camisa.

Hay un botón pegado a la costura lateral. Es color azul claro y tiene letras blancas.

NO PODRÁS ALCANZAR LO QUE TIENES ENFRETE HASTA DEJAR IR LO QUE TIENES ATRÁS.

Me quedo viendo el botón con incredulidad. ¿Por qué tengo un botón motivacional pegado a mi camisa?

NO PODRÁS ALCANZAR LO QUE TIENES ENFRETE HASTA DEJAR IR LO QUE TIENES ATRÁS.

La frase es una estupidez porque algunos de nosotros nunca podremos dejar ir lo que nos persigue.

NO PODRÁS ALCANZAR LO QUE TIENES ENFRETE HASTA DEJAR IR LO QUE TIENES ATRÁS.

Las palabras casi me están gritando. Sonríó en contra de mi voluntad.

Esto es muy raro, un botón pegado a mi camisa. Tan extraño. Y sin embargo, debo admitir, también es un poco maravilloso. La idea es agradable y tal vez debería considerarla.

Este botón probablemente es más listo que yo.

4

White Noise

Decido aislarme por completo todo el fin de semana y planeo salir sólo a pagar las pizzas que me lleven y a bañarme. Sin embargo, es casi imposible dormir en la noche del viernes y me torturan los sonidos de los borrachos alegres que recorren el pasillo. Doy vueltas en la cama y trato de recordar que, si no me voy a convertir en una borracha alegre, debería invertir en unos tapones de oídos.

Serán los tapones.

Lo bueno es que por lo menos nadie toca a mi puerta.

Duermo inquieta y tengo sueños desagradables, sueños en los cuales voy conduciendo un coche que no puedo controlar; sueños en los que voy corriendo por un aeropuerto sin equipaje y sin boleto, sin poder encontrar ninguna sala de abordaje; sueños en los cuales me veo enfrentada a una serie interminable de puertas cerradas para las cuales no tengo llaves.

A las ocho de la mañana del sábado, me levanto de la cama sintiéndome exhausta y sé que no habrá forma de pasar el día sin café, así que mi esperanza de quedarme encerrada desaparece. Lo bueno de despertar temprano el fin de semana es el silencio que reina en todo el campus. Sólo hay un puñado de personas afuera cuando me dirijo al centro de estudiantes. El aire se siente fresco, las hojas están empezando a cambiar de color y le doy la bienvenida a la inminente llegada del otoño de verdad. El campus de Andrews College

siempre luce atractivo, pero la luz de esta mañana es excepcional, aprecio la soledad y mi fatiga se siente menos dolorosa.

Pero de todas formas necesito ese café.

Dado lo mucho que me gusta el silencio, tal vez debería considerar mudarme a un lugar en medio de la nada cuando me gradúe el año entrante. Podría sobrevivir con entregas a domicilio de Amazon y nunca salir de la casa. Es una idea que me atrae mucho, pero le prometí a Steffi que me mudaría a Los Ángeles. Ése siempre ha sido nuestro plan pero no estoy segura de cómo podré lidiar con una ciudad tan densamente poblada. Por supuesto, estaremos juntas y ella me ayudará a poner las cosas en orden. Steffi es mi roca y no me permitirá derrumbarme.

El centro está vacío y no tengo que esperar para pedirle mi café al estudiante malhumorado que está trabajando ese día en la cafetería. Se ve enojado y más cansado que yo. Además, se baja más la gorra de beisbol antes de tomar mi dinero y azotar los botones de la caja registradora. *Aquí está,* pienso con satisfacción, *alguien como yo.*

A diferencia de ese tal Esben. Libre, feliz, amante de la gente..., es un enigma. No sé por qué estoy pensando en él, para ser honesta. Es obvio que es insignificante en mi vida. Quiero chocar el puño con el chico malhumorado del café por su expresión franca de fastidio.

Tomo mi capuchino cuádruple y reviso mi buzón. Encuentro una notificación.

Simon me mandó otro paquete. Es el quinto del año. No es que no aprecie su intención, pero no sé cómo responder a su generosidad. Recojo la caja y me la llevo bajo el brazo. Me doy cuenta de que la escritura a mano de Simon y su típico paquete blanco me inspiran tranquilidad.

Mi recorrido de regreso al dormitorio es un poco complicado y tengo que dejar la caja en el suelo al llegar para poder sacar las llaves. Mientras estoy agachada, la puerta de metal del dormitorio se abre y me golpea en el hombro derecho. Me hace perder el equilibrio y aterrizo en el concreto. No sé qué me duele más: el golpe o el capuchino ardiente que me salpica la mano izquierda.

La pareja que venía de la mano y riendo al abrir la puerta ahoga un grito y se disculpa profusamente. Alcanzo a oler el alcohol y el sexo en ellos y me

apresuro a recoger mi caja y meterme al edificio. Les digo que no se preocupen.

Regreso a mi habitación y miro mi café sin tapa y ya medio vacío. No debería sorprenderme. A estas alturas ya debería haber entendido que no puedo consumir cafeína sin invocar alguna especie de catástrofe. Con mucho cuidado, coloco mi vaso en la mesita como si contuviera oro líquido.

—Quieto —le ordeno.

Abro la puerta de la habitación extra y coloco el paquete más reciente de Simon encima de las otras cuatro cajas que me ha enviado. Está muy mal de mi parte, lo sé, pero no me he animado a abrirlas. Ver lo que contienen, comprender cuánto pensó en lo que enviaría, me haría sentir más culpable que no abrirlas. Pero algo llama mi atención. La etiqueta del remitente es un poco distinta a la de costumbre. Me acerco con los ojos entrecerrados. En vez de la peonía que usaba junto a su nombre en la etiqueta, ahora hay una foca leopardo. Tiene un sentido del humor negro, pero me agrada. Sin embargo, dejo la caja intacta.

La puerta se cierra a mis espaldas y me río: mis compañeras de habitación son los paquetes de Simon.

El hombro me duele, la mano me arde y el puño de mi manga está empapado de café. Me quito la sudadera y gruño porque esto se está volviendo un hábito demasiado común. Me pongo una blusa holgada y colorida. Mientras estoy lavando la sudadera, no puedo evitar pasar mis manos por el resto de la tela. Es obvio que no va a haber ningún botón con un texto motivacional, pero de todas maneras lo busco. Por si acaso. Me vendría bien. La decepción que siento por no encontrar un botón me avergüenza, pero sigo palpando la tela para asegurarme de que no hay nada. ¿Por qué? Porque podría haber un ángel de botones motivacionales observándome, ¿no?

No.

Me estoy portando como una loca.

Termino con mi sudadera, bebo lo que queda de mi café y me siento en la cama. Después de enviarle un mensaje de texto a Simon para agradecerle el paquete, ya no sé qué más hacer. Mi habitación está ridículamente limpia, como siempre... Demasiado organizada, a decir verdad. Mi clóset no está

lleno ni a la mitad y ya está arreglado. Tengo la ropa colgada por color y las demás prendas están acomodadas con cuidado en la repisa superior, así que no tengo ningún pretexto para hacer una limpieza sabatina. El supuesto cuarto común de esta suite está vacío excepto por el mobiliario que venía con la habitación, así que no hay nada que hacer ahí. Podría ponerme un poco de hielo en el hombro, pero eso no es una actividad. Aunque, dadas mis opciones, no es una mala idea, así que saco un paquete de gel del minibar junto a mi cama y me quedo mirando fijamente la pared durante quince minutos hasta que el frío se siente más doloroso que la lesión.

El reloj casi me está gritando que es temprano y tengo todo un día por delante.

Bueno, siempre está la opción de ponerme a estudiar.

Durante horas, leo y releo los libros de texto y los apuntes de mis clases y luego me adelanto y empiezo el trabajo de la siguiente semana. La estadística es deliciosamente árida y carente de emociones, así que paso un rato más entre números y gráficas hasta que el gruñido de mi estómago me hace imposible seguir con los ojos pegados a la página. Podría pedir algo a domicilio, pero... siento como si las paredes empezaran a cerrarse. No suelo sentirme inquieta cuando estoy a solas en mi habitación pero esta vez sí. *Estoy inquieta*. Y eso me perturba.

Mi caminata corta de la mañana fue tan agradable que decido que sería tolerable volver a salir del dormitorio. Algo tenía el aire de la mañana que me impactó. Pero no puedo quedarme en el campus. Caminaré al centro de Landon, que no es exactamente una metrópolis pero es lo más parecido a una ciudad que tenemos cerca.

A una cuadra de la escuela, me compro un paquete de vegetales en una cafetería orgánica y me los como mientras camino. No estoy segura de a dónde me dirijo, pero sé que al menos estoy caminando en la dirección del centro. Cuando termino de comer, intento hacer una videollamada con Steffi, pero no me contesta. Probablemente siga dormida después de su salida de la noche, la conozco. Estoy segura de que estuvo bailando hasta las tres de la mañana rodeada de admiradores que le compraron bebidas toda la noche. Seguro uno de ellos está con ella y le pediré detalles más tarde.

Tengo puestos mis audífonos y enciendo mi aplicación habitual de White Noise. Dejo que el sonido repetitivo infiltre mi persona y camino. Me niego a pensar. Sobre nada. Me he sentido inquieta y ansiosa, incapaz de ceñirme a mi rutina habitual desde que regresé a la escuela, y ya me harté. Necesito regresar a sentirme satisfecha con el trabajo escolar y sólo eso. La escuela y Steffi, ésas son las fuerzas que me acercan a la salvación. Son lo que me mantiene estable.

Después de una caminata mucho más larga de lo que yo anticipaba, me encuentro en las afueras de Landon, en una calle amplia flanqueada por tiendas pequeñas, restaurantes y bares. Es una ciudad vieja y las aceras son de ladrillo, con postes ornamentados en sus bordes y muchos letreros estilo antiguo con los nombres de las tiendas. Es linda. Pero de inmediato me pregunto qué se me metió que pensé que era buena idea venir al centro, porque no quiero ir de compras ni meterme a un café a conversar con la gente de ahí. Sin embargo, me siento cansada porque ya caminé más de una hora y los zapatos me están irritando los talones, así que tengo que descansar unos minutos antes de regresar. Creo recordar haber visto un parque al fin de esta calle, así que mantengo la vista en el piso y esquivo a los peatones hasta que paso todas las tiendas.

Y sí, ahí está el parque. No sólo eso, sino que hay un lago enorme. Frunzo el ceño. ¿Cómo es que no sabía que había un lago aquí? *Díos, soy tan despistada.* Me siento en una de las muchas bancas y miro hacia el agua. El sol brilla en lo alto y los rayos potentes se reflejan sobre las ondas mansas del agua. Subo el volumen de mi ruido de fondo en los audífonos y miro los reflejos de luz blanca que revolotean frente a mí. Es un círculo de agua tan grande que apenas alcanzo a ver las casas del lado opuesto. El agua azul oscuro me llama, está a un par de metros de donde estoy sentada y pienso cuánto más atrayente es el agua que las hojas de pasto que crecen a la orilla. El lago posee una tranquilidad que envidio. “¿Qué tan profundo es?”, me pregunto. “¿Será posible nadar en él? ¿Podría desaparecer en sus profundidades? ¿Podría ahogarme?”

Pero no hago nada salvo mirar. No pienso.

No recuerdo.

No planeo.

Vacíó mi mente hasta dejarla hecha un yermo, hasta que no me siento como yo misma, hasta que no me siento como nadie.

Sólo existo. Apenas.

En cierto momento, cierro los ojos y me pierdo más en mi interior. Tal vez el estado mental en el que me encuentro no se podría describir como paz, pero es estable, así que me quedo ahí y me niego a salir aunque las manos se me empiezan a enfriar. Al final, sin embargo, la luz que se filtra por mis párpados empieza a debilitarse y eso me trae de vuelta.

Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que ya casi se pone el sol. Es evidente que llevo horas en esta banca. No es que importe, a decir verdad. Las sombras caen sobre el agua y hacen que el azul se vea más cercano al negro. Aparto la vista y empiezo a enfocarme de nuevo en el mundo real.

Desearía que el mundo real me gustara más. Desearía poder disfrutar la vida. Desearía tantas cosas y no tengo idea si es posible que yo las obtenga. Tal vez lo podría intentar, pero no tengo idea de por dónde empezar.

Niego con la cabeza para liberarme de mi ensoñación. Fue una tontería alejarme tanto del campus y ahora deberé caminar a casa en temperaturas que ya están acercándose a los 10 grados. Cruzo los brazos para entrar en calor y empiezo a avanzar hacia la calle principal. Olvidé que esta calle está cerrada al tráfico después de las cinco, así que ahora la gente está caminando libremente en medio de la avenida. Varios estudiantes universitarios invaden el área, listos para ir a los bares en la noche, así que mantengo la vista en el piso y me concentro en salir de este lugar lo más rápido posible. Unas cuantas personas chocan conmigo pero no reacciono, ni siquiera cuando un tipo fornido choca contra mi hombro adolorido. De hecho, no siento nada. Supongo que eso debería ser preocupante.

Estoy a mitad del caos, todavía concentrada en los ladrillos del empedrado bajo mis pies, cuando alguien me toma del brazo y tira de mí para bajarme de la acera.

—¿Puedes ayudarnos? Sólo necesitamos una persona más. ¡Sólo serán unos minutos, te lo prometo! Es mi hermano y te juro que es buena onda.

La voz de la chica es amistosa y animada, pero yo levanto la vista de mala

gana.

—Eh, ¿cómo? —digo con la vista un poco perdida y la miro.

Tiene el cabello color miel acomodado detrás de las orejas, cortado arriba del hombro. Uno de los mechones se sale de su lugar mientras ella va casi bailando hacia atrás y tirando de mi mano.

—Vamos. Será divertido. Sólo firma esto. Es para exentarnos de toda responsabilidad, nada extraño.

Apenas alcanzo a escuchar lo que me está diciendo porque estoy demasiado ocupada intentando no tropezarme con mis propios pies y al mismo tiempo tratando de pensar en cómo escaparme. Ella se detiene después de un par de metros y saca un sujetapapeles de su bolso.

—¿Nombre? —me pregunta.

—¿Eh? ¿Yo? Ah —respondo. No tengo idea de lo que está sucediendo. Tal vez una especie de petición—. Allison Dennis —digo entre dientes.

Ella me pide que firme mi nombre. Espero no haber firmado para apoyar a un grupo en pro de la cacería de ballenas o que pidan que sólo sirvan tempeh en la cafetería.

—Entonces, lo único que tienes que hacer es sentarte en una silla y mantener el contacto visual durante ciento ochenta segundos —dice—. No se puede hablar, ni emitir ningún tipo de vocalización, no se puede apartar la mirada, no se puede tocar al otro. Lo único que se debe hacer es no romper el contacto visual.

En ese momento salgo de mi ensimismamiento.

—¿De qué estás hablando?

Hay demasiada gente reunida en este lugar y, más que cualquier otra cosa, me dan ganas de correr, pero sospecho que esta chica es del tipo de persona que me perseguiría si intentara huir. Será mejor hacer lo que pide y luego escaparme.

—Es sólo una especie de experimento social. Es genial. Yo soy Kerry, por cierto. Yo grabo —sonríe ampliamente—. Ahora, ve. Siéntate antes de que oscurezca demasiado.

Kerry mueve mi cuerpo hacia una silla y una mesita plegadiza.

—¿Video? ¡No, espera! No quiero hacer ningún experimento soci... —

empiezo a protestar pero antes de darme cuenta ella ya me sentó en la silla.

Frente a mí hay otra silla vacía. Me retuerzo las manos al sentir que la ansiedad empieza a sobrepasarme. Ya me queda claro que lo que voy a hacer implica algo más que firmar una petición. ¿Qué dijo? ¿Ciento ochenta segundos? ¿Y tengo que ver a alguien? Genial. Pero eso son sólo tres minutos. En tres minutos toda esta estupidez habrá terminado y podré regresar a mi habitación, meterme a la cama y volver a desaparecer. Quiero regresar al sitio donde estaba hace poco tiempo. Ese lugar que no está en ninguna parte. Empiezo a retorcerme los dedos y me concentro en hacer girar los anillos que llevo en la mano derecha mientras doy golpecitos rápidos en el piso con un pie.

Incluso sin levantar la vista puedo ver cuando alguien más se sienta frente a mí y levanto la cabeza con renuencia.

Esben está sentado frente a mí.

Se me hace un hueco en el estómago. Puedo sentir la subida de adrenalina y una sensación de peligro que se adueña de mí. Todo mi cuerpo se tensa y se prepara. No sé para qué.

Un ligero reconocimiento cruza por el rostro de Esben. Me acuerdo de ayer, cosa que sólo sirve para estresarme más. Es la primera vez que lo veo directamente y su presencia me ahuyenta y me invita al mismo tiempo. De inmediato me siento muy avergonzada porque quiero correr hacia él y también quiero darle un empujón con tanta fuerza que se caiga de la silla y no podamos hacer lo que estamos a punto de hacer. En vez de eso, intento soportar el hielo que ahora parece estar corriendo por mis venas. Esben se mueve en su asiento para ponerse más cómodo y se pasa la mano por el mechón de rizos. Aparta el cabello de su cara, de manera que ahora tengo una vista completa de lo irritablemente atractivo que es. Frunzo el ceño. Él parece estar muy relajado y ya está recargado en el respaldo de la silla como si esta situación extraña fuera lo más normal del mundo.

Mi deseo por salir corriendo se triplica.

Podría escaparme. No tengo que seguir aquí sentada.

A pesar de las circunstancias, todavía tengo mi libre albedrío.

Sin embargo, no me voy. Estoy inexplicablemente pegada a esta silla.

Volteo a buscar a Kerry pero ya está lista con la cámara de video en medio de una multitud grande y silenciosa que nos observa desde el círculo que formaron a nuestro alrededor. Como si de por sí no me sintiera fuera de lugar, el silencio expectante que se extiende entre ellos es inquietante.

Esben habla con suavidad y su voz es increíblemente sedosa y tranquilizante.

—¿Estás lista? Ciento ochenta segundos.

5

Ciento ochenta segundos

Ciento ochenta segundos. No es tanto tiempo. No es nada.

Muevo los ojos con lentitud. Miro sus manos que están descansando despreocupadamente sobre la mesa y sigo hacia sus pulseras. A unos centímetros a la derecha veo el azul brillante de su camisa suave sobre su pecho. Levanto la barbilla, veo su mejilla con la barba de varios días y apenas el asomo de una sonrisa en sus labios.

Bien, me digo. Sólo es un chico. No puede hacerme nada en tres minutos.

Lo miro a los ojos y, en esa luz del inicio del atardecer, su tono ambarino es todavía más brillante. Él arquea las cejas haciendo una pregunta silenciosa.

Yo lo miro molesta pero asiento, como si me hubiera retado a pelear por mi vida. Como si sobrevivir los siguientes tres minutos de alguna manera me hiciera menos débil de lo que soy.

“Ciento ochenta segundos”, repito.

Estoy lista.

Su confianza se tambalea un poco. Pero me sonrío con franqueza y sé que no debo considerar su gesto como algo personal. Probablemente ha hecho esto incontables veces. Yo soy sólo una participante más.

Esben le hace una señal a Kerry y ella dice:

—El tiempo empieza a correr ahora.

Diez segundos. Sus ojos prácticamente me perforan. Esben no está jugando.

Cuando hace contacto visual directo, lo hace en serio. Aprieto las manos. A pesar de lo mucho que detesto lo que está sucediendo y lo horrible que es obligarme a no apartar la mirada, mantengo mi expresión en blanco y no rompo el contacto. No sé cómo voy a poder continuar con esto. Él lo está haciendo más difícil porque se ve completamente tranquilo, muy cómodo mientras me observa. Pero no voy a retroceder.

Es muy simple, me recuerdo. Sólo sigue viéndolo directo a los ojos, mantente firme e inquebrantable. No sientas nada porque no hay motivo para sentir nada.

Veinticinco segundos. Sé poco sobre él, pero sé con certeza que no se parece nada a mí. Que él es todo lo que yo no. Y, sobre todo, que éste es un ejercicio idiota de quedarse viendo a un desconocido. Después de otros segundos, empiezo a molestarme con él. Todo de él me molesta. Porque, mientras sigue con los ojos clavados en los míos, siento como si pudiera ver más allá del azul de mis iris. Y eso me hace sentir nerviosa. Vulnerable. Enojada. De alguna manera él ha logrado violar mi escudo protector y, en venganza, yo me cierro más.

Treinta y tres segundos. No puedo bloquear la rabia que va creciendo en mi interior. ¿Cómo se atreve a ponerme en esta posición? ¿A mí, de entre toda la gente? Apesta a libertad y generosidad y apertura. Y lo odio en este momento. Y él debe percibirlo porque mueve la cabeza un poco hacia atrás.

Cincuenta segundos. Endurezco mi mirada, pero me está cansando. Odiarlo me cuesta más de lo que pensaba. La mirada de Esben es amable, incluso enternecedora, y yo me estoy cansando, porque más que su expresión, es la sensación de él la que me está empezando a afectar. Es innegable que, por mucho que quiera odiarlo, él exuda una energía, un espíritu que me llena de calma. El área alrededor de sus ojos se mueve un poco, como si quisiera sonreír pero se estuviera conteniendo. De cierta manera, él se está sintiendo bien; se siente bien por el espectáculo que está generando su experimento cara a cara. Tratando de moverme lo menos posible, intento transmitirle que no me ha afectado, inhalo hondo por la nariz y dejo salir el aire por labios apenas entreabiertos. *No puedo odiarlo.* A pesar de lo mucho que quiero hacerlo, no puedo. ¿Cómo puedo odiar la felicidad de alguien más? ¿O la dicha, me doy

cuenta? Eso es. Esben tiene un aura de dicha.

Tal vez lo que siento es envidia por lo que él tiene y yo no. Intento encerrar mis emociones.

Setenta y tres segundos. A pesar de mi resistencia, no puedo evitar sentirme atraída hacia esto. Hacia él. Estoy segura de que las personas que nos observan están haciendo ruido, pero no puedo escuchar nada excepto el ritmo constante de mi respiración. Una sensación poco familiar de paz y relajación me llena y le permito quedarse. Es tan excepcional sentirme así, en especial porque estoy compartiendo la experiencia con otra persona. Sí, puedo alcanzar una especie de tranquilidad por mi cuenta, pero es más como un espacio muerto. La nada. La ausencia de dolor. Lo que me envuelve en este momento es algo distinto. No sólo estoy nadando en una nueva versión de serenidad, sino que tengo un compañero. Esben está conmigo, sin duda.

Noventa y cuatro segundos. Esben inclina la cabeza apenas un poco, como si hubiera detectado algo en mí. ¿Cómo podría haberlo hecho?

Pero no tardo en comprender. Me guste o no, él está absorbiendo fragmentos de mí, así como yo estoy absorbiendo los de él. Sin hablar, sigo internalizando a este chico que tengo enfrente. Estudio su aspecto con mayor intensidad.

Oh. No es que esté viendo algo *en* mí; está *buscando* algo en mí.

Esben debe percibir lo alto que son mis muros y me siento avergonzada y agradecida por igual de que mi secreto haya sido descubierto. Una especie de alivio inquietante me invade. Por primera vez, creo que alguien quiere experimentarme. Valorarme.

Ciento ocho segundos. La apertura de su comportamiento, su disposición a estar tan presente, a querer un intercambio de algún tipo, es más fuerte que yo. Pero él no tiene idea de lo que me está pidiendo, de lo que encontrará. Mi actitud cambia. “¿Quieres jugar?”, lo reto. “¿Quieres usarme para una especie de proyecto escolar o lo que sea? ¿Quieres entrar a mi cabeza? Bien. No tienes idea de lo dañada que estoy. Adelante. Ahógate igual que yo”. Salgo de detrás de mis muros.

Por primera vez, lo miro como soy. Le entrego mi persona. Sentiré todo lo

que siento a diario y lo aventaré en su dirección. Veremos si lo puede soportar. Sin decir palabra, puedo aniquilarlo con mi rabia y mi dolor. Y eso es lo que quiero. Derribarlo, atacarlo con mi enojo.

El brillo de sus ojos tarda apenas unos segundos en disiparse. Por un instante, parecería que alguien le sacó el aire. Conozco esa expresión porque es como yo me siento la mayor parte del tiempo. Su energía se vuelve más seria, más intensa. Como si quisiera castigarlo, ahuyentarlo, yo me concentro en todo lo que me odio a mí misma, en mi incapacidad de ser algo que siquiera se aproxime a lo que es él. Pienso en todas las casas en las que viví, en todas las escuelas y en todas las familias que nunca fueron mías en realidad. Mi vida en su totalidad ha sido una acumulación de piezas disfuncionales de un rompecabezas que nunca podrán embonar. Quiero que él sienta mis repetidos traumas.

Ciento veintinueve segundos. Sin embargo, lo que Esben está haciendo no puede pasarse por alto. Ni siquiera yo lo puedo hacer. No me ha dejado ni por un segundo. A pesar de la energía terrible que le estoy lanzando, Esben nos está sosteniendo a ambos emocionalmente, me está prometiendo sin palabras que no me soltará. Los traumas que me atan cada día, cada hora, cada minuto, se suavizan hasta que apenas percibo su presencia.

Por motivos que no logro comprender, me pierdo en él. A salvo. En este instante, me quedo sin el pasado que odio. En este instante, sólo estoy aquí con él.

Ciento cuarenta y siete segundos. Sin apartar mis ojos de los suyos, alcanzo a notar que sus hombros se mueven cuando respira. Además de su amabilidad y sinceridad, ahora noto un elemento adicional. ¿Desesperación? ¿Necesidad? No es, comprendo de pronto, tan insoportablemente perfecto.

Esben tiene sus propias vulnerabilidades. Por lo visto, sí tenemos algo en común.

Ciento sesenta segundos. Estamos involucrados en una especie de intimidad que me asusta muchísimo. Es como si sintiera un peso en el pecho que quisiera quitarme y nunca me había sentido tan aterrada en el pasado.

Ni tan plena y esperanzada y conectada.

Me empieza a temblar el cuerpo. Quiero más de lo que estoy sintiendo y al

mismo tiempo no quiero saber nada de eso.

No quiero estar tan asustada todo el tiempo; no quiero sentirme aterrada de que la tierra pudiera desgajarse bajo mis pies en cualquier momento. Quiero ser feliz, realmente feliz. *Maldición*. Si tan sólo pudiera resguardarme de las esquirlas de esperanza que están perforando mis defensas. Puedo sentir que empiezan a brotarme las lágrimas y aprieto la mandíbula para intentar controlarlas. Esben levanta un poco la cabeza y mueve los labios. Su expresión es una mezcla de preocupación y empatía y promesa y..., oh, dios, de añoranza. Sé que no me estoy equivocando cuando veo aparecer el brillo en sus ojos. Respira profundamente, como si estuviera intentando contenerse, y el sonido de su exhalación agitada recorre todo mi cuerpo.

Él, al igual que yo, está luchando contra algo.

Juntos libramos la batalla.

Ciento setenta y tres segundos. La emoción nos va a tragar completos y no puedo sobrevivir más tiempo a esta intensidad. Podría quebrarme bajo el dolor que se ha instalado en mi corazón. Va a suceder, lo sé. Sucumbiré a la fuerza, al tirón, y no me alzaré victoriosa.

Empieza a serme difícil respirar con normalidad porque el terror me recorre completa. Voy a colapsarme porque estoy viva, maldita sea, y apenas he sentido la vida hasta este momento. Hasta él.

La voz de Kerry suena tímida.

—Tiempo —dice con suavidad.

Ambos nos ponemos de pie. Esben pateo su silla y tira la mesa de lado simultáneamente y yo ahogo un sollozo mientras nos acercamos a toda velocidad. Esben se mueve como un relámpago y su cuerpo choca contra el mío. Me envuelve con los brazos alrededor de la cintura y me levanta del piso como si hubiéramos esperado una eternidad a que esto sucediera, como si fuera una reunión que no pudiera retrasarse un instante más. Yo le paso los brazos por el cuello y lo abrazo más fuerte que a cualquier otra persona en la vida. De hecho, hace muchísimo tiempo que no había tenido contacto humano tan cercano y la sensación de él es demasiado. Me aferro a Esben con una confianza ciega e irracional, operando sólo por instinto. Él me mantiene cerca de su cuerpo y me vuelve a colocar en el piso. Yo entrelazo los dedos para

asegurarme de que no nos separemos. Está temblando, tal vez más que yo, y su respiración es acelerada e irregular. Entierro mi cara en su pecho. Podría esconderme aquí para siempre. O tal vez no sería esconderme. Tal vez sería vivir. Tal vez... tal vez...

No puedo. No puedo hacerlo.

Pero mis manos se mueven involuntariamente sobre sus hombros hasta que coloco mis brazos entre nosotros con las palmas de las manos presionadas contra su pecho. Puedo ver cómo lo estoy tocando, cómo mis manos se amoldan a su forma, cómo arrugo la tela de su camisa y lo acerco a mí. Él inclina la cabeza y yo respondo levantando la mía hasta que él tiene la mejilla presionada contra el lado de mi cara sin dejar de abrazarme con fuerza. Me gusta la aspereza de su barba, el sonido de su respiración trémula y la seguridad con la cual me sostiene. Y más aún, me gusta el calor de su boca y la manera suave en que mueve los labios cuando rozan contra mi mejilla.

Como no soy yo misma, no tengo la sensatez de detenerme cuando giro para que mi boca se acerque a la de él. Tiene los labios listos como si hubiera estado esperándome, como si hubiera sabido qué haría yo. Pasamos sin titubeo a un beso. No es lento, no es suave. Es un beso lleno de un hambre inexplicable, un beso que busca salvación y sanación y entrega y...

Dios, no puedo pensar. No puedo hacer nada salvo sumergirme en su sabor. Sus manos se dirigen a los costados de mi cara mientras sus labios se mueven contra los míos y su lengua continúa enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo. Quiero que el beso siga, mi hambre me está volviendo loca y me obliga a deslizar las manos hacia su nuca para asegurarme de que no se detenga.

Porque si deja de besarme, esto se terminará. Todo habrá terminado. Regresaré a una vida para la cual no estoy preparada.

Eso es lo único que puedo procesar, lo único que puedo entender en este momento.

Así que Esben tiene que seguir besándome.

Sus pulgares se mueven sobre mis mejillas, luego bajo mis ojos, y siento cómo me limpia las lágrimas. Una de sus manos aparta mi cabello y el beso se suaviza. Sus labios empiezan a moverse con más lentitud, con más pasión y

precisión. Él tampoco puede permitir que esto termine, lo noto en su sabor. No sé cuánto tiempo pasamos ensimismados así, pero no es suficiente.

Cuando alguien rompe el silencio con un silbido y el círculo de personas que nos rodea estalla en aclamaciones, aplausos y uno que otro sonido lascivo, regreso de golpe a la realidad.

Aparto a Esben con brusquedad y doy una bocanada de aire. ¿Qué hice? Dios mío, ¿qué hice?

Esto es una locura. Él no quiere dejarme ir pero yo doy tres pasos hacia atrás y miro cómo su cara tiene la misma expresión de confusión que probablemente tiene la mía.

Niego con la cabeza apenas para que él lo alcance a percibir. *No, esto nunca deber a haber pasado.* Doy otro paso hacia atrás, y luego otro. Esben también niega con la cabeza y me pide que no me vaya. Me lo suplica.

Pero me voy. Porque eso es lo que hace la gente: se va. Cuando las cosas van bien, cuando las cosas van mal, la gente se va.

Pero en esta ocasión, yo me voy primero.

6

La curiosidad no mató al gato

Requiero de toda mi fuerza de voluntad para asistir a la clase de Psicología social el lunes. No salí de mi habitación el resto del fin de semana tras el... *incidente*. El incidente ridículo, estúpido e inexcusable. Me queda claro que mi cerebro estaba bajo el efecto de una locura temporal y me aterra que otros estudiantes hayan sido testigos de mi desmoronamiento, así que me dirijo a la clase con la capucha de mi suéter puesta, unos anteojos de sol que me tapan casi la mitad de la cara y una mascada estampada alrededor del cuello y de mi barbilla. Se me ocurre que mi ropa ridícula tal vez llame más la atención pero de cierta manera me siento más protegida así. Sin embargo, no pasa nada fuera de lo ordinario en mi trayecto.

Mi celular suena justo cuando voy pasando cerca del sitio donde Esben levantó mis cubos de hielo y contesto distraídamente.

—Hola...

—¡Hola, tú! —dice Steffi—. ¿Dónde has andado? ¡No tomaste mis llamadas ni respondiste a mis mensajes ayer! ¿Qué has estado haciendo? ¿Estabas encerrada con algún guapo del campus? —pregunta demasiado esperanzada.

Yo me tropiezo con mis propios pies y casi se me cae el teléfono.

—¿Qué... qué? ¡No! Dios, no. Sólo..., eh..., bueno, he tenido mucho que estudiar. Estaba en la, eh, en ese lugar con los libros...

—¿La biblioteca? —sugiere ella.

—Ah, sí, eso —respondo mientras miro el concreto donde derramé el café—. Todos los libros...

—Allison, te dije que no te emborracharas por la mañana. Es poco distinguido.

—¿Qué? —digo y levanto la cabeza bruscamente—. ¡No estoy borracha!

—¿Entonces por qué te estás portando tan atolondrada? Y apenas alcanzo a oírte.

Me aparto la mascada de la boca.

—No estoy atolondrada. Estoy muy concentrada en la escuela. Es todo. Es un año importante y tengo que asegurarme de que mis calificaciones sean perfectas, y la biblioteca tiene muchos recursos y es silenciosa y me metí a un grupo de estudio y después encontré un sillón cómodo junto a una ventana con vista increíble y luego saqué una edición muy antigua de Shakespeare — parece que no puedo detener esta retahíla de mentiras ridículas—. ¿Has leído a Shakespeare? Yo no mucho...

Steffi interrumpe mis tonterías.

—Demonios, estás *tan* atolondrada.

Tiene razón.

—Debe ser que es lunes.

—Esto no es una cosa del lunes. Algo está sucediendo. Confiesa.

—¡Nada! —protesto en tono demasiado alto—. ¡Tengo que irme! ¡Te llamo luego!

Dios. Siempre le cuento todo a Steffi, aunque por lo general no tengo demasiadas historias asombrosas que compartir. Pero ¿esto? No. Simplemente no puedo contárselo. La mejor opción será fingir que nunca sucedió. Queda pendiente el asunto de que tengo que enfrentar a Esben en los siguientes minutos, pero sólo fingiré que no hay Esben. Fácil.

Resulta que no tenía nada de qué preocuparme. Llego a la sala de conferencias y me siento en mi lugar, pero Esben no ha llegado y tampoco llega tarde. Debería sentir una oleada de alivio, pero llevo un día y medio anticipando este momento y ahora tendré que volver a pasar por todo esto de nuevo el miércoles. Por supuesto que no me decepciona que no haya asistido

hoy a clase. Para nada.

El martes en la noche Steffi me llama para una videollamada. Es tarde pero sigo despierta porque estoy pasando mis notas del día a la computadora.

Ella, como siempre, se ve impecable. Incluso su cabello recogido en un chongo del cual se escapan unos mechones es perfecto. Su blusa ajustada y sin mangas color rosado hace lucir su cuello largo y su escote generoso. Si no la adorara de una manera tan absoluta, me carcomería la envidia. Sin embargo, ver su rostro en mi pantalla siempre me hace feliz y le sonrío.

—Hola. ¿Cómo estás?

Entonces me doy cuenta de que está recargada en el respaldo de su silla, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona que no puede ocultar en el rostro.

—¿Steff?

Ella frunce la boca y ladea la cabeza.

—¿Cómo estoy? ¿En serio? ¿Cómo estás *tú*? ¿No tendrás, de casualidad, algo que me quieras compartir? ¿Algo increíblemente grande y sorprendente?

Me quedo congelada y mi sonrisa se desvanece. No logro obligarme a decir nada. Algo muy malo está a punto de pasar, lo sé.

De pronto, Steffi agita las manos con locura y empieza a hablar con un nivel tan asombroso de deleite que me cuesta trabajo entender lo que está diciendo.

—¿No pensabas decirme que te habías convertido en una sensación viral por tu video? ¿Que estás por todo internet haciendo cosas sexys con el mismísimo Esben Baylor? Dios mío, ¿podría ser más guapo? ¿Cómo estuvo el beso? ¿Qué fue todo eso? ¡Espera! ¿Está contigo en este momento? ¿Estoy interrumpiendo algo? —aplaude y se acerca a la cámara fingiendo asomarse por mi habitación.

Yo no logro procesar lo que escuché.

—¿Que soy qué cosa? —pregunto con voz neutra.

—¡Eres la sensación del momento por tu video viral! ¡Está por todas partes: en Facebook, Twitter, ¡BuzzFeed! ¡Upworthy! —grita y ríe pero yo siento como si me fuera a desmayar.

—No. No, no, no —empiezo a negar con la cabeza—. ¿De qué estás

hablando?

—Espera —empieza a teclear en su computadora a toda velocidad y me envía una liga.

Titubeo pero muevo el ratón y presiono la liga.

Demoníos, no.

No sé qué es esto de BuzzFeed, pero hasta yo me alcanzo a dar cuenta de que el sitio es enorme, con ligas a historias sobre las celebridades que no conozco y muchos encabezados y signos de admiración. Y en la parte superior de la página hay un video con el título: “180 segundos: Interacciones entre desconocidos que te van a derretir”.

Me tapo la cara con la mano por el horror y grito en protesta.

—¡Nooooo!

—¡Velo! ¡Velo! —me exige Steffi encantada.

Miro la ventana de mi conversación con ella y pongo los ojos en blanco al ver que Steffi está saltando como idiota por todas partes.

—¿En serio no lo has visto? —noto la incredulidad en sus palabras—. Si yo fuera tú, estaría enseñándole esto a todo el mundo.

Claro que lo haría. Ella es hermosa y segura de sí misma y nada le gusta más que ser el centro de atención. Niego con la cabeza, presiono el botón de “Play” y miro entre los dedos hacia la pantalla. Empieza la música y apenas alcanzo a distinguir las palabras que veo pasar. Supongo que es una especie de introducción. Luego un video de Esben sentado en una silla demasiado familiar y la cámara se mueve hacia un hombre mayor en la silla de enfrente.

—Esto no puede estar pasando —murmuro.

—Adelántalo hasta el final. ¡Se pone mejor! —dice Steffi con un gritito agudo.

—Apuesto a que *no* se pone mejor —digo molesta pero me quito la mano de la cara y adelanto el video.

Esben sonrío y le asiente a una mujer madura vestida de traje sastre cuando ella se para y se va. La pantalla se pone en negro y aparece más texto: A veces sucede lo inesperado. A veces, alguien te hace romper tus propias reglas. Y, de repente, aparezco en la pantalla. Miro el momento en el

que veo a Esben por primera vez.

—¡Nooo! —vuelvo a gritar—. ¡Dios! —presiono el botón de “Stop”—. ¡No voy a ver esto! Steffi, ¿qué voy a hacer? ¿Por qué está esto en línea?

—¿De verdad no sabes quién es Esben Baylor? —grita y se ve demasiado contenta.

—Es... es un tipo de mi clase de Psicología social —hago una pausa mientras proceso lo que acaba de decir Steffi—. Espera, ¿cómo sabes su nombre?

—¿Es en serio? Querida, sé que no eres la más sociable del mundo en línea pero, ¿en serio? ¡Esben Baylor! —se recarga en su silla, claramente exasperada conmigo pero sin dejar de sonreír—. Esto es lo que te ganas por estar tan desconectada.

—No, en serio no sé quién es —digo con impaciencia. Éste no es el momento para regañarme por no ser capaz de mantenerme al tanto de las modas en internet—. ¿Quién es, pues? ¿Y tú por qué sabes de él?

—Asumí que incluso tú sabrías quién es Esben. Digo... ¿en serio? Sube muchísimas cosas a internet. Twitter, Facebook, tiene un blog en vivo... —agita una mano—. Está por todas partes. Y muchos sitios publican su material. Esben “Bombón” Baylor hace videos, fotografías, empieza tendencias de hashtags. Cosas así. Biografías de personas interesantes que conoce, cosas que ayudan a la gente, publicaciones para aumentar la conciencia sobre algunos asuntos. Todo es sobre cosas conmovedoras y que te hacen sentir bien. ¡Y ahora estás en uno de sus videos! Dios, estoy tan celosa que podría enloquecer pero también estoy emocionadísima por ti. ¡Esto es lo mejor que podría haber pasado!

—Está bien, está bien. De acuerdo. Todo estará bien —digo intentando tranquilizarme. Tal vez no sea tan malo. Tal vez no será un problema. Sólo es un tonto video.

—Esben tiene muchísimos seguidores —la gran sonrisa de Steffi está empezando a irritarme—. Una cantidad *masiva*.

Apoyo el codo en la mesa y dejo caer la cabeza en mi mano.

—Genial.

—¿Por qué te molesta? ¡Besaste a Esben Baylor! Lo único que debe

preocuparte es que todas las chicas te van a odiar por esto.

—De nuevo, genial —respondo y cierro la ventana del video.

—Es genial —insiste ella aunque suaviza un poco la voz—. Allison, todo esto es increíble. Necesitabas un poco de ánimo, ¿no crees? ¿Algo para remover un poco las cosas?

—No, no lo necesitaba —digo con un puchero—. Escucha, tengo que irme. Te llamaré mañana.

—Ni siquiera viste todo el video. Tu escena es increí...

La detengo.

—No quiero verlo. No quiero volver a hablar de esto, ¿de acuerdo?

—¡Pero todo el mundo está hablando de esto! A la gente le encanta y...

—¡Steff, por favor! —le suplico—. Todos lo van a olvidar pronto. No va a ser nada importante, ¿está bien? No lo permitiré. No necesito esto ahora.

—Bueno..., está bien —puedo percibir su decepción—. Es que te veías tan... distinta en el video. Tan... tan...

Suspiro.

—¿Tan qué?

—Abierta. Real. Emocional —puedo sentir el amor innegable en la energía que me transmite—. Vulnerable y conectada.

—No estaba sintiendo ninguna de esas cosas.

Es mentira pero la voy a sostener.

—Y, por si acaso no te diste cuenta, Esben es muy atractivo. O sea, súper guapo. Sexy. Su físico quita el aliento. ¡Y se lanzó hacia ti! Nunca he visto algo más romántico en mi vida y el resto de internet tampoco. Es un rompecorazones, eso sí.

—¡No lo es! —grito desafiante.

—Sí lo es —ya está más tranquila—. Y además, ¿sabes qué, Allison? Esben es lo más cercano a la perfección que puede llegar a ser alguien. Ese chico tiene un corazón increíble.

—Bien por él. No me importa.

Ella me mira molesta y aparto la vista cuando dice:

—Te veías radiante.

—¡Por supuesto que no me veía radiante!

—Querida, ¿a quién le importa si así fue? Te veías hermosa. Y apasionada.

—En serio, ya cállate. No fue nada.

Ya no quiero seguir hablando de este desastre y no puedo continuar un instante más la conversación, ni siquiera con Steffi.

—Te quiero pero tengo que irme. Hablamos pronto.

Sin darle oportunidad de decir nada más, termino la videollamada.

Cierro mi computadora, me pongo la pijama, apago las luces y me meto a la cama. No me importa no haberme lavado los dientes ni que tengo ganas de ir al baño. No voy a salir de esta habitación para caminar hasta el baño por el pasillo. ¿Quién sabe a quién me podría encontrar? ¿Qué tal si Steffi tiene razón y alguna chica me ataca por... por...?

Grito en mi almohada.

Por el beso.

Vuelvo a gritar.

¿Cómo pude permitir que esto sucediera? Trabajé tanto para construir una vida que fuera capaz de manejar y en tres minutos todo se vino abajo. Tres estúpidos, tontos minutos que mataría por deshacer.

Tengo que reponerme. La gente es voluble y seguro esto pasará pronto. Sólo no prestaré atención a Esben ni a todo este desastre. No buscaré en internet y tampoco, ni dios lo quiera, leeré los comentarios. No veré ese video. No va a existir. Problema resuelto.

Excepto que doy vueltas en la cama durante más de una hora. No puedo relajarme, no puedo deshacerme de mi ansiedad pulsante. Cuando me queda claro que no voy a dormir, noto que tengo el teléfono celular cerca y la luz de la luna prácticamente lo está alumbrando como un reflector. Aparto la mirada y muevo los dedos de los pies por los nervios. *No, no lo haré.*

Pero lo hago. No puedo evitarlo. Enciendo el teléfono. La curiosidad tal vez mató al gato pero en mi mente puedo escuchar el rugido de un león.

Me toma dos segundos buscar el video de Esben y lo encuentro en un sitio diferente al que me envió Steffi. No puedo evitar emitir un gemido. ¿En cuántos sitios está este video? Ahora que ya sucumbí a la tentación y entré a la página, no puedo forzarme a verlo. No sé a qué le tengo miedo. Estuve ahí. Es que no quiero volverlo a vivir.

Pero sí quiero.

Avanzo hacia el final del video y reproduzco unos cuantos segundos. Presiono el botón de pausa y miro la imagen frente a mí. Y no puedo dejar de verla.

Las manos de Esben están en mi cara y nuestro beso ya va bastante avanzado. La expresión de nuestros rostros muestra con claridad que el beso es más que un beso cualquiera.

Fue más, me corrijo. No es nada ahora.

De todas maneras, me permito seguir viendo la imagen y sostengo el teléfono en mi mano cuando me quedo dormida y no tengo pesadillas.

Me permito eso. Sólo por esta noche.

7

Tratando de respirar

Jamás, en mis dos años en Andrews, había faltado a una clase. Ni una sola vez. Pero faltó a la clase de Psicología social del miércoles. Me siento tentada a no entrar a la siguiente clase, pero eso me parece ya un poco fóbico y raro, incluso para mí, y es probable que faltar a dos clases me ponga más nerviosa que atreverme a salir de mi habitación. Además, ya me perdí el desayuno y el almuerzo y me muero de hambre. Toda la mañana he escuchado gente que toca a mi puerta así que me pongo los audífonos con la aplicación de White Noise a todo volumen para bloquear su exigencia de que les diga algo profundo o significativo o lo que sea que esta gente quiera de mí.

Cuando noto una pausa en los golpes a mi puerta, me doy cuenta de que aún tengo un poco de tiempo antes de mi clase, así que decido ir al restaurante griego donde comí con Simon. Nada malo puede suceder si estás rodeada de falafel. Al menos, eso es lo que elijo pensar.

Recorro apenas la mitad del camino que lleva de mi dormitorio a la calle y un tipo con chamarra de motociclista y bolso de mensajero cruzado al pecho levanta la mano para chocarla conmigo.

—¡Buen trabajo!

Esto es lo que me daba miedo. Levanto la mano con desánimo y mi infelicidad me está volviendo casi incapaz de funcionar, pero el tipo choca las palmas conmigo y grita.

—Tu video es genial —dice.

—Ah. Bueno, gracias.

Baja la mano, me da unas palmadas animadas en la espalda, hace un saludo extraño y continúa su camino.

Uno enfrentado, quién sabe cuántos por enfrentar. No podría odiar más este día.

Justo afuera del restaurante griego tres chicas me abordan.

—¡Eres la chica del video con Esben! —dice una.

—¿Da los mejores besos del mundo? ¡Tienes que contarnos! Seguro que sí, ¿verdad?

La chica de cabello largo y rojo pone una cara ridícula de ensoñación.

La tercera parece como si apenas pudiera controlar su furia.

—¿Por qué te fuiste? Dios mío, yo le habría arrancado el pantalón ahí mismo si hubiera sido tú.

—Entonces —se acerca la primera en plan conspirador—, ¿son pareja? ¿Regresaste por él?

Esto es horrendo.

—¿Qué? ¡No! ¡Dios! ¡No somos pareja! —respondo exageradamente a la defensiva. *Sé amable. ¡Sé amable!* me recuerdo. Carraspeo—. Me da mucho gusto que hayan disfrutado el video. Ahora voy a comer falafel.

Me doy la vuelta y abro la puerta del restaurante. El anciano griego que toma mi orden se ilusiona cuando me ve.

—¡Ey, ey! ¡Eres tú! —hace una señal al personal de la cocina a sus espaldas—. ¡Miren! ¡Es ella!

Todos los griegos gritan. Siento cómo se enrojecen y calientan mis mejillas.

Pago lo más rápido posible y me siento. Apenas le estoy dando el primer bocado a mi comida y llegan dos chicas que reconozco de mi clase de Psicología social a sentarse conmigo. Gritan: “¡Fue increíble! ¡Lloré!” y “¿Cómo estuvo? Cuéntanos todo”. Me pongo de pie, tiro el resto de mi comida y salgo corriendo.

El resto del día continúa igual pero por fortuna mi profesor da una conferencia detallada en la que consigo perderme durante una hora. No levanto

la vista de mis apuntes, pero puedo sentir las miradas de mis compañeros. Después, voy por un sándwich del centro de estudiantes y me lo llevo para cenar en mi habitación.

El jueves es igual de malo y se me ocurre que tal vez me voy a quedar atrapada por siempre en este vórtice infernal de atención y me voy a tener que salir de la universidad e irme a vivir a un sitio remoto del mundo sin acceso a internet. Viviré en una cabaña y comeré moras que encuentre cerca. De nuevo, pienso en las posibilidades que me brinda Amazon. Puedo pedir cualquier cosa que necesite. El aislamiento total se puede lograr. Podría vivir así.

Para el viernes ya estoy simplemente enojada. Me siento furiosa y estoica cuando me dirijo a la clase de Psicología social. Estoy tratando de emitir una vibra de que me dejen en paz, pero esto no evita que la gente se me quede viendo. Todas las miradas se centran en Esben cuando entra al salón y lo puedo ver buscando entre la gente. Se detiene cuando me ve, su rostro se alegra esperanzado y empieza a avanzar hacia mí. ¿A Esben le gusta el contacto visual y la comunicación silenciosa? Muy bien. Los dos podemos participar en este juego. Le lanzo una mirada llena de ira y él se detiene en seco. La conversación en el salón se apaga un poco, pero en este momento no me importa si todos pueden ver el rechazo que le estoy transmitiendo a Esben. Su expresión se torna preocupada, confundida. Luego arrepentida. Pero mi semblante sigue igual y, cuando entra el profesor, aparto la mirada de Esben y me niego a volver a verlo. Sin decir una palabra, le comuniqué a él y a todos los que nos observaban lo que tenía que decir.

Así que ya. Eso fue todo. Se terminó.

Mi aura de dureza cumple bien con su función de protegerme de otros comentarios y logro terminar la siguiente clase, recoger otro paquete de Simon de mi apartado postal y caminar de regreso a mi habitación sin que nadie me moleste.

Debería sentirme mejor ahora que logré dejar clara mi posición y que le puse fin al drama que rodeaba al video. Pero me siento fatal. Absolutamente fatal. *Consegu lo que quer a, ¿no?* Nada de Esben, nada de conexión, nadie que me hable. El orden mundial quedó restablecido.

Me debería sentir mejor de lo que me siento.

Escucho una voz conocida que grita mi nombre.

—¡Allison, ya era hora! Llevo veinticinco minutos sentada aquí y me estoy muriendo de ganas de ir al baño.

Levanto la cabeza y me detengo en seco. Mi corazón se eleva y mi vacío se desvanece.

—¡Steffi!

Sentada en los escalones de la entrada a mi dormitorio está mi mejor amiga. Se ve como una estrella de rock con sus pantalones de cuero rojos y su camisa negra sin mangas. Tiene una maleta pequeña a su lado. No sé si quiero estallar en llanto o en carcajadas.

Ella se pone de pie y abre los brazos.

—¡Ven a mis brazos!

Corro la distancia que nos separa y la abrazo con ferocidad.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Dios mío!

—¿Qué... estoy... haciendo aquí? En este instante, estoy tratando de... respirar....

Aflojo un poco mi abrazo y doy un paso atrás, riendo.

—Perdón —digo mientras muevo la cabeza con incredulidad.

Steffi se echa el cabello hacia atrás y me pone las manos en los hombros.

—Tengo. Que. Ir. Al. Baño.

—Bien, bien.

Abro la puerta, la llevo al baño de mujeres y luego a mi suite. Todo el tiempo le sigo haciendo preguntas.

—En serio, ¿qué estás haciendo aquí? ¡No lo puedo creer!

Siento que me inunda una felicidad genuina. Sin pensarlo, coloco el paquete de Simon sobre los demás en la habitación extra. Volteo a ver a Steffi y su expresión es de extrañeza.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Ella hace un gesto para señalar lo que hay a mis espaldas.

—Eh, ¿estás construyendo una torre enorme de Jenga o qué? ¿Qué diablos son todas estas cajas? —pregunta.

—Ah —respondo. Tiene razón. La torre de cajas se ve un poco extraña—. Son de Simon.

—Ya veo —dice con una sonrisa curiosa—. Volveremos a esto después. No tomé el vuelo nocturno a Boston y luego renté un coche para conducir un millón de horas para hablar de tu problema de acumulación de cosas.

Nos sentamos en el sillón.

—¿Entonces a qué vienes? ¿Y por qué no me avisaste?

Ella se encoge de hombros.

—Quería sorprenderte.

Sigo impactada de tenerla frente a mí.

—Pero, pero... ¿cómo conseguiste el dinero para el boleto y el coche?

—¿Tienes idea de cuánto dinero me proporciona la beca para comprar libros y cosas? Demasiado. No voy a comprar todos y cada uno de los libros en el programa. Ya sabes cómo es. La mitad del tiempo usamos el libro medio día y ya. Así que cambié los libros innecesarios por un viaje.

—Me alegra mucho que lo hicieras —digo y la vuelvo a abrazar.

Cuando la abrazo no puedo evitar buscar la cicatriz que tiene en el omóplato. Un recordatorio de la niñez difícil que sobrevivió. —Y tenemos que alimentarte. Estás en los huesos.

—¡Y bubis! ¡No te olvides de mis bubis! —aprieta el pecho contra el mío y yo me río.

—Cómo olvidarlas —le digo y me recargo en el respaldo del sillón—. Quiero que me cuentes todo. ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres cenar?

—Tequila —me dice.

—¿Podríamos incluir algún componente de comida también?

—Tal vez. Lo voy a pensar.

8

Tequila y cosas

El componente de comida resulta ser comida italiana de un restaurante cercano que no conozco. Steffi se come su plato de fettuccini Alfredo a toda velocidad y, entre bocados, me sermonea por nunca haber ido a este lugar.

—¿Es en serio? ¿Ahora entiendes de lo que te has estado perdiendo?

Luego clava el tenedor en una de mis albóndigas y se la mete entera a la boca.

Hacemos una parada rápida en la licorería (donde tres distintos chicos le dan a Steffi propaganda para varias fiestas) y regresamos a mi habitación. Steffi sirve nuestro primer trago de tequila. No había tomado nada de alcohol desde el verano y siento cómo me quema al bajar por mi garganta. Sonrío.

—Dios, extrañaba el tequila.

—Y el tequila te extrañaba a ti —dice Steffi. Le da una mordida a su limón y frunce la cara—. ¿Sabes qué te extrañaba también?

—¿Qué?

Mete la mano a la bolsa de papel que está junto a ella y levanta una botella.

—¡La ginebra!

—¡Yey!

Mete la otra mano a la bolsa y saca otra botella.

—¡Y el agua tónica!

—¡Yey!

—Y yey por mi magnífica identificación falsa.

Sirvo bebidas fuertes para los dos y saco unos cubos de hielo del mini refrigerador mientras Steffi hace una lista de canciones en mi computadora. La música empieza a escucharse en mi habitación a todo volumen.

—Diablos. ¿Hoy es viernes? —grita.

—Sí, ¿por qué? —entro a mi recámara y coloco su bebida en el escritorio—. ¿Por qué entraste a Amazon? —miro la pantalla con ojos entrecerrados—. ¿Y por qué estás comprando un rollo de etiquetas con borregos, cinta adhesiva y un cortador de vello de la nariz?

Steff da un gran trago y luego gira en su silla para mirarme a la cara.

—¿Recuerdas el departamento en el que viví el verano pasado? Bueno, pues después de mudarme, accidentalmente envié unas cosas allá porque se me olvidó actualizar mi dirección en algunos sitios de internet. Incluyendo, has de saber, un sitio donde compré un vestido súper sexy y nada barato. Las dos chicas estúpidas que se mudaron a ese sitio después que yo nunca me enviaron nada —da otro trago—. O me decían que las cosas nunca habían llegado. Mentirosas. Así que cada mes hago un pedido de cosas a mi antigua dirección. Me agrada la idea de que se emocionen mucho, pensando que pueden robarme otras de mis compras, y tal vez hasta se emocionen pensando que compré algo genial, porque siempre compro cosas geniales, ¿o no?, y que cuando abran el paquete sean calcetas a rayas y un cojín del emoji de popó o lo que sea. Así que las castigaré para siempre.

Ay, cuánto he extrañado a esta chica.

Me siento en la cama.

—Eso es brillante. ¡Quiero ayudar!

—Adelante. Elige algo. Aparte de boletos de avión, esto es lo que hago con lo que sobra de mi beca —se pone las manos en la nuca y se estira—. En verdad soy un genio.

Después de buscar un poco, agrego una etiqueta de “Prohibida la entrada a vendedores” y una caja de galletas de quinoa que han recibido malas reseñas. Cuando el teléfono de Steffi suena para indicar que recibió el correo electrónico confirmando su orden, celebramos terminándonos nuestras bebidas

y eructando al mismo tiempo. No cabe duda de que somos hermanas del alma.

Me queda claro que yo soy un peso ligero así que para las nueve y media ya estoy más que un poco contenta y se siente fantástico. Steffi está haciendo ese baile que se puede describir mejor como si tuviera un aro en la cadera y brazos de Supermán. Es muy extraño pero divertido. Desde mi lugar en el sillón disfruto de un cubo de hielo y veo a mi amiga moverse por la sala bailando al ritmo de la música. Sigo muy sorprendida de que esté aquí y la sonrisa que no me puedo quitar de la cara es un alivio muy bienvenido tras los acontecimientos de la última semana.

Al recordar eso, me enderezo de golpe.

—¡Oye! ¡Espera un minuto! —le grito con la voz embrollada por el hielo que tengo en la boca—. ¡Alto!

—¿Eh? —dice Steffi y hace una pausa en su baile—. ¿No puedes más con lo sexy que soy? —pregunta y sacude la cadera.

—¡Tú! —le digo señalándola con el dedo—. ¡No estás aquí porque tuvieras dinero extra!

Su expresión cambia al instante.

—¿Qué quieres decir? Quería pasar un fin de semana largo con mi mejor amiga. Eso es todo —dice, pero estira la mano hacia la botella de ginebra y empieza a servirse un trago.

—¡Estás aquí —digo con brusquedad y sin dejar de apuntar hacia ella— por motivos nefarios!

Steff se ríe.

—¿Motivos nefarios? ¡Ah, sí?

—¡Stephanie Elinor Troy! ¡Te crees muy lista! ¡Confiesa ahora mismo!

Pero ella apenas puede hablar porque está doblada de la risa e intenta respirar.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es tan gracioso?

Por fin me responde.

—¡Mi segundo nombre no es Elinor! —continúa con su ataque de risa histérica y se sienta a mi lado.

—¿No lo es? —empiezo a arrastrar mis palabras—. ¿Por qué pienso eso?

¿Quién es Elinor?

Parece que la pobre de Steff se va a hiperventilar y le toma mucho tiempo contestarme.

—¿Te acuerdas de esa familia extraña con la que viví en Watertown? Elinor era el nombre de su terrier Jack Russell.

—Ah —tomo su vaso y le doy un trago—. ¿Quién le pone Elinor a un perro?

—Un proctólogo y una médium que viven en Watertown y que querían una hija postiza por cinco meses.

—¿Siquiera tienes un segundo nombre?

Ella me quita su vaso y se encoge de hombros.

—No que yo sepa. Ni siquiera sé cómo tengo un apellido. *Eso* es más extraño que un perro que se llama Elinor. Recuerda que me abandonaron en uno de esos lugares seguros donde puedes dejar a los bebés sin que nadie te haga ninguna pregunta, así que dudo que haya tenido un papelito con mi nombre pegado a la cabeza. ¡Oye! ¿Entonces quién me puso el nombre? ¿Quién nos puso así? A ti también te dejaron en el hospital.

Tiene razón. Nunca se me había ocurrido.

—Es cierto. ¿Quién nos puso el nombre? Deberíamos haber podido escoger nuestros nombres.

—Pero tú te pusiste el apellido de Simon y ahora eres Allison Dennis y te queda bien —dice y se le ilumina la mirada—. Oye, tengo una idea. ¡Juguemos Jenga de cajas de Simon!

—Tonta —digo con una risita.

—Vamos. Nos vamos a divertir. Yo saco un paquete de la parte de abajo y espero que la torre no se caiga.

—¡No vamos a jugar Jenga con los paquetes!

—Entonces toma uno tú y luego uno yo... Pero en serio, ¿por qué no los has abierto? Simon seguro te mandó cosas buenas. Ramen y galletas y tratamiento para piojos.

—¡No tengo piojos! —le grito.

Ella asiente con seriedad.

—Todavía no. Pero los campus universitarios son famosos por ser sitios

de contagio de piojos.

Tal vez tiene razón. Tal vez Simon me envió cosas que en verdad necesito pero que no me había dado cuenta de que las necesitaba. Dios, Steffi no tiene a nadie que le mande cosas y realmente lo merece. Y tal vez sí haya galletas ahí... Debería considerar abrirlas. O al menos una.

Camino un poco inestable cuando me pongo de pie y empiezo a servirme una ginebra con agua tónica. Cuando estoy en medio de mi preparación me doy la vuelta y tiro ginebra en la alfombra.

—¡Oyeeeeee! Espera un minuto. Estás intentando distraerme del tema central.

—¿Que es, centralmente, cuál?

—El motivo por el que estás aquí —después de lograr terminar de hacer mi bebida, me vuelvo a sentar junto a ella—. Suelta la sopa.

Su mirada es inexpresiva y permanece en silencio.

Le doy un leve empujón en el hombro.

—¿Tienes noticias fabulosas o qué? ¿O solicitaste empleo como pasante en la revista que mencionaste el verano pasado? ¿Te lo dieron? ¡Ay, ay! O es un chico. Es un chico, ¿verdad? ¡Dime, dime!

Steffi sonríe y aplaude.

—Bien, sí. Es un chico.

Estoy a punto de estallar de emoción. A pesar de tener muchos amoríos divertidos, Steff no ha tenido un verdadero novio en mucho tiempo.

—¡Cuéntamelo todo!

Sigue sonriendo y se me queda viendo demasiado tiempo. Cuando levanto los brazos porque ya me frustró, empieza a hablar al fin.

—El nombre del chico es Esben Baylor y tú lo besuqueaste, te convertiste en una sensación de internet, y no quieres hablar de eso. ¡Algo muy importante sucedió! ¡Algo maravilloso! Esto es algo muy poco común en ti y es maravilloso. ¡Salud!

Yo me cruzo de brazos porque me hace sentir molesta y digo en tono burlón:

—¡No, nada de saluciones! ¡No vamos a empezar con las saluciones!

—Eso no es una palabra.

—Como sea. Pensaba que tenías buenas noticias sobre ti o algo. Pensaba que estábamos celebrando. Esto es una gran decepción. ¿De hecho estás aquí para hacerme hablar sobre ese chico Esben y la estupidez que hice?

—Sí —responde Steffi, saca su teléfono, le da unos cuantos golpecitos y apunta la pantalla hacia mí—. Mira, sólo mira.

Es una captura de pantalla de Esben y yo.

—No es nada —digo, pero mi negación suena débil y le quito el teléfono de la mano para estudiar la imagen.

—Claro que *no* no es nada.

Entonces me pongo otra vez en alerta.

—¡Hizo de mi vida un infierno esta semana! ¿Sabes cuánta gente me estuvo fastidiando por esto en el campus? ¿Cuántos querían que les contara todo con pelos y señales, haciendo preguntas personales y demás? Fue horrible. Y al fin logré que me dejaran en paz.

Ella intenta controlar un resoplido.

—Bueno, pues internet no los ha dejado en paz.

—¿De qué hablas?

—Los tuits, los comentarios de todos los sitios que publicaron la noticia... La gente sigue encantada con lo que sucedió.

—¿Hay comentarios?

—¡Claro, tonta! Miles —me mira con los ojos entrecerrados—. Necesitamos hacer algo con tu maquillaje. Y con tu cabello.

—¿Qué? ¿A quién le importa mi maquillaje y mi cabello? ¿Miles de comentarios? ¿Cómo es que hay miles de comentarios?

La ginebra no me está ayudando a evitar el pánico y apenas alcanzo a notar que Steffi me está soltando el cabello y está buscando una bolsa de maquillaje en su bolso.

Me hace cerrar los ojos y puedo sentir cómo me pone sombra en los párpados.

—Querida, Esben tiene más de cuatrocientos setenta y cinco mil seguidores. Y eso es sólo en Twitter. También está en Facebook, donde tiene más de trescientos mil. Además de su blog en vivo.

Abro los ojos y no hago caso de su expresión irritada por haberla

interrumpido en su cambio de imagen espontáneo.

—Cientos. De. Miles. Ay, Steff...

—Si prestaras atención al mundo en línea, lo sabrías. Esben Baylor es un ícono social. ¡Y está contigo en este campus! Me siento tan celosa que podría gritar.

Sí, yo también podría gritar.

Ella regresa a su teléfono y vuelve a ocuparse dándole golpecitos.

—Mira. Lee. Estos son los comentarios en su publicación original de Twitter.

Intentando controlar mi ira, empiezo lo que será el proceso infinito de ver los comentarios mientras Steffi me pone delineador de ojos color castaño oscuro, me pone rubor en los pómulos y luego enciende una plancha para el cabello y empieza a peinarme mientras yo leo.

Impactante. Sincero. Conmovedor. Sigue haciendo lo que haces, Esben.

¡Eres genial! Todo el montaje es extraordinario. Grax por compartir.

Le enseñé esto a mi mamá y los dos lloramos, ilol!

¿Quién es la chica? ¡Es muy guapa! ¡Felicidades, hermano! No está mal como principio de un romance, ¿eh?

¡Porfa ven a Chicago! ¡Te queremos acá! Me ofrezco como voluntaria para hacer lo que quieras. ¡Bésame!

¿Esta chica está en Twitter? Quiero seguirla.

ESO es un beso. Pero... ¿qué pasó? ¿Regresó? ¿Has hablado con ella?

Me río un poco y continúo leyendo. Los tuits sobre el video son en su mayoría halagadores y positivos. Hay algunos malintencionados también, por supuesto:

Esa chica no te merece. Qué bueno que se fue corriendo.

Odio todo tu material estúpido. Eres 1 idiota.

Esto es tan cursi y empalagoso. Consíguete una vida.

Todos los comentarios me provocan náuseas.

Steffi acerca demasiado la plancha a mi cuero cabelludo y se me sale un “¡Ay!”. Luego le doy un último trago a mi bebida que ya está muy diluida.

—¿Sabes qué? —digo a un volumen demasiado alto—. Lo que hizo él no estuvo bien. Yo no pedí este tipo de atención. Está muy bien si a él le gusta ser el centro del universo, es su prerrogativa, pero ¿cómo se atreve a meterme a mí y a otras personas inocentes en sus tonterías? Es una muy muy mala persona.

—Ah, sí, claro. Mala —hace una pausa—. Deberías decírselo, ¿no crees?

Yo azoto el teléfono en el sillón.

—¡Sí debería! Carajo, claro que debería.

—¡Sí, en este momento! —dice Steffi siguiéndome la corriente. Seguro ya la estoy convenciendo de compartir mi rabia—. Busquemos cuál es su dormitorio. ¿El directorio estudiantil está en línea? —pregunta.

—No sé. Supongo. Nunca he buscado a nadie.

Nos metemos al portal de Andrews, entramos a la zona de los estudiantes y a Steffi le toma unos cuantos segundos averiguar que Esben vive en Wallace Hall, que es un dormitorio no muy lejos del mío.

—¡Lotería! —dice y luego amplía la fotografía de perfil de Esben—. Dios, este chico es muy fácil de ver...

—¡Oye! Ya párale...

—Digo, sigue siendo muy mala persona, por supuesto, pero está guapísimo.

—Ahora me estás haciendo odiarlo más.

—Bueno, entonces necesitas ir a decirle lo malo que es en este momento.

—¿En este momento? —pregunto y me da hipo.

—¡Sí! ¡Vive el momento! —dice Steffi y se pone de pie. Tira de mi mano para que yo me pare también y me alisa un poco el cabello que me acaba de rizar—. Ve a ver ese video con él y señálale todos los momentos en que se portó mal.

—¿No vas a venir conmigo? ¿Como apoyo? Puedes, no sé, gritar “¡Sí! ¡Buen punto!” o “¡Aaaaauch!” cuando yo diga cosas ingeniosas e hirientes.

Ella saca su lápiz labial rojo del bolsillo de sus pantalones ajustados y se retoca los labios.

—Yo voy a ir a asomarme a una de esas fiestas donde me invitaron. Hay unos chicos muy bien parecidos en este campus. Mándame un mensaje cuando vengas de regreso.

—¡Voy a patearle el trasero a Esben! —canto con orgullo—. Como una justiciera.

—El trasero de Esben, justiciera borracha, sí, sí. Ahora sólo déjame ponerte un poco más de brillo en esos labios entreabiertos que tienes...

Macarrones y videos

Steffi y yo nos separamos frente al dormitorio de Esben y yo avanzo con mucha seguridad (aunque mis pasos no son tan firmes) por las escaleras. Al llegar a su habitación no dudo en darle varias palmadas a la puerta. Hoy me van a tomar en serio.

La puerta se abre y por un momento me quedo sorprendida, incapaz de ignorar que estamos de nuevo a una distancia muy corta. Y tampoco puedo ignorar que sus hombros son anchos, pero no demasiado, y que sé cómo se siente estar aplastada contra él, sintiendo cómo me abraza. Niego con la cabeza mientras miro al chico que luce obviamente sorprendido frente a mí.

—¡Tú y yo tenemos que tener una conversación, amigo! —le digo y lo empujo para entrar.

Me encuentro en una habitación sencilla. Apenas tiene suficiente espacio para la cama, un escritorio y una cómoda. La cama está sin hacer. Tiene un edredón color azul marino y sábanas a cuadros. Hay ropa sucia tirada por todas partes y el escritorio tiene tantas cosas encima que casi me da un ataque de pánico.

—Eres un cerdo —digo sin pensar.

A él le toma un segundo responder.

—Lo... soy. Perdón. No sabía que venías. Obviamente —se queda en silencio un momento y agrega—, Allison.

Es la primera vez que lo escucho decir mi nombre y me siento moderadamente turbada.

—Aydiosmio, perdón. No eres un cerdo. Qué mal que dije eso —miro alrededor de la habitación—. Pero tampoco es que seas un obseso de la limpieza. Aunque eso no tiene nada de malo. Es un estilo. Muy relajado.

—A ver, déjame... —Esben pasa a mi lado y empieza a estirar las sábanas y el edredón para medio arreglar su habitación—. ¿Quieres sentarte?

No me mira pero hace una señal hacia la cama.

—Muy bien.

Así que me siento y él se sienta en la silla del escritorio. Automáticamente empiezo a alisar el edredón con la mano y veo cómo se ondula la tela cuando paso la mano sobre ella. Después, miro por toda su habitación y apenas alcanzo a distinguir el pequeño microondas colocado sobre unas cajas de leche porque todo está lleno de ropa, cuadernos y discos. También veo una cámara de video en la repisa pero aparto la mirada.

El silencio se extiende más de lo socialmente aceptable, pero no se siente tan raro como debería. Él está esperando. Igual a como hace Simon cuando está esperando a que yo haga algo, me percato.

—Tengo unas preguntas —le escupo sin más. La ginebra me está haciendo comportarme demasiado directa. No puedo verlo a los ojos así que me miro las manos.

—Muy bien.

—¿Alguna vez has usado el cabello recogido en un chongo?

Él ríe.

—No. No lo tengo tan largo, pero dudo que lo hiciera, aunque pudiera.

—Eso es bueno.

—Siguiente pregunta.

—¿Por qué no tienes un cartel de un gatito colgado de una rama que diga, con una fuente espantosa, “No te rindas”? ¿O un cartel de Gandhi con una cita muy inteligente? Lo único que tienes es una impresión en blanco y negro de Lenny Kravitz.

—Soy alérgico a los gatos y Gandhi era menos fotogénico que Lenny Kravitz.

—Gracioso —digo sin entonación. Al fin, levanto la cabeza—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me hiciste eso?

—No entiendo —responde él con suavidad.

—¿Por qué me pusiste en internet? ¿Por qué me convertiste en parte de todo esto? ¿Qué te hice? —mi voz empieza a elevarse de tono—. Estaba bien, ¿sabes?, y luego túúúúúú llegaste y todos me están fastidiando y me preguntan sobre mí —estoy borracha y agito las manos en el aire— y tuitean y comentan sobre cosas y todo eso. Yo no pedí nada de eso.

—Allison, lo siento mucho —dice él con amabilidad pero con un aire de sorpresa—. Yo... yo... tú firmaste el documento para exentarnos de responsabilidad. Tú... yo asumí que sabías quién era yo.

—Aaah, vaya, muy seguro de sí mismo el joven.

Él ríe un poco.

—No lo dije con esa intención. Es que... hago muchos de estos experimentos sociales y demás y el campus es relativamente chico.

—Entonces, deberías haber sabido que me gusta que me dejen en paz. Que no quiero que la gente me vea actuando como, como... —ni siquiera sé cómo decir lo que quiero decir—. Nadie tendría que haber visto eso. Porque no debería haber pasado. Hiciste algo —digo en un tono demasiado acusador—. No sé qué, pero hiciste algo. ¿Por qué? ¿Necesitabas a alguien que fuera tu gran final así que hiciste que tu hermana consiguiera a la persona más introvertida que pudiera encontrar para ver si podrías... no sé, ¿romperme?

Esben se ve ofendido de verdad y siento algo de culpa. Él niega una y otra vez con la cabeza.

—No, no. Dios, no... —mira hacia un lado como si estuviera buscando qué decir.

—¿Qué sucedió ese día? Tienes que decirme —le ruego—. Porque no lo entiendo, así que tú tienes que entenderlo. ¿Por qué tú y yo... —no me atrevo a decir las palabras—. Vamos. Dígamelo todo, señor Esben Baylor. Tal vez pienses que todos te conocen, pero yo no sé nada de ti excepto que eres un patán —me da hipo y él tiene la amabilidad de no comentar nada—. Así que empieza a hablar ya.

Estoy muy enloquecida y poco amable en este momento, pero no puedo

evitar decir todas las palabras que se me salen.

—De acuerdo —dice. Inhala profundamente y exhala despacio—. Nunca sé quién estará involucrado en ninguno de mis proyectos. De verdad. Aunque había muchas personas ahí la semana pasada, nos estaba costando trabajo conseguir voluntarios. Creo que la gente se pone nerviosa cuando me han estado observando por un rato. Además, por lo general es más interesante con personas que no han tenido mucho tiempo para pensar con anticipación en lo que van a hacer. Kerry dice que sólo te sacó al azar de entre la gente. No estaba planeado. De verdad.

Esben mira al piso y se frota las piernas de sus jeans con nerviosismo.

—De todas maneras sucedió —digo con una voz más amable de lo que planeaba. También más asustada, tal vez—. De todas maneras sucedió y yo no quería que sucediera.

—De haber sabido que no querías estar ahí... No sabía nada de ti excepto que tiraste tu café un día —dice con un asomo de sonrisa—. Quería hacer ese experimento social porque pensé que sería una gran manera de ver cómo se pueden comunicar y sentir dos desconocidos y cómo podrían incluso encontrar que tienen algo en común sin cruzar palabra. Cómo los prejuicios sobre otros se eliminan durante este proceso, cómo una relación surge en ese breve periodo. No sabía cómo iban a darse las cosas. ¿Cómo podría saberlo? —su sinceridad es innegable—. Incluí la sección de nosotros en el video porque sucedió algo muy especial. Algo que me ha afectado y para lo cual no estaba preparado. ¿Quieres que te lo explique? No sé si puedo. Sólo... —se empieza a ver un poco incómodo—. Algo había en ti que me atrajiste muy rápido. No estoy seguro de haber estado tan concentrado en alguien antes. Fue como si estuvieras completamente dentro de mi mente, escuchándome, cuestionándome, consolándome, buscándome.

Esben ríe con una incredulidad que puedo entender y se pasa la mano por el cabello mientras se reacomoda en la silla.

Yo me recargo hacia atrás en su cama y tomo una de sus almohadas para apoyarme.

—Tal vez entienda eso o no —admito—. Sigue diciendo cosas.

Quiero que continúe hablando porque el licor me ha hecho sentir menos

tensa y estoy disfrutando de ver cómo mueve las manos cuando habla, cómo tiene la voz un poco ronca sin ser demasiado profunda.

—Sólo porque no existe una explicación racional para lo que sucedió entre nosotros, eso no significa que no pueda apreciar y agradecer esos tres minutos. ¿Qué tan frecuente es que nos conmovamos *as*? —me mira con timidez—. Ese día, ¿sabes?, logré otras conexiones increíbles. Como el tipo que medía casi dos metros, tenía una pañoleta en la cabeza y una chamarra de cuero tachonado e inspiraba miedo. Para ser sincero, sí me asusté un poco cuando se sentó. Tengo reacciones injustas hacia la gente, igual que todos. De cualquier manera, me aclaré la mente lo mejor que pude e intenté no suponer que me iba a asesinar en cualquier momento. Y entonces sucedió algo increíble. No sé por qué, pero en algún momento él empezó a reírse. Y luego yo también. Y pronto ambos reíamos a carcajadas y nos estábamos divirtiendo.

—Y por lo visto no te mató.

—No.

Me concentro en su muñeca y las pulseras de cuero y cuerda que trae puestas antes de regresar la mirada a esa cara hermosa que tiene.

—Y luego llegué yo.

Él asiente y se inclina hacia mí con los brazos sobre las piernas.

—Pateaste una silla —le recuerdo.

Cuando sonrío sus malditos ojos color ámbar me quitan todas las ganas de permanecer enojada.

—Lo hice. Eso estaba fuera de mi control.

—Y volteaste la mesa.

—También estaba fuera del mío.

—Me besaste.

—¿Cómo podía no besarte? —Esben me mira directo a los ojos. Otra vez—. ¿Fue sólo mi imaginación? Porque estoy bastante seguro de que tú me besaste también.

Estoy contando los segundos en mi mente. *Seis, siete, ocho, nueve, diez...* Asiento. Tiene razón, pero no puedo decirlo en voz alta.

—¿No te pareció hermoso? —sugiere—. Para mí lo fue. Tal vez no para ti. Pensé que en ese momento había sido demasiado para ti y que por eso te

habías escapado. Y por eso no intenté buscarte después.

Miro en dirección a la cámara de video.

—No fuiste a la clase de Psicología social el lunes, ¿te estabas escondiendo?

—No me sentía muy bien.

—Maravilloso. ¿Me va a dar mononucleosis a mí también? ¿O la gripe aviar?

Se ríe.

—No. Sólo eran mis alergias de otoño que me hicieron sentir un poco mal.

—Ah —juego con mis manos y luego lo vuelvo a mirar a la cara—. Siento mucho que no te sintieras bien —estudio su cara hasta que me doy cuenta de que ya pasaron demasiados segundos y la situación empieza a ser rara—. Espero que estés mejor.

—Estoy bien —dice Esben con tono tranquilo y sereno—. Y tú no estuviste en clase el miércoles. Y hoy en la mañana fue obvio que no te dio gusto verme —suspira como disculpa y lo hace de la manera más tierna—. ¿Allison? De verdad lamento mucho que te haya incomodado todo esto. Puedo quitar el video en dos segundos.

Me enderezo y miro alrededor de su habitación. Algo llama mi atención y me paro de la cama para robarme un contenedor pequeño para microondas de macarrones con queso. Tengo que entrecerrar los ojos para poder leer.

—Cocinar por tres minutos. Qué irónico —le arranco la tapa y saco el paquete metálico de salsa de queso—. ¿Tienes agua?

Esben arquea la ceja y yo me quedo petrificada.

—Ay, dios, perdón —miro el contenedor abierto—. Por lo visto me dio un hambre loca cuando vi esto y lo abrí sin pensar. Qué grosero de mi parte... eh, déjame ponerlo de vuelta...

Me esfuerzo por completar la tarea imposible de volver a sellar el contenedor de macarrones con queso.

Él ríe.

—No te preocupes.

Saca una botella de su pequeño refrigerador y agrega agua al tazón.

Yo regreso a mi sitio en la cama y ahora me siento un poco mortificada.

Otra vez. Mi teléfono suena. Steffi me envió un mensaje desde la fiesta. Me mandó una foto de ella y un tipo bien parecido con camisa a cuadros con el mensaje: “¡Conocí a un chico lindo!”.

Esben me acerca la botella.

—Tal vez quieras un poco de esto.

Ay, dios.

—Perdón. Sé que estoy un poco borracha. O mucho. No sé —pero tomo la botella de su mano y bebo. Me humedezco los labios y lo veo mirarme.

—Tu pelo... se ve muy bonito así. Con los rizos.

—Steffi lo hizo.

—¿Steffi es tu compañera de habitación?

—No, es mi amiga de California, que por lo visto vino a visitarme sólo para fastidiarme porque no le había dicho nada sobre ti.

—Ya veo —dice Esben y cierra los ojos por un segundo—. De nuevo, lamento mucho si todo esto te ha incomodado. Algunos de mis proyectos exigen demasiado del participante. Tienes que estar abierto y... dispuesto a entregarte. A veces la gente no está preparada del todo para hacerlo, o se sorprenden con lo que sucede, pero por lo general es de una buena manera — hace una pausa—. Aunque estén renuentes al principio, a veces su transición vale la pena.

—¿Como conmigo?

—Como con nosotros —me corrige. Se pone de pie y camina todo lo que puede en el pequeño espacio de su habitación—. ¿Por qué firmaste el documento de exención?

La condensación de la botella de agua está mojándome la mano pero la frescura es agradable.

—No estaba prestando atención. Había estado de... de un humor extraño. No sabía lo que estaba haciendo —me vuelve a dar hipo—. Muros... dijiste algo sobre los muros entre las personas. Ésa soy yo.

—No te gusta haber dejado caer esos muros.

—No.

Él se vuelve a sentar.

—¿Por qué no?

—No espero que entiendas. A ti te agrada la gente. Eso es obvio. Eres curioso. Quieres investigarlos, buscar en las distintas profundidades de la humanidad y esas tonterías, ¿no?

—Supongo que ésa es una manera de describirlo —dice Esben intentando controlar su sonrisa.

Gira en la silla y saca los macarrones con queso del horno, una cuchara de plástico y me los cambia por el agua.

—Yo no soy así. A mí no me encanta la gente porque básicamente son decepcionantes —estos macarrones con queso son lo mejor que he comido en la vida. Uso la cuchara para apuntar hacia Esben entre bocados—. No son de fiar, son egoístas y mienten todo el tiempo.

—Esa perspectiva es un poco negativa.

—¡Ya me estás entendiendo! —digo con felicidad—. Entonces, yo no entiendo lo que haces. Para nada. Ni siquiera puedo ver esa cosa de contacto visual que hiciste. Que *hicimos*.

—Espera un segundo. ¿Ni siquiera has visto el video?

—Sólo fragmentos —me limpio la boca con el dorso de la mano.

—De acuerdo. ¿Qué te parece si te propongo algo? Velo y dime lo que piensas. Luego lo quitaré si quieres. Sólo tienes que pedírmelo. Pero, Allison, al menos ve el video.

—Está bien. ¡Pónmelo! —digo.

Me pongo de pie y hago un ademán exagerado porque estoy borracha y le indico que se pare de su silla. Él tiene la cortesía de tolerar mi actitud alcoholizada pero noto que pone los ojos en blanco y sé que me lo merezco.

—Maravilloso. ¡Un monitor gigante para que todo se vea más grande y sea aún más traumático! —grito.

—No será traumático —dice Esben riendo.

Se inclina sobre mi hombro y mueve el ratón. Me siento profundamente consciente de su proximidad y no sé qué pensar del inevitable tartamudeo de mi corazón.

—Entonces, ¿Steffi es una amiga de tu ciudad? —pregunta.

—Ya te dije. Vive en California. En Los Ángeles.

—¿Tú eres de allá?

—Yo soy de Massachusetts —murmuro y veo la imagen del video—. Ambas vivimos en el sistema de familias temporales.

Esben detiene el video antes de que empiece.

—¿Sí? Guau. ¿Cuánto tiempo?

Su pregunta no está llena de compasión fingida ni me está preguntando por morbo para conocer los detalles escabrosos. Sólo tiene curiosidad.

La pantalla frente a mí está congelada en la imagen de inicio y la miro tanto tiempo que empiezo a verla borrosa.

—¿Las familias temporales? Estuve ahí una eternidad. Bueno, hasta mi primer año del bachillerato. Steffi también. De pequeña estuvo enferma y creo que eso asustó a sus padres potenciales. Yo no estaba enferma pero nadie me quería de todas maneras. Supongo que éramos los desechos. Pero vivimos juntas un tiempo. Ella me salvó. En la medida de lo posible, me salvó —le digo la verdad con la misma facilidad con la que respiro—. Mi madre biológica me dejó en un hospital en Boston y eso es todo lo que sé de ella. Tal vez era demasiado joven o no tenía dinero. O era una delincuente. Tal vez era la amante de un senador con quien tuvo una hija secreta. Eso sería genial, ¿no?

—Sin duda le agregaría algo de escándalo a tu historia —dice él divertido. Yo suspiro.

—Es improbable, supongo, pero es la más intrigante de las opciones. A fin de cuentas, no importa en realidad. El punto es que a mí nadie me quería. Viví con diecisiete familias. Son muchas, ¿no? —eructo y me tapo la boca con la mano—. Perdón. Pero bueno, algunas de las familias eran buenas. Sé lo que han pasado otros chicos que están en este sistema y a mí nunca me fue tan mal como a muchos. Pero de todas maneras, nunca desempaqué mi maleta. Me daba demasiado miedo. No tenía caso.

La ginebra se está volviendo una molestia pero no puedo luchar contra ella.

—Por eso tienes muros —dice él.

—Sí —admito—. Por eso tengo muros.

Lo siento acercarse. Su boca no está tan lejos de mi oreja.

—Pero los dejaste caer, aunque fuera por un momento. Así que tal vez querías que empezaran a resquebrajarse.

Como no tengo mi filtro normal en este momento, respondo.

—Sí. Tal vez. Es agotador mantenerlos erguidos. Pero no sé qué podría suceder si dejo que caigan. No he estado sin ellos en muchísimo tiempo — murmuro—. Tal vez siempre los he tenido.

—Entiendo. Y me siento honrado de que me hayas permitido echar un vistazo detrás de ellos porque nunca había sentido nada así. Así que mira — presiona “Play”—. Éste es el original. Algunos sitios que lo publicaron le pusieron nombres horribles para que fuera llamativo o lo que sea. Eso está fuera de mi control...

—¡Shhh!

Suena música y siento que me tensa pero no aparto la mirada. Esben tiene razón. Tengo que ver esto porque necesito toda la información. Tengo que saber qué está circulando sobre mí.

El título aparece en la oscuridad: *Sólo son necesarios 180 segundos.*

Empiezan a aparecer videos y palabras. Escenas de los primeros segundos de las personas que se sentaron con Esben mezclados con momentos posteriores de otras personas.

Ahí está el anciano que vi cuando Steffi me mandó la liga. Tiene el bastón a su lado y sonríe apaciblemente todo el tiempo que está con Esben. Se percibe su amabilidad y apertura de una manera que me conmueve. Como el abuelo que nunca tendré.

El texto dice:

Algunas personas comparten con el mundo su satisfacción y dicha absoluta con gran facilidad. Es contagioso.

Luego está la mujer del traje sastre, que se ve increíblemente agotada. La veo enfocarse, la manera en que se suaviza su rostro, y la manera en que se relaja con el contacto visual.

La madre de cuatro hijos de menos de cinco años. Trabaja durante el día como gerente de una tienda departamental y nunca tiene libres los fines de semana. También trabaja tres noches a la

semana como anfitriona para que su familia pueda pagar sus deudas. Como su esposo trabaja en las noches, sólo se ven unas cuantas horas por semana. Pero dice que eso es suficiente porque el amor siempre gana. O, mejor dicho, aclara, porque quiere que gane.

Un bombero con el uniforme todavía lleno de hollín aparece. Su rostro endurecido y derrotado es demoledor.

Este hombre acababa de salir de un turno de quince horas. Rescató a tres personas de un edificio en llamas. Se siente orgulloso pero también se siente mal porque no pudo llegar al cumpleaños de su hija de seis años. Le preocupa que ella vaya a recordar esto siempre.

Luego está la mujer de edad madura con trenzas hermosas y piel del color del café. Su rostro es inexpresivo y casi no lo cambia en las escenas que vemos, sólo se ven una que otra vez sus ojos llorosos.

Esta mujer perdió a su esposo hace justo un año. Dice que es la primera vez que logró escapar de lo peor de su dolor aunque fuera por unos cuantos minutos.

Miro el resto del video, incluyendo la escena con Esben y el motociclista de la chaqueta, anticipando y temiendo el momento en que yo aparezca.

Me dejó al final.

Mis dedos rozan los suyos cuando tomo el ratón y pauso el video. Lo volteo a ver.

—Significas mucho para esas personas —le digo y lo entiendo de una manera que no había entendido antes.

—Ellos significan mucho para mí —me dice Esben y me mira con tal calidez y sinceridad que casi no puedo soportarlo—. Sólo les di una oportunidad para que su mundo se detuviera un poco. Lo que ellos hagan con

eso queda fuera de mi control—entiendo a lo que se refiere; lo viví—. Sigue viendo —me dice.

Su susurro tiene un toque esperanzado aunque un poco nervioso. Yo titubeo, retraso el momento, no logro forzarme a reproducir el video porque me da miedo que el mundo, o *mi* mundo, pueda explotar si lo hago. El ratón de la computadora se siente duro y amenazante en la palma de mi mano.

Esben pone la mano sobre la mía.

—Está bien.

Juntos, presionamos “Play”.

Robin Hood

A veces, sucede lo inesperado. A veces, alguien te hace romper tus propias reglas, leo.

Mi cuerpo se tensa cuando empiezo a ver, pero mi curiosidad me hace seguir adelante. Aunque yo viví esos momentos, es fascinante verlos desde esta nueva perspectiva. Así es como los demás vivieron mis tres minutos con Esben. Y me doy cuenta, muy pronto, de que Esben incluyó los tres minutos *enteros*, no sólo escenas como con el resto de los participantes. Estoy pegada al video en esta ocasión. Siento desesperación por no perderme ni un segundo de lo que suceda. Hay tomas de mi rostro de frente, del de Esben, nuestros perfiles mientras nos vemos, y ahora puedo ver que otras personas estaban grabando aparte de Kerry. Es bastante desagradable ver lo fría que me comporto durante los primeros momentos que lo miro, pero la manera en que me voy liberando de mi armadura y mis defensas, la manera en que finalmente me permito estar con él, es embriagante. Es un lado de mí con el cual casi no estoy familiarizada.

El video lo muestra volteando la mesa, pateando la silla y cómo corremos uno hacia el otro como si nos necesitáramos para poder seguir respirando. Me siento menos asustada de lo que pensaba al ver esto. De hecho, siento una oleada de emociones, y una calidez, que no tiene nada que ver con todo el alcohol que he bebido, me recorre el cuerpo.

En la pantalla, la boca de Esben me toca la mejilla. Eso lo recuerdo bien. Es justo antes de que perdiera la cabeza y me encojo un poco porque sé qué es lo que viene. Pero no aparto la mirada cuando veo que estoy levantando la boca hacia la de él. El beso dura y dura. Me provoca un escalofrío. Nunca había besado a nadie así. Con las pocas personas que había besado los besos no se parecían nada a éste. Tampoco se sintieron nada como éste.

Al fin logro comprender por qué internet estaba fascinado con nosotros.

La parte más dolorosa de ver es cuando lo empujo y me voy, cuando mi miedo y mi confusión se vuelven demasiado fuertes para poder seguirlos controlando.

Me decepciono a mí misma. Me avergüenzo. Cualquier persona que hubiera estado en mi lugar no habría roto ese vínculo.

—No debería haber hecho eso —digo.

—¿Besarme?

—No. Retroceder.

—Está bien —me dice.

Una tristeza y frustración enormes me invaden.

—No, en realidad no está bien. No está bien que nunca haya besado a alguien ni con una fracción de la urgencia de ese beso. No está bien que tenga miedo de la gente y las relaciones y la interacción. Nada de eso está bien.

Esben se arrodilla a mi lado e intenta calmar mi creciente ansiedad.

—Mira, no soy terapeuta pero..., diablos, te han pasado muchas cosas y, si me preguntas, *está* bien que hayas estado en un mal lugar. Que hayas estado ahí no significa que debas quedarte si no quieres.

Pienso unos minutos.

—Vuélvelo a poner —digo en voz baja—. Vuélvelo a poner.

Veo el video otras tres veces y Esben permanece a mi lado. Después, cuando ya memoricé cada segundo de nuestro tiempo al aire, giro en la silla. Noto que Esben está muy tranquilo. Muy dueño de sí mismo.

Steffi tenía razón, debo admitirlo. Tal vez la bruma de la ginebra es lo que me permite reconocer esto, pero es guapísimo. Levanto una mano con lentitud y le pongo las puntas de los dedos en la mejilla. Esben no se mueve mientras mi mano le recorre el rostro. Trazo la línea de su mandíbula firme y bajo hasta su barbilla. El dorso de mi mano se mueve poco a poco hacia arriba, de regreso. La sensación de su piel es suficiente para hacerme desear mantenerme ahí para siempre.

—Te afeitaste —digo.

Él sonríe.

—Así es.

—¿Esben?

—¿Sí, Allison?

—¿Tienes más macarrones con queso? Sigo un poco borracha y con hambre.

—Por supuesto —responde riendo.

Durante un instante su mano pasa sobre la mía y la aprieta un poco.

Con el sonido del microondas de fondo, me pongo a leer los comentarios debajo del video. La cantidad de comentarios es incomprensible. Hay más de diez mil. Voy leyendo rápidamente, bajando, leyendo otros cuantos.

—¿Qué es *instalove*? —pregunto mientras empiezo a comerme mi segundo tazón de pasta y Esben se recuesta de lado con la cabeza apoyada en una mano.

—Ah... —se le sonrojan las mejillas y sospecho que esto no sucede con frecuencia—. Eh... es un poco incómodo...

—Mucha gente nos está poniendo el hashtag de *instalove* —ahora yo me sonrojo—. Digo, no a *nosotros*. A ti. A tu video —doy un gran bocado y hablo con la boca llena—. ¿Por qué está haciendo eso la gente?

—Ah. Sí. Bueno, significa, ya sabes, amor instantáneo. Con frecuencia se usa de modo despectivo para decir que dos personas se enamoraron demasiado rápido. Que es una cosa ficticia que nunca sucedería en la vida real. Pero también hay mucha gente que está de nuestra parte. Con nosotros y el *instalove*. Porque algunas personas creen en eso. Dicen que lo han vivido.

Una oleada de humillación me recorre. De nuevo. Debería estar acostumbrada a la sensación. Pero también me siento un poco..., no sé. Es una especie de vergüenza pero positiva.

—El beso —trata de explicarme— le llegó a los espectadores. El video capturó la... la atracción entre nosotros. Mucha gente está convencida de que debemos estar juntos.

—¿Juntos?

—Allison —dice él con un poco de timidez—. Creen que nos enamoramos ese día.

Yo permito que sus palabras se solidifiquen en mi cerebro.

—¿Cómo podría suceder eso? No tiene sentido. ¿Y por qué les importa?

—Es una buena pregunta. Vieron algo que les recordó a alguien. Algo que querían. Proyectaron sus propias emociones en nosotros. O —dice con cautela

— vieron que sucedió algo real.

—Pero... yo me fui.

—Sí lo hiciste. Pero la gente quiere creer en el amor. Quieren creer que te alejaste por un motivo. Que tal vez regresarías —ver a Esben nervioso es lindo—. Ah, y antes de que lo veas por tu cuenta, probablemente debas saber que hay otro hashtag por ahí —literalmente carraspea, tal vez para ganar algo de tiempo—. Es #besodebesos junto con gente que quiere ver #besodebesospartedos.

Me veo obligada a controlar mi voz.

—¿Tú crees en este... en este instalove?

—Instalove. No, tal vez yo no diría *love*. Así se llama pero la palabra es un poco molesta y desconsiderada, si me lo preguntas. Hace de lado las cosas poderosas que pueden suceder en cuestión de segundos. Lo he visto una y otra vez. No es exactamente lo que..., eh..., lo que sucedió aquí, pero me ha sorprendido mucho cómo emergen los sentimientos crudos de la gente en tan sólo unos minutos —hace una pausa—. Lo que cuenta es lo que haces *después* de esos minutos.

Mi mundo parece estar girando cada vez más rápido y lo podría detener pero no lo hago. Me arriesgo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunto.

Esben me mira pensativo.

—Esperar. Voy a esperar.

—¿Esperar qué?

—Esperarte a ti.

—Ah.

Sonríe un poco.

—Es obvio que no estás teniendo la mejor reacción a lo que está sucediendo, así que voy a esperar a ver dónde aterrizas cuando todo esto se tranquilice un poco. ¿O tal vez tú ya sepas lo que vas a hacer?

—No estoy segura. Pensé que sabía, pero luego me diste macarrones con queso y no te has portado como el patán que pensé que eras.

A Esben le brillan los ojos.

—Me alegra oír eso.

—Siento mucho haber sido tan grosera antes. Hace rato que llegué aquí y

en la clase. Y ese día... —suspiro para mí misma—. Soy un desastre.

—No tienes que disculparte.

—No soy como tú, Esben. No soy sociable, ni feliz, ni me siento cómoda conmigo misma. Ni con el mundo.

Él me sonrío de manera burlona.

—Todavía no.

—No te adelantes —le digo. Pero de todas maneras sonrío.

Regreso al sitio web y miro lo que hay hasta arriba. Me doy cuenta de que es la página de Esben, donde se centraliza todo lo que ha hecho. Presiono una publicación previa que se llama *Salvando al soldado loro* y leo por un minuto.

—¿Encontraste al loro de alguien? —pregunto.

—Sí. Fue bastante interesante. Alguien que vive a un par de pueblos de distancia me envió un mensaje y me preguntó si podría correr la voz de que su loro se había escapado. Un animalito lindo llamado Peep. De alguna manera, escapó de su jaula y su dueño estaba muy afligido. Así que lo publiqué y luego alguien lo compartió en Facebook y recibió un comentario en el cual le mencionaron que habían visto un loro sobre el parquímetro que está frente a un estudio de tatuajes. Así que etiqueté al estudio y el dueño salió a buscarlo pero antes de que lo pudiera atrapar, el loro se fue volando. Sin embargo — Esben se anima más y más mientras habla—, el dueño alcanzó a ver que el pájaro voló a la punta del edificio del otro lado de la calle. Hay un estudio de baile en el tercer piso y una bailarina de diez años comentó que ella estaba en el estudio y que tenía un loro de mascota y sabía cómo atraparlo. Así que la niña subió a la azotea —guarda silencio y me mira para tranquilizarme—. No te preocupes. Una azotea plana. Y, dicho y hecho, extendió el brazo de una manera que el loro debe de haber entendido porque voló directo a ella. El dueño del estudio de tatuajes tomó una foto, ¿ves?

Vuelvo a mirar la computadora y busco en las fotos. Ahí está, con su tutú y todo, y sosteniendo al loro.

—¿Y en la clase el otro día? —le pregunto—. La gente estaba gritando algo sobre un hashtag. ¿Valórate? ¿Así es? Es algo que tú empezaste, ¿no? ¿Qué quiere decir ese hashtag?

—Sí, fue divertido y me llegaron muchos comentarios sobre eso. Le pedí a

la gente que pusiera sus fotografías y que dijeran de qué estaban orgullosos, o qué era lo que más les gustaba sobre ellos mismos. Una especie de momento para deshacerse de los estúpidos estándares sociales y apreciarnos por quienes somos. Así que les pedí a los seguidores que celebraran lo que les gustaba sobre ellos mismos con fotografías que no tuvieran muchos filtros. O que presumieran sobre algo increíble que hubieran hecho por ellos mismos, por un amigo, por un desconocido..., lo que fuera que los hiciera sentir bien. Lo que fuera, en realidad —ríe.

—¿Y qué sucedió? —pregunto—. Dame un ejemplo.

—Ah, eh..., bueno. Un tipo subió una fotografía de él con su hija. La niña tendría unos cinco años y su papá le permitió ponerle chongos en el pelo y en la barba y tenía una boa de plumas en el cuello y una tiara. Subió la fotografía desde un restaurante de hotcakes repleto de gente y dijo que era un padre soltero y orgulloso que haría lo que fuera para que su hija estuviera contenta —se pone más serio—. Este papá me envió un correo electrónico. La madre de la niña se fue cuando la niña tenía seis meses. Él se sintió inspirado por el hashtag de valórate y, cuando su hija le pidió que se disfrazaran, le siguió la corriente. Cuando le pidió ir a comer hotcakes, lo hizo. Y se divirtieron mucho. Compartí su fotografía en una publicación aparte y a la gente le encantó. Él me escribió de nuevo después para decirme que gracias a todo el apoyo en línea y lo valorado que se había sentido, él y su hija iban a hacer todos los domingos un Domingo Glamoroso de Chicas y Hotcakes.

—Me encanta. Debes de sentirte muy orgulloso —apenas empiezo a comprender la enormidad de lo que hace Esben.

—No sé si orgulloso. Sólo me gusta publicar estas cosas. Darle a la gente una oportunidad para brillar. Para sentirse bien con ellos mismos.

—Le das a la gente esperanza y... dicha —digo con incredulidad— y consuelo en este mundo que suele ser una porquería.

Él lo piensa por un momento.

—No pude hacerlo para ti.

—Lo hiciste. Sólo que a mí no me gustó que lo hicieras —reflexiono.

—¿Por qué?

—Porque esas cosas son temporales para mí —digo y me tallo los ojos.

Me doy cuenta de que estoy completamente agotada y, además, aterrada deirme de su habitación. De dejar a Esben. De repente, quiero estar con Steffi. Ella hará que todo esté mejor—. Me tengo que ir.

Él asiente.

—Está bien. Te acompañaré a tu dormitorio.

—¿Qué? Dios, no. ¿Qué tal si alguien nos ve juntos? Todos se pondrán locos con sus hashtag. Estoy bien.

Esben se pone de pie y niega con la cabeza.

—Es tarde y de ninguna manera te voy a dejar que cruces sola el campus.

—Está bien —accedo y salgo un poco mareada al pasillo. Le mando un mensaje de texto a Steffi—. Pero camina a más de cinco metros de distancia.

—¿Para que parezca que te vengo siguiendo?

—Sí —me río—. Digo, no. Sólo camina sin preocupaciones y no parezcas un loco. Tampoco saques un cuchillo. Ni un arco y flecha ni nada —empiezo a caminar hacia las escaleras.

—¿Arco y flecha? —pregunta con una risa.

—No sé. Como Robin Hood.

Mis pasos hacen eco mientras voy bajando las escaleras y luego escucho a Esben que empieza a bajar.

—¿Porque le robo a los ricos y le doy a los pobres? —pregunta a mis espaldas.

—Porque, conociéndote, lograrías verte bien con mallas.

Abro la puerta del dormitorio. El aire de la noche es fresco y me cruzo de brazos para no perder calor.

El sonido de su risa baila en la noche.

—Gracias, ¿creo?

Avanzo un poco más y luego lo volteo a ver.

—También le das a los pobres, de cierta manera.

Caminamos en silencio y puedo sentir su mirada en mí mientras busco mis llaves. Mis movimientos son torpes y me toma demasiado tiempo sacarlas.

—¡Aquí están! —grito para celebrar.

Abro la chapa, luego la puerta y me detengo. No estoy segura de cómo decir buenas noches. Mi fatiga, mi confusión emocional y los efectos restantes

del alcohol me están pesando y me dificultan portarme socialmente inteligente. Así que me quedo ahí parada, dándole la espalda, y dudo qué debería decirle.

—¿Allison?

Volteo con lentitud y me recargo contra la puerta abierta.

—¿Sí?

Esben está parado a una buena distancia de mí. De verdad se mantuvo a más de cinco metros mientras caminábamos a mi dormitorio.

—Me da gusto que me hayas visitado.

—Bien.

—Es cierto —se mete las manos a los bolsillos de sus jeans. La luz de una lámpara brilla sobre él—. ¿Nos vemos el lunes?

—Está bien —respondo. Empiezo a entrar pero me detengo—. ¿Esben? A mí también me da gusto haberte visitado.

Bajo a mi habitación. Steffi tiene puesta mi bata y sale de la segunda habitación toda despeinada.

—Vaya, ¡ahí estás! ¿Le diste su merecido? —pregunta.

Yo la miro con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás haciendo? —luego veo a sus espaldas y noto que hay una manta en la cama—. Dios. ¿Tuviste sexo junto al Jenga de cajas?

Ella hace una cara de sorpresa fingida.

—¿Cómo te atreves siquiera a sugerir algo así?

Arqueo las cejas.

—Está bien, de acuerdo, ¡sí! —grita y empieza a saltar—. ¡Y fue divertidísimo!

—¿Y cómo estuvo? —pregunto riendo—. Detalles, por favor, querida.

—Pero más importante que mis talentos sexuales es... ¿qué sucedió contigo?

Yo titubeo un poco y siento que el agotamiento me invade. No estoy segura de poder mantenerme de pie mucho tiempo más. Estoy llegando a mi límite en diversas maneras.

—Quiero irme a dormir. Lo siento. ¿Podemos dormir?

Ella se acerca y me sostiene la cara entre las manos mientras me estudia.

—Te ves agotada. Sí. Y me contarás todo mañana. ¿Pero estuvo bien? —

pregunta con amabilidad.

Asiento.

—Sí, estuvo bien —un bostezo me toma por sorpresa y, de pronto, me siento increíblemente necesitada de cariño e indefensa—. ¿Puedes dormirte conmigo como antes?

—Claro.

Cuando Steffi y yo vivimos juntas, compartimos una recámara y yo solía meterme a su cama. Me hacía sentir más segura, menos sola. Necesito esto ahora.

Ella es parte hermana, parte mejor amiga, parte madre y, esta noche, cuando nos metemos a la cama, me deja acurrucarme en su brazo como ha hecho tantas noches en el pasado.

Steffi me alisa el cabello y empiezo a quedarme dormida.

—Me da gusto que haya estado bien —dice en voz baja—. Es un buen inicio.

Valentía

Ambas dormimos hasta pasado el mediodía y me siento desorientada cuando despierto. Es lo más tarde que me he despertado en muchísimo tiempo y, para mi sorpresa, no tengo resaca. Lo más notable es que dormí mejor que en años y me siento increíblemente repuesta. Tengo un gran desorden en mi cerebro sobre lo que sucedió la noche anterior, pero estoy descansada.

Steffi y yo pasamos el día en pijama y mientras me pinta las uñas de los pies de color vino, me cuenta detalles sobre su noche con el chico de la camisa a cuadros que me hacen sonrojar y me hacen sentir muy feliz por ella. Le pido que me cuente sobre sus clases y su departamento pequeño que le encanta y sobre el camión de tacos que se estaciona en su calle todos los martes y ella responde todas mis preguntas. Le agradezco que me conceda algo de espacio hoy, porque no pregunta ni una sola vez sobre Esben.

Cuando el cielo comienza a oscurecerse, por fin me siento lista. Empiezo a decir, con tono despreocupado:

—Pues resulta que Esben no es una mala persona.

—¿Eh? —me responde Steffi mientras busca en mi clóset y se esfuerza por no fruncir el ceño al ver toda mi ropa pasada de moda.

—Vi el video.

—¿En serio? —saca una blusa roja y le quita el gancho. La sostiene contra su torso y se mira en el espejo—. Esta de hecho está linda.

Me río.

—Puedes dejar de fingir que no quieres saber qué pasó con Esben.

Ella me lanza la blusa en broma.

—¡Vaya! ¡Gracias a Dios! —salta en la cama y aterriza sentada—. ¡Cuéntame! ¡Cuéntame!

Así que le cuento. Todos los detalles que puedo recordar, aunque no le cuento sobre la parte de ponerle la mano en la cara. Y la parte en la que puso

su mano sobre la mía... No quiero que se le ocurra nada.

Steffi se recarga en la cabecera de mi cama y abraza una almohada mientras me escucha.

—Así que en realidad no es un monstruo. ¿Quién lo diría?

Yo pongo los ojos en blanco.

—¡Tú lo sabías!

—Bueno, sí. Pero tú tenías que verlo con tus propios ojos —me mira directamente—. ¿Allison? Es lo más perfecto posible. De verdad.

No sé qué decir a eso.

—Mira, yo dudo de la gente tanto como tú, pero Esben no es como la gente. Incluso yo puedo ver eso.

Asiento.

—No tienes que insistir en alejarlo. No es una amenaza.

—Tal vez.

—Podría ser lindo tener un amigo.

—Te tengo a ti.

—Allison, por supuesto que me tienes a mí —busca sus zapatos—. Pero Esben es especial. ¿Ves cómo tú y yo somos excepciones? Esben también. Piénsalo —se para y se pone el abrigo.

—¿Vas a alguna parte? —pregunto.

—Por comida china. Mi conquista de ayer me recomendó un lugar a una cuadra. Me estoy muriendo de hambre, así que iré por la cena. Necesitaremos al menos cinco órdenes de empanaditas fritas.

—Iré contigo —le digo y me empiezo a poner de pie pero ella me detiene.

—Querida, te amo pero tienes que darte una ducha. Apesta.

—Vaya, gracias. Tú tampoco hueles tan bien que digamos.

—Yo huelo como sexo sexy. Pero me daré una ducha después de cenar. Mi vuelo sale temprano, así que tendré que despertar al amanecer para irme a Boston. Nada de beber esta noche. O no mucho. Dejaremos de beber a las once. A la media noche, digamos que a la media noche.

—Estás loca si crees que voy a beber después de anoche. No necesito hacer más idioteces.

—Tienes que redefinir idiotéz —dice Steffi y abre la puerta al pasillo—.

Regreso pronto, apestosa.

Tiene razón. Apesto, así que me quito la ropa y me pongo la bata. El baño de mujeres está lleno de chicas arreglándose para ir a las fiestas del sábado por la noche. Carmen está cerca de un espejo poniéndose labial. Tiene el cabello más corto y teñido de color morado muy lindo. Paso a su lado y luego lo pienso y decido hacer contacto visual en el espejo.

—Hola, Carmen.

Ella se endereza.

—Ah, hola Allison.

No la culpo por portarse cuidadosa.

—¿Vas a salir esta noche? —pregunto—. Te ves bien.

—Gracias. Sí, tengo una cita. O una especie de cita —dice con una sonrisa pequeña—. Lo veré en una fiesta.

—Qué bien. Diviértete.

Ella evalúa su aspecto en el espejo y aprieta los labios.

—¿Quieres venir conmigo?

No siento mi reacción usual de salir corriendo y gritando, lo cual me parece interesante.

—De hecho, una amiga vino a visitarme este fin de semana y nos estamos recuperando de anoche, pero gracias —empiezo a caminar hacia la ducha libre y luego la volteo a ver. Estoy nerviosa y tiemblo un poco, pero le digo—: ¿Tal vez el próximo fin de semana?

—Sí, estaría muy bien.

Coloco mis productos de baño en el piso de la ducha, cuelgo mi bata y enciendo el agua a una temperatura apenas por debajo de la ebullición. Nunca había sido tan agradable una ducha, así que me tomo mi tiempo y espero que el agua sirva para despejar mi cabeza del desbarajuste que revolotea en su interior. Me gustaría que Steffi se pudiera quedar más tiempo, sobre todo por lo que está sucediendo. Mi vida universitaria normalmente tranquila está patas arriba y no sé qué sucederá a continuación. Aunque, debo admitir, no me siento infeliz en este momento, y no es sólo porque Steffi está aquí todavía. Ahora que ya tuve al menos una conversación con Esben, todo el incidente del video me parece menos desagradable y no siento que me invaden las constantes

oleadas de rabia o vergüenza como antes. Tal vez, como sugirió Steffi, Esben es una excepción. No lo sé.

Cuando regreso a la habitación, Steffi no ha vuelto, así que le mando un mensaje de texto. Mi estómago está protestando y de verdad espero que haya comprado cinco órdenes de empanadas porque me las podría comer todas de un bocado. Después de unos minutos me responde que se perdió al ir al restaurante y que ahora tendrá que esperar. Así que me pongo a limpiar el área común y la torre de cajas llama mi atención. Lo pienso por un minuto y luego tomo la caja que está hasta arriba del montón y me la llevo a mi recámara.

La coloco en la cama y me quedo viéndola. Luego la muevo al escritorio y me siento en la cama para verla. Después me pongo de pie y camino frente a ella, como un tigre enjaulado. Por primera vez deseo abrir una de esas cajas, aunque también siento como si tuviera que vencer un reto, como si me hubiera prometido a mí misma que no abriría esas cajas porque no me las merecía. Ahora estoy tentada a hacerlo.

Al diablo.

Tomo unas tijeras para romper la cinta adhesiva. Después de respirar profundamente un par de veces, abro la caja.

De inmediato me empiezo a reír. La parte superior de la caja está llena de tazones de macarrones con queso para el microondas. Es tan perfecto. Cuando logro controlar mi risa, veo qué más envió Simon. Cucharas de plástico, galletas de limón y bolsitas de té (para una fiesta de té, insiste Simon), sopas instantáneas, ligas para el cabello, cremas corporales con olor a frutas, calcetas con changos, una cafetera de diez tazas, una bolsa de café molido de Sumatra, dos tazas rojas, paquetes individuales de azúcar y un billete de veinte dólares para pizza. Incluyó una tarjeta que tiene la foto de una foca leopardo. Dentro, escribió:

Allison:

¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar una tarjeta con una foca leopardo? Mucho. De hecho, parecen no existir, así que tu servidor mandó hacer una con un servicio de fotografías en línea. Eso es dedicación.

Av same sí quieres que te mande algo más, aunque lo dudo porque sé que no estás

abriendo estas cajas y está bien. Las seguiré enviando porque eso es lo que los padres hacen por sus hijas. O tal vez es sólo lo que yo hago por ti, mi dulce niña.

Espero que algún día estés lista para abrirlas, pero si ese día nunca llega, también estará bien.

*Con mucho amor,
Simon*

Leo la nota cinco veces y luego me apresuro a tomar el teléfono.

—Hola, niña. ¿Cómo estás? —contesta Simon con su típico buen ánimo.

—¿Cómo sabías que no estaba abriendo las cajas? —exijo saber.

Él ríe.

—Bueno, corazón, cada vez que me llamas para agradecerme eres muy amable pero muy ambigua. Me imaginé que si las hubieras abierto, habría escuchado algo sobre el unicornio inflable, que sabía que no te parecería gracioso pero a mí sí.

—Sólo he abierto una —le digo y hago una pausa—. ¿Me mandaste un unicornio inflable?

—Tal vez...

—¿Simon?

—¿Sí?

—Me gustó mucho la cafetera.

—Me alegra mucho.

—Y voy a abrir el resto de las cosas que mandaste.

—Cuando tú quieras.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo de oreja a oreja.

—Oye, ¿sabes qué? ¿Adivina quién está aquí?

—¿Santa Claus? ¿El conejo de Pascua?

Me río.

—No. Steffi. Voló para acá este fin de semana para sorprenderme.

—Guau, eso sí es una sorpresa. Es un viaje muy largo para quedarse tan poco tiempo. ¿Está sucediendo algo urgente?

—No —le respondo con demasiada rapidez—. No, es sólo que..., bueno, se entusiasmó mucho con algo que pasó. Hay un chico y... no sé.

—Ah —dice él—. Un chico. ¿Un chico que te gusta?

—No me *gusta* gusta. Es que pasó algo raro entre nosotros y Steffi se puso loca.

La voz de Simon se oye preocupada.

—¿Algo raro quiere decir que te debería estar mandando cajas de condones en vez de cafeteras?

—¿Qué? ¡Simon! ¡Por Dios!

—Sólo quiero confirmar.

Escucho que alguien está abriendo la puerta.

—¿Te puedo explicar en otra ocasión? Steffi ya regresó con la cena. Pero no te preocupes. Todo está bien.

—Si tú lo dices. Llámame pronto, ¿sí? Te extraño.

—Yo también te extraño.

Me quedo congelada con el teléfono en la mano después de terminar la llamada. No recuerdo haberle dicho antes a Simon que lo extrañaba. Pero es verdad. Me doy cuenta ahora. Me estoy permitiendo extrañarlo.

Me queda claro que estoy teniendo una especie de crisis de mitad de la carrera universitaria y mi mente está empezando a ser controlada y reemplazada por la de alguien más.

Ahora Steffi ya está pateando la puerta desde afuera y me está gritando.

—¿Hola? ¡Un poco de maldita ayuda no me caería mal!

Me levanto de un salto tras mi pobre intento por analizarme y me apresuro hacia la puerta. Steffi tiene una bolsa de papel enorme en una mano y una bolsa de plástico de la licorería en la otra.

—El asa de la bolsa de comida china se rompió y estamos a punto de presenciar una hecatombe de lo-mein de proporciones épicas.

—¿Dónde estuviste? —le pregunto y tomo la bolsa de comida—. Te fuiste una eternidad.

—Te dije. Me perdí, me hicieron esperar mucho tiempo, bla, bla, bla. Vamos a comer. ¡Y a beber!

Se sienta en el suelo y saca una botella de tequila.

—Es hora de hacer un día de campo. Sentémonos aquí.

—Supongo. Traeré una toalla o algo...

—Deja de ser tan rígida. Siéntate. Come. No te preocupes por ensuciar. Hay problemas en el mundo que son más graves que un poco de soya en la alfombra.

Frunzo el ceño pero me siento de todas maneras y empiezo a sacar las cajas con comida.

—Eres tan desordenada como Esben.

Ella abre el tequila y le da un gran trago.

—¿Esben es desordenado? Sabía que me agradaría. Y tú superaste el hecho de que yo no sea una obsesionada con la limpieza, así que podrás superarlo.

Puedo sentir que me está observando fijamente con ojos esperanzados mientras busco los palillos y empiezo a comerme las empanadas.

—Ayudó a encontrar a un loro perdido una vez. Usando las redes sociales. Vi sus publicaciones viejas. Cosas que ha hecho.

—¡Yo vi lo del loro! —grita—. ¿Viste cómo un día organizó una fiesta de baile en un centro comercial?

Me río.

—No, eso no lo vi.

—¡Estuvo genial! Te lo voy a mostrar. Y vaya que se sabe mover, por cierto. Para que lo sepas.

El resto de la noche nos dedicamos a comer demasiado, Steffi se excede con el tequila pero yo tomo poco. Nos ponemos a navegar en internet y leemos sobre Esben Baylor y sus diversos proyectos sociales. A las dos de la mañana, cuando ambas estamos ya demasiado cansadas y no podemos mantenernos despiertas, nos vamos a dormir.

Me despierto a las seis de la mañana. Steffi está sentada junto a mí con la mano en mi brazo.

—¿Ya estás lista para irte? —murmuro.

Ella asiente y me aprieta el brazo.

—Sí.

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad.

—¿Me mandas un mensaje de texto cuando aterrices en Los Ángeles?

—Por supuesto.

Se inclina y me abraza con fuerza.

—Te quiero, Steff.

—Yo también te quiero, Allison —me abraza con más fuerza—. Sé valiente. Contigo, con Esben, con todo, ¿de acuerdo? Dime que serás valiente.

—Está bien...

—No, dime que de ahora en adelante serás valiente. Que te arriesgarás más. Y dilo en serio. Ya es hora. No puedes vivir en esta habitación y nunca salir. Te vas a perder de demasiadas cosas. Así que dímelo.

Todavía estoy medio dormida a estas horas de la madrugada, pero sé que es importante para ella, así que lo hago. Se lo prometo.

—Seré valiente, Steffi. De ahora en adelante, seré valiente.

Oso

La mañana del lunes llega demasiado rápido y, a la vez, demasiado lento. Me despierto de golpe a las cinco de la mañana y ya no me puedo volver a dormir. Es un día decisivo para mí. Es el día en que decidiré si volveré a esconderme en mi agujero o haré cambios sustanciales en mi vida. Ambas opciones me despiertan una reacción de terror, pero de verdad me asusta más retroceder que avanzar. Le prometí a Steffi que sería valiente y necesito hacerlo pero no sólo por ella. La necesidad de tener más, la necesidad que he estado relegando durante tanto tiempo ya se volvió demasiado grande y no puedo seguir ignorándola. Ya había estado creciendo desde antes, pero al fin estoy admitiéndome a mí misma que esos ciento ochenta segundos con Esben de alguna manera me arrojaron dentro de un remolino.

Tendré que decidir si dejaré que esa fuerza me azote contra el suelo o si le permitiré impulsarme a despegar. Lo que me está sucediendo no es culpa de Esben y ya no me siento molesta con él. Esben me conoció en una tarde vulnerable. No podía haber sabido que yo estaría tan frágil y temerosa.

De él, de todo.

El dolor, el rechazo y el vacío dieron forma a mi niñez y me han controlado por tanto tiempo que no sé si pueda detenerlos.

Pero, Dios, vaya que quiero.. No quiero vivir así.

Me tapo los ojos con el brazo para contener las lágrimas que amenazan con empezar a fluir.

Me siento muy avergonzada de lo fría que soy. De sólo tener una amiga. De vivir en una burbuja de mi propia creación.

Soy valiente. Soy valiente. Soy valiente.

Pero no puedo detener las lágrimas.

—No quiero vivir así —digo en voz alta una y otra vez entre sollozos. Lloro por quien he sido, por quien soy y por quien podría ser. Sin embargo,

también lloro con un dejo de alivio porque el cambio está a punto de ocurrir. Lo sé. Un cambio que promete la posibilidad de alzarme del desastre. No me queda claro cómo sucederá, pero tengo que arriesgarme.

Voy a volver a tener esperanza.

Soy valiente. Soy valiente. Soy valiente.

Mucho más tarde, cuando mis lágrimas al fin cesan, me invade un cierto grado de calma. Salgo de mi cama y tomo la cafetera que me envió Simon para preparar un café cargado. Dejo la caja y el material del empaque en el piso en un esfuerzo intencional por disminuir mi estricto sentido del orden. Me dirijo a las duchas y la cascada rápida de agua contra mi piel me refresca un poco pero todavía tengo los ojos muy hinchados así que, cuando regreso a mi habitación, me paso un cubo de hielo por los párpados mientras doy sorbos a mi café en una de las tazas rojas. Me seco el cabello e intento reproducir los rizos que me hizo Steffi la otra noche. Me pongo una blusa blanca de cuello de tortuga sin mangas y un suéter color beige que combino con jeans y botas color café. También me pongo un poco de maquillaje. Es menos de lo que sugeriría Steffi, pero es más de lo que suelo usar. Quiero sentirme bonita hoy porque necesito toda la ayuda posible.

Abro otro de los paquetes de Simon. En éste encuentro un diario forrado de tela, tres tipos diferentes de té y un frasco de miel, palomitas de maíz para microondas, dos barras de chocolate oscuro y, Dios lo bendiga, una crema con cafeína para reducir las bolsas debajo de los ojos. Me pongo un poco, rezo brevemente y luego saco el último artículo de la caja.

Voy a volver a ponerme a llorar.

Simon me envió un oso de peluche. Un osito suave, de extremidades largas y color castaño con un chongo de lunares alrededor del cuello. Lo abrazo y cierro los ojos. Nadie me había regalado un animal de peluche antes y me sorprende lo devastador que es darme cuenta de esto. Lo imperdonable e insuperable que se siente. Honestamente, creo que a ninguna de mis familias temporales se le había ocurrido que yo no tendría un animal de peluche. Solía quedarme dormida abrazando almohadas y hoy tengo un osito. La sonrisa de mi cara cuando me tomo una selfie con el oso es genuina y se la mando a Simon. Me responde casi de inmediato: Todo niño debería tener un osito

de peluche. Eres demasiado mayor para éste y eras demasiado mayor cuando nos conocimos pero... todo padre tiene que darle a su hija un osito, así que más vale tarde que nunca.

Cierro los ojos y abrazo al oso. Y respiro. Así es, más vale tarde que nunca.

Treinta minutos después estoy en la puerta de mi clase de Psicología social. Siento que cruzar ese umbral es un momento trascendental, pero conservo la calma, ocupo mi asiento de costumbre y coloco mi mochila en la silla de al lado. Fui la primera en llegar, intencionalmente, y no aparto la vista de la puerta, esperándolo. No me pongo los audífonos ni me encierro en mi lectura ni finjo estar tomando notas.

Hoy, sólo lo espero.

La habitación ya se llenó a tres cuartas partes de su capacidad cuando él llega.

Me enderezo en mi silla.

Esben actúa como si no pudiera decidir si ver por la habitación o no, así que rezo para que voltee en mi dirección. Empieza a subir las escaleras a mi derecha y, justo cuando pienso que se va a meter en la fila que está frente a mí, se detiene y levanta la cabeza con lentitud. Está ansioso y tal vez esté esperando ver qué haré yo.

Me siento mal por él. No me he portado muy predecible que digamos.

Esbozo una pequeña sonrisa y su expresión se relaja. Están llegando más estudiantes poco a poco y estoy segura de que nos están viendo, pero no me importa. Tomo mi mochila del asiento a mi lado e inclino la cabeza para pedirle que se siente junto a mí. Sus pasos tienen un nuevo entusiasmo adorable cuando avanza hacia donde estoy y otros estudiantes pasan a su lado para sentarse. Hoy no responde cuando algunas personas lo saludan y no reacciona cuando lo llaman de unas filas más atrás. Sólo camina hacia mí como si no hubiera otra persona en la habitación.

Luego se sienta junto a mí y su brazo roza el mío.

—Hola —dice con suavidad.

—Hola.

—¿Cómo estuvo el resto de tu fin de semana? —pregunta con un destello

en los ojos.

—Menos borracho —respondo.

Con la voz más dulce que he oído jamás, dice:

—Te ves linda borracha.

Me muerdo el labio para evitar sonreír demasiado y me da gusto que las luces de la sala se oscurezcan porque el profesor proyectará una presentación de PowerPoint en la pantalla. No hablamos ni nos volteamos a ver durante la clase y, cuando las luces se vuelven a encender, me entretengo demasiado guardando todas mis cosas.

Esben se pone de pie.

—Bueno..., nos vemos entonces el miércoles, supongo.

Se da la vuelta para irse y yo siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—Esben, espera. Espera —digo con pánico, nerviosa y desesperada. Si no hago esto ahora no lo haré nunca—. Espera, por favor.

Llegó la hora de luchar o huir.

—¿Quieres... —trago saliva— quieres ir por una taza de café? ¿O algo? Tal vez odies el café. No tenemos que hacer eso. Podemos hacer cualquier cosa.

Tiene una expresión ridículamente encantadora pero sigue sin decir nada.

—Pero si quieres, a mí me encanta el café —continúo—. Mucho. Creo que demasiado. Podríamos sólo ir al centro de estudiantes. No es lo que se podría llamar un sitio gourmet pero... eh...

Él toma mi mochila.

—Hay una cafetería increíble no muy lejos. Tiene sofás y sillas acolchonadas por todas partes. Y el café es mucho mejor que el del centro de estudiantes.

—Sí, claro. Suena bien —respondo. Estoy intentando sonar despreocupada, como si no fuera a desmayarme en cualquier momento. Pero luego vuelvo a ver lo amable que es, lo fácil que es hablar con él. No debo olvidar eso sólo porque no me respalda la ginebra. Aunque sí siento algo de ganas de tener al osito de peluche para abrazarlo.

—Mi coche está estacionado justo detrás del edificio.

—Muy bien —respondo. Pero estoy teniendo problemas para moverme.
Esben me extiende la mano.

—Te reto a que no te guste el capuchino cuádruple moca —me dice con una sonrisa tranquilizante.

Así que le doy la mano y le permito que me levante de mi asiento. Mi mano permanece en la de él mientras me guía por el pasillo lleno de gente hacia la salida trasera del edificio y me tengo que concentrar para que no se me doblen las piernas. Cuando me suelta para abrir la puerta, noto que la palma de mi mano se siente vacía.

Me mira.

—Hay algo que debo advertirte.

—¿No eres tan amable como parece y me vas a meter a la cajuela de tu auto y me tirarás por un precipicio?

—No hay precipicios por aquí —me dice con unas palmadas alegres en el brazo. Un momento después, agrega—: ¡Es broma!

—Eso espero o estoy cometiendo un error muy grave.

—No lo estás cometiendo —dice con una sonrisa perfecta—. Entonces, así están las cosas. ¿Pensabas que mi cuarto era un desorden? Prepárate para mi carro.

Me froto la frente. Ya se me había olvidado que le había dicho que era un cerdo.

—Oh, Dios. Perdón por eso.

—No te disculpes, tienes razón.

Caminamos hacia un sedán color plateado que ha visto mejores épocas y abre la puerta del copiloto.

—¿Ves? ¡No te voy a llevar en la cajuela!

—Eres todo un caballero —río.

Esben se pone la mano frente a la cintura y hace una reverencia.

—Mi intención es complacerla.

En los pocos segundos que tengo entre el momento en que cierra mi puerta y antes de que se suba al coche, exhalo con fuerza. *Soy valiente. Soy valiente. Soy valiente.*

Cuando enciende el motor, también se enciende el radio.

—No vamos lejos, pero es un poco alejado para ir a pie.

—Es agradable que tengas un coche —le digo mientras veo el piso—. Incluso con todos los vasos tirados, los papeles arrugados, los libros y... creo, ¿cuarenta pares de anteojos de sol?

Sonrío para que sepa que ahora yo soy la que está bromeando.

—¡Ja! ¿Verdad? Tengo un problema con los anteojos de sol. Siempre me parece que ya perdí unos, así que compro otros baratos y luego encuentro los perdidos. Es un ciclo interminable.

—No tienes un problema. Eres un coleccionista.

—Alguien que aprecia mis hábitos oscuros. Me gusta. Es inteligente.

—“Oscuros”. Es buen juego de palabras hablando de anteojos de sol.

—¡Ja! Y ni siquiera estaba intentándolo. Espera a que me decida a hacer algo divertido.

Sale a la avenida principal y yo miro por la ventana. No estoy segura de qué decir ahora que estamos oficialmente en camino y estamos atrapados juntos en su coche. Vamos en silencio y me alegra que haya música para llenar la falta de conversación. Pero la verdad es que nuestro silencio no es tan extraño como podría ser. Parecería que Esben sólo está dándome espacio. Mi ansiedad amenaza con incapacitarme, pero es extraño y maravilloso cómo él logra aportar comodidad donde no debería existir y eso hace que siga fuerte mi deseo por arriesgarme hoy.

Lucharé por mí misma, de verdad lucharé.

Apenas me quité mi cinturón de seguridad y él ya tiene mi puerta abierta.

—Éste es el lugar —señala un toldo morado y la entrada de una cafetería con grandes paneles de vidrio enmarcados con madera oscura. Empieza a caminar pero lo llamo por su nombre y voltea—. ¿Sí? —me dice y se para frente a mí—. Oye, ¿qué pasó?

Me siento agradecida de que el sol me esté cegando porque no quiero verlo cuando empiezo a hablar.

—Me siento muy nerviosa. Pensé que debía decírtelo.

—Yo también estoy un poco nervioso.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—¿De qué podrías estar nervioso? Yo soy la que está dañada.

—Allison —da un paso corto a un lado y me tapa el sol que me daba en la cara, así que ahora puedo verlo con claridad—. ¿Estás bromeando? Estoy *totalmente* nervioso.

Yo me concentro en los botones de su camisa.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque me gustas —responde—. Porque creo que hay algo entre nosotros y me da mucho miedo hacer algo mal y que vuelvas a salir corriendo. Y no quiero eso. Si vas a irte corriendo, preferiría que corrieras hacia mí. Estoy consciente de que no nos conocemos, no en verdad, pero... Sólo quiero tomar un café contigo.

—Me preocupa que *yo* vuelva a equivocarme. Y tal vez estoy preocupada de que cuando te compre el café, porque sí, yo voy a invitar, vaya a ordenar algo y tengas una alergia a los lácteos y termines en la sala de urgencias con una reacción anafiláctica espantosa y te mate. Y eso sí sería el final de todo y requiere de todas mis fuerzas hacer esto porque se supone que ahora es cuando debo estar *empezando* las cosas, no terminándolas —el viento me hace sentir escalofríos y el cabello vuela sobre mi mejilla—. Perdón por decir tantas boberías.

Esben levanta una mano y me acomoda el cabello detrás de la oreja.

—No tengo alergia a los lácteos. Pero me tomaré lo que sea que me compres porque por supuesto que estar contigo vale una visita a la sala de urgencias —me guiña el ojo.

—Entonces, vayamos por el café e intentaré no hacer nada para matarte.

Baby Blue

La cafetería es en verdad muy acogedora y la madera oscura y el mobiliario que no hace juego me da la sensación de estar en la sala de alguien. Se escucha música acústica flotando sobre nosotros pero, aparte de eso, el lugar es bastante silencioso. Sólo hay otro cliente, un hombre mayor, sentado en un sillón al otro lado de la habitación. No está leyendo ni haciendo nada. Sólo está sentado. De inmediato me sorprende lo solitario que parece, pero hago caso omiso de eso porque no sé nada de este hombre. No tengo ningún derecho a suponer nada sobre él, así como nadie tiene derecho de suponer nada sobre mí. Tal vez yo parezco un ser humano normal.

Esben y yo estamos sentados en un sofá. Su cuerpo está volteado hacia mí, con aspecto abierto y relajado. Yo, por supuesto, estoy rígida, viendo hacia el frente y sosteniendo mi taza humeante con ambas manos.

—¿Te gustó tu bebida? —pregunta.

Estoy a punto de provocarme quemaduras de tercer grado y la escena de la sala de urgencias podría convertirse en una realidad. Doy un sorbo rápido y coloco la taza en la mesa de vidrio frente a nosotros.

—Sí —respondo.

—Dijiste que eres de Massachusetts. Que viviste por todas partes. ¿Pero tienes familia aquí ahora?

—Algo así. Quiero decir, sí. Simon. Me adoptó cuando entré al bachillerato. Tiene una casa en Brookline.

—Me encanta Brookline. Coolidge Corner es increíble. Es un área muy divertida para pasear a pie.

—¿Tú también eres de Massachusetts? —pregunto.

Aunque ya exploré un poco la presencia en línea de Esben, estoy segura de que apenas conozco la superficie y todavía no sé muchas cosas elementales sobre él.

—Framingham. No es tan emocionante como Brookline, y era una monserga ir a Boston cuando era adolescente, pero es buen lugar —coloca su bebida en la mesa y se concentra en mí—. Entonces, ¿tienes un padre soltero? ¿Te agrada?

—Sí me agrada. Mucho. No creo que... —no sé bien cómo decir esto o siquiera si mencionarlo. Pero quiero hacerlo, lo sé. Quiero establecer una conexión. ¿Dónde está el botón motivacional cuando lo necesito, eh? Así que inhalo y hablo—. No tiene sentido que Simon haya querido adoptarme. Yo no era cálida ni... la típica adolescente. No me entusiasmé de inmediato con la idea de la adopción. No era nada de lo que podría querer un padre potencial. Pero él de todas maneras siguió adelante. No lo entiendo. Y Simon tenía un novio cuando lo conocí. Jacob.

Me acomodo en mi lugar para poder ver a Esben a la cara y con la esperanza de lucir menos fría y rara. Me fijo si Esben tiene alguna reacción negativa ante la noticia de que mi padre adoptivo es gay, pero él sólo está esperando que yo continúe la historia.

—Llevaban cuatro años juntos y cuando quedó claro que Simon me quería, que *de verdad* quería adoptarme, su novio salió huyendo. No le he preguntado mucho a Simon al respecto, porque no dudo que sea un tema delicado.

Esben hace una mueca.

—Eso dice bastante del ex, ¿no?

—Tal vez. Simon me quería... —miro alrededor de la habitación y me tomo un segundo—. Y perdió a su novio. Es una prueba definitiva de que siempre se cambian unas cosas por otras. Dejas entrar a una persona y otra sale.

—No creo que eso sea cierto —dice Esben—. Yo tengo dos padres que son bastante geniales. Y mi hermana Kerry, a quien ya conociste. Ella y yo somos muy unidos. Además, tengo buenos amigos. Jason y Danny son mis mejores amigos aquí, pero sigo en contacto con gente del bachillerato. No tiene que ser una cosa o la otra.

—Tal vez no para ti.

—Mira, me imagino que pasar la mayor parte de tu vida en hogares temporales no ayudó mucho a infundirte la noción de que el mundo es un lugar mágico lleno de unicornios brillantes, conejitos suaves y esponjosos y demás.

¿Cómo podría? —dice Esben mientras mira sus jeans y se sacude algo imaginario—. ¿Viviste con muchas familias diferentes o sólo con unas cuantas?

Me enamora darme cuenta de que su pregunta no está repleta de compasión.

—Sí —le respondo—. Con demasiadas.

Le cuento sobre cambiarme de escuela y de familia y de recámara y... todo. Sobre cómo nunca tuve nada constante. Jamás. Sobre el ciclo de esperanza y el rechazo que se volvió rutinario hasta que sólo me quedé con el rechazo. Le digo todo porque, en cuanto empiezo a hablar, ya no puedo detenerme. Esta purga, esta verdad, se convierte en un torrente que soy incapaz de detener. Nunca le he contado estos detalles a nadie salvo a Steffi; son los secretos que me han mantenido prisionera.

Esben escucha con atención y me permite contarle mucho más de lo que quizá anticipaba. Quiero que conozca todos estos datos sobre mí y mi vida porque, si va a salir corriendo, quiero que lo haga de una vez. Tengo la responsabilidad de hacerlo consciente de lo dañado de mi pasado. No se necesita ser un genio para darse cuenta de lo mucho que eso puede afectar a una persona. Debo ofrecerle una ruta de escape si la quiere.

—Entonces, Steffi era tu único refugio luminoso —señala.

—Mi salvadora —digo con convicción—. Sí.

—Me alegra que la tuvieras. Probablemente suplió muchas cosas.

—Lo gracioso es que no me agradó mucho cuando la conocí. Era ruda y glamorosa y de carácter fuerte. Sigue siéndolo, pero en aquel entonces..., bueno, yo pensaba que era un poco engreída —digo riendo.

—¿Entonces cómo se volvieron tan cercanas?

—Ah, bueno... —tomo mi café y le doy un trago—. Comparada con otros chicos en hogares temporales, a mí no me fue tan mal. Viví con bastante gente amable. Sólo que no encontré a nadie que me quisiera de manera permanente. Algunos que no fueron tan buenos, pero en general nadie que estuviera demasiado loco o fuera malo —a pesar de que titubeo un segundo, me doy cuenta de lo fácil que es continuar con la historia—. Pero la familia que nos albergó a Steffi y a mí también recibió a dos chicos, ambos unos cuantos años

mayores que nosotras. Un día, regresé de la escuela. Compartía una recámara con Steffi... —me detengo un momento. *Dios, no hab a pensado en esto en mucho tiempo.*

—No tienes que decirme nada que no quieras —me dice Esben en voz baja.

—Sí quiero —le digo porque eso sí lo sé, lo sé de la misma manera que sé que necesito respirar—. La encontré en nuestra recámara con uno de los chicos pero supe de inmediato que no los había encontrado haciendo algo consensual. Él la tenía sostenida en la cama y la expresión de Steffi era... estaba mal. Asustada, paralizada...

Esben se tensa visiblemente y me queda claro que está impactado por mis palabras.

—Dios, Allison...

Yo intento que mi voz suene segura, tranquilizante.

—Está bien. De verdad. Porque cuando vi cómo tenía la blusa rasgada del hombro, cuando entendí que el peso de él la estaba aplastando, me moví. Rápido. Me tomó dos segundos arrancarle al tipo de encima —casi me río—. ¿Quién hubiera dicho que yo era tan fuerte? Pero lo azoté contra la cómoda con tanta fuerza que se rompió el espejo. Luego le di un puñetazo y le dejé un ojo morado. La cara que puso no tuvo precio —ahora sí sonrío al recordarlo—. Todavía puedo repetirte las palabras exactas que le dije. No te las diré, pero hubo muchas amenazas de daño corporal grave a partes que no quería ver lesionadas. Luego les hablé a nuestras trabajadoras sociales y les grité hasta que me dolió la garganta. Más o menos una hora después se llevaron al chico de la casa —levanto las rodillas y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá—. Y eso fue todo.

—¿Y son amigas desde entonces?

—Desde entonces —le confirmo—. Lo curioso, sin embargo, es que después de eso ella rara vez aceptó mi ayuda. Lo intento, pero es bastante independiente. Fuerte como cualquiera, en realidad, y siempre está haciendo más por mí de lo que me permite a mí hacer por ella —sonrío—. Me trata un poco como madre, supongo, y no puedo negar que se siente bien.

Me doy cuenta de que le he dicho más a Esben que a cualquier otra persona

salvo Steffi. Es maravilloso pero, maldición, eso no impide que me clave los dedos en las rodillas. Pero lo bueno supera a lo malo, sin duda.

—Ahora que ya te conté todos mis dramas y traumas, tú cuéntame sobre ti. Apuesto a que tienes menos basura que compartir y me gustaría escuchar algo feliz.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sea... Cuéntame sobre tu hermana.

—Kerry es increíble. Sé que ella te involucró en el video pero te prometo que te va a agradar.

—No te preocupes. No tengo nada en su contra.

Esben pone el brazo en el respaldo del sofá y ladea la cabeza.

—¿Sólo contra mí?

—No. Contra ti tampoco.

—Me alegra.

Nos quedamos callados por un momento.

—Entonces, Kerry... está estudiando arte aquí en la universidad y es muy talentosa. Dibuja, pinta, esculpe, lo hace todo. Ah, y un dato curioso: me dice Baby Blue —se inclina hacia mí con la mirada brillante—. ¿Quieres saber por qué?

Me río.

—Sí.

—Nací con un defecto cardiaco congénito llamado estenosis de la válvula pulmonar. No era nada grave y sanó sola con el tiempo pero cuando nació estaba de un color azul poco atractivo. Cuando tenía como doce años más o menos y Kerry tenía once se enteró de esto por alguna razón y durante semanas lo único que hacía era obsesionarse con el hecho de que en un momento yo había sido azul. Le pareció divertidísimo aunque a mis padres no les resultó tan gracioso porque obviamente fue una situación que los asustó. Así que ella empezó a decirme Baby Blue y se me quedó el nombre.

—No me agrada que hayas nacido con una condición cardiaca pero sí me gusta el apodo que te puso tu hermana. Es lindo —me estoy acomodando en este sofá con más serenidad de la que podría haber imaginado—. ¿Esben?

—¿Sí, señorita Allison?

—Gracias por facilitarme esto.

—No estoy haciendo nada. Eres tú.

No estoy segura de que tenga razón.

—Como sea, hablar contigo... es agradable. Se siente bien. Seguro estás acostumbrado a esto. Digo, la gente debe de estar agradeciéndote todo el tiempo.

—A veces —me sonrío de una manera completamente devastadora—. Y a veces van a mi habitación, borrachas y lindas, para gritarme.

Me tapo la cara con las manos por un segundo y me río.

—En serio. Es obvio que a ti te es fácil estar con la gente, escucharla, entenderla. Todo eso. Me sorprende que no seas un engreído. Yo... Debo confesarte que pensé que serías más... no sé. Petulante. Porque tal vez deberías serlo.

—La gente que conozco sí me da mucho. Estoy seguro de que me dan más de lo que yo les doy. Me encanta conocer gente, averiguar qué hay más allá de la primera impresión. Descubrir que todos tienen una historia oculta, una razón para su comportamiento —es tan considerado y sincero que sólo logra conquistarme más—. A veces tan sólo lograr compartir algo los libera, tal vez los hace examinar quiénes son y cambiar. Yo sólo estoy plantando las semillas la mayor parte del tiempo, ofreciendo oportunidades. Lo especial es ver a la gente aprender sobre sí misma. Intento ayudar cuando puedo. ¿Y sabes cuántas veces me ha dejado anonadado la amabilidad de los demás? ¿La disposición de la gente a compartir, o a dar, o a ayudar? Conozco muchas malas personas, claro, pero, en su mayoría, Allison, la gente es buena. De verdad. Tengo suerte de ser testigo de tanto bien.

—Recibes mucha atención por lo que haces. Eso no puede sentirse mal —digo un poco para confrontarlo.

Le brillan los ojos y la media sonrisa que esboza es demasiado adorable para ponerle un calificativo.

—Bueno, claro. En cierta medida. Pero mis publicaciones no son en realidad sobre mí. De hecho intento evitar aparecer en la mayoría pero por supuesto que participo en algunas. Como bien sabes —me guiña antes de continuar—. Sin embargo, por lo general intento enfocar la atención en los

demás —hace una pausa y, sólo por un segundo, alcanzo a notar el nerviosismo que mencionó antes—. Pero nunca salgo a tomar un café con ellos. Eres la primera.

Miro por la ventana de la cafetería hacia la calle y veo pasar a una madre con su hija. Siento una punzada de dolor. Nunca tendré una madre y me pierdo en esa desesperanza por unos minutos antes de devolver mi atención a Esben. Me estoy dando cuenta de que él no tiene ningún inconveniente en que haga eso.

—Tal vez te sientes obligado a salir por un café por el beso. Porque tus seguidores están muy entusiasmados con eso.

—Allison —dice Esben con firmeza—, mírame.

Así que lo hago.

—No siento una obligación por hacer nada. Nunca. No funciona así. Estoy aquí porque quiero estar. Yo no quería que ese beso terminara, así que yo me estoy preguntando si tú sientes un compromiso de estar aquí. Tal vez sólo estás intentando comprender lo que sucedió. Intentando encontrar un cierre.

Lo miro fijamente y siento cómo me pierdo en sus ojos hermosos y experimento esa sensación ya familiar de seguridad y asombro. Pienso bien; *siento* bien. Inhalo y exhalo, tal vez demasiado fuerte, tal vez de manera demasiado notoria, pero Esben no se mueve.

Necesito otras inhalaciones profundas antes de responder con palabras deliberadas, sinceras. Con gran intencionalidad, decido abrirme a él.

—No quiero un cierre. No quiero que esto termine. No contigo.

Esben se acerca un poco y baja la mano del respaldo y usa las puntas de los dedos para acariciarme con suavidad el hombro.

—Me da gusto escucharlo.

—Pero soy muy frágil. Y no sé hacer esto. Lo que sea esto.

—Sé que eres frágil. Lo entiendo —su mano sigue tocándome—. También eres más fuerte de lo que piensas. En este momento estás luchando y los luchadores no son débiles. Pero no tienes que luchar sola.

Es una idea difícil de aceptar.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué... por qué yo? Tienes a miles de chicas que te siguen y te adoran, en línea y aquí en la universidad. No entiendo

por qué estás aquí conmigo, portándote genial y lindo, y haciéndome hablar y contarte la historia de mi vida aunque no pueda hacerlo con nadie más.

Ahora su mano ya está definitiva y sólidamente sobre mi hombro.

—Si me estás pidiendo una lista de motivos, puedo dártelos. Eres bella y dulce y de carácter fuerte. Eres intrigante y graciosa y distinta. Eres una fuerza poderosa por la que siento una increíble atracción. Eso sin mencionar, por cierto, que eres la mejor maldita besadora del mundo. Literalmente de todo el mundo. Pero la verdad simple es que... —Esben se retuerce en el sillón con una inseguridad que a mí me parece innecesaria—. ¿No puedes gustarme sin explicación? ¿Sólo porque así es?

Me siento totalmente confundida. Me permito escuchar bien sus palabras, lo que parece ser que siente. Me está dando cierta libertad, lo cual me hace sentir tan increíblemente feliz que me doy permiso de mirarlo con verdadera coquetería.

—¿Entonces el beso fue así de bueno para ti?

Esben mueve su mano debajo de mi cabello y me acaricia la nuca con suavidad. Responde con lentitud:

—El beso fue *as de bueno* para mí. Sin duda.

—Bueno —le digo mientras extendo la mano para tomar mi café—, eso es algo que me da gusto escuchar. Y definitivamente hace que valga la pena no entrar a mi segunda clase de hoy.

—Acepto tu oferta con gusto —dice Esben. Toma su taza y la choca con la mía.

Cuando salimos de la cafetería caminamos al coche tan juntos que nuestros hombros se tocan. Pone la música a todo volumen en el coche porque ambos ya dijimos suficientes palabras por hoy y estamos desbordados con una euforia que no deja espacio para ninguna otra cosa. Después de que detiene el coche me dirijo hacia la puerta trasera para recoger mi bolso. En el piso del coche veo una bolsa de papel con su contenido derramado.

Hay por lo menos cien botones motivacionales cubriendo el piso.

Una oleada de emoción y magia me invade y espero que nunca se vaya.

Deseada

Esa noche intento comunicarme con Steffi vía FaceTime porque quiero que vea lo emocionada e idiotamente enloquecida que estoy, pero no responde el teléfono. Sin embargo, me devuelve la llamada de inmediato.

—Perdón. Me veo fatal y no te voy a someter a mi cabello grasoso y mis ojeras. Pensarías que acabo de cruzar todo el país en unos cuantos días. Ah, espera... ¡Eso hice!

—En ese caso, te agradezco mucho tu pudor.

Pongo el teléfono en altavoz y me veo en el espejo mientras hablamos. No suelo pasar mucho tiempo revisándome en el espejo pero hoy es distinto. Hoy quiero ver cómo luzco cuando estoy contenta.

—¿Cómo estás, aparte de las ojeras y eso? ¿Qué has estado haciendo esta semana? Oye, y ya no me dijiste nada sobre esa pasantía...

—Ay, eso es aburrido. ¿A quién le importa? Lo que necesito saber es qué está pasando *contigo*. Tú eres la que tiene una vida dramáticamente divertida.

De verdad suena exhausta pero sé que está intentando animarse por mí.

—Eh... ¿me podrías explicar paso a paso cómo arreglarme el cabello como lo hiciste el otro día? La noche que fui al cuarto de Esben.

Se escucha un silencio momentáneo. Luego puedo distinguir la satisfacción en su voz cuando comprende lo que le estoy diciendo.

—Fuiste *valiente*, ¿verdad? ¡A Esben le gustó tu cabello y luego fuiste valiente! Te arriesgaste y valió la pena.

Empieza a lanzarme preguntas y, porque insiste, le cuento todos los detalles de mi día sin omitir ninguno. Para cuando colgamos, Steffi ya tiene tantos detalles que incluso ella se quedó sin más cosas que preguntarme.

Luego, el martes en la noche, estoy estudiando y escucho que alguien toca a mi puerta.

—Hola, tú. ¿Puedo pasar?

Esben tiene puesta una camisa color verde oscuro debajo de su chamarra de cuero. Tiene todos los colores de un bosque mágico en el cual me quiero perder.

—Hola —respondo dando un paso atrás. Intento no verme tan embobada como me siento.

—Voy a ver a Kerry y ya se me hizo tarde así que tengo como dos minutos. Quiere mostrarme lo que está haciendo en su clase de pintura pero tenía que venir a verte antes.

—¿Sí? —le digo. Aunque sólo pronuncio una palabrita, se nota el temblor en mi voz.

Él asiente.

—Te extrañé hoy. ¿Eso es raro? Supongo que sí. Pero es cierto. Ayer la pasé muy bien y el día de hoy ha sido una gran decepción en comparación. Así que vine a verte —dice y se balancea un poco—. ¿Está bien?

—Sí, claro.

Está mucho más que bien. Tanto que quiero empezar a dar saltos como lunática. En vez de eso, hago algo que he tenido muchas ganas de hacer. Con menos torpeza de lo que hubiera anticipado, me acerco y le paso los brazos por debajo de la chamarra para abrazarlo por la cintura. No puedo creer que estoy haciendo esto y estoy temblando por los nervios y la inseguridad. Deseo tanto esta cercanía.

Esben me abraza por los hombros y me acerca a él.

—Por esto vine. Esto es lo que necesitaba.

Me relajo en su abrazo y, cuando me besa la cabeza con suavidad, giro para recargar mi mejilla contra su pecho. Nos quedamos parados juntos, formando un solo cuerpo, por varios minutos hasta que me aprieta un poco y dice:

—Maldición, tengo que irme. Me gustaría no tener que hacerlo.

Le acaricio brevemente la espalda.

—¿Nos vemos en clase mañana?

—Por supuesto.

Cuando se va, inflo el unicornio que Simon envió. Tal vez es porque Esben mencionó los unicornios ayer, no sé. Pero pongo la monstruosidad rosada

sobre el escritorio en la habitación desocupada.

El miércoles, Esben se sienta junto a mí en la clase de Psicología social. Su brazo está tocando el mío todo el tiempo y yo entiendo tal vez un diez por ciento de la conferencia del ponente. Me acompaña a mi siguiente clase, como si estuviéramos en una época antigua y estuviera cortejándome. Podría morir por la dulzura y el respeto de sus acciones. Nos quedamos afuera de mi salón, a pocos centímetros de distancia, y me siento demasiado emocionada para mirarlo a los ojos, así que me entretengo moviendo el zíper de su chamarra.

Él me susurra al oído.

—Entonces, ¿me podrías dar tu número de celular?

—Sí —le respondo con algo demasiado parecido a un gemido.

La noche del jueves Esben me llena el teléfono de mensajes de texto.

Me envía una selfie que se tomó con el grueso suéter tejido color naranja neón que le acaba de enviar su madre. Está haciendo una cara de susto exagerada. ¿WTF?, escribe en el texto. Mi madre enloqueció.

Después de eso me manda una fotografía de Chewbacca con la nota: Porque... Chewbacca.

Luego un chiste sobre una vaca y un pretzel que no entiendo pero, antes de que pueda contestarle, me escribe: Sí, yo tampoco lo entiendo. Un tipo lo sube todo el tiempo en mi muro de FB y recibe millones de LOL. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Después envía una lista de tres cosas importantes que piensa que debo saber sobre él: 1. Suelo usar calcetines que no son pares. 2. Odio comer elotes. Sé que probablemente soy la única persona en el mundo que los odia. Así que pongo los elotes parados y les corto los granitos de maíz, lo cual siempre hace un gran tiradero porque salen volando por todas partes y sólo algunos aterrizan en mi plato. 3. Pienso que eres increíble y me encantaría ir corriendo ahora mismo a tu habitación y decírtelo en persona y abrazarte y escuchar el sonido de tu respiración, pero no quiero asustarte.

Miro el número tres y sonrío. Luego le tomo una captura de pantalla porque quiero conservar este mensaje de texto para siempre.

Respondo: 1. Es una decisión interesante de moda. Tal vez podría enseñarte a lavar tu ropa. 2. Comer elotes es molesto y te apoyo al 100 por ciento en esto. Podemos inventar una especie de domo que cubra la mazorca mientras le cortas los granitos y así contenerlos. 3. No me asustas.

Luego lo pienso mejor y le envío otro texto: Bueno, estoy intentando no asustarme.

Unos minutos después, agrego: Bueno, tal vez sí me asusto pero también estoy muy contenta.

Lo acepto, me responde. Estoy muy retrasado en un trabajo que tengo que entregar el lunes, así que voy a trabajar mañana en la noche (¡qué emoción!) pero ¿quieres que nos veamos el sábado? Por favor di que sí porque será lo único que me ayudará a terminar de escribir sobre *Los hermanos Karamazov*. Odio a esos hermanos.

Le contesto: Me daría gusto ayudarte a sobrevivir a Dostoievski, así que acepto. Claro.

Nos vemos mañana en clase, escribe. Duerme bien, bonita.

Tomo otra captura de pantalla. Estoy a punto de enviarle las dos imágenes a Steffi en un mensaje de texto pero me detengo. Quiero conservarlas para mí misma.

Y después de eso sí duermo bien, mejor de lo que puedo recordar.

El viernes, Esben ocupa el lugar que ya se volvió habitual junto a mí en el salón y, a media clase, veo que pone su mano bajo la mía y entrelaza nuestros dedos.

—¿Puedo? —pregunta en voz baja.

Me encanta cuando sonrío sin sonreír en realidad. La expresión está totalmente en sus ojos.

—Por supuesto que puedes —le digo—. Quiero que lo hagas.

Levanta mi mano a su boca. Yo me siento como en un trance y lo veo tocar sus labios con mi piel, la manera en que cierra los ojos por un momento al hacerlo, la forma de su boca, su dulzura... es suficiente para que casi me desmaye. Mi mano se queda en la suya el resto de la clase.

Más tarde, llamo a Simon.

—Hola, tesoro. ¿Cómo estás? —contesta Simon.

Estoy sentada en el borde de mi cama y empiezo a rebotar.

—¿Simon? Te llamo para contarte algo.

—Ah. ¿Sí...? Muy bien, qué bien —Simon se traba un poco, quizás porque no he sido muy dada a llamarlo de la nada para platicar; sin embargo, hoy es distinto—. ¿Tu compañera de habitación abandonó a las focas leopardo y regresó?

—Mejor.

—¿El unicornio inflable que te mandé ahora es oficialmente tu nuevo compañero de cuarto?

Echo un vistazo a la habitación vacía y alcanzo a ver la atrocidad rosada y ridícula que lleva unos días sentada en la silla del escritorio.

—Supongo que eso es verdad. Pero no es lo que te quería decir.

—Muy bien, ¿entonces cuáles son tus noticias?

Me quedo quieta en preparación para decirlo en voz alta.

—Me gusta alguien.

—¿Liam Neeson?

—¡No!

—¿Flo, la de los anuncios de Progressive?

—¡Simon!

—¿Miley Cyrus? ¿Se puso alguna prenda extraña?

—Es el chico que te mencioné antes. En la escuela.

—Ah, muy bien entonces. ¿Te interesa? —puedo notar que Simon está haciendo un intento desesperado para que yo no perciba el asombro en su tono—. Vaya, qué sorpresa. ¿Cómo es?

—Me dio la mano y me ayudó a recoger cubos de hielo y tiene el coche lleno de botones motivacionales.

—Suena intrigante. ¿Pero tiene un unicornio inflable?

Dejo de rebotar.

—De hecho, es posible.

—Entonces me agrada.

Me recuesto de espaldas y me quedo viendo hacia el techo.

—A mí también me gusta mucho, Simon. Se llama Esben Baylor. Googléalo.

—Lo haré. Es mi trabajo investigar a los pretendientes de mi hija.

—Llevas un tiempo esperando poder decir esas palabras, ¿verdad?

—He estado esperando que tú estés lista. Es todo.

Sin embargo, logro escuchar su teclado que hace ruido en el fondo.

—Muy bien. Tengo que ir a cenar, pero quería contártelo. Te llamaré pronto.

Estoy a punto de salir a la cafetería pero me detengo para buscar en el directorio estudiantil cuál es el número de la habitación de Carmen. Luego, dos pisos arriba de mi cuarto, me paro frente a su puerta y, tras un debate interno, termino tocando.

—Allison —me dice con una sonrisa. Carmen se tiñó el cabello de color rosa pastel y lo tiene peinado de una manera muy dramática—. ¿Qué pasó?

—Iba a la cafe por algo de comer. ¿Quieres ir conmigo?

Ella saca su identificación de estudiante de su bolsillo.

—Iba justo en camino. Es noche de desayuno en la cena, así que voy a comer todos los omelets que pueda.

—Entonces yo también me comeré todos los que pueda.

Carmen choca su puño con el mío y sonrío.

Comemos omelets y no sucede nada desastroso. Ella es de Wisconsin y tiene cinco hermanos. Está estudiando biología y quiere ser ambientalista. Me entero de que tiene dos chinchillas como mascotas en su casa; que ganó un concurso de cargar huevos cuando tenía nueve años y que le gusta leer biografías de personas que fueron estrellas infantiles.

De postre, comemos sundaes de waffle y, a medio camino entre la crema batida y el chocolate, me doy cuenta de lo mucho que me gusta no comer sola. De hecho, me empiezo a parecer a una estudiante realmente integrada. Es extraño y maravilloso.

Y ella me agrada.

Luego, por fin, llega el sábado.

Supuse que Esben pensaba que nos reuniéramos en la noche, pero quiere pasar por mí al mediodía. No tengo suficiente experiencia para saber si una

cita para almorzar muestra menores intenciones románticas que una en la noche, pero es una posibilidad. Me resulta casi increíble siquiera pensar que estoy usando palabras como “cita” y “romántica”, y que las estoy usando para referirme a mí, pero la felicidad que he sentido toda esta semana no se parece a nada que haya experimentado antes y ni siquiera yo soy tan estúpida como para apartarme de esto.

Sin embargo, eso no significa que no sienta que se me doblan las rodillas y que tenga muchos nervios cuando lo espero en las escaleras que conducen a mi dormitorio y que ven hacia la calle bordeada de árboles. Espero un rato y luego confirmo la hora.

Tiene diez minutos de retraso.

Me siento. Las hojas están poniéndose rojas y anaranjadas bajo el cielo de octubre, y yo miro hacia arriba mientras la brisa mueve los colores para formar un manchón de tonalidades. Ajusto la mascada delgada color azul pálido que traigo al cuello y me paso los dedos por el cabello para acomodarme el fleco. Como no sabía dónde iríamos, fue más estresante vestirme pero me puse unos jeans, botines al tobillo y una blusa que hace juego con mi mascada. Empiezo a retorcer el suéter que traigo en la mano y busco el coche de Esben en la calle.

Estudio las escaleras de roca color gris y sigo las líneas de las cuarteaduras. Luego miro la zona con césped y cuento las hojas de pasto. Llego a noventa y ocho y me sacudo para salir de mi sopor.

Ahora ya tiene veinte minutos de retraso.

De repente me doy cuenta de que existe la posibilidad de que me haya dejado plantada, de que todo esto sea sólo una broma cruel. *Ay, dios.* Me pongo de pie y empiezo a subir las escaleras cuando escucho unos frenos rechinar y una puerta de coche que se cierra de golpe.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Allison! ¡Espera! ¡Espera!

Le estoy dando la espalda cuando exhalo un suspiro de alivio. El sonido de sus pasos cuando sube las escaleras corriendo es casi música para mis oídos pero me siento incapaz de voltear. Siento su mano en mi espalda cuando llega a mi lado.

—¿Dónde vas? ¿Te diste por vencida conmigo tan pronto?

—Pensé que tal vez... No sabía... —giro en mi sitio y le sonrío con expresión arrepentida.

—¿Pensaste que te había plantado? —pregunta y se nota que está preocupado—. Allison...

Yo me encojo de hombros porque me siento avergonzada.

—Era posible que hubieras cambiado de opinión.

—Por supuesto que no. Perdón por llegar tarde. Se descompuso la batería de mi coche y tuve que pasarle corriente.

—Está bien.

—Vamos —me dice Esben y me toma de la mano para que vayamos a su carro. Está a punto de abrir la puerta y se detiene—. Nunca te dejaría plantada. Un día de estos empezarás a confiar en mí.

—No es que no confíe en ti. Soy yo. Y... el mundo. Todo. No eres tú.

—Entonces uno de estos días confiarás en el mundo y en todo.

Abre mi puerta y, cuando me siento, se acerca para darme un beso rápido en la mejilla.

—Pero primero comeremos. ¿Está bien si vamos un poco lejos?

—Claro, ¿dónde vamos?

Enciende el motor.

—Estamos en Maine, ¿no? Entonces, ¿qué debemos comer?

—Comida mexicana.

Ríe.

—Noooo.

—¿Sushi? ¿Chirivías? ¿Pizza congelada?

—Estás loca como una cabra.

—¿Cabra? Está bien. Cordero, oveja...

Me cuesta trabajo apartar la vista de su perfil cuando vuelve a reír, así que no lo hago.

—No eres muy buena para adivinar —me dice en broma—. ¡Estamos en Maine! Tenemos que comer almejas fritas. Bueno, a menos que te repugnen los mariscos, en cuyo caso tendremos que tener una conversación muy seria.

—De hecho, me encantan las almejas fritas. Todos los mariscos, de hecho. Simon y yo vamos a un lugar en Boston que es muy bueno. En Faneuil Hall. A

la Union...

—¡... Oyster House! —termina de decir él—. ¿Comen en la barra de comida cruda?

—Por supuesto.

—Dios, sabía que me agradabas —deja escapar un suspiro indudablemente satisfecho y busca mi mano cuando sale hacia la carretera—. Prepárate porque este lugar te va a fascinar. Está a casi una hora de distancia, pero te prometo que vale la pena. Y después pensaba que podríamos ir a un huerto genial y cosechar manzanas y calabazas. Ya sabes, un día temático de Nueva Inglaterra. ¿Te gusta?

Aprieto su mano. Esben no piensa llevarme a almorzar algo y ya. Quiere pasar el día conmigo.

—Me gusta.

Sigue tu sueño

Esben tiene razón. Valió la pena la distancia y ni siquiera hemos empezado a comer todavía. Estamos en un puesto tradicional de mariscos, con todo y su ventanilla donde te entregan la comida y mesas de picnic en el exterior. Ya sé que me va a encantar.

Estoy sentada en una de las bancas mientras él va por nuestra comida a la ventanilla. Esben está inclinado hacia el frente, apoyado en el mostrador y platicando con la chica de la caja. De vez en cuando le dice algo al tipo que está preparando nuestros platillos. Me sorprende lo sociable y amistoso que es. Yo no puedo recordar haber iniciado conversaciones aleatorias con desconocidos. Sin embargo, lo que sí llama mi atención más allá que la naturaleza extrovertida de Esben es su trasero increíblemente sexy. No puedo evitarlo porque sus jeans se ajustan a su figura con una perfección insoportable. Me muero de hambre pero me decepciona un poco cuando al fin se endereza y se da la vuelta para traer nuestra comida. Por supuesto, el frente no está nada mal tampoco...

Supuse que se sentaría frente a mí, así que siento mariposas en el estómago cuando pasa la pierna por encima de la banca y se sienta viéndome. Dios, este chico me hace sentir tan nerviosa y tan cómoda al mismo tiempo... y no puedo apartar la vista de él.

—¿Cómo se ve esto, eh? —pregunta.

—Se ve muy muy bueno.

Entonces me doy cuenta de que está hablando de la comida.

Él por supuesto que se da cuenta de que lo estoy viendo pero antes de que yo pueda apartar la mirada ya está acariciándome la nuca.

—Sí se ve bueno. Es lo mejor que he visto en una eternidad.

Desliza su mano sobre mi cara y mueve el pulgar con delicadeza sobre mis labios. Se acerca a mí y se inclina hacia mi cara. Con la boca insinuantemente

cerca, susurra:

—Lo. Mejor. En. Una. Eternidad.

Entonces cierro los ojos y siento sus labios sobre los míos.

Éste es un beso suave y tierno que dura sólo unos cuantos segundos, pero sólo son necesarios esos segundos para que yo me pierda en la dicha.

Luego me besa rápidamente en la mejilla y se vuelve a sentar.

—¿Tienes hambre, hermosa?

De alguna manera puedo responder.

—Me muero de hambre.

El olor es celestial y mi estómago ya empieza a hacer ruido. Tal vez eso es lo único que evita que haga algo estúpido como saltar a sus brazos y meterle la lengua hasta la garganta.

—Tenemos de todo aquí. Almejas fritas, ostiones, escalopas, camarones, calamares y pescado. Además de dos kilos de papas a la francesa recién hechas. ¿Salsa tártara o cátsup?

—Ambas. Y, Dios, ¿ostiones fritos? Casi no hay en ninguna parte.

Esben toma uno, lo mete a ambas salsas y lo acerca a mi boca.

—Estoy a punto de cambiar tu mundo.

Sonrío.

—Creo que ya lo hiciste.

Me vuelve a besar la mejilla.

—Come.

Lo dejo que me dé el ostión en la boca y, aunque no se acerca siquiera al placer cálido de su beso, es muy satisfactorio. Entre el ostión jugoso que sabe a mar y la presencia encantadora de Esben, ésta es, por mucho, la mejor comida de mi vida.

Nos dedicamos a terminarnos la montaña de mariscos y bebemos un refresco grande que compartimos. No quiero irme de esta mesa de picnic nunca, pero Esben ya está tirando la basura y mientras vamos de regreso al coche me platica sobre el huerto cercano. Es un recorrido en coche de diez minutos que termina en un camino de terracería y, luego de encontrar un sitio donde estacionarnos en el lugar lleno, sale del coche emocionado.

Su rostro se ilumina cuando ve el huerto.

—Esto me recuerda cuando era niño. Mis padres solían llevarnos a Kerry y a mí a cosechar manzanas todos los años y luego mi padre hacía tarta de manzana y pastel de manzana. Amo a mi madre pero no sabe nada de cocina. Sin embargo, sí es una talentosa talladora de calabazas y se pasaba una eternidad evaluando y calificando las calabazas antes de comprar una —me hace una señal con el brazo extendido, esperándome—. ¡Vamos! Va a ser divertido.

Me dirijo hacia él con felicidad. Como si lleváramos años haciendo esto, su brazo cae en mi hombro.

—¿Qué tipo de calabazas talladas hacía tu mamá? —pregunto mientras caminamos.

—De todo. Y no sólo las tradicionales brujas y fantasmas y caras que daban miedo. Kerry y yo también le pedíamos cosas extrañas. Como, una vez, Kerry le pidió un puercoespín y mi mamá lo hizo increíble. El año pasado me mandó una fotografía de la calabaza que había hecho en mi honor —ríe—. Era un hashtag y dijo que le tomó diez minutos y que eso era todo lo que me haría porque el año previo había pasado una cantidad absurda de tiempo tallando el par de flamencos que le pedí —se detiene en seco—. Ay, dios, Allison. Lo lamento.

Me siento confundida.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Estoy hable y hable sobre mi familia y las salidas que hacíamos cuando era niño y... —niega con la cabeza—. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte para nada. No es que me parezca imposible que la gente crezca en familias buenas.

—De todas maneras fue una tontería.

—Oye —me muevo para plantarme frente a él y obligarlo a que me mire—, me da gusto que tuvieras todo eso. De verdad. Y me gusta escucharlo. No... Mira, Esben, tienes que contarme sobre estas cosas buenas. Si no lo hicieras, querría decir que me tienes lástima o que me estás intentando proteger y no quiero eso. No necesito que me protejas de *tu* pasado. Necesito protección del mío.

Él lo piensa un momento.

—Muy bien.

—Deja de hacer cara de que acabas de atropellar a mi perro —lo tomo del brazo y lo jalo hacia el frente—. Así que vayamos a cosechar manzanas. Y si heredaste alguno de los talentos de tu madre, entonces tal vez necesitemos unas cuantas calabazas.

—Puedo hacer unos ojos triangulares increíbles.

Me río.

—Eso es suficiente.

Empezamos a caminar. El lugar es muy hermoso. Hay hilera tras hilera de árboles llenos de manzanas rojas y verdes. La luz entra entre las hojas y el olor del otoño se puede percibir en el aire. Nunca antes había ido a cosechar manzanas y Esben parece entretenido con lo mucho que me estoy divirtiendo. Avanzamos por las hileras de árboles y pronto él deja de cosechar y sólo me observa mientras yo busco manzanas perfectas entre las ramas.

—Eres muy selectiva —me dice—. En especial para alguien que está aquí por primera vez.

—Tal vez por *eso* soy selectiva. Quiero hacer esto bien. ¿Qué tal si regresamos a casa con manzanas golpeadas y llenas de gusanos? Me lo agradecerás después —estoy viendo una manzana muy grande que quiero pero que queda fuera de mi alcance—. ¿Me alcanzas aquella?

—¿Qué tal si te ayudo a alcanzarla? —se agacha un poco—. Súbete. Súbete a mi espalda para que la alcances.

Si Esben quiere que presione mi cuerpo contra el suyo no voy a negarme. Cuando se pone de pie aprieto mis piernas alrededor de él y levanto la mano. Estoy a la altura perfecta y arranco la manzana del árbol.

Empieza a bajarme pero me sostengo y lo detengo.

—¿Esben?

—¿Sí?

—Voy a decirte algo pero no quiero que te pongas todo raro ni que te sientas mal por mí.

—Está bien.

—Ésta es la primera vez que alguien me carga así.

Él me sube más, sostiene mis piernas en sus brazos y empieza a caminar.

—Entonces no te voy a bajar todavía.

Dejamos nuestro costal de manzanas bajo el árbol y, por un rato, Esben recorre el huerto cargándome. Descanso la cabeza en mi brazo y veo pasar los árboles. Luego paso mis dedos entre sus rizos sueltos y veo cómo los rayos del sol hacen brillar su cabello con distintos colores que no había notado antes. Estoy más relajada y tranquila en este momento que lo que podía imaginar.

—Ya debes de estar cansado —digo inclinándome un poco hacia un lado—. Gracias.

—Cuando quieras. ¿Estás lista para las calabazas?

—Por supuesto.

—Si me dices que nunca has tallado una calabaza...

Me deslizo por su cuerpo hacia el suelo.

—Técnicamente no.

No estoy segura de por qué me parece gracioso, aunque es obvio que a Esben no. Este pobre chico no tiene idea de cuántas cosas no he hecho.

Levanta las manos.

—¿Qué? Será mi misión que hagas todas las cosas que no has hecho. ¿Y por qué te estás riendo?

—¡No sé! Tal vez porque estás indignado por esto. Es lindo. He ayudado a sacar el relleno asqueroso de las calabazas. ¿Eso cuenta?

—¡Nooooo! No cuenta. ¿Simon no permite calabazas en su casa?

—En realidad... en realidad no soy muy dada a festejar los días feriados. Siempre eran un momento complicado cuando era niña. Aunque eran divertidos, esa diversión nunca duraba. Tendría, digamos, un Halloween genial y luego ya no estaba en esa casa antes del día de Acción de Gracias. Aprendí a no involucrarme. Estoy segura de que a Simon le encantaría si fuera una fanática de la Navidad o lo que fuera pero... no sé —la cara de Esben me vuelve a hacer reír—. ¡No es importante!

—Vamos. Te vamos a comprar una calabaza. O veinte.

Si yo me porté selectiva con las manzanas, Esben se tarda media hora en encontrar una calabaza que cumpla con sus requisitos para tallarla. A mí todas me parecen iguales pero disfruto caminar a su lado mientras se detiene y

vuelve a caminar o se agacha de vez en cuando para mover una calabaza.

En cierto momento, recoge una que se ve bien y dice con tristeza:

—Lo siento mucho. Eres hermosa y perfectamente redonda pero no tienes tallo y, por lo tanto, no puedes convertirte en una calabaza tallada. Hay ciertos estándares que se deben cumplir. Puedes convertirte en una tarta. O en pan.

—¿O en barras de calabaza? Ésas son muy buenas. Simon las hace. Tienen cobertura de chocolate, una capa de crema de calabaza, galletas trituradas...

—Todo lo que me cuentas de Simon me agrada. Es buen padre, ¿verdad?

—Sí lo es.

—¿Pero no lo llamas papá?

—Ah —seguimos caminando y Esben sigue buscando—. No. Supongo que es porque me adoptó cuando ya era muy grande.

—¿A él le importa?

—Nunca me lo ha dicho.

Pateo una piedra. Nunca había pensado en esto.

Esben se niega a dejarme pagar por las calabazas y las manzanas a pesar de que él pagó por el almuerzo, así que me voy a ver las repisas con jaleas, panes, chocolates y jarabes locales. Cuando regreso a la caja registradora, encuentro a Esben conversando con el hombre que está formado detrás de él. Están hablando sobre las atracciones turísticas de Maine y Esben le está recomendando el lugar donde almorzamos.

—Sí, tienes que ir. Acabamos de comer ahí y no vas a encontrar mejores mariscos en ninguna otra parte.

—¿Ah, sí? Iremos hacia allá entonces si logro que mi esposa salga del huerto. Parecería que nunca antes había visto un árbol —guiña—. Llevamos todo el día en la carretera. Vinimos desde Nueva York.

—¿De verdad? —sonríe Esben y le entrega el dinero a la cajera.

—Sí. Pero este lugar vale la pena todas esas horas en el coche —el hombre mira a su alrededor, luego otra vez a Esben, y se acerca a él—. ¿Te cuento algo? —pregunta nervioso—. Después de años de trabajar en el mundo aburrido de los negocios, al fin vamos a hacer algo divertido y distinto. Por fin. Llevo toda la vida siendo adicto a las malteadas —confiesa con una risa—, así que vamos a empezar un negocio de malteadas. Pero no malteadas

comunes. Malteadas con palitos que tengan muchas cosas adicionales. Pedazos de brownie, galletas recién horneadas, chocolates. Y en los meses fríos haremos lo que llamaremos “malteadas calientes”. Bebidas de café, té y sidra que vendrán acompañadas de donas, pan de calabaza y cosas así.

Apenas logra disimular su emoción.

Esben se hace a un lado para que el hombre pague por su calabaza.

—Qué idea tan genial —hace una pausa y, de pronto, sonrío porque sé lo que está a punto de hacer. Extiende la mano para presentarse con el hombre—. Me llamo Esben Baylor. ¿Podría tomarte una fotografía con tu esposa?

Diez minutos después, Esben sube una fotografía de este hombre con su esposa, en medio del huerto de calabazas, con un pie de foto que cuenta su historia y el hashtag *#síguetusueño*.

Después de cargar el coche con manzanas, calabazas y cuatro plantas de maíz que logró meter al asiento trasero, nos marchamos. Estoy pegada a mi teléfono, mirando con admiración cómo empiezan a llegar montones de comentarios por la fotografía. Me meto a sus perfiles de Facebook, Instagram y Twitter y visito también su página personal. Es imposible seguir el paso de los comentarios.

Dejo caer el teléfono en mis piernas y miro a Esben.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Quién eres? Digo... Ya tienes cientos de comentarios en cuestión de segundos sobre el hombre de las malteadas y su esposa.

—¿Qué está diciendo la gente?

Vuelvo a revisar. La cantidad de comentarios ya aumentó muchísimo.

—Cosas muy amables —avanzo por los comentarios pero no sé qué leer en voz alta porque me abrumba tan sólo el volumen de gente que ha respondido. Leo—: “Siempre he querido hacer algo así. Bien por ellos. Espero que tengan mucho éxito”. Muchas cosas así. Alguien quiere saber el nombre del lugar y cuándo abrirán. Otra persona dice... —entrecierro los ojos y me río un poco—. Dice que el tipo de las malteadas es muy sexy y que ella está soltera, en caso de que su esposa termine odiando la vida malteadosa y se vaya a vivir a Barbados con el repartidor de helados.

—Bueno, eso sería un final triste para una historia inspiradora.

—¿Cómo empezaste a hacer todo esto? Digo, de nuevo, ¿quién eres?

Él ríe y se pone unos anteojos de sol.

—¿Esto? Esto no fue difícil. Pero es un mundo interesante y tiene personas interesantes. Sólo hay que mantener los ojos bien abiertos —de repente conduce hacia el carril de la derecha y toma una de las salidas—. Hablando de helado, se me olvidó por completo. Hay un puesto aquí que es de locura.

—¿Cómo conoces todos estos lugares?

—Me gusta manejar por todas partes, conocer pueblitos. Maine tiene lugares muy raros. El campus a veces se siente un poco claustrofóbico.

Pienso en lo mucho que me gusta recluirme en mi habitación. Tal vez voy a tener que renunciar a eso.

Esben nos lleva a otro lugar que sólo tiene una ventanilla para vender sus productos y nos formamos.

—Bien. Me estaba preocupando de que ya hubieran cerrado por la temporada de frío —vuelve a ponerme el brazo en los hombros—. Es helado suave de máquina y sólo tienen siete sabores o algo así, pero es buenísimo. Confía en mí.

—Sí confío en ti. Y no sólo en el tema de los helados.

—Me alegra saberlo. Y pide el de mora azul.

Así que eso hago. Y es increíble, con trocitos de moras frescas en el helado cremoso color azul. Nos sentamos bajo una sombrilla en una mesa pequeña con nuestros conos gigantes y no puedo resistirme a volver a revisar los comentarios. Es impresionante. Luego me topo con más de uno que me hace sentarme erguida de inmediato.

Esben frunce el ceño.

—¿Qué pasó? Dios, ¿algún idiota dijo algo estúpido? Lo voy a bloquear o a eliminar. No tolero eso. Gracias a Dios, no sucede con frecuencia.

—Eh, no, de hecho no. Pero ¿ves cómo a veces la gente comenta sobre una cosa pero está hablando de otra?

—Sí... Odio esos comentarios. Digo, si publico algo sobre un pollo, no falta el tipo que empieza: “Claro, los pollos están bien, pero yo tenía un hurón al que le gustaba usar gorros tejidos” y luego cuarenta y cinco personas empiezan a contar sus historias de hurones...

—Esben —deseo tener unos anteojos oscuros que me permitan ocultarme—. Parece que la gente sigue preguntándose qué pasó con nosotros.

—Ah. Sí. Eso lleva sucediendo toda la semana —se recarga en su silla—. ¿Quieres contestarles?

—¿Contestarles? ¿Qué quieres decir?

—¿No estás en Twitter ni en Facebook ni nada de eso, verdad? —pregunta. Niego con la cabeza y él se queda pensando un momento.

—Podría presentarte —dice Esben y su sonrisa crece de inmediato.

—¿Qué quieres decir? —resulta que a ninguno de los dos nos gusta comernos el cono del helado, así que me los llevo para tirarlos a la basura—. ¿Cómo?

—Ven —se mueve en su silla y se da unas palmadas en sus piernas—. Siéntate.

Voy hacia él y me siento con las piernas cruzando las suyas y mi brazo en su espalda.

—¿Sí?

—Antes que nada —dice lentamente—, antes que nada debo hacer esto.

Por segunda vez en el día me besa en la boca. Pero este beso dura mucho más que unos segundos. Su boca está fría y sabe a moras frescas, pero el beso definitivamente tiene una temperatura muy elevada. No entiendo cómo alguien puede ser tan dulce y tierno y al mismo tiempo hacerme querer arrancarle la camisa en medio de la heladería. No le costó ningún trabajo despertar mi sed prácticamente olvidada de romance y lujuria.

Me separo del beso para respirar y para evitar empezarle a arrancar la ropa de verdad.

—Estoy bastante segura de que lo que venga después de esto no será tan bueno.

Me vuelve a besar, por unos instantes.

—Es probable que no —dice y pone su teléfono frente a nosotros. Veo nuestra imagen reflejada—. ¿Qué opinas?

—¿Nos tomamos una selfie? —pregunto titubeante—. ¿Y tú la publicas?

Él asiente y se levanta los anteojos.

—Sólo si quieres.

Me pierdo en el ámbar de sus ojos y pienso. La idea de dar este paso es un poco intimidante pero también me emociona. Miro hacia el piso y sigo pensando. Y luego veo algo que me hace sonreír. Esben tiene un calcetín azul y uno blanco. Ya no tengo que pensarlo más.

—Sí, subamos una fotografía.

—Estás consciente —me advierte— de que recibiremos algunos comentarios no muy agradables.

—En especial de parte de las chicas. Lo sé.

No digo nada, simplemente me volteo de lado, junto mi cara a la suya y luego miro a la cámara.

Esben sube nuestra fotografía.

Allison, te presento a todos. Todos, les presento a Allison.

#besodebesos #allison #180

No me importan los comentarios, las reacciones. No en este momento. Lo único que me importa es que logré permitirle, nos permití, hacer esto público.

Es un hito en mi vida y nunca olvidaré este día. Ni a él.

Rencor

Unas semanas después, Esben, su hermana Kerry y yo estamos afuera del centro de estudiantes. Es la semana previa a Halloween, el lugar está repleto de gente y la brisa helada nos hace tiritar bajo el cielo gris y lúgubre. Aunque todos traemos puestos suéteres gruesos o chamarras, parece que éste será el último día tolerable antes de que empiecen las temperaturas verdaderamente bajas. El norte de Maine no es conocido por sus inviernos fáciles. Steffi me ha estado enviando mensajes de texto llenos de sol, lo cual tal vez debería irritarme pero la cantidad de emojis con anteojos de sol y cocteles que manda me hace reír. Llevo días intentando localizarla por teléfono pero no coincidimos; sin embargo, los mensajes de texto graciosos me están manteniendo tranquila.

Esben está ocupado con su teléfono, yo estoy sosteniendo la cámara de Kerry y ella está sacando un pizarroncito blanco y un estuche con marcadores de una bolsa.

—¿Es la primera vez que haces esto con él? —me pregunta.

—Sí.

Estoy intentando que no sea obvio que soy un manajo de nervios e inseguridades. No estoy segura de que me esté funcionando muy bien.

Esben y Kerry están aquí afuera pidiéndoles a los estudiantes que les compartan algo sobre sus mejores amigos y, aunque me sentía renuente, acepté acompañarlos. Una parte de mí muere de ganas de volver a ver a Esben en acción y otra parte muere de ganas de taparme los ojos y bloquear todo esto.

Quiero correr. Quiero quedarme. Quiero hacer las dos cosas.

Pero me quedo.

Kerry tiene una sonrisa tan cálida como la de su hermano.

—Te ves nerviosa. No te sientas así —se pone de pie y me cambia el pizarrón blanco por la cámara—. Me da gusto que hayas venido. No te había

visto desde aquel día —no tiene que explicarme más. Ambas sabemos a qué día se refiere—. Y te fuiste un poco rápido.

—Un poco —conuerdo—. No estaba... preparada. Debes de pensar que estoy loca.

—No. Para nada. Ese tipo de cosas puede alterarte. Tú..., bueno, tú te alteraste más que la mayoría pero fue... no sé. Nunca había visto algo así —Kerry se limpia la bota en el concreto—. Quiero decir, nunca había visto eso en él, ¿me entiendes? Por lo general no se ve tan afectado.

—Supongo..., bueno, me lo preguntaba —estoy tan lejos de mi zona de confort, pero ya casi no tengo defensas. Esben se ha encargado de demoler varias—. No sabía si él era siempre tan... reactivo.

Kerry niega con la cabeza.

—Ese día..., fue la primera vez que sucedió. Llevo grabando y fotografiando todos los proyectos de mi hermano desde el principio. Me ha encantado siempre —se detiene un momento y el viento sopla por encima de nosotras—. Esben ha estado hablando tanto de ti que siento como si te conociera. Pero no es así. Todavía no —Kerry es igual de intensa que su hermano—. Pero me gustaría, porque todo fue tan hermoso, y tuviste un efecto en mi hermano. Le llegaste al fondo. Tu *locura* le llegó.

—Ese día todo estuvo un poco loco.

—Pero una locura maravillosa —recalca ella—. De todas maneras, te debo una disculpa. Te metí de improviso en una situación sin darte oportunidad de salirte de ella. A veces me emociono tanto como Esben por lo que hace, y debía haber prestado más atención al hecho de que no te sentías cómoda. Necesitábamos a alguien más, tú estabas ahí...

La detengo en seco.

—Me alegra que me hayas sentado en esa silla —no puedo evitar mirar en dirección de Esben con cariño—. Quizá sea lo mejor que me haya sucedido. Así que, gracias.

Un ventarrón le vuela el cabello color miel frente a la cara. Ella sonrío cuando se lo aparta de los ojos y se lo detiene en la cabeza con la mano.

—Tienes a mi hermano muy entusiasmado, ¿sabías? Pero te ha estado ocultando, así que me da gusto que podamos pasar un rato juntas hoy.

Siento la obligación de explicar, de aclararle que fui yo quien hizo mal.

—Esben no me ha estado ocultando. Creo que es porque soy un poco tímida y... —todo esto es muy vergonzoso pero le digo la verdad—. De no ser por él, probablemente seguiría encerrada en la habitación de mi dormitorio. Me está enseñando a soltarme un poco y a ser más sociable, supongo —me encojo de hombros—. Con mucha paciencia —agrego con una risa.

—Esben ciertamente es paciente —voltea a verlo y le grita—: ¡Y también es un desorganizado de lo peor y lento! ¡Baby Blue, deja el teléfono! ¡Es hora de movernos! No estamos precisamente a veintisiete grados ni está soleado.

Esben levanta la mirada.

—Perdón, perdón. Ya estoy listo.

—En serio, si no fuera por mí, nunca terminaríamos nada —dice Kerry y me da un empujón amistoso en el brazo—. Oye, voy a tener una exposición el próximo mes. ¿Quieres venir? —pregunta—. No es muy emocionante, sólo una cosa en la noche en el edificio de arte. Seguro habrá bocadillos malos y cosas así pero la galería es linda. ¿Qué tal si vas con Esben?

—Me encantaría —le respondo. Y es verdad.

—El truco aquí —explica Esben mientras camina hacia nosotras— es lograr hablar con la gente que no está ansiosa por hablar conmigo. ¿Ven aquel grupo de allá que nos está observando? Es un grupo de chicas que, de seguro, sólo va a declarar quién es su mejor amiga de la semana entre grititos agudos. Sé que suena poco amable, pero es verdad. Así que alejémonos.

Con el pizarrón en mano, Esben se acerca a un estudiante que va caminando solo. Yo desvío la mirada porque la idea de acercarme así a un desconocido me resulta rarísima y el tipo trae el gorro tapándole los ojos casi por completo. No da precisamente la impresión de querer que le hablen.

—Hola. ¿Oye, nos puedes ayudar con algo? —escucho decir a Esben.

Lleno mi cabeza de ideas que me distraigan para bloquear la conversación pero cuando al fin vuelvo a asomarme, veo que el estudiante está frente a la cámara de Kerry.

—Me llamo Chea y mi mejor amigo es Andy.

—¿Cómo conociste a Andy? ¿Qué lo hace tan especial? —pregunta Esben.

—Bueno... —Chea mira hacia un lado—. Yo nací en Camboya y me mudé a

Estados Unidos a los once años. No hablaba nada de inglés y la escuela era muy difícil. Tenía muchas clases de inglés como segunda lengua, pero también las clases normales. Nadie quería juntarse conmigo. No había muchos camboyanos en mi escuela —ríe, pero es una risa dolorosa—. Los demás me hacían la vida imposible. Los niños pueden ser muy crueles. No entiendo por qué... Estaba solo todo el tiempo. No me fue fácil aprender el inglés rápido y cuando me equivocaba ya no quería seguir intentando. Extrañaba mi hogar. Extrañaba a mis amigos. Odiaba la comida de aquí. Todo —se detiene y se queda mirando al piso. Cuando vuelve a levantar la mirada, se pasa la manga por la nariz—. ¿Qué me pasa? Me estoy poniendo muy sentimental. No había pensado en esto en mucho tiempo.

—Está bien —dice Esben y le pone la mano a Chea en el brazo.

Chea sorbe un poco la nariz y niega con la cabeza.

—Pero luego un niño de mi salón... No sé por qué pero empezó a sentarse junto a mí a la hora del almuerzo. Andy. Me dio mi primera papa frita y ésa fue la primera comida estadounidense que me gustó. Señalaba las cosas y decía su nombre en inglés y yo las repetía. Y, en algún momento, entendí que él quería que yo le dijera la palabra en camboyanos. Pero él era pésimo para el idioma. Un acento horrendo, pero lo intentaba. Andy me enseñó a leer mejor que las maestras de inglés como segunda lengua. Fue mi único amigo ese año. Los demás niños no entendían por qué Andy quería juntarse con un perdedor como yo y lo molestaban mucho —dice Chea mirando directo a la cámara—. Pero a él no parecía importarle. Era mi amigo y eso era todo. Así que éramos los dos contra el mundo.

—¿Siguen siendo amigos? —pregunta Esben. Ha estado escuchando con mucha atención. No sólo está entrevistando a alguien. No sólo está haciendo preguntas. Está presente, conectado y muestra interés genuino. Es hermoso.

—¡Sí, sí, claro! —responde Chea y asiente con seguridad—. Está en Harvard. ¿Lo pueden creer? Estoy tan orgulloso —se pone una mano en el pecho y sonríe—. ¡Harvard! Maldición, cómo lo extraño.

Esben escribe *#mejoramigo #andy* en el pizarrón y se lo da a Chea para que lo muestre mientras Kerry toma unas fotografías.

—Gracias por esto —dice Chea—. Debería decirle a Andy con más

frecuencia todo lo que hizo por mí. Y lo que sigue haciendo. No hay nadie mejor —de repente, Chea abraza a Esben y le da unas palmadas en la espalda con entusiasmo—. Gracias, amigo.

Luego se ajusta el gorro y se va.

Me quedo con la boca abierta. *Santo. Díos.*

Esben voltea rápidamente.

—No estuvo mal para empezar, ¿verdad?

Luego empieza a caminar en busca de su siguiente sujeto.

Yo camino con Kerry.

—Es mágico... —exhalo.

—¿Verdad que sí? A mí no deja de conmoverme por más que lo veo.

Las siguientes cinco entrevistas salen bien pero en su mayoría son chicas que están montando una escena para la cámara. Aun así, somos testigos de algunas escenas cálidas y Kerry consigue unas buenas tomas. Llama a estas entrevistas “relleno” pero sigo pensando que es bonito escuchar sobre la amistad y pienso en Steffi y todo lo que tendría que decir sobre ella si me entrevistaran a mí.

Después de otras cuatro entrevistas, se nota que Esben se está frustrando. Quiere más intensidad, lo puedo notar.

—¿Allison? ¿Quieres elegir a alguien por mí? —me pregunta.

—¿Yo?

No tengo idea de cómo hacer nada de esto.

—Sí. Serás buena porque tienes una mirada fresca. Una consultora virgen.

Me guiña el ojo

Oh, díos. No tiene idea de lo cierto de sus palabras. Pero estoy de acuerdo.

Entre los tres consideramos las opciones a nuestro alrededor. Hay mucho movimiento de estudiantes hoy y me toma un momento empezar a verlos de manera individual. Frente a nosotros, alcanzo a ver a un hombre mayor de cabello blanco con un abrigo largo de lana y una bufanda a cuadros perfectamente acomodada debajo del cuello. Camina apoyándose en un bastón curvo y elaborado, aunque no parece necesitarlo demasiado. De repente siento muchas ganas de saber quién es el mejor amigo de este señor.

—Él —señalo con discreción.

—¿El profesor Gaylon? Una elección audaz —exhala Esben—. Deséenme suerte.

Echa los hombros hacia atrás y se dirige al hombre.

—¿Quién es el profesor Gaylon? —le susurro a Kerry.

Ella está intentando no reír mientras sostiene la cámara.

—Es un maestro de economía que no se distingue por su naturaleza afable. Me da taaaanto gusto que lo hayas elegido.

Kerry apresura el paso para alcanzar a su hermano.

Cuando llego con ellos, Esben está intentando convencer al profesor de que participe.

—Vamos, ¿no tiene un mejor amigo? Me ayudaría mucho si me contara. ¿Sólo unas cuantas palabras?

—¿No sería una mejor inversión de tu tiempo ponerte a estudiar en vez de estar haciendo esta tontería de video?

—¿Qué tal si hacemos un trato? —Esben está valiéndose de todos sus encantos—. Usted nos concede una entrevista rápida y yo estudio dos horas extras esta noche.

El profesor Gaylon entrecierra los ojos y señala a Esben con su bastón.

—Trato hecho. Que sea rápido.

Esben le hace una señal a Kerry y ella empieza a grabar.

—Entonces, cuéntenos sobre su mejor amigo.

—No tengo. Listo. ¡Ahí tienes tu entrevista! —le dice el profesor con brusquedad.

Empieza a irse pero Esben lo detiene.

—¡Oiga, espere! ¿No tiene ningún amigo? ¿A quién llamaría en un momento de crisis?

—Al 911.

—¿Está casado? ¿Tiene familia?

—No. Nunca quise tener que lidiar con una esposa. La familia está toda muerta.

Esben se humedece los labios.

—Muy bien. ¿A quién le llamaría sólo para platicar? ¿Cuándo necesita alguien en quien apoyarse? ¿Cuándo quiere salir a cenar?

El profesor se queda en silencio de repente. Por demasiado tiempo. Esben se ve incómodo, lo cual es poco común en él.

Tal vez yo no sea tan enojona como este señor, pero sí conozco de la amargura y la dureza. Sin pensarlo, doy un paso al frente.

—¿Qué tal un exámito? ¿A quién solía llamar?

El hombre me señala con su bastón.

—Esa chica es más lista que tú —le dice a Esben.

Reacomoda el bastón y se para más erguido.

Yo me acerco.

—¿Cómo se llamaba?

—Jerry DuBois. El hijo de perra.

Esben baja la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Oh, vaya.

—¿Tuvieron un desacuerdo? —pregunto.

La voz del profesor es agresiva.

—¿Desacuerdo? Eliminé a ese hombre de mi vida.

—¿Por qué?

—Cometí un error. Me metí en los negocios con DuBois. Entré a un negocio de bienes raíces que según él nos haría ricos. Yo tenía mis dudas, pero Jerry era un buen amigo. Confiaba en él. Y me tomó el pelo. Lo perdió todo —sacude su bastón—. Nunca hagas negocios con un amigo, jovencito.

—¿Qué pasó? ¿Se llevó su dinero y nunca le entregó sus ganancias?

—¿Qué? No, nada que ver —el profesor busca las palabras—. Fue un mal negocio. El mercado no se comportó como pensamos que se portaría. Yo quedé en bancarrota. Mi prometida me dejó.

—Pero sólo fue un mal negocio. No fue intencional... —propongo.

—De todas maneras lo perdí todo —responde duramente.

—¿Qué hay de cuando las cosas iban bien? —quiero saber—. ¿Por qué era su mejor amigo?

—Jugábamos a las cartas, salíamos a tomar un trago. A Jerry le gustaba el *whiskey sour* fuerte y yo siempre tomaba un martini. Derecho, con cáscara de limón —mueve el dedo en círculos—. Jerry era profesor de inglés en la Universidad de Maine y siempre estaba intentando hacerme leer a Shakespeare

o lo que sea. Lo intenté, por él... —el profesor sonrío un poco—. Me obligó a ir a ver *Como gustéis* una vez. ¿Adivina qué? ¡Me gustó! Jerry contaba chistes muy malos y tenía un gusto terrible para las mujeres pero... era mi amigo. Cuando mi hermano murió, Jerry estaba en Chicago y condujo por todo el país para acompañarme. Estuvo a mi lado cuando lo enterramos.

—Entonces no todo en Jerry es malo —digo.

El profesor Gaylon me mira.

—No, no todo era malo.

—¿Hace cuánto tiempo que no hablan? —le pregunto.

—Uy, mmm... probablemente treinta y tantos años —piensa un rato—. Treinta y seis en junio.

—¿Lo extraña?

—Tal vez sí. Tal vez sí —habla con más suavidad ahora, está pensativo.

—¿Podría perdonarlo?

—Éramos jóvenes. No éramos inteligentes con el dinero. Y él tenía razón cuando me dijo que mi prometida era una interesada. Según él, ella debería haberse quedado conmigo sin importar lo demás. Eso era cierto. Así que tal vez sí podría perdonar al infeliz.

—¿Le gustaría llamarlo? —pregunta Esben.

—Jovencito, eres todo un caso —el profesor obviamente piensa que la idea es divertida—. No sabría ni siquiera dónde encontrarlo. Podría estar en cualquier parte.

Esben puede escribir en su teléfono más rápido que cualquier otra persona que yo conozca y le toma diez segundos mostrarle al profesor Gaylon la pantalla.

—Jerry DuBois. Profesor de inglés en la Universidad de Boston. El número telefónico es 617...

—¿Está en Boston? Vaya, maldito, siempre quiso enseñar en Boston —la cara del profesor se ilumina y toca la pantalla del teléfono con el dedo—. Mira eso, tiene más arrugas que yo.

—¿Intentamos llamar a su oficina?

El profesor Gaylon asiente.

Esben marca el número y le da el teléfono al profesor mientras todos

esperamos en ascuas.

—¿Jerry DuBois? —ladra el profesor—. Habla Carter Gaylon. Así que estás en Boston, anciano. Te hablé para decirte que si me invitas una cena costosa con carne y mariscos te perdonaré —frunce el ceño y escucha—. Bien..., podemos negociar. Sí, está bien. El sábado entonces... No, no necesito que me digas cómo llegar. Sé usar Google Maps —le lanza el teléfono a Esben—. Tal vez no eres tan tonto después de todo.

Kerry señala el pizarrón y Esben garabatea rápidamente *#jerry #mejoramigo* y toma una fotografía.

Sin decir otra palabra, el profesor Gaylon se da la vuelta y se va. Sin embargo, se nota un poco de más ánimo en su andar.

Espectro

Estoy recostada boca abajo en la cama de Esben, con un libro de texto abierto en uno de los capítulos más aburridos de la historia de los capítulos de los libros de texto, pero me estoy obligando a poner atención. El clima de este fin de semana de noviembre es terrible y deprimente y se oye la lluvia que choca contra la ventana, así que es un buen día para acurrucarse en casa y trabajar. Él lleva un rato muy metido en un libro para una de sus clases de literatura y apenas ha levantado la vista en las últimas dos horas desde que regresamos del almuerzo. Así que me sobresalto cuando de repente deja caer el libro y acerca la silla un poco hacia los pies de la cama.

—¿Allison?

No logro descifrar si está enojado o qué, pero tiene una mirada un poco confundida que no logro entender.

—¿Sí? —pregunto un poco nerviosa.

—Tenemos que hablar de algo —dice de pronto.

Exasperado. Así está. Esben suena exasperado.

Aquí está. Sabía que lo que teníamos no iba a durar.

—Está bien —digo y cierro mi libro. Me quedo viendo su portada en vez de verlo a él.

—¿Estás saliendo con alguien más? —me pregunta.

Afortunadamente no soy muy dada a resoplar, porque su pregunta es la más absurda de la historia. Levanto la vista para mirarlo porque tengo que confirmar si no cambió de cuerpo por el de una persona con una camisa de fuerza.

—¿Que si estoy haciendo *qué*?

—No hemos... hablado sobre eso. Ni sobre nosotros. O siquiera si hay un nosotros. Y...

Tiene razón. No lo hemos hecho. Y yo no he sabido cómo hablar del tema.

O tal vez he tenido miedo de hacerlo.

—Esben, Dios, si alguno de nosotros tiene probabilidades de salir con alguien más, ése eres tú. La mitad del planeta quiere estar contigo.

Él ríe.

—Creo que eso es una ligera exageración.

Me pongo frente a él de manera que sus piernas están entre las mías.

—Tal vez ligera. Pero sabes a qué me refiero. Podrías estar con mil personas aparte de mí. Y probablemente con chicas que serían más... que serían más... —no tengo ningunas ganas de decirlo en voz alta.

—¿Más qué? —insiste él.

En las últimas semanas he pasado horas y horas con Esben. Estudiamos, hablamos, comemos juntos. Hacemos casi todo juntos. Nos besamos, nos abrazamos, unas veces más tiempo que otras, y luego nos decimos buenas noches. Y cada quien se va a su dormitorio.

Si no está a punto de botarme ya, me temo que yo estoy por echarlo a perder.

—Cuando me acompañas a mi cuarto en la noche, nunca me has preguntado si puedes quedarte.

Esben sonrío un poco avergonzado.

—Eso es verdad.

—Nunca has... intentado nada.

La incomodidad de esta conversación inesperada casi me paraliza.

—Eso también es verdad —dice Esben y me toma de la mano—. ¿Sabes por qué?

—¿Porque estás recibiendo sexo todas las noches de parte de tus seguidoras de Twitter que te rastrearon hasta tu habitación y por eso no estás interesado en mí?

Él ríe.

—No. Allison, tú me atraes muchísimo y no he volteado siquiera a ver a ninguna otra chica desde que te conocí.

—¿Entonces no ha habido acostones de Twitter?

—Ni uno —toma mi otra mano en la suya—. No es ningún secreto que tú has tenido una vida difícil y sé que te ha costado trabajo permitirme

acercarme. No quiero presionarte a tener algo físico. Me imagino que cuando estés lista para algo más, tú me lo dirás.

Tengo que pensar en cómo responder a esto.

—Cada vez que me besas para despedirte y te vas de mi habitación quiero pedirte que te quedes. Pero al mismo tiempo no. No sé si eso tiene sentido para ti.

—Creo que sí. Pero sigue diciéndome.

—Mira, supongo que tú tienes mucha más experiencia que yo y probablemente has tenido sexo en todas partes y yo no sé qué diablos estoy haciendo. Estoy segura de que no te he dejado anonadado con mis comportamientos atrevidos y no entiendo por qué estás soportando esto. ¿Por qué no has intentado... quitarme la ropa o tocarme o algo? —suelto mis manos de entre la suya y las levanto rápidamente—. No es que sea experta en hacer estas cosas, pero creo que es una especie de todo o nada, ¿no? Y en este momento tú no estás recibiendo nada. Así que me estoy preguntando si estarás saliendo con otras personas y nosotros somos sólo amigos que se besan un poco pero, si ése es el caso, entonces tenemos que dejar de besarnos porque yo no pienso en ti sólo como mi buen amigo Esben.

—De verdad vas a tener que hacer una pausa y respirar profundamente —se ve muy lindo cuando me acomoda el fleco—. Yo pensaba que yo era el inseguro con las preguntas. Pero dejemos algunas cosas en claro. En primer lugar, yo no pienso en ti como mi “buena amiga Allison”.

—Muy bien —eso ya hace que me sienta un poco mejor.

—Segundo, no he, como tú dices con tanto desparpajo, tenido sexo en todas partes.

—Entonces has tenido mucho sexo en un número limitado de lugares definidos y bien pensados —es inquietante cuánto dolor siento en el pecho al pensar en la idea de Esben con alguien más—. No es posible que seas virgen. Eres demasiado sexy.

Él se mueve para sentarse junto a mí en la cama y niega con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Como respuesta temporal a su pregunta, voltea mi cara hacia la de él y me besa. Es un beso largo pero no un beso ansioso. También es, debo decirlo, un

beso amoroso.

—De hecho —dice—, soy virgen.

—Claro que no.

—Sí lo soy —dice con mucha comodidad.

—¿Cómo es posible que tú, el famoso Esben Baylor, no hayas tenido sexo?

Las chicas siempre están encima de ti.

Él se encoge de hombros.

—No voy a decirte que no he hecho otras cosas. He salido con chicas y he hecho cosas y demás. Ya sabes, todo menos sexo de verdad.

Me siento muy confundida.

—¿Por qué?

—Simplemente nunca se sintió bien. El sexo es importante y no he estado con nadie con quien quiera estar tan cerca. Y, para ser sincero, no siempre puedo distinguir si le agrado a alguien por mí o por lo que hago en línea. He tenido muchas decepciones así y soy cuidadoso.

—Puedo entender eso. Pero sabes que yo no soy así, así que... ¿entonces sólo no quieres acostarte conmigo?

Es difícil para él besarme mientras sonrío pero logra hacerlo funcionar. Luego dice:

—Es lo opuesto, loquita. Permíteme dejarte algo muy claro. Quiero acostarme contigo. Es algo que de verdad, de verdad quiero. Y, por cierto, ¿dijiste antes que era una cuestión de todo o nada? ¿La cuestión física? Hay muchas cosas que se pueden hacer entre nada y todo. De hecho, es un gran espectro. Lo menciono sólo como pie de página —ahora sí está sonriendo—. Allison, todo en ti me excita y si llega el día en que estés lista para que tengamos sexo, no me voy a quejar. No me voy a quejar. Para nada. Pero no creo que hayas llegado a ese punto. ¿Me equivoco?

—No —le digo en voz baja—. Pero eso no significa... que no piense en ello. O que no quiera.

—Pero no justo ahora, ¿no? Y está perfecto. Lo entiendo. Tenemos pocos meses de conocernos y tú tienes problemas completamente comprensibles con la confianza. No hay prisa.

Tomo sus manos de nuevo.

—Eres un buen tipo, Esben. Un tipo muy bueno. Increíble, de hecho. Sólo necesito un poco de tiempo.

—Voy a darte eso, ¿de acuerdo? No te preocupes. Y, un día, tú dejarás de estar esperando que esto, que nosotros, nos desmoronemos.

—Pero, de todas maneras..., Esben, estás en el penúltimo año de la universidad y tienes una novia que no se quiere acostar contigo. ¿Qué pasará si explotas?

De pronto, Esben tiene una mirada completamente complacida.

—¿Qué? —pregunto—. Sólo quería decir que...

Su mano se posa en mi nuca, justo debajo de la línea de mi cabello.

—Dijiste que eras mi *novia*.

Ohpordíós. Lo hice.

—Eso se me salió. No quería suponer, eh, que éramos... que tú eras... — intento respirar—. No hemos usado esa palabra, ni siquiera hemos hablado de eso. Yo sólo me he dejado llevar, agradecida por no haber tenido un incidente de locura y de que tú todavía no te des cuenta de que probablemente podrías estar divirtiéndote más con alguien cuyo pasado no sea un campo de batalla minado de traumas. Entonces, la palabra se me escapó. Fue todo.

—Quiero que seas mi novia. No quiero esto de que la relación no tenga nombre, que esté indefinida, que sigamos decidiendo. Ya pasó ese momento. Y lo acabas de demostrar.

Me relajo un poco y le susurro en los labios.

—Entonces, eres mi novio.

—Sí.

—Otra primera vez para mí —casi lo puedo saborear.

—¿Cómo se siente? —la boca de Esben apenas toca la mía y, sólo por un segundo, pasa su lengua sobre mis labios.

—Muy muy bien.

Lo tomo del cuello de la camisa y lo jalo para que caiga en la cama sobre mí.

Esben se recarga en los codos y mantiene su pecho sobre mí de manera que está a la altura perfecta para meter su lengua en mi boca y besarme con una intensidad que casi me deja sin aire. Y nada es suficiente. Sus dedos se

enredan en mi cabello mientras seguimos besándonos y bebo su sabor, y el sabor de nosotros. Por instinto, le paso la pierna por encima y me doy cuenta de que estoy cerrando la distancia entre nosotros, que estoy lo suficientemente cómoda como para hacer eso. Me invade una necesidad en todo el cuerpo, un calor y una añoranza que son nuevos. Por un momento, me pierdo en nuestra cercanía y siento cómo el peso de su pecho y su cintura presionada contra la mía no es suficiente.

Excepto que lo es. A pesar de que quiero mucho más, él tiene razón. No estoy lista. Para nada.

Tal vez me tensé un poco o de alguna manera se lo dejé saber, no sé cómo, pero Esben rueda para ponerse de lado. Su boca nunca deja la mía y me tranquiliza. Empieza a cambiar la velocidad de nuestros besos. A veces son suaves y provocadores y a veces hacen escalar el calor entre nosotros, pero luego vuelve a descender en una especie de tortura deliciosa. Sólo porque nunca antes había besado así a alguien eso no significa que no pueda distinguir lo bueno que es. Me tiene en un sitio seguro, uno que me parece, sin duda, ser suficiente para él. Está disfrutando de esto tanto como yo.

Pienso que este chico no ha fallado una sola vez en el tiempo que tengo de conocerlo. En ningún aspecto. Levanto la mano, le toco el pecho, siento los músculos de su hombro y luego recorro su brazo con la palma de mi mano, sobre las pulseras que siempre trae, y luego coloco su mano en mi cadera. A decir verdad me siento un poco drogada, un poco fuera de mi propia cabeza en este momento. Sigo moviendo su mano hasta que está debajo de la costura de mi blusa.

Esben frota su nariz con la mía.

—¿Allison?

No puedo evitar arquear un poco la espalda.

—Dijiste... dijiste que hay un espectro.

—Sí, lo hay.

—Muéstrame —le digo.

—No quise decir que tenías que investigar el espectro dos segundos después de que lo mencioné.

—Sé que no —le pongo la mano en mi vientre y luego la subo justo debajo

de mis costillas—. Pero el espectro... significa que podríamos hacer unas cosas y luego no hacer otras...

—Así es.

—¿Y tú puedes... detenerte?

Sonríe.

—Por supuesto, Allison, *por supuesto*. Cualquier tipo que no sea un patán absoluto se puede detener. No somos máquinas que cuando se activan ya no pueden apagarse. Sólo quiero que tú te sientas cómoda, ¿está bien?

—¿Cómo puedes ser tan...? —lo miro a los ojos—. ¿Cómo puedes ser tan todo?

—Dejemos algo en claro. No estoy diciendo que todo esto es muy fácil para mí, porque eres muy sexy y me encantaría arrancarte toda la ropa, y probablemente tendré que darme unas cuarenta duchas heladas más tarde —sonríe de manera traviesa y dulce a la vez—. Pero ¿sabes qué se siente mejor que cualquier cosa física? —Esben me mira un buen rato—. La sensación de enamorarse de alguien como me estoy enamorando de ti.

Esben no podría ser más demoledor. Está haciéndome querer y esperar cosas que nunca me permití siquiera soñar.

—Ya estaba tan a gusto contigo...

—¿Sí? Bien.

—Y ahora... —quiero sentir su mano en mi piel—. Ahora todavía más.

—De nuevo, bien. Pero eso no significa que debamos apresurar nada.

De todas maneras me permite mover su mano para asegurarme de que la ponga más arriba. Lo cual hace. Y en el momento que toca mi seno su boca se mueve a mi cuello.

Ambos nos sobresaltamos de pronto al escuchar que alguien toca a la puerta con fuerza. Los golpes rápidamente se vuelven incesantes.

—¡Esben! ¡Esben! —se escucha una voz masculina del otro lado de la puerta.

—¡Baby Blue, más te vale estar ahí adentro! —dice Kerry en voz alta.

—¡Tenemos una situación! —otra voz masculina.

Esben suspira y deja caer la cabeza sobre la mía.

—¿En serio? ¿Ahora? —susurra—. Tal vez se vayan.

Los gritos afuera de la habitación aumentan.

Río y le quito la mano de debajo de mi blusa con renuencia.

—No lo creo.

Él gruñe y se levanta después de darme un beso rápido.

—¿Estás lista para conocer a los chicos? —pregunta antes de ir a ver qué es tan urgente.

—Supongo que sí.

Me siento y me acomodo el cabello.

Él abre la puerta y le ladra a la gente que está del otro lado.

—Más les vale que esto sea muy importante.

Kerry y los dos tipos se abren paso hacia su habitación.

—¡Hola, Allison!

Kerry se sienta junto a mí y uno de los chicos se deja caer del otro lado.

Es un chico grande, alto y muy musculoso, con cabello negro que se asoma desde debajo de su gorra de beisbol y una armónica colgando de su cuello. Me sonrío y extiende la mano.

—Entonces, tú debes de ser la famosa Allison, ¿eh? Mucho gusto en conocerte por fin. Soy Danny.

Le sonrío de regreso y le doy la mano.

—Hola, Danny.

Él se acerca y me acomoda la blusa con cuidado porque evidentemente me colgaba del hombro.

—Perdón por interrumpir —me guiña el ojo antes de ponerse la armónica en la boca y tocar unas cuantas notas sensuales.

—¡Hola, yo soy Jason! —me saluda el segundo tipo desde su lugar en la puerta y yo trato de no quedarme con la boca abierta. Aunque no es tan alto como Danny, Jason es mucho más fornido que su amigo e igual de bien parecido. La camiseta blanca que trae puesta contrasta mucho con su piel oscura, y su rostro anguloso me hace pensar que debería ser modelo y no estar estudiando artes.

—Muy bien, ¿qué es tan importante? —es la primera vez que veo a Esben irritado de verdad y no puedo evitar sentirme halagada.

—Te he estado llamando y enviándote textos pero, por primera vez en tu

vida, aparentemente apagaste el teléfono —Kerry levanta su celular—. Lee esto. Es una publicación de Facebook que se está compartiendo. La mujer vive por aquí.

Esben toma el teléfono con brusquedad y lee en voz alta.

—La fiesta de cumpleaños de Cassie está programada para empezar en tres horas y nadie me ha confirmado su presencia. Ni una sola persona. Invitamos a todo el segundo grado. Tiene seis años, ¿de acuerdo? Seis —baja el teléfono por un momento y respira rápidamente antes de continuar—. ¿Qué se supone que debo decirle cuando nadie venga? Tiene una marca de nacimiento color rosado en la mitad de la cara y una niña maleducada de su salón ha estado molestando a Cassie, diciendo que es fea, que puede contagiar a los demás y logró que todos tuvieran miedo de hablarle. No puedo dejar de llorar. Tenemos una habitación enorme con decoraciones de princesa reservada en el Bounce Till Dawn porque eso era lo que Cassie quería. Y tiene tanta ilusión, y esa ilusión va a terminar destrozada porque no tiene idea de lo que está a punto de pasar. ¿Qué demonios voy a hacer? ¿Debería cancelar la fiesta e inventar una excusa para Cassie? Perdón por el desahogo...

—Ay, dios —murmuro. Conozco demasiado bien las ilusiones destrozadas. Y conozco demasiado bien el rechazo. Siento náuseas.

Esben le devuelve el teléfono a Kerry.

—Dios.

—¡Tiene seis años! —dice Kerry furiosa.

—Lo sé —dice Esben y empieza a mover el pie rápidamente dando golpecitos en el piso.

Danny todavía tiene la armónica en la boca y Esben lo mira furioso cuando produce una nota larga y triste.

—Esta niña tiene que tener invitados en su cumpleaños. Tenemos que lograrlo —insiste Jason.

—¡Lo sé! —dice Esben de inmediato. Se le nota que está alterado—. Perdón, perdón... Denme un minuto. No sé qué hacer.

Me mira y yo le sonrío con tranquilidad.

—Sí, sí lo sabes.

Esben gira en su silla y entra a internet mientras todos esperamos. El

sonido de su teclado hace eco por la habitación.

—Muy bien. La fiesta es en uno de esos lugares con estructuras inflables gigantes y toboganes y demás. Está a unos veinte minutos de aquí. Esto es lo que haremos. Kerry, comenta en esa publicación y dile que una fiesta está en camino para celebrar a Cassie y que lleve a su hija hermosa a Bounce Till Dawn y la prepare para la mejor fiesta de princesas imaginable. No permitas que te contradiga; sólo dile que la fiesta sigue en pie. Fin de la discusión. Comparte tu publicación y etiqueta a toda la gente que conozcas —nos mira a los demás—. Jason, encuentra a la profesora Donahue. Tiene trillizas más o menos de esa edad. Dile lo que está sucediendo y a ver si puede venir. Y pídele que les hable a otros padres. Que llame a quienquiera que se le ocurra que tenga un coche y reúne a toda la gente posible para que llenen los carros. Necesitaremos una especie de caravana —nos voltea a ver otra vez—. ¿A quién conocemos del departamento de teatro?

Hay un silencio colectivo.

—¿A quién conocemos del departamento de teatro? —repite con más urgencia—. ¡Piensen!

—Ay, ay... Jennie Lisbon está estudiando teatro —dice Danny—. Y es muy sexy —acentúa el punto con un silbido en su armónica.

Esben aplaude.

—Bien. Pídele que saque cosas del departamento de disfraces. Que traiga lo que sea que pueda funcionar. Vestidos de princesas para todos.

—Bueno, para las chicas —corrige Jason.

—No, *para todos*. La niña quiere una fiesta de princesas, entonces todos vamos a ser malditas princesas. Les encantará.

—Oye, yo no me voy a poner...

—¡Ahórratelo! —dice Esben con dicha—. Tú interrumpiste una tarde muy muy agradable —hace una pausa para guiñarme un ojo—, aunque fuera por un buen motivo, y me pusiste a cargo. Así que vas a ser una princesa, maldita sea. Allison, ¿podrían tú y Kerry buscar una tienda de juguetes y conseguir muchas cosas de princesas? Cosas con brillantina, chongos, lo que sea. Ah, y unos globos de helio. Muchos.

Abre un cajón y saca una bolsa cerrada que me lanza.

—¿Qué es esto?

—Es la caja chica —responde con una sonrisa—. Ya sabes, para emergencias.

Se la lanzo de regreso.

—Yo me encargo.

Simon mantiene mi cuenta de banco con dinero y sólo gasto en comida para llevar.

—¿Estás segura?

—Segura.

—Gracias, amor.

—Por supuesto —logro decirlo sin gemir. Nadie me ha llamado *amor* y la manera en que lo dice con tanta naturalidad me derrite.

Él regresa a la computadora y empieza a escribir rápidamente mientras habla.

—Voy a publicar esto. Vamos a inundar ese lugar con gente que entienda que Cassie se merece el mejor cumpleaños de la vida. Esta niña va a saber cuánta gente está de su lado —su cara está completamente decidida mientras escribe lo que publicará y yo me siento aún más cautivada por él—. Listo. Hecho —se pone de pie—. Muy bien, todos, a moverse. Tenemos poco tiempo.

Danny se para y veo que es más alto que todos nosotros.

—Voy a ser una princesa mucho mejor que tú, Jase.

—Sí, buena suerte. Sólo espera. Yo voy a dejar a todos boquiabiertos.

Esben los empuja a ambos de buena gana y los dirige hacia la puerta.

—Váyanse, váyanse.

Escuchamos su debate sobre las princesas y el sonido agudo de la armónica que empieza a avanzar por el pasillo.

Kerry lo abraza rápidamente y toma las llaves del coche.

—Te quiero, Baby Blue. Seremos rápidas, lo prometo —se va hacia la puerta y tose deliberadamente—. Les daré un segundo. Perdón por interrumpirlos.

Esben busca mi mano y me ayuda a levantarme.

—Voy a quedarme aquí a llevar un registro de los comentarios. A ver si se

te ocurre otra cosa. Apuesto lo que sea a que alguien va a llegar con algo increíble. También voy a llamar al lugar de los inflables y les avisaré lo que va en camino. A ver si tienen más habitaciones que puedan abrir.

Todo en él está electrizado. Tiene una energía y un empuje que le han prendido fuego.

Le pongo la mano en la cara y no puedo evitar negar un poco con la cabeza por la incredulidad.

—Eres como un maldito superhéroe, ¿verdad?

Él ríe con suavidad.

—Claro que no. Sólo que no puedo permitir que esta niñita esté triste. Al menos no hoy.

A lo largo de las siguientes cinco horas me queda clarísimo que estoy enamorándome de Esben como él se está enamorando de mí. Logra crear mucho más que una fiesta de cumpleaños. Crea casi un festival. El sitio de los inflables abre todas las habitaciones que tiene y la gente llega por montones. Algunos se quedan en el estacionamiento, como si estuvieran esperando a entrar a un partido de fútbol, y hay tantos globos y serpentinas metálicas y vestidos y coronas y regalos que casi no puedo ver.

Lo mejor es que hay una niñita muy contenta que tiene la fiesta de fiestas y que está completa e innegablemente encantada con todo y una madre que está casi muda de agradecimiento.

Cuando la fiesta empieza a bajar de intensidad, encuentro a Esben. Está quitándose el vestido azul claro con falda esponjada de tul y lo tomo de la mano.

—Eres maravilloso, ¿lo sabías? —le digo—. Me hubiera servido alguien como tú cuando era niña.

Me mira con gran intensidad, con gran cariño.

—Hubiera movido montañas por ti, Allison.

—Lo creo —empiezo a dirigirme a la puerta y luego volteo—. ¿Esben? No más estira y afloja. No más cuidado. Estoy en esto contigo por completo. Creo que lo he estado desde el instante en que me ayudaste a recoger los cubos de hielo, pero sólo que no lo sabía.

Destrózame

Es el miércoles antes del día de Acción de Gracias y me estoy preparando para ir a la exposición de arte de Kerry. La semana pasada acompañé a Esben y Kerry a Massachusetts y, aunque pude notar que Esben quería conocer a Simon cuando me dejaron en la casa, y sabía que Simon quería conocer a Esben, yo no estaba lista. Esa fusión de mundos se sentía extraña en ese momento pero ahora me estoy arrepintiendo un poco. Tal vez durante las vacaciones de invierno... Y no puedo esperar a que Steffi conozca a Esben al fin cuando venga en Navidad, como hace todos los años.

De vuelta en mi habitación del dormitorio, Esben está en mi escritorio y está alternando entre ponerse al corriente con sus redes sociales y mirarme de reojo. Yo he estado intentando arreglarme el cabello y trato de ponerme delineador como me enseñó Steffi y no me queda claro qué es tan interesante de eso. Pero él no deja de verme.

Cuando por fin termino, se da la vuelta para mirarme con una expresión traviesa.

—Te ves bien —dice con un tono que me agrada.

—Gracias.

—Ese vestido... —me mira de arriba abajo—. Es sexy.

Arrugo el entrecejo.

—No es sexy. Es un vestido cruzado de manga larga.

Él extiende una mano y recorre con ella mi cintura.

—Es un vestido que está ajustado en todos los lugares correctos. No tienes idea de lo hermosa que eres.

Su mano se dirige a mi espalda baja y me acerca a él hasta que me tiene en sus piernas. De inmediato, su boca se pierde en mi cuello, me cubre la piel con besos y roza la parte superior de mi pecho.

Yo inclino la cabeza hacia atrás.

—Debería usar vestidos con más frecuencia...

—Y morados. El morado se te ve muy bien —murmura él—. Todavía tenemos media hora antes de tener que salir. ¿Crees que podemos encontrar algo que hacer?

Aparta un poco la parte de arriba de mi vestido y su boca se dirige justo por arriba de mi brasier.

Esben no bromeaba cuando me dijo que existía un espectro. No me he quitado nada por debajo de la cintura todavía pero, de alguna manera, ha logrado mantenernos muy ocupados las últimas semanas. Y, a juzgar por la manera como se siente su lengua y cómo succiona mi piel de vez en cuando, estoy muy tentada a arrancarme el vestido en este instante.

—Sé exactamente qué podemos hacer —le respondo. Esben levanta su boca hacia la mía pero, antes de que nos besemos, lo detengo con una sonrisa—. Quiero entrar a Facebook, Twitter, Instagram y todo eso.

Él se ríe.

—¿De verdad?

Yo asiento.

—Sí. Estoy lista. Y creo que sería divertido.

—Sería divertido. Podemos enviarnos tuits libidinosos y enloquecer a nuestros seguidores.

—Entonces definitivamente quiero hacer esto. ¿Me ayudarás?

—¿En este momento? —pregunta y recorre el borde de mi escote en V.

—Sí. Y te lo agradeceré después de la exposición.

Definitivamente me voy a quitar el vestido esta noche.

—Es un trato.

Casi me caigo de sus piernas porque hace que giremos muy rápido para quedar frente al monitor.

Me siento en la cama mientras él navega en las redes y me lanza una pregunta tras otra. No me había percatado de que se necesitara tanta información en estas cosas, que se requiere más que sólo contraseñas y fotos de perfil. Él conoce todos los recovecos de la privacidad y ajustes para publicar y me da un tutorial breve sobre lo más básico acerca del funcionamiento de estos sitios. Luego toma mi teléfono, descarga las

aplicaciones y entra en ellas. Por lo visto, lo motivé a trabajar a la velocidad de la luz.

—Listo. Y yo soy tu primer seguidor en Twitter —dice con felicidad—. Como tienes exactamente cero fotografías tuyas en tu teléfono, te voy a tomar una. Siéntate ahí y sigue viéndote igual de sexy.

Me ruborizo pero miro a la cámara.

—Y aunque eres la única persona que conozco que no tiene un millón de selfies, me agrada que hayas guardado una captura de pantalla del mensaje de texto que te envié.

Antes de que le pueda responder, se escuchan algunos clics y luego baja el teléfono.

—Dios, eres tan hermosa.

—Esben...

—Lo eres. Mira —se sube a la cama y me muestra la foto que tomó.

—Le pusiste como un millón de filtros.

Él niega con la cabeza.

—Ni uno solo. Ahora consigamos unos cuantos seguidores, ¿está bien?

—Bueno.

Esben empieza a teclear en su teléfono y, un minuto después, el mío suena. Es una especie de alerta de Twitter.

—Parece ser que alguien me mencionó —lo miro fingiendo confusión—. ¿Me pregunto quién podría haber sido?

Toco la alerta y me lleva a mi nueva página de Twitter.

Recuerdan a #allison, ¿verdad? Permítanme presentárselas otra vez. Conozcan a mi #noviaallison. Es nueva en Twitter así que démosle una cálida bienvenida. Y café. Le encanta el café.

Miro, sorprendida, cómo su tuit es faveado y retuiteado una y otra vez. Y sólo toma unos cuantos segundos empezar a tener seguidores. Sigo parpadeando frente a mi teléfono cuando salgo con Esben por la puerta.

—Tenemos que irnos —dice riendo.

—¿Por qué me están siguiendo todas estas personas? No he hecho nada.

Él se encoge de hombros y me ayuda a cerrar mi abrigo mientras yo sigo viendo mi página.

—Culpable por asociación, amor.

Esben me lleva a la galería de arte del otro lado del campus. Va con la mano en mi codo porque yo no puedo dejar de ver mi teléfono.

—Tengo trescientos seguidores en Twitter. ¡Llevo diez minutos! —toco la pantalla—. Y... como un millón de solicitudes de amistad en Facebook. Y muchas fotografías de café... ¿Qué hago? ¿Se supone que debo hacer algo? ¿Publicar?

—Dios, qué adorable eres —me sostiene porque me tropiezo con la acera—. Toma unas fotografías. Después te ayudaré a subirlas, si quieres.

Cuando entramos a la galería, guardo el teléfono. Parece una tontería, pero me siento emocionada sobre mi recién descubierta presencia en las redes sociales.

La galería es hermosa y yo no tenía idea de que existía. Por supuesto, si hubiera salido más de mi habitación, o si hubiera hecho otra cosa aparte de estudiar los últimos dos años, tal vez me habría enterado de esto. Las escaleras voladas nos conducen al piso principal donde nos recibe una iluminación espectacular que logra resaltar las obras de arte pero al mismo tiempo hace que el espacio luzca sexy y romántico, aunque no estoy segura de que deba serlo. Mi interpretación tal vez tenga que ver con mi estado de ánimo...

—Allá está —dice Esben y señala a Kerry, quien está del otro lado de la habitación hablando con alguien—. Estoy muy emocionado. Sólo he visto una de las obras que está haciendo, pero es muy muy buena. Esto es sólo el material de los últimos dos años. Es un porcentaje alto de su calificación del semestre.

Kerry lo voltea a ver y Esben la saluda con la mano. Ella trae puestos tacones altos, un vestido rojo ajustado que resalta su hermosa figura y su escote nada discreto. Tiene el cabello recogido y apartado de su cara. Yo duraría dos pasos en esos zapatos pero ella camina sin siquiera tambalearse un poco y se acerca a nosotros.

—¡Viniste! —dice y extiende los brazos para abrazarme.

—¡Por supuesto! Felicidades. Es una noche importante para ti —le digo y la abrazo de regreso—. Y te ves despampanante.

Esben frunce el ceño.

—Te ves apenas vestida.

Kerry ríe y le besa la mejilla.

—¿Acaso noto algo de sobreprotección?

—¿No tienes una mascada o algo? —pregunta él con fastidio.

Yo lo tomo del brazo.

—No necesita ninguna mascada.

—Vamos. Caminen por ahí y díganme lo que piensan —dice Kerry y nos indica que la sigamos.

—Pensaba que las artistas usaban, no sé, camisas sueltas y grandes y pantalones holgados —dice Esben entre dientes—. Un poco más hippie, menos modelo de lencería.

Yo me río y le susurro:

—Tu hermana es hermosa. Tienes que acostumbrarte a eso.

Kerry nos mira.

—Oye, ¿va a venir Jason? Dijo que tal vez lo haría.

Esben vuelve a fruncir el ceño.

—¿Qué quiere decir eso de “¿Va a venir Jason?”?

Ella se voltea rápidamente.

—¡Nada! —responde por encima del hombro.

Esben se detiene en seco.

—Ay, lo voy a matar si...

Yo lo jalo para que avance.

—No harás nada de eso. Es la noche de Kerry y te vas a comportar.

—Bien. Pero sólo esta noche. Mañana lo voy a matar.

Pero ya está sonriendo.

—Entendido.

Kerry nos guía por la galería y nos muestra no sólo su obra sino la de sus compañeros. Tiene bastantes obras maravillosas, incluyendo una serie de bosquejos en blanco y negro que me encantan, pero me acerco a una de sus pinturas abstractas que me atrae en particular. Los colores son vibrantes y

alegres y chocan en el lienzo con asombro salvaje. Me acerco, fascinada por la belleza, y escucho los tacones de Kerry cuando se acerca para pararse a mis espaldas.

—¿Te gusta?

—Mucho, Kerry. Eres increíble. Yo apenas puedo dibujar una figura con palitos y tú tienes tantas piezas aquí que me han dejado con la boca abierta.

—¡Gracias! Eres muy amable —se acerca un poco—. Entonces, en serio, ¿sabes si va a venir Jason?

Sonrío.

—¿Ustedes dos...?

Kerry se encoge de hombros.

—Tal vez. No sé. Nos divertimos mucho en esa fiesta de cumpleaños y es muy lindo. Creo que tal vez podría pasar algo. Digo, ¿lo viste con su vestido de princesa? ¿Y cómo llevó a Cassie en los hombros durante media fiesta?

—Se portó genial con ella, sí.

—Lo invité hoy. Pensé que tal vez... no sé —se cruza de brazos y se muerde el labio—. No va a venir.

—Sí va a venir —le respondo y le doy la vuelta—. Ya está aquí.

Jason está con Esben al lado de una escultura de metal muy elaborada. Es obvio que Esben está haciendo un esfuerzo muy grande por mantenerlo hablando y no permitirle alejarse. El pobre de Jason está buscando por la habitación y voltea brevemente a ver a su amigo de vez en cuando, pero queda claro que su atención no está en Esben en este momento.

—Será mejor que vayas a rescatarlo —le sugiero a Kerry—. Tu hermano va a seguir hablando hasta que se le acabe el aliento y se desmaye si no intervienes.

—Bueno, eso tal vez no sería tan malo. Muy bien. Puedo hacer esto.

Endereza los hombros con seguridad. Pero luego no se mueve.

—¡Kerry! ¡Ve con él! Si yo tuviera ese cuerpo y ese vestido rojo ajustado, estaría pavoneándome por todas partes. Ve. Con. Él.

Ella sacude las manos para relajarse.

—Muy bien. Lo haré. ¿Por qué no hay alcohol en este evento? Arg.

El rostro de Jason se ilumina en cuanto la ve. Cuando llega con los chicos,

me divierte ver que Esben no da ninguna señal de que los vaya a dejar a solas, así que me acerco e insisto en que me muero de hambre y que deberíamos ir a la mesa de bocadillos que está en la otra habitación. Esben acepta de mala gana.

—¿De verdad tienes hambre? —me pregunta y me da un plato.

—Me muero de hambre. Y me encantan estos —tomo un par de pinzas miniatura—. Bueno, como se llamen estos. Son como unos hojaldres. Tal vez me los coma todos.

Lleno mi plato hasta que amenazan con caerse y Esben empieza a reír.

—Está bien. Ya entendí. Nos quedaremos aquí a comer hojaldres y yo dejaré a mi hermana en paz.

—Ay, espera —pongo el plato en la mesa para sacar mi teléfono mientras me como uno de los hojaldres. Abro la cámara—. Debería estar tomando fotografías de esto, ¿verdad? ¿No es algo que se hace? ¿Publicar fotografías de comida?

Esben está intentando controlar su risa.

—Bueno, sí. Si quieres. Digo, estamos en una galería hermosa llena de un millón de posibles fotos, pero si quieres subir hojaldres grasosos, está bien.

—Ah. Tienes razón —dejo caer la mano—. O podría tomarte una foto a ti. Eres mucho más guapo que un hojaldre.

—Me halagas.

—Deberías sentirte halagado. Están rellenos de brie y están deliciosos —le paso los brazos alrededor del cuello y me acerco—. Tú, sin embargo, sabes mejor de todas maneras.

Le doy un beso rápido y luego retrocedo un paso y lo hago posar mientras le tomo al menos veinte fotografías.

Luego pasamos una cantidad absurda de tiempo tomándonos selfies y me muestra cómo subir fotografías y etiquetarlo en mis cuentas nuevas. También le mando algunas fotos a Steffi y le cuento con orgullo que ya no soy virgen de redes sociales.

Me responde casi de inmediato. No era el tipo de virginidad que estaba esperando que perdieras, pero me da gusto de todas formas.

Recorremos la galería otro poco y voy con Kerry para que me ponga al

tanto de la situación con Jason.

—Me invitó a cenar esta semana. ¡A un restaurante italiano! Es buena señal. Es romántico, ¿no crees?

—Definitivamente romántico.

—Oye, ¿dónde está Esben? —me pregunta.

—No estoy segura.

Recorremos la habitación y luego vamos a otra. Entonces Kerry se detiene y se queda viendo hacia un cuarto pequeño al lado donde no habíamos entrado. Su expresión se torna sombría.

—Maldición.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Me acerco al sitio donde está y veo que Esben se encuentra frente a otra pintura.

Es un lienzo muy grande que ocupa al menos una cuarta parte de la pared, pero no alcanzo a verlo bien desde este ángulo. Kerry camina muy lentamente hacia su hermano y yo la empiezo a seguir pero luego decido esperar en la entrada. Está sucediendo algo pero no estoy segura de qué se trata.

Él la voltea a ver y su expresión sólo denota angustia. Luce tan increíblemente triste.

—Kerry...

Ella se detiene a su lado y mira la pintura.

—Esto no es parte de la exposición. Se suponía que esta habitación permanecería cerrada. No quería que tú vieras esto.

Él se mete una mano al bolsillo y se pasa la otra por el cabello. No puede disimular su agitación. Sacude la cabeza como si no supiera qué hacer. Voltea a ver a su hermana.

—Kerry —dice de nuevo—, lo siento tanto.

—No digas eso. Por favor, no.

Esben abraza a su hermana con una profunda ternura, la acerca a él y le acaricia la espalda.

—Es verdad. Lo siento tanto.

Yo retrocedo porque siento como si estuviera presenciando algo que debería ser privado. Para distraerme, me dirijo de nuevo a la galería principal

donde saco algunas fotografías para publicarlas en línea. Incluso logro etiquetar con éxito a Kerry en las que muestran su arte. Esto me mantiene ocupada pero no me ayuda a olvidar que vi a Esben tan descorazonado. Es algo que va más allá de cualquier cosa que le molesta en línea. Esto es algo personal. Me trato de distraer con otras cosas durante veinte minutos.

Luego siento la mano de Kerry en mi hombro. Está tranquila pero seria.

—Oye.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Me siento muy preocupada por ella y por Esben.

—Sí. Pero no me di cuenta de que hay una pintura que estaría en esa habitación. Debería haber revisado. Es algo que hice para mí y nunca quise que él la viera —se toca el cabello e intenta sonreír—. Me gustaría que Esben te contara. Es mi historia de muchas maneras pero me gustaría que él te la contara porque, de muchas otras formas, también es su historia.

—De acuerdo, pero... si es privado, si es algo entre ustedes dos...

—Quiero que lo sepas. Entenderás mejor a Esben y... y eres mi amiga también, Allison, y quiero que sepas esto. Pero quiero que te lo diga Esben. Eso lo va a ayudar. Tal vez lo tengas que presionar un poco, pero es importante para mí. ¿Puedes hacerlo?

Yo asiento, confundida, y la abrazo. Ella me aprieta más de lo que yo anticipaba y, a pesar de que permanece tranquila, sí respira unas cuantas veces con inhalaciones largas e intensas.

—Estoy bien, Allison. De verdad —me dice al oído—. Por favor. Puedes estar segura de eso y por favor asegúrate de que él también lo entienda. Así que hablen. Prométeme que van a hablar.

El estómago se me va a los pies y sé que algo está muy mal. Me muevo hacia atrás para poderla ver bien a los ojos.

—Lo prometo.

—Ahora me voy a ir a disfrutar del resto de mi noche —sonríe de verdad—. ¿El guapo de Jason sigue por aquí?

Yo le señalo hacia el frente de la habitación donde Jason está entreteniéndose abotonando y desabotonando su saco con torpeza.

—No creo que se piense ir pronto.

—Dios, es tan sexy —dice ella.

—Y alto —agrego.

—Muy alto. Eso me parece muy sexy —se ríe y empieza a caminar hacia él. A un par de metros mira de nuevo hacia mí con aspecto más solemne—. Oye, Allison. Gracias.

Me duele el corazón cuando me acerco a Esben. Sigue frente a la pintura y me paro a su lado.

Me quedo sin aliento cuando veo lo que está frente a mí. Es otra obra abstracta pero, a diferencia de la otra que hizo Kerry, ésta grita con sus colores, con su rabia. Tiene brochazos toscos que rasgan el lienzo, bordes irregulares que crean una frontera que me inquieta y toda la obra está llena de furia. Lentamente dejo que mi mirada viaje a la cédula que está bajo el cuadro.

TÍTULO: DESTRÓZAME
ARTISTA: KERRY BAYLOR

Esben no se ha movido. Le tiembla la voz cuando al fin habla y apenas lo alcanzo a escuchar.

—¿Nos podemos ir? Me quiero ir.

—Por supuesto.

Pero no se mueve. Le tomo la mano.

—Esben, mírame.

Lenta, muy lentamente, voltea a verme. Tiene los ojos tristes. Con una tristeza inmensa.

—Aquí estoy —le digo—. Aquí estoy, vámonos.

Revivir

Lo llevo hacia la puerta trasera y él me acompaña aunque va un poco atontado. El viento es muy frío esta noche así que le cierro el abrigo, pero él no parece sentir el frío. Cuando llegamos de regreso a mi habitación, lo siento en el sofá.

—¿Quieres algo de tomar? —le pregunto.

Está encorvado y mira el piso.

—No.

—De acuerdo.

Esben se quita el abrigo y lo lanza al piso.

—De hecho, sí.

Después de buscar un poco, le sirvo un trago de lo que quedó de la visita de Steffi y él rechaza mi oferta de limón y sal y se toma el tequila de un trago. Yo me siento a su lado y espero. Se toma otros dos tragos y luego se agacha y se frota la cara.

—Hablé con Kerry —le digo con suavidad.

Él asiente detrás de sus manos.

—Quiere que me digas lo de la pintura.

—No. No puedo —responde con voz neutra y segura. Lo dice en serio—. No quiero que sepas de esto, Allison.

—Tú ya conoces todas mis historias. Todo mi dolor. Permíteme ayudarte a cargar algo del tuyo.

Me agobia darme cuenta de que apenas ahora estoy considerando que el pasado de Esben puede contener algo aparte de amor y tranquilidad. Apenas hoy me hago consciente de que nadie pasa por la vida ileso. Ni siquiera Esben. Estaba cegada por lo que me parecía su vida intacta, su positividad inquebrantable. Pero incluso los mejores y los más fuertes son vulnerables.

—No quiero que te enteres de esto porque es mi culpa, ¿está bien? Me

equiviqué horriblemente. *Imperdonablemente.*

Se le quiebra la voz y yo siento como si me clavara un puñal.

—No puedo creer que eso sea verdad.

—Lo es.

Me queda claro que lo considera una verdad indisputable y no admite contradicción.

—Entiendo que te resulte imposiblemente difícil pero es importante para Kerry —tal vez sería mejor permanecer sobria, pero tomo el tequila y le doy un trago directamente a la botella—. Fue muy clara al pedírmelo.

Él no dice nada durante los siguientes minutos y luego toma otro trago de la botella y se recarga en el respaldo del sofá.

—Cuando estaba en el penúltimo año del bachillerato y Kerry en el segundo, la llevé a una fiesta en casa de un compañero. Los papás del chico no estaban, así que todos estábamos muy emocionados. Fue una fiesta enorme y llena de alcohol. Kerry en realidad no quería ir pero yo les había dicho a mis padres que íbamos al cine y la convencí de acompañarme. La chica con quien estaba saliendo, Jenny, iba a ir y yo quería verla en un lugar sin adultos a nuestro alrededor. Así que fuimos a la fiesta y Kerry no se separaba de mí porque en realidad no conocía a nadie ahí. Y a mí no me importó que fuera mi hermana ni que la hubiera metido en esa situación incómoda y nueva —suspira—. Lo único que podía pensar era en ver a Jenny. Así que llamé a un par de chicos de último grado que apenas conocía. Pensé que Kerry iba a estar interesada en hablar con chicos mayores y, además, eran bien parecidos, populares y todo. Y a ella parecieron agradaarle. Se pusieron a platicar y se reían y ella incluso... incluso me dijo que uno de ellos era guapo. La vi coquetear. Parecía contenta e interesada. Así que la dejé con ellos. Porque —dice con seguridad— fui un tonto, egoísta y desconsiderado. Descuidado. Más tarde, Jenny y yo encontramos una habitación vacía y nos metimos a hacer cosas. Dejé a Kerry sola con gente que apenas conocía. Con alcohol por todas partes e idiotas borrachos en la casa de un desconocido. Muy inteligente, ¿verdad? Hice lo que ningún hermano debe hacer.

—Esben...

Quiero tomarlo en mis brazos pero no me muevo. Creo que pronunciar

estas palabras le está exigiendo toda su concentración y quiero respetar su espacio.

—Después, cuando decidí que era momento de regresar a casa, fui a buscarla. Busqué por todas partes y no podía encontrarla. Así que empecé a preguntar y seguí buscando. La encontré al final sólo porque alcancé a escucharla llorando. Se había encerrado en el clóset en una de las recámaras. Cuando la encontré estaba en el piso.

Esben por fin me mira y veo sus ojos enrojecidos, escucho sus palabras entrecortadas y llenas de dolor mientras trata de pronunciarlas.

—Me llevó dos segundos notar lo aterrada que estaba. Mi hermana apenas podía respirar por su miedo y pánico. Tuve que ayudarla a pararse. ¿No es horrible? Pero lo hice. No podía moverse. ¿Luego? En cuanto salimos a la luz, pude ver... pude ver sangre. Tenía pantalones claros y no había manera de disimularlo —inhala con fuerza y toma mi mano—. Dios, Allison, en la media hora que la dejé sola la atacaron los *dos*. Cada uno se... turnó —Esben me aprieta la mano—. ¿Es la palabra indicada? No sé. *Turnó*. Es tan repugnante. Demuestra lo poco que les importaba ella. Como si no contara. Como si no significara nada. Como si no fuera un ser humano. Como si no fuera mi hermana, la chica más vibrante, perfecta y confiada del mundo. Uno la detenía y le tapaba la boca mientras el otro... —no puede terminar de pronunciar las palabras y no lo culpo.

—Dios.

Kerry, pienso. No Kerry. Nadie.

—Incluso entonces, a pesar de que era muy joven y no podía comprender en realidad lo que había sucedido, supe lo terrible de la situación. Aunque no estoy seguro de haber sabido lo suficiente para pensar en “violación”. ¿Qué tan idiota es eso? Estaba tan aterrado y... no quería que fuera verdad lo que le había sucedido así que en cierta medida lo bloqueé. Lo único que quería era que no fuera verdad.

—Por supuesto.

—A pesar de que quería matar a esos tipos, tenía que llevármela de ahí de inmediato. La llevé en brazos al coche. Estoy seguro de que la gente pensó que sólo llevaba a mi hermana tonta y borracha de regreso a casa... Quería llevarla

al hospital, con la policía. A alguna parte. Pero ella no me lo permitió. La idea de hacerlo la hizo empezar a llorar sin control y me hizo prometerle que no lo haría. Me hizo prometerle que no le diría a nadie. Ni a nuestros padres, ni a la policía, a nadie. Lo único que evitó que se alterara más fue que le dijera que lo haría. Así que estacioné el coche a poco más de un kilómetro de la casa y la abracé hasta que llegó la hora en que teníamos que regresar, cuando sabíamos que nuestros padres ya estarían en la cama y que podríamos entrar sin que nos vieran. Kerry se dio una ducha y tiró su ropa a la basura.

Se frota los ojos.

—Me senté junto a su cama toda la noche pero no creo que ella lograra dormir nada. La siguiente semana mandé a uno de los tipos a urgencias. Le rompí el pómulo. Me suspendieron cinco días y probablemente corrí con suerte de que su familia no me demandara. Fue la primera y única vez que me he peleado con alguien. El otro tipo se mantuvo lejos de Kerry y de mí después de eso. Ella y yo no hablamos del asunto. Durante más de un año. Éramos jóvenes y yo era demasiado estúpido para saber que debía haberla llevado de inmediato al hospital. Tenía miedo. No sabía qué hacer. Dios, Allison. No sabía qué hacer e hice todo mal.

Su rostro está tan contraído por la impotencia y la culpa que lo único que quiero hacer es borrarle esos sentimientos. Darle paz. Pero sé que no puedo hacerlo. No puedo arreglar esto. Sólo puedo acompañarlo.

—¿Qué edad tenías? ¿Dieciséis? Eras un niño. Por supuesto que no sabías qué hacer. Seguramente estabas abrumado y asustado hasta los huesos. Creo que nadie está preparado para reaccionar en ese tipo de crisis. Ambos quedaron traumatizados.

—Debería haber hecho algo más —dice él con fuerza y toma otro trago largo—. La quiero. Es mi hermana menor. Mientras yo estaba haciendo tonterías con una chica por primera vez, ella estaba en el cuarto de junto y la estaban violando.

La crudeza de sus palabras, su verdad, no es algo fácil de escuchar.

—Esben, no podías saberlo. Si hubieras pensado que algo estaba pasando no la habrías dejado sola. Estaba en una casa llena de gente, había personas por todas partes. Eras un niño —le repito—. Sé cuánto significa ella para ti.

Sé que harías lo que fuera por ella. Esto no fue tu culpa.

—¡Yo la llevé a la fiesta! ¡La llevé a la fiesta! Si no hubiera... —todo su cuerpo está sacudiéndose—. Es la verdad. Es innegable. Si no la hubiera obligado a ir a esa fiesta... pero no lo sabía. Allison, ¡no sabía que eso sucedería! Nunca hubiera...

—Tú no permitiste que esos dos tipos la violaran. Ellos hicieron lo que hicieron porque se sentían con derecho. Porque querían tener el control. Porque eran agresivos y horribles. Porque querían experimentar una sensación retorcida de masculinidad. Porque... no sé. Porque había un millón de cosas mal en ellos. Tú no los convertiste en violadores. Kerry no los convirtió en violadores. Ya estaban enfermos y Kerry quedó atrapada en su camino.

Él me jala de la mano y yo me acerco. Me mira a los ojos como si mi mirada pudiera evitar que se desmoronara. Estoy muy consciente de cuánto está dependiendo de mí en este momento. Es otra cosa que me sucede por primera vez. Nunca antes me habían necesitado así pero puedo ser fuerte por él.

—Esto no fue tu culpa —repito con más firmeza—. Esto fue sólo culpa de dos chicos enfermos. Es todo. Kerry también quería que entendieras algo. Me dijo que está bien. Hizo énfasis en eso. Tengo la sensación de que no le crees, pero ella necesita que creas que ya sanó todo lo posible después de eso. Necesita saber eso y saber que confías en ella.

—Está bien —dice en un susurro que me recuerda a un niño pequeño. Tan inocente, tan frágil, tan dependiente de lo que yo le digo—. Cuando llegó a Andrews, encontró a un terapeuta muy bueno. Scott. Es genial. He ido varias veces con ella. Ha ayudado.

—Qué bueno.

—Kerry ha trabajado mucho en esto.

—Eso también es bueno. Y tiene un hermano que la adora —le digo y le acaricio el brazo.

Él asiente.

—Sí.

Me doy cuenta de que Esben también es sobreviviente de esta violación.

Por lo general pensamos en los efectos del trauma en sus supervivientes, lo cual por supuesto debemos hacer, pero no siempre pensamos en los efectos que dejan en las víctimas indirectas. Me queda claro ahora que lo debemos hacer.

Mi teléfono está explotando con mensajes de texto que no he visto pero Esben me da un empujoncito e incluso intenta sonreír.

—Sería mejor que revises eso.

Todos son de Kerry.

¿Estás con él? ¿Está bien? Supongo que ya te contó todo.

Quiero que sepa que estoy contenta. De verdad.

No podría pedir un mejor hermano. Nunca. Él es mi mundo. Dile eso, ¿sí?

Allison, ¿dónde estás? Por favor, contéstame. Me estoy asustando. No quiero que Esben reviva esto. Lo que pasó siempre será parte de mí pero no me va a definir. No me tiene prisionera. NO.

¿La pintura? Sí, es violenta. Pero me ayuda a expresar lo que sucedió. Me empodera. Es una manera visual para expulsar de mí esa noche. Es algo positivo.

No puedo soportar que él siga pensando en esto.

Le doy mi teléfono a Esben.

—Lee.

Él mira los mensajes con renuencia. Luego escribe un rato en su teléfono y después lo lanza al sofá.

—No quería que me vieras así. Lo siento. Debería irme. Estoy tan cansado.

—No —le digo—. No te vayas. Quédate.

Su sonrisa es tan dulce y está tan llena de agotamiento emocional y físico...

—Si me lo hubieras propuesto cualquier otra noche...

Le pongo una mano en el pecho.

—Así no. Sólo quédate. Quédate conmigo. No quiero que estés solo y tampoco quiero estar sin ti. Quédate.

Me mira un largo rato y sus ojos vuelven a humedecerse.

—En realidad... —le cuesta trabajo hablar—. En realidad me gustaría.

—Vayamos a dormir entonces, ¿está bien?

Sin esperar a que me responda, tomo mi teléfono y lo ayudo a ir a mi recámara. Se sienta con desánimo en mi cama y le quito los zapatos y las calcetas. Luego aparto las cobijas y le desabotono los jeans.

—Recuéstate.

Me mira bajar el zíper y quitarle los pantalones. Ésta no es la manera en que pensaba que le quitaría los pantalones por primera vez pero no puede dormir vestido. Apago la luz del cuarto. Aunque está oscuro, no nos quedamos completamente sin luz y sé que puede verme cuando me quito el vestido y me pongo una camiseta.

—De verdad eres hermosa —me dice.

—Creo que estás un poco borracho —le respondo con una risa. Me meto bajo el edredón y recargo la cabeza en la almohada.

Esben se acerca a mí y yo le paso el brazo por debajo para que quede de lado con la cabeza en mi pecho.

—Sí. Pero el tequila no me hace mentir. Sólo hace que deje salir la verdad. Y eres hermosa. Todo en ti es hermoso —me pone el brazo sobre el vientre y me acerca más a él—. Odio que sepas esto. Odio estar tan mal. Odio que hayan lastimado tanto a Kerry. Odio todo esto.

—Sé que sí. Pero los secretos te arrastrarán con ellos al fondo y te ahogarán. Tú me enseñaste eso. Estamos más allá de los secretos. Mucho más allá. No tienes que ser infalible, Esben. Tienes permiso de ser humano y de tener penas y preocupaciones... y dolor. ¿Compartir eso conmigo? Eso te vuelve más fuerte a mis ojos. Así es como tú me has hecho sentir.

Intento tranquilizarlo con mis palabras, con mi contacto. Cuando le paso la mano por el hombro y le acaricio el brazo puedo sentir que se relaja, así que no lo dejo de hacer.

Sí está borracho porque cuando empieza a perderse en la oscuridad de la noche, dice:

—Te amo, Allison. Sucedió cuando no lo estaba buscando, cuando no sabía que lo necesitaba. Pero me enamoré de ti tan rápido y fácil. Tan incuestionablemente —se acerca más a mí—. No me respondas nada. Sólo quería que lo supieras.

Esben se queda dormido de inmediato y yo sigo recostada en el silencio,

con su cuerpo pegado al mío. Me deja anonadada lo que dijo y no sabría cómo responder si él siguiera despierto, pero lo mantengo a mi lado y absorbo la sensación de este chico indescriptible que tiene el cuerpo envuelto alrededor del mío.

Cuando por fin se queda bien dormido, busco mi teléfono y llamo a Kerry.

—Hola —me dice.

—Hola —susurro de regreso.

—¿Está bien?

—Está dormido y, sí, va a estar bien. Fue una noche difícil porque te quiere mucho. Pero entiende lo que necesitas que entienda.

—Gracias. Eso me hace sentir mucho mejor.

—Gracias por confiar en mí —le digo y hago una pausa—. Decirte que lo lamento no es suficiente. No sé qué decir excepto que me importas mucho. No tengo muchos amigos pero a ti te cuento entre ellos, Kerry, y me siento orgullosa de ti por sobrevivir a esto con tanta fortaleza. Y si algún día quieres que hablemos...

—Me gustaría, Allison. Esto no es un secreto pero, obviamente, no hablo del tema con todos. Sin embargo tú eres maravillosa y significa mucho para mí que no hayas salido huyendo. Te vacié todo esto encima hoy, sin que lo esperaras, y lo manejaste muy bien —exhala con fuerza—. Y ahora entiendes por qué hace lo que hace, ¿no?

—Sí —le respondo. Me duele decir lo que digo—. Quiere deshacer lo que cree que hizo. Quiere demostrar que el mundo no es un sitio brutal. Demostrar que existe el bien.

—Exacto —dice ella—. Es un guerrero.

—Lo es —le digo—. Y va a ganar esta batalla.

Le paso la mano por el pelo mientras duerme a mi lado.

—Por supuesto. Pero, de todas maneras, lo vas a cuidar por mí, ¿verdad? A mí no me deja acercarme mucho. Por eso quería que te lo contara a ti. En este momento, él tiene más trabajo para sanar que yo. Así que cuídalo.

—Siempre —le aseguro—. Siempre.

Mezcla de desayuno

Cuando despierto a la mañana siguiente, Esben sigue acurrucado sobre mí, dormido. A pesar de las circunstancias de cómo terminó ahí, no puedo evitar aceptar lo maravilloso que se siente tenerlo a mi lado. Con cuidado, para no despertarlo, le acaricio la espalda. No puedo creer que tengo a este chico apuesto, dinámico, interesante, gracioso y amoroso en mis brazos. Hace tres meses hubiera rechazado la idea de que podría estar tan contenta como lo estoy hoy.

Falta bastante tiempo para que suene mi alarma, pero no puedo volverme a dormir. No muero de ganas de separarme de Esben, pero tengo que ir al baño. Y, lo más importante, tengo que tomarme un café. Simon me envió de regreso a la escuela después del día de Acción de Gracias con medio kilo de una mezcla de café para el desayuno y se me antoja una taza. Y después de los tequilas que se bebió mi novio, es probable que él necesite más cafeína que yo. Aunque no me agrada pensar en la posibilidad de que despierte con resaca, me está emocionando tener la oportunidad de cuidarlo y hacerlo sentir mejor. Esto es una novedad que me hace sentir bien. Con suavidad, le beso la cabeza y luego me separo de su cuerpo. Me pongo una bata, salgo de la habitación y cierro la puerta sin hacer ruido.

Preparo una jarra de café fuerte y disfruto del olor que me despierta. Mientras tanto, reviso mi teléfono.

Tengo un mensaje de texto de Steffi que llegó a media noche.

¡Hola, usuaria de redes sociales! Lindas fotos. Te ves hermosa y Esben se pone más sexy con cada minuto que pasa. Lo digo de manera nada libidinosa. Más o menos.

Sonrío y empiezo a escribir un mensaje de regreso pero suena el teléfono en ese instante.

—Steff, ¿qué haces despierta? Son las tres y media de la mañana allá.

—No sé. No puedo dormir. Vi tus mensajes de texto y decidí llamarte.
¿Cómo está Esben el erótico?

—¡Dios, Steff! —me tapo la boca para disimular mi risa—. No le empieces a decir así.

Ella ahoga un grito.

—¡Estás hablando en voz baja! ¡Estás hablando en voz baja! Está ahí, ¿verdad? Desnudo y guapísimo y desmayado en tu cama después de tantas horas de sexo.

Steffi está demasiado alegre con esa idea.

—¡No está desnudo! —digo y me meto al cuarto del Jenga y del unicornio inflable pero sigo hablando en voz baja—. Pero sí está aquí.

—¿Porque durmió contigo?

—Sí, pero no como lo estás pensando. Sólo dormimos en la misma cama.

—Ay, ¿con ropa y todo?

—Bueno, sí.

—Eso es decepcionante —dice con molestia exagerada—. Pero al menos es un poco de progreso.

—Santo Dios, siento mucho hacerte sentir mal.

—¿Acabas de decir “Santo Dios”?

—Por lo visto. No sé por qué.

—Qué curioso de tu parte. Tal vez de ahora en adelante empezaré a exclamar “¡Santo Dios!”. Suena anticuado. ¡Qué calamidad, jovencita! ¡Recórcholis y carambolas y jolines! ¡Dios salve a la reina!

—¿Dios salve a la reina? ¿De verdad? ¿Eso cómo encaja con lo demás?

—Creo que es un buen sustituto para una palabrota. Lo voy a empezar a usar todo el tiempo, así que prepárate.

—Ya cállate o me vas a hacer reír demasiado fuerte y voy a despertar a Esben el erótico.

—Bueno, está amaneciendo, entonces tal vez lo tengamos que llamar Esben el ere...

—¡Ya fue suficiente! —la interrumpo. Me está costando mucho trabajo contener la risa, así que tiene que detenerse—. Escucha, tenemos que hacer planes para Navidad. Simon me preguntó en qué fechas quieres llegar y

regresar.

Desde que vivo con Simon, siempre se ha asegurado de que yo vea a Steffi en las fiestas. Incluso cuando estuvo con Joan y Cal, la pareja que básicamente la sacó a patadas cuando cumplió dieciocho, Simon manejó una hora para que yo pudiera alcanzarla el día de Navidad. Estos últimos años le ha regalado un viaje redondo a Boston por dos semanas y ella ha pasado Navidad y Año Nuevo con nosotros.

—Ah. Oye..., hablando de eso —me dice con tono más serio.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con “hablando de eso”? No me gusta cómo suena.

—Oye, por favor no te enojas, pero... ¡me voy a ir de crucero! —me dice emocionada.

—¿Que vas a hacer qué? ¿De qué estás hablando?

—Un grupo de personas con quienes me llevo bien va a irse en un crucero de tres semanas y una de las chicas canceló de último momento. Me vende su lugar baratísimo y no puedo dejar pasar la oportunidad. ¡Voy a Hawái! ¡Y... y a otros lugares! Ni siquiera sé el itinerario pero, ¡es un crucero! Además, me encanta uno de los tipos que va. Podría estallar en llamas sólo de ver su cuerpo.

Esto no tiene nada de sentido.

—¿Entonces no vas a estar ni un día en Boston? Ah.

—No estés triste. De todas maneras odias la Navidad y, si vieras a este chico, probablemente botarías a Esben y también te irías al crucero.

—Si tú lo dices.

Ella hace una pausa.

—Habrán otros viajes.

—¿En las vacaciones de primavera?

—¡Sí! Y definitivamente en el verano, ¿está bien?

—Muy bien. El crucero suena divertido pero tienes que prometerme que me vas a mandar un millón de fotografías. En especial del tipo sexy.

—¡Hecho!

Me siento contenta por ella, de verdad, pero no puedo evitar sentirme un poco mal de que no estaremos juntas en las fiestas.

—Le diré a Simon que te envíe tus regalos por correo.

—No, no. No tiene que comprarme nada.

—Por supuesto que sí. Le encanta mimarte.

—En serio, no es necesario.

Me río.

—Si piensas siquiera por dos segundos que Simon no te va a enviar un montón de paquetes entonces ya se te olvidó quién es.

—¡Ja! Bueno, eso es verdad.

—Te voy a extrañar —le digo—. Pero ataca todos esos bufets de mi parte.

—Y yo te voy a extrañar muchísimo mientras me esté atiborrando la boca con todos los postres que encuentre en la barra. Ahora dime cómo van las cosas con Esben.

Me recuesto en la cama y sonrío.

—Bien, Steffi. Muy muy bien.

—¿Sí? Cuéntamelo todo. No hemos hablado en una semana así que quiero que me des todos los detalles sucios.

Hablo durante veinte minutos hasta que sus bostezos me indican que por fin ya está exhausta y lista para dormir.

—Creo que es hora de que te duermas, tesoro. Suenas completamente agotada.

—Está bien. Pero ¿Allison? Estoy muy contenta por ti. Te mereces un chico genial como Esben y, Santo Dios, él tiene suerte de tenerte a ti.

—Gracias, Steffi —no puedo evitar suspirar con satisfacción—. Te extraño tanto, a pesar de tu nueva frase idiota, y extraño verte todos los días, así que tendremos que, al menos, hablar más por teléfono, ¿de acuerdo? Antes hablábamos todos los días y ahora es una vez a la semana apenas.

—Muy bien, trabajaremos en eso. Las dos tenemos muchas cosas que nos mantienen ocupadas pero eso no quiere decir que no sigamos siendo tan cercanas como siempre.

—Lo sé. Es que... nunca había tenido... Nunca había tenido un Esben. Sólo quiero que sepas que sigo aquí para ti.

—Siempre. Eres mi mejor amiga —me dice—. No olvido eso ni por un segundo.

Después de que colgamos, por fin me sirvo mi taza de café y me asomo a ver a Esben. Dios, dormido parece más un ángel.

Veo la hora y luego le hablo a Simon.

—Hola, corazón —contesta muy contento—. ¿Estás disfrutando el café que te conseguí?

Sorbo mi café con fuerza para que me alcance a oír por el teléfono.

—De hecho, en este momento.

—Eso puedo escuchar. ¡Excelente! ¿Cómo estás?

Le explico lo del crucero de Steffi.

—Ya veo. Bueno, pues Steffi ha sido siempre una persona que se lanza a la aventura, así que estemos felices por ella porque está haciendo lo que le gusta. Sé que será raro que no esté con nosotros en las fiestas, pero nos las arreglaremos.

Me aclaro la garganta.

—Estaba pensando si este año, podríamos... ya sabes... hacer más cosas navideñas.

Él hace una pausa y sé que está esforzándose por no sonar demasiado emocionado.

—¿En serio?

—Sí. Vamos a conseguir un árbol y a colgar calcetas.

—¿Luces? ¿Coronas? ¿Muchos regalos? ¿Noventa tipos de galletas empalagosas y de colores?

La idea empieza a ponerme nerviosa, pero es hora de que aprenda a superar mi fobia a los días feriados. Ya no soy una niña insegura. *No lo soy.*

—Creo que estaría lindo.

—Yo también creo que estaría lindo.

Estoy segura de que Simon está dando brincos de alegría, pero valoro el esfuerzo que está haciendo para contenerse ante estas noticias tan emocionantes.

—¿Y cómo está el joven Esben? —me pregunta.

—Está bien —luego me detengo un segundo—. Pero tuvo una noche difícil. Está un poco triste.

Recorro el borde de mi taza de café con el dedo.

—Me da gusto que te tenga para apoyarlo.

—Espero que sí. Creo que sí... No estoy acostumbrada a verlo triste —me pongo a jugar con el cinturón de mi bata—. Me importa mucho.

—Sé que sí y, por lo que me cuentas, es obvio que tú le importas a él. Allison, está bien estar triste a veces. Aunque por lo general es un chico optimista, también puede tener momentos malos. Significa que es humano.

—Tienes razón —digo y dejo caer el cinturón—. Gracias.

—Dile que le mando decir que el último video estuvo muy bien. El de los dibujos.

Esben se pasó el día después de Acción de Gracias en el centro de Boston, luchando contra las masas de compradores del Black Friday, entregándole a la gente libretas para que escribieran o dibujaran qué los hacía sentir felices. El video que compila las cosas que la gente escribió y dibujó es otra de sus creaciones hermosas, con todo y música, muchas sonrisas y unas cuantas lágrimas. Para mi sorpresa, muy pocas personas respondieron con el dibujo de algo material, a pesar de que estaban inmersos en todo ese caos y voracidad de las compras.

—Estuvo bonito, ¿verdad?

—Yo estoy en Twitter, ¿sabes? —dice Simon con algo de timidez—. No sé si debería seguirte o no.

Me río.

—Pero, por lo que dices, entiendo que sí sigues a Esben, ¿no? Por supuesto que deberías seguirme. Eres mi padre.

Se hace un silencio largo y creo que ambos nos sentimos un poco sorprendidos. A pesar de que me refiero a Simon como mi padre adoptivo cuando hablo de él con otras personas, nunca antes me había dirigido a él como *mi padre*.

—Sí, lo soy —dice por fin Simon—. Lo soy. Así que te seguiré en cuando colguemos. Y me aseguraré de tuitearte recordatorios sobre llamar a casa, comer verduras y dormir bien.

—Esben también me enseñó a bloquear gente —le informo riéndome—, así que más vale que pongas cuidado.

—¡Me portaré bien! ¡Me portaré bien!

—Muy bien. Nos vemos en línea. Adiós, Simon.

—Adiós, niña.

Reviso Twitter y, en cuestión de unos minutos, veo que Simon me está siguiendo. Así que yo también lo sigo y luego veo sobre qué tuitea Simon exactamente. Cosas de jardinería, de cocina, muchos tuits al canal Bravo por sus programas de *realities*... Luego veo algo de la semana pasada que me hace detenerme.

Simon retuiteó el video de Esben y también respondió con su propio video corto. Le doy clic. Simon, vestido con una camisa formal y corbata está sentado ante la mesa de la cocina. “Hola a todos —dice nervioso—. Me llamo Simon y, eh..., lo que me hace sentir feliz es... —busca una hoja de papel y la levanta. *Allison* está escrito en ella—. Mi hija, Allison. Esperé mucho tiempo para que llegara a mi vida y valió la pena. Ella —dice y traga saliva— es la luz de mi vida”. Baja el papel y detiene el video.

Pongo el dedo sobre el símbolo del corazón que está bajo el video. Me toma unos segundos pero lo toco. Luego retuiteo el video y le agrego el texto de: ¿Qué tan increíble es mi papá?

Envío un mensaje de texto a Simon. ¿Está bien si invitamos a Esben a cenar durante las vacaciones?

Nunca me ha respondido un mensaje tan rápido. Cualquiera noche o todas las noches.

Todas las noches podría ser un poco excesivo, le respondo.

Soy muy buen cocinero, señala Simon. Tal vez nunca quiera irse.

Me río. No puedo contradecirte.

La voz de Esben suena ronca porque acaba de despertarse y me llama desde mi recámara.

—¿Dónde está mi almohada humana? ¿Dónde está mi ropa? ¿Por qué estoy solo en la cama? ¿Es café lo que huelo? ¿Tengo dolor de cabeza porque tomé mucho tequila o porque alguien me golpeó en la cabeza mientras dormía porque empecé a emocionarme?

Su voz matutina es todavía más adorable cuando ya está completamente despierto. Voy a mi recámara y me paro en el colchón.

—Entonces, supongo que no estás de humor para que me ponga a brincar, ¿verdad?

Él gime.

—Ay, dios. Por favor, no lo hagas —luego mueve un poco la cabeza—. Aunque podría ver hacia arriba de tu bata si brincaras...

Me dejo caer al colchón para sentarme.

—Si eso sucediera nos saltaríamos un paso en el espectro.

Me jala hacia su pecho y me abraza.

—Y yo estoy disfrutando bastante del espectro.

Me quedo recargada contra él, disfrutando el calor que emana de su cuerpo y la manera en que me sostiene con tanta firmeza pero a la vez con mucha ternura.

—¿Quieres café? —murmuro.

—En un minuto. Quedémonos así un ratito —levanta las mantas—. No te preocupes. Me comí como cuarenta mentas que saqué de mis pantalones porque no tengo cepillo de dientes aquí.

—Gracias por ser tan considerado.

Me parece un poco idiota quedarme con la bata puesta después de no haberla usado en toda la noche, así que me la quito y me meto entre las sábanas. Él gira de manera que me abraza por la espalda.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—Un poco apaleado pero estaré bien —Esben recorre mi cabello con la mano y nos quedamos acostados en silencio un rato—. En especial así, aquí contigo.

A pesar de lo difícil que fue ver a Esben tan alterado, siento que nuestra relación tiene un mejor equilibrio ahora que pude hacer algo por él. Desde el día que nos conocimos, yo he sido la frágil, la que tiene que contar con él todo el tiempo. Ahora entiendo que soy capaz de permitirle a él contar conmigo. Soy más fuerte de lo que pensaba.

Más tarde, le llevo una taza de café y luego otra y espero hasta que esté lo suficientemente despierto para hablar.

—¿Esben?

—¿Sí, amor?

—Lo que le sucedió a Kerry... Por eso no has tenido sexo todavía. Y por eso eres tan cuidadoso conmigo.

—En parte, sí. Mira..., sé que lo que le pasó a ella fue violación y no sexo. Son dos cosas muy diferentes. Drásticamente diferentes —bebe otro poco de café y organiza sus ideas—. Aunque esté muriéndome por tener sexo, voy a poner mucha atención a lo que estemos haciendo juntos. Es fácil para las chicas, en especial, sentir presión de avanzar antes de estar convencidas porque piensan que si no lo hacen el tipo se va a ir. Yo no soy ese tipo.

Deja la taza y me abraza.

—Lo sé. De verdad lo sé. Has sido muy bueno y me has hecho sentir muy cómoda. ¿Lo que le sucedió a Kerry? Es horrible, Esben. Es horrible. Pero, como tú dijiste, lo que le pasó y lo que está sucediendo con nosotros son dos cosas muy diferentes. Te estoy pidiendo algo directamente. Te estoy pidiendo intimidad.

Vólteo a verlo y coloco la mano sobre la de él para moverla debajo de mi blusa, guiándolo por mi estómago para que su calor irradie sobre mi piel.

Esben empieza a besarme el hombro y sé qué está sonriendo cuando dice.

—Sí *estás* cómoda, ¿verdad?

Yo muevo su mano un poco más arriba.

—Sí lo estoy —tanto que lo empujo a la cama y muevo la mano por su pecho—. Quiero que te quites esta camisa.

—¿Sí quieres? —pregunta titubeante.

Empiezo a subir la tela. Estoy respirando más rápido y quiero dejar de hablar.

—De la cintura para arriba, ¿está bien? —logro decir—. Sin tela de por medio. Sólo tú y yo.

De inmediato, Esben me hace girar sobre mi espalda y me acaricia la piel con la mano.

—Sí —dice con intensidad y promesa—. Sí.

Levanto su camisa. Con fuerza.

—Quítate esto. Quiero verte.

Así que lo hace. Y, después, la mía desaparece.

Y luego, más tarde, cuando el pecho desnudo de Esben está presionado

contra el mío y su boca sigue explorando mi piel, me susurra:

—Allison —dice—, eres maravillosa, ¿lo sabes? Todo sobre ti es maravilloso.

Yo llevo su mano a mi ropa interior y, antes de que pueda decir algo, asiento.

—Sí, estoy segura.

A pesar de habernos movido en el espectro, ambos logramos de cierta manera llegar a clase.

Milagro navideño

Después de estar en el coche durante horas ayer y de hacer mandados todo el día hoy con Simon, es muy agradable estar en el sillón de la sala de Simon en Brookline. *Mi* casa. Tengo que empezar a decir eso. Ésta también es *mi* casa. Vine en el coche de Esben con él y Kerry pero nos tardamos eternidades porque estaba nevando y las carreteras estaban hechas un desastre. Simon me enviaba mensajes de texto cada quince minutos para estar seguro de que no me había muerto, pero entiendo que estuviera nervioso, en especial cuando se enteró de que el coche de Esben no era precisamente nuevo ni estaba equipado con todas las medidas de seguridad que Simon hubiera preferido. Aunque el trayecto fue largo, me divertí con Esben y Kerry y tenía muchas ganas de ver a Simon.

Nuestras salidas a hacer compras incluyeron dos carritos del supermercado porque Simon tiene planeadas varias comidas especiales y quiere hornear muchas cosas. Me prometió enseñarme algunas cosas básicas aunque yo sólo espero aprender a hacer algo comestible. Luego me llevó al centro comercial e insistió en comprarme ropa nueva, incluyendo unos conjuntos especiales para Navidad y Año Nuevo. No sólo no protesté sino que lo disfruté. Disfruté que me mimara con tantas cosas lindas y disfruté estar con él. Y, en particular, disfruté escaparme para comprarle una estatua de reno que había estado admirando pero que no se compró. Su cara de felicidad cuando se la di me hizo sonreír porque sabía que incluiría esto en la colección de decoraciones navideñas que habían invadido la casa.

La música navideña constante que sonaba en todas las bocinas del centro comercial no me molestó, las multitudes no me volvieron loca y el chocolate caliente con menta que nos tomamos sabía a Navidad líquida y no me hizo revivir ningún trauma de la infancia. Todas fueron experiencias nuevas y bienvenidas. Simon intentó que me tomara una fotografía con Santa pero ahí sí

tuve que poner un límite.

En este momento estoy envuelta en una cobija color caoba en la acogedora sala mientras Simon maldice de manera muy florida tratando de desenredar las series de luces para el árbol. Aunque sé que no está localizable, me tomo una selfie haciendo pucheros para enviársela a Steffi porque no está conmigo y luego una fotografía divertida de Simon frustrado. Malditos cruceros y su señal poco confiable de Wi-Fi. Este periodo en el que no hemos podido hablar ni enviarnos textos me está matando pero estoy contenta de su aventura en altamar.

—¿Podrías, por favor, permitirme ayudar?

Llevo un rato ofreciendo ayudar a Simon en esa monstruosa tarea de desenmarañar las series, pero él insiste en que me quede ahí sentada, disfrutando mi chocolate y relajándome.

—Y me siento mal de que tuvieras que esperarme para decorar el árbol. ¡Ya es diecinueve de diciembre! —agrego.

—Por supuesto que te esperé, tontita. Y debería haber comprado unas series nuevas hoy. Pero, a estas alturas, ya estoy enfrascado en una batalla que tengo que ganar yo solo —sacude el nudo de cables entre sus manos y, de pronto, todo se desenreda solo—. Ah. Eso fue raro —me mira—. ¡Es un milagro navideño!

Yo le saco la lengua en broma.

—No lo es.

—Que tú estés de ánimo de festejar nos trajo suerte navideña, entonces. ¿Qué te parece? —el gorro de Santa que tiene puesto, junto con su camisa verde brillante y su corbata roja son ridículos de la manera más maravillosa—. Hablando de lo cual, me da mucho gusto verte tan contenta por las fiestas este año. ¿Esben tiene algo que ver con esto? —pregunta con una sonrisa.

—Tal vez —acepto—. No es sólo el asunto de tener un novio. Me ha ayudado a ver cuánto bien hay en el mundo. Creo que me ha ayudado a dejar mi pasado atrás —me tapo más con la cobija—. Estaba un poco atorada ahí.

—Sé que lo estabas. Es comprensible. Tuviste una temporada difícil.

Lo veo deshacer uno de los últimos nudos.

—Lo siento, Simon.

Él se detiene y levanta la vista.

—¿Por qué?

—Por... por no ser mejor.

—¿Mejor? ¿Mejor en qué?

—Por no ser una mejor hija.

Él deja caer la serie y se sienta a mi lado en el sofá.

—Allison, nunca vuelvas a decir eso.

—¿Nunca te arrepientes de haberme adoptado? Tu novio te dejó por mí. Él quería adoptar un bebé lindo y no una adolescente malhumorada —luego le pregunto algo que nunca le había preguntado—: ¿Cómo supiste de mí siquiera? Un día, simplemente me enteré de que había un posible padre adoptivo que quería conocerme. Luego tú y yo hablamos una hora, y seguro me porté odiosa y difícil, pero luego me dijeron que me querías. Nunca he entendido por qué.

—Ay, Allison. Tesoro... —hace un ademán con la mano—. En primer lugar, Jacob era un patán. Creo que yo ya llevaba un tiempo sabiéndolo pero era una de esas relaciones... ya sabes, en las que te quedas atrapado y por estúpido no te molestas en salir de ellas. Así que me alegra que se haya ido. Lo mejor que me ha sucedido, aparte de ti —sonríe con calidez—. Escucha, sí, el plan era que íbamos a adoptar un bebé, pero había un muro con fotografías en la oficina de adopciones, muchas fotos, todos niños que necesitaban familias.

—Como los carteles antiguos de “Se busca” en las oficinas del alguacil —digo y me envuelvo con más fuerza en la cobija—. Sólo que eran carteles de “No se busca”.

Simon asiente.

—Sí, de hecho. Así se sentía. Era algo muy injusto y desalentador. Pero estaba viendo las fotos y pensé en unas cuantas cosas. Primero, en mi horrible ingenuidad sobre cuántos niños mayores estaban en el sistema de hogares temporales. Y, en segundo lugar y con más intensidad, que uno de esos niños debía estar conmigo. Tú. En ese momento me di cuenta de que yo no necesitaba un bebé. No era importante para mí preparar biberones, ni ver los primeros pasos o escuchar las primeras palabras. El jardín de niños, la primaria... —se recarga en el respaldo y cruza las piernas—. No necesitaba hacer nada de eso. Quería ser padre pero ser un padre es algo que implica una

vida entera de dedicación, no sólo cosas de niño pequeño.

Yo dejo caer la cabeza y me pongo a jugar con los hilos del borde de la cobija.

—¿Mi foto estaba ahí?

—Sí estaba —responde Simon—. Todas las fotos tenían algo de información sobre los niños, incluido el tiempo que llevaban en cuidados temporales. Cuando llegué a la tuya, leí que llevabas más de dieciséis años en el sistema. También leí que te encantaba leer y que eras buena estudiante. No sé, unas cuantas cosas más. No fueron tanto los datos sobre ti sino... —piensa por un momento—. Fue cómo me sentí al ver tu fotografía. Fue una de esas cosas que no se pueden explicar. Simplemente sentí una conexión y supe en ese momento que quería ser tu padre. Me quedé parado en ese pasillo frente a tu fotografía durante tanto tiempo que Jacob tuvo que regresar a buscarme.

Lo volteo a ver.

—Y él odió la idea.

—Sí, la odió. Y yo lo odié a él —dice Simon con tono desafiante y luego sonríe.

Yo empiezo a sonreír.

—No es cierto.

—Bueno, está bien. No lo odié pero sí supe en ese preciso momento que algo estaba muy mal entre nosotros. Él no sentía para nada lo que yo sentía. Así que tendría que tomar una decisión. Y te elegí a *tú*. Y yo a mí. Era la oportunidad que necesitaba para ver que Jacob y yo éramos mala pareja. ¿Adoptarte? Eso fue la decisión más fácil que he tomado. Por supuesto, estaba aterrado de que yo no te agradara o que no quisieras vivir con un hombre gay. El día que te conocí creo que me cambié de ropa diez veces. Te compré montones de cosas pero, en ese momento, todas me parecieron tontas, así que las dejé en la casa. ¿Qué tal si pensabas que eran horribles y decidías que yo sería el peor papá del mundo? —dice con aspecto avergonzado—. Estaba muy nervioso porque me quedaba clarísimo que yo era tu padre. A veces sólo sabes cómo son las cosas, ¿no? Sin razón ni motivos. Simplemente lo sabes.

Hace cuatro meses tal vez hubiera estado en desacuerdo, pero hoy ya no.

—Sí. Lamento mucho no haberlo sabido entonces. Lamento no haber visto

de inmediato que eras mi papá.

—Corazón, no te preocupes. Eso sería esperar demasiado.

Me empiezan a picar un poco los ojos.

—Pero lo sé ahora. De verdad lo sé.

Simon me abraza y yo, instintivamente, volteo hacia él y lo abrazo con fuerza.

—Te quiero, Simon.

Su abrazo de vuelta es muy confiado, paternal y seguro.

—Y yo te quiero a ti, Allison. Mucho.

—Sólo para que lo sepas —le digo—. Me agradaste mucho cuando te conocí. Hablamos de lo perfecta que es Jane Austen y por qué ambos detestamos los zoológicos. Y me dijiste que odiabas todas las frutas secas salvo los arándanos.

—Eso sigue siendo cierto. ¿Por qué tomar un trozo perfectamente bueno de fruta para arruinarlo así? ¿Pero los arándanos en una ensalada de arúgula? ¿Con un poco de queso azul? Eso no tiene comparación —apoya su barbilla en mi cabeza—. Y compartimos un amor por las películas de los ochenta, por los atardeceres que parecen postales y el sonido que hacen las olas cuando chocan con la costa. Nos entendimos. Eso es todo lo que hay que decir. Ya eras mi hija desde ese primer momento.

Sin pensarlo, apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Me compraste cosas para alentarme a vivir contigo?

Él ríe.

—Me da mucha vergüenza, pero sí.

—¿Como qué?

—De hecho todavía tengo las cosas, si las quieres ver.

—¿En serio? —me enderezo y lo miro. Es tan típico de Simon conservar este tipo de cosas—. Sí me gustaría.

Se tarda sólo unos minutos en ir a su estudio y me doy cuenta de que no tuvo que buscar mucho esa caja.

Me mira con nerviosismo cuando la abro y no puedo evitar reírme de su intranquilidad.

—No tienes de qué preocuparte. No voy a botarte si encuentro algo raro

ahí.

—De todas maneras, sé amable. Estaba muy nervioso entonces. Y supongo que ahora también.

Dentro de la caja hay, por supuesto, una colección de cosas que me habrían encantado. Un trío de pulseras de plata tintineantes de Tiffany's, una caja de regalo de perfume de Calvin Klein, un gorro y una bufanda de lana de cachemira, una bolsa para maquillaje llena de labiales. Luego saco un libro retrospectivo de la Mujer Maravilla y unos brazaletes de Mujer Maravilla.

—Son una tontería, lo sé —dice Simon.

—No, Simon. No son una tontería. Para nada —no dejo de ver los brazaletes—. ¿Cómo sabías que me hubiera gustado la Mujer Maravilla?

—Me imaginé que habías esquivado unas cuantas balas en su momento y que probablemente eras tan resistente como el acero.

—No era tan resistente —respondo en voz baja—. Me hubieran servido esos brazaletes.

—Por supuesto que lo eras. Lo sigues siendo. Sólo que ahora eres más feliz.

Tiene razón.

—Son regalos maravillosos —le digo y me quedo conmovida y sin palabras.

Simon me acaricia la espalda y me acerca para abrazarme de nuevo.

—¿Estás lista para poner las luces en el árbol, niña? —aplaude—. Vamos a ponerlo bonito, ¿qué te parece?

Se para en una escalera pequeña y empieza a colgar las series mientras yo sostengo el resto del cable y se lo voy pasando según lo necesita.

—Entonces, como no me quieres dejar comprarte un coche —se detiene y espera a que yo ponga los ojos en blanco, lo cual hago—, ¿qué te parece si me haces una lista de Navidad?

Siento que esto es algo importante porque yo no suelo pedirle nada. Pero, por él, pienso un momento.

—¿Esas sábanas que me conseguiste a principios de año? Ésas me gustan y no me importaría tener otras.

—“No me importaría tener otras”, anotado. ¿Qué más?

—Tal vez una funda para mi teléfono.

—Apuntado también. ¿Qué más?

Terminamos de colocar las series antes de que yo le responda.

—¿Tal vez podríamos salir de vacaciones este verano?

—Claro. ¿Tú, Steffi y yo? ¿Qué tienes en mente?

—Sólo tú y yo —lo corrijo.

Coloca una hilera de luces entre las ramas antes de responder.

—Me gustaría. ¿Dónde quieres que vayamos. ¿Martha's Vineyard? ¿Cape Cod? ¿Nantucket? ¿Los Hamptons?

No puedo evitar reírme.

—No tiene que ser nada especial. Un viaje a la playa sería agradable. Pero tal vez a una casa pequeña. Nada demasiado elegante, ¿está bien?

—Una cabaña de lujo, entonces —dice con una sonrisa—. Herviremos langostas todas las noches y meteremos arena por toda la casa después de pasar unos días junto al mar.

—Y otra cosa —digo con algo de nerviosismo. Ajusto las luces y me entretengo demasiado en acomodarlas—. Ya te lo había mencionado antes, pero ¿puede venir Esben a cenar?

—Eso no es un regalo de Navidad pero por supuesto —su emoción es tangible—. La noche que quieras está bien por mí. Ah, y puedo hacer una bandeja de aperitivos con salmón ahumado, huevos endiablados... y luego filete Wellington de plato fuerte y un postre de frutas y crema para terminar.

—Yo... yo estaba pensando en algo menos formal.

—Bueno, claro. Espagueti de caja y un tarro de salsa, entonces —dice con un puchero fingido.

—Está bien, está bien. Algo elegante para que presumas tu talento en la cocina. Y vino. Más vale que haya vino.

—¿Por qué? ¿Te pone nerviosa que tu viejo padre conozca a tu novio?

—Un poco —le confieso.

—No lo estés. Ya lo adoro. Alguien que te hace tan feliz sin duda me va a agradar.

—Bueno.

—Pues más vale que pongamos toda la casa muy navideña para

impresionarlo —dice Simon y cruza la habitación para sacar una de sus tres cajas de adornos—. ¡A trabajar!

Baile

Simon vuelve a atarse el delantal y revisa la cocina.

—Muy bien, creo que estamos listos. ¿A Esben le gusta el queso? Espero que le guste el queso.

No puedo evitar reírme.

—¿Por qué estás más nervioso que yo? Te va a adorar. Y también le va a encantar el queso. *Todos* los quesos —miro la bandeja—. Los nueve.

—¿Me excedí?

—No esperaría menos de ti.

Voy al fregadero para lavarme las manos pero antes me topo con el platón de huevos endiablados un poco aguados que preparé y niego con la cabeza. Obviamente no tengo el gen de la cocina de Simon, pero parece ser que sus mejores esfuerzos por enseñarme el día de hoy fallaron increíblemente.

—Entonces, Simon —empiezo a decir con cautela—, ahora que estoy saliendo con alguien, me estaba preguntando sobre ti.

—¿Preguntándote qué sobre mí? —dice Simon que se está asomando sobre el platón de quesos para verlo desde arriba y reacomodar obsesivamente la posición de los quesos.

—Preguntándome si estás saliendo con alguien. Digo, ¿sí estás? No has mencionado a nadie —me seco las manos y me detengo—. Ah, pero tal vez no me lo hubieras contado. Porque siempre he sido una bruja completamente cerrada a esas conversaciones.

—¿Allison! —dice y deja de ver sus quesos para mirarme molesto—. No hables así de ti. No tengo novio ni he estado saliendo con nadie. No sé siquiera cómo conocer gente, a decir verdad. ¿Qué voy a hacer? ¿Ir a un bar gay a mi edad?

—¡Apenas tienes cuarenta y tres años! Pero no estoy segura de que un bar sea la mejor opción. Qué me dices de las citas por internet...

Me interrumpe el timbre de la casa.

—¡Ya llegó! ¡Ya llegó! —grita Simon—. ¿Dónde están las uvas. Ah, qué importa, las sacaré después —se arranca el delantal y me sonrío ampliamente—. ¿Estás lista? ¿Me veo bien? ¿Yo debería abrir la puerta? ¿Quieres hacer una entrada triunfal con él?

Simon se volvió loco.

—Te ves muy bien. ¿Qué te parece si yo abro la puerta y tú te terminas tu vino?

—Sí. Buena idea. En un momento salgo —da un gran trago—. Te ves muy bien de rojo, por cierto.

Me puse una de las cosas que Simon me compró ayer y debo confesar que estoy disfrutando el suave suéter rojo de angora. Con los pantalones de cuero que insistió en que me comprara, traigo puesto un conjunto que Steffi aprobaría. Camino hacia la puerta y me siento fascinada al ver las luces y las guirnaldas y todas las decoraciones que cuelgan por la casa. Cuando Simon decora, decora en serio. Y a mí me encanta.

Apenas abro la puerta y Esben ya está hablando.

—Ya sé que es ridículo. Lo siento. Mi madre me obligó a ponerme un traje. Le dije que estaba loca, que nadie va a cenar a casa de su novia de traje, pero en cierto momento fue más fácil ponérmelo que convencerla de que no estamos en 1940.

Lo último que debería estar haciendo es disculpándose, porque se ve..., bueno, guapísimo. Tiene un traje negro con camisa roja formal y una corbata de muchos colores. Estoy tan sorprendida que no puedo hablar. Ni moverme. Ni hacer nada.

—Ay, dios. ¿Así de mal está? Lo siento. Debería haber echado un cambio de ropa en el coche y me hubiera cambiado en un McDonald's o algo. ¿Allison? Por favor di algo antes de que me quite toda la ropa aquí en tu puerta de pura humillación.

—Perdón, perdón —sonrío—. Aunque eso suena bastante tentador... Te ves increíble. En serio. Creo que amo a tu mamá.

Abro la puerta y tiritó un poco de frío.

—Y creo que yo amo esos pantalones que traes pintados encima —dice

Esben. Sus manos se van a mi cintura y su boca termina en el lugar justo debajo de mi oreja que sabe que me enloquece.

La bolsa de regalo que trae en la mano suena contra mi espalda mientras él me abraza. Estoy acostumbrada a verlo todos los días, así que este periodo tan corto en el que no nos hemos visto me ha hecho extrañarlo. Pero están Simon y su filete Wellington a considerar, así que en vez de empujar a Esben contra la puerta de entrada, lo tomo de la mano y lo llevo a la habitación principal. Mi padre está intentando desesperadamente lucir despreocupado mientras acomoda una bandeja de salmón ahumado en la mesa de centro junto al festival delirante de queso y mis huevos maltratados.

Simon se endereza y sonrío con calidez.

—A juzgar por cómo Allison está más reluciente que ese espantoso Santa inflable de los vecinos de enfrente, debes de ser Esben.

—¡Simon! —protesto, pero me río.

Esben da un paso al frente y le estrecha la mano a Simon.

—Es un gusto conocerlo, señor. He oído muchas cosas buenas de usted — Esben muestra la bolsa que trae—. Mi madre envía esto. Creo que es un adorno.

—Qué gesto tan amable. Y esa bolsa de allá —dice señalando una bolsa de terciopelo que está en la repisa— es para tus padres. Es una botella de vino tinto de un viñedo de California que me encanta.

California. Pienso en Steffi de inmediato. Más le vale que este crucero que está tomando sea estupendo porque me encantaría que estuviera aquí con nosotros.

Esben mira la mesa de centro y se empieza a sentar.

—¡Ah, un platón de quesos! Mírenlo nada más —luego, para deleite de Simon, Esben se inclina y lo mira desde arriba—. Muy bien acomodado. No quisiera arruinar su arte pero, si no me equivoco, ése es un Saint André, ¿no?

Simon sonrío ampliamente y me mira con gesto un poco petulante.

—¡Sí! Por favor, sírvete.

Le da un plato a Esben y yo me siento en medio de los dos y sonrío mientras empiezan una conversación a profundidad sobre el queso. Sabía que no tenía nada de qué preocuparme.

La cena de Simon resulta ser otro éxito culinario pero, mejor aún, Esben, Simon y yo no dejamos de hablar. La conversación fluye con facilidad y hay más risas de las que ha habido jamás en esta mesa.

El único traspie que hay es durante el postre. Con la ayuda de Simon, yo me encargué del postre con sus capas de crema batida, moras con azúcar, mousse de castaña y ralladura de chocolate y en verdad se ve hermoso. Cuando me recargo y veo a los hombres de mi vida dar la primera mordida a mi obra de arte, me doy cuenta de inmediato que algo salió muy mal. Ambos hacen un gran esfuerzo por ocultar que hay un problema, pero no tiene caso.

—¿Qué? —exijo saber—. ¿Qué está mal? ¡Hice todo lo que me dijiste, Simon!

Simon se limpia la boca y sostiene la servilleta contra sus labios un momento en lo que recupera la capacidad de hablar.

—Un detalle. Con la sal.

—¿Sal? No lleva sal.

Pruebo el postre. Es horrible y de inmediato escupo mi bocado en la servilleta.

—¡Ah, dios! —los miro avergonzada pero ambos están demasiado ocupados riendo.

Esben da un gran trago a su agua.

—Era... era un postre muy *hermoso*, eso sí.

—Sí —concuerta Simon—. Estéticamente salió perfecto. Pero como ahora no tenemos postre, ¿por qué no vamos a North End? Estará muy alegre en esta época del año.

Esben se anima.

—¡Apuesto a que adivino qué estás pensando! ¿Mike's?

—Este chico es bueno —dice Simon y me mira—. ¡Exacto! Un poco de pastel de queso con chocolate.

Simon nos lleva a North End, el barrio italiano de Boston. Esta zona de la ciudad es encantadora y tiene un aire de viejo mundo que me tiene embelesada esta noche. Hay coronas colgando de los arcos sobre las calles, luces blancas que se enroscan en los postes de alumbrado y pasamos junto a un Santa Claus en una esquina que está recolectando donativos.

Cuando estamos todos sentados en una mesa pequeña en Mike's Pastry, miro mi plato y me sorprenden las dimensiones de la rebanada de pastel de mousse de chocolate que me está retando a comérmelo.

—Posen con sus postres para gigantes. Necesito publicar una foto de este momento importante —les indico.

—He creado un monstruo de las redes sociales —le explica Esben a Simon—. Perdón.

—¡Silencio! ¡Levanten sus platos! —les saco al menos diez fotografías y luego voy a Twitter, Instagram y Facebook y las subo. También publico un “Estoy aquí” en Mike's Pastry. Etiqueto la fotografía con *#papásolteronossaca*, *#novioesben* y *#dessertporn*. Cuando mi fotografía sube en vivo a Facebook, se abre una ventana extraña.

—Espera, Esben, ¿qué es esto? ¿Me está diciendo que use una cosa que se llama Amigos Cercanos? —le muestro mi teléfono.

—Mira —saca su teléfono y, en cuestión de segundos, me enseña la pantalla—. ¿Ves? Si activas esta función, entonces cuando estés fuera puedes registrarte en sitios y ver quiénes de tus amigos están cerca. Yo no lo uso mucho porque la mayoría de la gente en mi página personal no es gente que conozca en la vida real —Esben toca su pantalla y aparece una lista de seis personas—. ¿Ves? Hay algunas personas por aquí. Esta persona está bastante cerca —mira con más atención—. De hecho, más que cerca. ¡Puso “Estoy aquí” en Mike's!

—¿Quién es?

Esben frunce el ceño.

—Christian Arturo. Comenta en mis publicaciones a veces.

Hace clic en el perfil de Christian y ve algunas de las fotografías.

—No está nada mal —le digo en voz baja.

Esben me arrebató el teléfono.

—¡Oye!

—Bueno, pues no lo está. Pero no te preocupes. Se ve joven.

—Sí, aquí dice que está en el bachillerato —Esben busca en la habitación y luego sonrío—. Ahí está.

Pero su sonrisa desaparece cuando ve con más detenimiento al chico del

otro lado de la cafetería. Christian es aún mejor parecido de lo que se ve en sus fotos, tiene el cabello oscuro y la piel morena y eso hace que su camiseta blanca resalte mucho. Y después de verlo otra vez puedo notar que trae puesta una camisa de esmoquin y que su saco está colgado en el respaldo de la silla. Está encorvado en su asiento, no ha tocado su cannoli e irradia una tristeza que me hace querer acercarme a él para abrazarlo.

—Regresa a su página —le digo en voz baja.

Los tres nos acercamos al teléfono de Esben y leemos las publicaciones que están en la parte superior de la página de Christian.

—Iba... iba a su baile formal de invierno —dice Esben—. Rentó un esmoquin... Iba a ser una gran noche... y su pareja se intoxicó por algo que comió.

—Ay, no. Qué mal —dice Simon y mira a Christian discretamente—. Se ve tan deprimido.

Esben sigue pegado a su teléfono pero puedo ver que está pensando, está decidiendo qué hacer. Siendo Esben, no le es posible no hacer nada. Supongo que titubea porque estamos con Simon, así que lo animo a hacerlo.

—¿Esben? —le digo y le toco el hombro—. Ve. Ve por él.

Sin siquiera voltearme a ver, Esben sonrío.

—Me conoces bien, ¿verdad?

Simon parece estar confundido por un momento pero, cuando Esben se pone de pie y cruza la habitación, puedo ver que entiende.

—¡Este novio tuyo! Es bastante extraordinario.

Vemos que Esben se acerca a la mesa de Christian, le da la mano y se sienta por un momento. Simon y yo seguimos comiendo pero no apartamos la vista de la mesa al otro lado del restaurante. En cuestión de unos minutos, Esben y Christian se ponen de pie y se dirigen a nuestra mesa.

—Allison y Simon, él es Christian. Lo invité a que se sentara con nosotros.

—Por supuesto. Nos encantaría que nos acompañaras.

Simon saca una silla a su lado y Christian, obviamente sorprendido todavía, se sienta con nosotros.

—Hola —dice con timidez—. Gracias. Es un gusto conocerlos. Yo, eh —mira a Esben con nerviosismo—, sigo a Esben. Esto es muy raro. Pero eres

genial. No puedo creer que te acercaste a mí así sin más. Y ahora estoy sentado en tu mesa —me mira—. Tú eres la novia Allison. Y tú eres el padre de la novia Allison, ¿verdad? Me sé bien mis hashtags.

Yo me siento muy halagada pero Esben se ve tan avergonzado como siempre que alguien le hace un cumplido.

—Es una pena lo que sucedió con tu baile esta noche.

Yo asiento.

—Sí. Qué decepción. ¿Tu pareja se enfermó? —le pregunto.

—Dios, Allison —dice él con timidez—. Eres más hermosa en persona. Ustedes son mi pareja favorita en la vida —luego se ríe nervioso—. Sí. Me llamó diez minutos después de que salí de la casa. No quería decepcionar a mi mamá, porque estaba muy emocionada de que me pusiera un esmoquin y que fuera al baile y todo, así que mejor vine para acá. A ahogar mis penas en cannoli —Christian suspira—. La noche no está saliendo exactamente como lo planeaba.

—¿No querías ir solo? —pregunta Simon.

—Bueno, no... —Christian se reacomoda en su asiento y luce un poco incómodo—. ¿Mi pareja? Bueno..., es un chico —se prepara para nuestra reacción pero parecería que le sorprende más que no reaccionemos—. Así que, sí... Bueno, por lo visto eso no les sorprende. Se llama Doug y me gusta mucho y parece que yo le gusto y... ésta iba a ser nuestra gran noche porque, bueno... —Christian mira la mesa—. ¿Alguien se va a tomar ese vaso de agua?

Esben le sonrío y le acerca el vaso.

—Continúa.

—Miren, supongo que todos en la escuela saben que soy gay y a nadie parece importarles, pero no he salido oficialmente del clóset, ¿saben? Hoy iba a ser la noche oficial. Más que nada para mí, supongo, pero mis padres no sabían que yo no iba con una chica. Iba a ser una noche importante. Sólo quería ir al baile formal de invierno con un chico y bailar bajo las luces titilantes y... no sé. Tal vez es una tontería. Sólo es un baile.

—No es ninguna tontería —dice Simon de inmediato—. Era importante para ti. También es importante que encontraras una manera divertida y segura para salir del clóset. Dios, desearía haber tenido eso de joven —dice con una

risa—. Para ustedes es mucho más fácil de lo que fue para mí a su edad.

Christian se relaja visiblemente.

—¿Sí? Supongo que tienes razón. Los chicos en la escuela son amables. Pero no deja de ponerme nervioso. Nervioso pero no mal, supongo, pero estaba muy emocionado de ir con Doug y de por fin ser abierto sobre esto. De verdad me hubiera gustado hacerlo. Por mí.

—Todavía lo podrías hacer —le propone Esben—. O algo parecido. Si quieres.

—¿A qué te refieres? —pregunta Christian y se endereza en su silla, curioso.

Yo estoy sonriendo porque sospecho saber qué es lo que Esben tiene en mente.

—Vamos a volverte a poner esta corbata de chongo —le digo—. Y el saco de tu esmoquin.

Mientras tanto, Christian empieza a abrocharse los botones que se había desabotonado.

Cuando nuestro chico del baile formal de invierno está listo, Esben lo toma de la mano.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A un baile. O algo así.

Esben lo saca de la cafetería y Simon y yo los seguimos de cerca.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Simon emocionado.

—Hará algo increíble. Sólo obsérvalo.

La expresión de Christian es una mezcla de perplejidad y anticipación, pero deja que Esben lo lleve hacia el centro de la cuadra donde está un trío de músicos que vimos antes al pasar. Está empezando a nevar y, aunque sí hace frío esta noche, es más que tolerable y hay unas quince personas reunidas a nuestro alrededor que escuchan la música italiana muy romántica. Yo tomo a Simon del brazo y disfruto de la escena.

Esben se para directamente enfrente de Christian.

—No es tu baile formal de invierno, pero tenemos música, tenemos luces que titilan y yo traigo puesto un traje. Sería un honor para mí que me

concedieras tu primer baile.

Siento que pasa una eternidad antes de que Christian responda, pero cuando lo hace, vale la pena la espera por cómo se le quiebra la voz dulcemente al hablar.

—Me encantaría. Dios, en *verdad* me encantaría —avanza en dirección a los brazos de Esben—. ¿No incomodará a alguien? —mira a la gente pero nadie ha sacado un tridente para lincharlo—. ¿Podemos... podemos tomar una foto? Puedo... —a Christian le está costando trabajo hablar—. Tal vez podrías publicarla. Puedo salir del clóset en grande —dice con una valentía que le admiro.

—Como tú quieras. Es tu noche. Tomaremos fotos y video y luego tú eliges.

Esben me asiente y empieza a bailar con lentitud.

Yo saco mi teléfono y tomo unas cuantas fotos. Luego empiezo a grabar el baile, este momento trascendente de la vida de Christian. De nuevo, me sorprende la habilidad de Esben para ser tan sensible y auténtico con un desconocido. Estoy fascinada con él y su baile. La mujer que canta les sonríe y luego otra pareja empieza a bailar. Pasan los minutos y Christian se ve más y más relajado y termina recargando la mejilla en el hombro de Esben. Unas cuantas lágrimas le humedecen la cara pero su sonrisa las vuelve hermosas. Esben me mira a los ojos y, si por algún motivo todavía no tuviera todo mi corazón y mi confianza, ahora ya los tiene. Bailan tres canciones y, cuando Christian levanta la cabeza lentamente, hay otras seis parejas bailando junto a ellos en la acera llena de gente. Los músicos se detienen para descansar un rato y nosotros aplaudimos. Luego la vocalista pide una ronda de aplausos para los bailarines. Todos estallan en aplausos. Esben hace girar a Christian y le levanta la mano en un gesto de celebración. Los aplausos aumentan y la sonrisa de Christian es más brillante que todo lo que he visto antes.

Simon me aprieta el brazo.

—Qué tipo. Me hubiera venido bien un Esben cuando era joven.

Sus palabras reflejan lo que yo misma he dicho. Probablemente a todos nos hubiera venido bien un Esben.

Christian mira a mi novio encantador y niega con la cabeza con aparente

incredulidad.

—Gracias. Muchísimas gracias. Nunca olvidaré esto. Ni a ti.

—Gracias a *tú*. Fue mi primer baile con un chico también —dice Esben con una gran sonrisa y lo abraza—. Oye, me da mucho gusto por ti. Ahora vayamos a publicar tu salida del clóset. Dime qué es lo que quieres que diga.

En voz baja, Simon me susurra:

—¿Dónde encontraste a esta criatura? Es único.

—Él me encontró a mí —respondo—. Él me encontró a mí.

La mañana de Navidad, Simon me da demasiados regalos pero el último que abro se convierte pronto en mi favorito. La bolsa está llena de papel de china color azul con estrellas blancas y empiezo a sonreír en cuanto saco una tiara de oro de la Mujer Maravilla.

—¡Ay, dios, Simon! ¡Hace juego con mis brazaletes! ¡Me encanta!

—¿Sí? ¿En serio?

Asiento con sinceridad y me pongo la tiara.

—Qué bueno —dice él con felicidad— porque... espera... —busca a sus espaldas y saca otra bolsa de detrás del árbol—. ¡Porque yo también me compré una!

Luego comemos waffles con crema batida a mano y fresas frescas con nuestras tiaras de Mujer Maravilla puestas. Y durante el desayuno yo le entrego una caja con un último regalo, un regalo que espero lo haga feliz.

Simon levanta la tapa de la caja y encuentra una fotografía enmarcada.

—Allison... —puedo ver la dicha de su rostro y entonces se pone una mano sobre el corazón—. Mi dulce y generosa niña. Te sacaste una fotografía con Santa para mí.

—Sí.

—Esto... esto significa mucho para mí. Gracias, pequeña.

—Estoy teniendo la mejor Navidad de mi vida. Eres un genio de la temporada de fiestas, Simon —le digo con honestidad.

—Sólo por eso te voy a dar otra copa de champaña.

Brindamos y las burbujas crepitan alegremente.

Esa noche, cuando Simon se va a la cama y la casa está en silencio, Esben

y yo nos quedamos en el sofá, viendo por la ventana los grandes copos que caen como si estuviéramos dentro de un globo de nieve.

—Te tengo algo —le digo titubeante. Me tiembla un poco la mano cuando busco detrás de mí y tomo la bolsa.

Él me sonrío y coloca la bolsa entre nosotros.

—¿Por qué te ves tan asustada?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Sólo ábrelo y termina con mi tortura.

Esben se ríe y busca entre el papel de china.

—Ay, Allison... —su voz se suaviza cuando levanta el reloj de arena plateado entre sus manos. En la parte superior tiene grabadas las palabras *Sólo son necesarios 180 segundos*. Lo voltea y vemos cómo pasa la arena de un lado al otro—. Esto es tan perfecto.

Me besa hasta que la arena deja de caer.

Luego me guiña el ojo, lo vuelve a voltear, y continúa besándome.

Después de unas cuentas vueltas más del reloj de arena, se recarga en el respaldo acojinado y yo me recuesto con la cabeza en sus piernas mientras me acaricia el cabello y yo miro el cielo invernal. El viento alterna entre aullidos y silencio.

Esben me pone una cajita en la mano.

—Esto es para ti.

—Pero ya me diste...

—Shhh. Sólo ábrelo.

Dentro hay un brazalete de plata ancho con gemas brillantes y Esben me lo abrocha en la muñeca. Me toma un minuto entender lo que estoy viendo, el patrón que forman las gemas color naranja, turquesa, amarillo, rojo, rosado y azul, pero luego veo la forma que se envuelve alrededor de mi muñeca. Y entiendo por qué me lo dio.

—Es un fénix —le digo sin aliento.

—Sí —dice él—. Porque, tal como dice la historia, renaciste de las cenizas.

Me enderezo para poder verlo a los ojos.

—Tú me ayudaste a hacer eso. Esben, me ayudaste tanto —miro su regalo

que tiene tanto corazón y significado que me quedo sin palabras—. Es hermoso, Esben... No sé qué decir.

Me mira un rato largo y noto un nuevo nivel de emoción e intensidad que emana de él.

—Sólo di que me amas. Por favor. Porque yo estoy tan enamorado de ti que casi no puedo respirar cuando estamos separados. Ya sé que lo dije cuando estaba borracho, y que no debería haberlo dicho, aunque lo dije en serio. Pero te lo estoy diciendo ahora: te amo.

No necesito pensar cómo le voy a responder.

—Yo también te amo. No recuerdo cómo se sentía cuando no te amaba.

—Qué bueno. Porque no tienes que recordarlo.

Seis días después recibimos el Año Nuevo en el centro de Boston. Entre sonidos y gritos y temperaturas gélidas, Esben me dice que me ama una y otra vez. Incluso entre todo el caos de la celebración, lo puedo escuchar con la misma claridad que si fuéramos las únicas dos personas en el lugar. Y le digo las mismas palabras.

Tienes mi corazón

Bien podríamos estar en Alaska por el frío que hace en el campus en enero. Estamos en el segundo día de una tormenta fuerte de hielo y nieve y están prediciendo que las clases se cancelarán mañana, algo que casi nunca ha sucedido. Carmen y yo decidimos que somos lo suficientemente valientes para animarnos a enfrentar los elementos esta tarde y nos dirigimos al centro estudiantil por un chocolate caliente aunque, después, cuando estoy volviendo a envolverme en mi ropa para regresar al dormitorio, la volteo a ver.

—En realidad no quiero volver a salir. ¿Tal vez podríamos quedarnos a dormir aquí?

Ella se baja el gorro para que le cubra casi hasta los ojos. La borla gigante que sale de la parte superior de cierta manera le queda perfecta.

—De ninguna manera. El amigo de Esben, Danny, el sexy con el que me organizaste una cita, va a llegar en media hora y tengo que estar descongelada para entonces.

—De acuerdo —mi parka se siente como si midiera un kilómetro de ancho y mis guantes hacen que las manos se me vean como de gigante, pero de todas maneras me congelo en el camino—. ¿Las cosas van bien con Danny?

No estoy segura de qué me hizo juntar a Carmen con Danny, pero ambos tienen sus detalles raros y pensé que podrían hacer buena pareja. Danny con su armónica, Carmen con su cabello que siempre cambia... Y sólo han pasado unas cuantas semanas pero por lo visto tenía razón. Algo de haber conectado a estos dos me hace sentir muy feliz.

—Las cosas están saliendo tan bien que hoy me afeité las piernas —dice y se echa la capucha peluda de la chamarra sobre su gorro y sonrío.

Yo me cubro la cara con la bufanda y me preparo.

—¡Hagamos esto! —mi voz se oye apagada como con un sonido de Darth Vader que nos hace reír a las dos—. Esben sigue en mi habitación porque no

ha querido salir. Tú y yo somos las rudas.

Ella asiente.

—¡Por supuesto que sí!

Avanzamos entre una mezcla de cosas congeladas que nos van golpeando sin cesar a lo largo de todo el campus y nos metemos corriendo a la calidez de la entrada del dormitorio. Ambas nos reímos y nos sentimos, de cierta forma, vigorizadas por la adrenalina de habernos animado a enfrentar a los elementos. Sacudo mi abrigo y mi bufanda y dos y unos pisotones para luego avanzar por el pasillo. Esben está en mi habitación, escribiendo en la computadora, pero ladea la cabeza hacia mí en cuanto entro.

—Hola, paleta helada —me dice y luego me besa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto mientras cuelgo mi abrigo. Luego me siento en la cama. Está empezando a oscurecer y el monitor brilla en su cara de una manera que me parece encantadora, así que no me molesto en encender otras luces.

—Sólo estaba viendo los comentarios y eliminando a unos cuantos patanes. Kerry hace casi todo este trabajo por mí pero ha estado ocupada así que estoy intentando ponerme al corriente.

—Muy bien.

Me recuesto y llamo a Steffi pero la llamada entra a su buzón de voz. Casi no hemos hablado en semanas porque no tenía recepción de celular en el crucero. Ahora se está mudando a otro departamento porque el dueño de su edificio lo va a vender y corrió a todos. Suena mi teléfono y tengo un mensaje de texto de ella.

Perdón. No puedo hablar. Estoy en el salón de belleza y me están pintando el cabello. ¿Vas a estar mañana?, escribe.

Sí. ¿Has tenido suerte para encontrar un departamento nuevo? ¿Necesitas ayuda para mudarte?

Todo está en orden. Ha sido molesto pero ya estoy lista. Hablamos pronto.

De repente, Esben hace un sonido de molestia.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—Kerry está demasiado ocupada con su vida amorosa y estoy viendo por

primera vez cuántos idiotas hay allá afuera en realidad. Me está empezando a hacer enojar. Acabo de pasar dos horas limpiando la basura —frunce el ceño—. ¿Y has visto las fotografías que ha estado subiendo Kerry?

—Ah. Ésas. Bueno, sí...

Las redes sociales de Kerry últimamente están llenas de fotografías de ella y Jason.

—Es molesto —se queja Esben—. ¡Mi hermana y mi mejor amigo! Es asqueroso.

Me río.

—No es asqueroso. Se ven muy lindos juntos.

—¡Qué asco! ¡Mira ésta! ¡Se están besando! —Esben hace un acercamiento de una imagen y luego se tapa la cara con las manos—. ¡Mis ojos! ¡Mis ojos!

Yo me acerco y hago girar su silla para que me mire.

—Entonces no los veas.

Él apoya los codos en sus rodillas y me sonrío con coquetería.

—¿Puedo quedarme aquí viéndote, entonces?

—Si eso te va a distraer, entonces sí.

Me acerco un poco más y él me pone una mano en la cara.

—Sigues un poco fría, ¿eh?

—Un poco.

Sin embargo, el contacto con la palma de su mano me hace sentir todo menos frío. Me acerco más a él y toco sus labios con los míos. No quería nada más que un simple beso, pero cuando meto mi lengua en su boca me doy cuenta de que mi intención no significa nada. En cuestión de segundos lo estoy besando con un nuevo nivel de pasión y avidez y Esben está respondiendo sin problema, siguiéndome el paso.

Pero después él hace que vayamos más lento, me besa en la mejilla y se endereza.

—Hay, una fiesta hoy en el tercer piso, ¿eh?, por si quieres ir —dice Esben con la cara ruborizada e intentando controlar su respiración—. La están llamando la fiesta de la tormenta de hielo. Por lo que entiendo, habrá muchas bebidas con hielo frapé. Podemos ir a emborracharnos con cocteles azules y cosas así.

Aunque hemos estado yendo juntos a fiestas, y me he divertido conociendo más gente y pasando tiempo con sus amigos y mis nuevos conocidos, no quiero salir hoy de la habitación. Y, con base en la manera en que Esben me está recorriendo con la mirada, creo que él tampoco tiene muchas ganas en particular de salir.

—No me gustan esas bebidas. Sin embargo, sí me gustan otras cosas —le digo con tono travieso.

Tomo su camisa en mi puño y lo levanto de la silla para jalarlo hacia la cama. Empieza a acostarse a mi lado mientras nos besamos pero yo lo empujo para que permanezca encima de mí y abro las piernas para que él pueda quedar entre ellas y apretar su cuerpo contra el mío. Nuestros besos se hacen más intensos y mis manos recorren sus brazos y luego la parte inferior de su camisa y luego su espalda baja. Presiono mis manos contra su piel y acerco su cintura a la mía. Esben emite un sonido y mueve la boca a mi cuello. Su respiración se acelera y sus labios se mueven con más brusquedad contra mí. Sólo separa su boca de mi piel cuando le paso una pierna por encima de la suya y le saco la camisa de un tirón por encima de la cabeza. Luego me quito la blusa y lo jalo hacia mí. Mi deseo y mi necesidad de él son demasiado intensos y cuando pasa la lengua por mi vientre es mi turno para emitir un sonido. Hemos tenido otros momentos muy candentes, pero nada como esto.

Después de que vuelve a subir por mi cuello, yo pongo las manos en la parte frontal de sus pantalones y abro el botón superior de sus jeans.

Esben se detiene y se levanta un poco para mirarme bien.

—¿Allison?

Yo sonrío.

—¿Esben?

—¿Qué estás haciendo ahí? —me vuelve a preguntar con una sonrisa.

—Ya terminé de recorrer el espectro. Estoy lista.

Él presta atención a mi cara.

—¿Estás lista?

—Sí. Quiero estar contigo.

—Todavía hay varias cosas que podemos hacer. Quiero que estés segura...

—Estoy totalmente segura —lo beso con suavidad—. Te amo y confío en

ti. Y confío en *nosotros*. ¿Tienes idea de lo que significa que yo pueda pronunciar esas palabras? ¿Y que las pueda sentir? Dios, estoy tan contenta, Esben. Nunca pensé que podría estar tan contenta. Estoy más que lista —lo vuelvo a besar y recorro de nuevo su piel con los dedos—. ¿Tú estás listo?

—Yo estuve listo dos segundos después de conocerte.

Mi mano baja más por sus pantalones. Le sonrío.

—¿Puedo?

Él me sonrío de regreso.

—Más que eso. Quiero que lo hagas.

—Entonces hazme el amor —estoy casi segura de que deja de respirar por un segundo—. Y permite que yo te haga el amor —continúo—. Quiero demostrarte cuánto te amo. *Necesito* hacerlo.

Esben sonrío con dulzura y asiente.

—Yo también necesito eso.

Levanto la cadera y me presiono contra él.

—Qué bueno.

Empezamos desde el principio de nuestro espectro y vamos recorriendo todas las etapas, lenta y amorosamente, a veces nerviosos, pero con cada etapa me siento segura de su amor, su contacto, el cuidado que tiene conmigo. Mis manos van a lugares donde no habían ido antes, quiero cosas que no había querido antes y experimento cosas que no había experimentado antes. Nos vamos conociendo, aprendemos juntos.

Más tarde, cuando estamos lo más cerca que podemos y él se está moviendo con mucho cuidado contra mi cuerpo, me mira a los ojos. Me dice lo mucho que me ama, lo hermosa que soy y cómo su mundo está completo gracias a mí.

—Tienes mi corazón, Allison —me dice con voz temblorosa—. Tienes mi corazón.

—Y tú tienes el mío —le susurro de regreso.

Nos besamos y yo lo envuelvo con los brazos, vuelvo a levantar la cadera hacia él y luego le clavo las uñas en la piel.

Él levanta un poco el pecho y se deja de mover. Su respiración es agitada y caliente.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy muy bien —logro decir—. Por favor, no te detengas.

No lo hace.

Después, cuando estoy acurrucada sobre él y él tiene su brazo encima de mí, me siento invadida por una sensación de paz y plenitud. Es verdad que en mi mente también estoy saltando, gritando que acabo de perder mi virginidad, y estoy algo desesperada por contarle a Steff, pero más que nada siento como si separar mi cuerpo desnudo de él pudiera ser devastador.

—Entonces —dice Esben casi aclarándose la garganta—, ¿cómo... o bueno... estuvo...?

Empiezo a sonreír y lo escucho cómo intenta preguntar lo que quiere preguntar. Esben es la persona menos insegura que conozco y hay algo encantador sobre lo nervioso que suena en este momento.

—¿Sí?

—Sólo estoy tratando de averiguar si tú, ¿sabes?, asegurarme de que tú estés bien. Que *estuvo* bien. O al menos no horrible ni nada —puedo sentir que se tensa—. Ay, dios, no estuvo horrible, ¿o sí?

Yo volteo a verlo de frente.

—¿Estás loco?

—A decir verdad, en este momento, sí, un poco.

—Si hubiera sido horrible, ¿por qué querría hacerlo de nuevo ahora mismo?

Él ríe en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Dame unos minutos y soy todo tuyo.

Se apoya en el codo y baja la sábana para acariciar mi vientre y dejar que sus ojos recorran todo mi cuerpo en la luz tenue que nos rodea.

—Dios, eres tan hermosa.

Baja la sábana un poco más.

A mí no me preocupa que mis senos sean demasiado pequeños o que no haga todo el ejercicio que debería. No me preocupa nada porque, a pesar de que lo que hicimos esta noche tiene que ver con lo físico, también es mucho

más que eso.

—¿Te sientes bien? —me pregunta.

—Me siento maravillosa —le digo con honestidad—. ¿Y tú? ¿Para ti fue...? —ahora es mi turno de sentirme algo nerviosa—. ¿Fui..., digo, obviamente no había hecho esto antes, pero... ¿cómo estuvo... para ti?

El beso de Esben podría bastarme como respuesta, pero cuando al fin se detiene, puedo ver que le brillan los ojos.

—No olvides que yo tampoco había hecho esto antes, pero debo decirte que creo que lo hicimos bastante bien.

—De acuerdo —le respondo con menos convicción de la que me gustaría.

Ahora que todo está dicho y hecho, estoy empezando a dudar de mí.

—¿Allison? Escúchame —dice—. Eso fue hermoso. Nadie podría pedir una mejor primera vez —sus dedos empiezan a deslizarse hacia arriba y hacia abajo por el interior de mi muslo y mi cuerpo empieza a encenderse de nuevo poco a poco. Luego coloca la mano entre mis piernas—. Y ya puedo decirte que nadie podría pedir una mejor segunda vez.

No le discuto. No puedo.

A la media noche, calentamos un poco de sopa en el microondas y nos comemos las últimas galletas de parmesano de Simon. Tengo la esperanza de que haya más comida en el paquete que llegó hoy, así que lo abro a toda velocidad. Dios bendiga a Simon. Hay unos brownies frescos con cobertura de queso crema, una especie de risotto de queso para el microondas que sabe a gloria, agua fina embotellada, Advil, avena con azúcar morena en paquetes individuales y mi comida chatarra favorita, tallarines precocidos con salsa Alfredo.

—¡Lotería! —grito.

Recuerdo que hoy llegó otro paquete pero no he visto todavía el remitente. Sonríe porque, aunque está dirigido a mí, sé que es de Simon para Esben.

—Tienes aquí un paquete —le informo con una gran sonrisa.

—¿En serio?

Saco la caja al área común y se la entrego.

Su mirada de felicidad me alegra el corazón por muchos motivos.

—¡Simon me mandó cannoli de Mike's! —exclama mientras lee la nota

impresa—. Oye, Simon es genial.

Esben, tal y como lo esperaba, toma cien fotografías y las sube de inmediato a sus redes. Etiqueta a Simon y señala que la persona fabulosa que le regaló los cannoli es mi padre. También publica una fotografía de nuestra noche en Mike's y es una en la que Simon se ve particularmente guapo. Vamos a la pequeña cocina del dormitorio y nos comemos el risotto y nos rehidratamos mientras la pasta Alfredo burbujea en una olla maltratada. No sabía que el sexo podía darme tanta hambre y no podría estar más agradecida por todo esto. Necesito encontrar una manera de agradecer a Simon como es debido.

Cuando estamos completamente satisfechos y ya no podemos seguir despiertos, Esben y yo volvemos a meternos a la cama. Estoy agotada y casi no puedo pensar de tanta euforia.

Sin embargo, cuando me empiezo a quedar dormida tengo una ligera sensación de alerta, como si supiera que algo no está bien. No conmigo ni con Esben. Es como si me faltara algo. Un momento de incomodidad intenta abrirse paso y encontrarme, como si la tormenta de hielo no fuera lo único que estuviera cayendo sobre mí. Me sacudo la sensación. Esta noche no es para recaer en mis viejos patrones de preocupación y negatividad. Sigo aprendiendo a aceptar las cosas buenas, así que me detengo y me concentro en esta noche.

Porque esta noche ha sido todo lo que *jamás* había soñado.

Sin aliento

Cuando despierto a la mañana siguiente me toma un momento comprender que no estoy soñando. Que ésta es en *realidad* mi vida. Es sorprendente y maravilloso. Y cuando Esben despierta, mi vida sólo mejora y hacemos el amor otra vez. Tal vez me duela todo el cuerpo de cierta manera, pero también me siento mejor de lo que pensaba que era posible.

Como era de esperarse, se cancelan las clases y no puedo pedir un mejor día para quedarme encerrada en mi habitación.

Le mando un mensaje de texto a Steffi y le ruego que me llame en cuanto despierte. Me queda claro que voy a tener que contarle todos los detalles de ayer, pero eso debe hacerse por teléfono y no en un mensaje de texto. Sé que ha sido una mayor promotora de mi felicidad que yo durante años y me encantaría poder mostrarle cuánto he progresado. Compartir la prueba de que estoy haciéndome cargo de mi vida.

Llega la tarde y yo sigo sin bañarme y en bata. La sensación y el olor y el sabor de Esben están en todo mi cuerpo y me encanta. Esben está leyendo un libro en su teléfono acostado en la cama, a medio vestir, y yo estoy caminando por el cuarto recogiendo y sonriendo estúpidamente mientras me entretengo en varios proyectos de limpieza innecesarios. Es que estoy tan feliz que no sé qué hacer conmigo misma.

Mi teléfono al fin suena y casi me abalanzo hasta el otro lado de la recámara para contestar.

—¡Steff!

—Hola, nena.

—Ay, dios, ¡te he extrañado tanto! ¿Qué pasa con tu situación telefónica? ¿Por qué no has activado el nuevo que te mandó Simon? ¡Quiero ver tu cara!
—le digo emocionada—. Tengo noticias. Me da tanto gusto que hayas hablado
—me voy a la otra habitación y entrecierro la puerta—. ¿Cómo han estado tus

viajes? ¡Quiero que me cuentes todo!

—Allison, tengo que hablar contigo —suena rara pero no sé exactamente por qué.

—Está bien. Sí, claro. Lo que sea. ¿Qué pasa?

Se escucha un silencio largo que me pone nerviosa.

—¿Esben está contigo? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—Qué bueno. Quiero que esté contigo para esto —su voz es muy monótona y eso es raro, además se escucha débil y empiezo a sentir una opresión en el pecho—. Esto va a doler.

—Steffi —me siento en la cama—. Dime.

—Allison, eres mi mejor amiga. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Y sé que me quieres, así que te voy a pedir que me escuches y me dejes terminar de decir lo que tengo que decir.

—¿De qué estás hablando? —empiezo a sentir pánico y el corazón me late con un ritmo que no puedo controlar. De pronto sé lo que me va a decir. El contenido todavía no se procesa; las palabras no han llegado a mis pensamientos, pero lo sé.

—Esto me va a ser difícil de decir. Dime que me escucharás y que me permitirás terminar. Como mi mejor amiga, tienes que hacer esto por mí.

Inhalo y exhalo con mucha dificultad y ya puedo empezar a sentir el dolor que se avecina.

—Sí.

—Te he estado mintiendo, Allison. No me fui a un crucero. No me voy a mudar a un nuevo departamento.

Me siento muy confundida.

—De acuerdo, entonces...

—Sabes que cuando era niña tuve cáncer. No te he contado mucho sobre eso. Tenía un tumor en el hombro. Me operaron para quitármelo y luego tuvieron que darme radiación y quimioterapia. La quimio fue horrible pero ayudó a tratar el cáncer. Después de eso me hicieron muchísimos estudios de imagen, de laboratorio y cardiacos durante años y todo estuvo limpio durante mucho tiempo.

Puedo escucharla hacer acopio de las palabras y me llevo la mano a la boca para evitar gritar como necesito hacer.

—Con el tipo de quimio que yo recibí las células normales a veces proliferan demasiado y la gente puede terminar con demasiadas células blancas. A mí me salvó en su momento pero siempre existe el riesgo de que provoque otros cánceres en el futuro. Y eso es lo que está sucediendo.

—No —digo—. ¡No!

Estoy tranquila pero hablo con fuerza. No permitiré que esto suceda. Ni ahora ni nunca.

—El cáncer que tengo ahora es letal. Se llama leucemia LMA, que son las siglas de leucemia mieloide aguda. Es de lo más serio que hay.

Me contengo y no entro en pánico. Y me concentro demasiado en los hechos porque es todo lo que puedo hacer.

—De acuerdo. Entonces, ¿cuál es el plan?

—No hay plan. No hay nada que hacer.

—¿Qué quieres decir?

Se me nubla la vista así que cierro los ojos.

—La única opción es la misma quimioterapia que tuve antes pero, aunque era joven, recuerdo suficiente de ese infierno para saber que no quiero hacerlo de nuevo. A nadie le gusta ningún tipo de quimioterapia, pero ¿este tipo en particular que yo tuve y que necesitaría de nuevo? Nunca. No lo haré. Eso no es una opción —la calidad finita de su tono me asusta hasta la médula—. Estoy tomando medicamento pero no hará gran cosa.

No puedo aceptar esto. No permitiré que este cáncer la derrote. No después de todo lo que ha pasado y todo lo que ha superado. Empiezo a caminar por la habitación.

—Tienes que hacer la quimio. Me iré contigo. Me quedaré contigo y te sacaremos de esto. Sé que será horrible, lo entiendo, pero podemos hacerlo.

Me quedan sólo unos instantes antes de desmoronarme, así que necesita aceptar mi oferta.

Su respuesta es en tono demasiado bajo y suave.

—Allison, no. No voy a hacer la quimioterapia. Y nunca te permitiría verme pasar por eso. Aunque pudiera soportar lo horrible que es, sólo me

lograría comprar un mes más, si acaso dos, además del poco tiempo que me queda. No tiene caso.

Un mes o dos.

Estiro el brazo para sostenerme del escritorio. Me voy a colapsar. Esto no está sucediendo. Tengo que estar en medio de una pesadilla muy vívida y gráfica. Voy a despertar. Voy a despertar y nada de esto habrá sucedido.

—Steffi... Steffi... —se me va el aire. No puedo respirar.

—Entonces, escúchame Allison. Escucha cada una de las palabras que te voy a decir —sé que está empezando a llorar y lo quebrantado de su voz me está matando, porque nunca la he escuchado ser otra cosa sino estoica y dura como de acero—. Odio hacerte esto. Eso es lo que más odio de lo que me está sucediendo. Quería decírtelo antes pero no pude.

—Cuando me visitaste —me pongo de pie y empiezo a recorrer la recámara y el área común y de regreso, como si pudiera escaparme de esto—. Nena, ¿ya sabías entonces que estabas enferma?

—Sí. Me acababa de enterar. No quise ver cómo te me quedarías viendo, así que lo fui posponiendo hasta que me viera obligada a decírtelo. No podía soportar ver tu cara. Lo mucho que te iba a doler. Pero ahora ya estoy cansada todo el tiempo, me siento fatal y tienes que enterarte de lo que está sucediendo.

Controlo mi voz y mis palabras.

—Steffi, ¿qué puedo hacer? Debe de haber algo. Puedo tomar un vuelo hacia allá de inmediato. Haré lo que sea por ti. Déjame ayudarte. Podemos encontrar otro doctor, otro centro de tratamiento. Arreglaremos esto, ¿está bien?

—¡Carajo, Allison! ¡No hay manera de arreglar esto! —la fuerza de su respuesta choca contra mí—. No hay manera de arreglar esto. Es el final. Me voy a morir.

La finalidad de lo que está diciendo empieza a invadirme y no puedo hacer nada salvo quedarme congelada en mi sitio. El tiempo se detiene, mi corazón se detiene, la vida se detiene.

—¿Cuánto tiempo?

El rugido del silencio es desgarrador. Steffi por fin me responde.

—Unos meses. Tal vez un poco más, tal vez un poco menos.

El sonido que se abre paso por mi pecho debe de ser fuerte y alarmante porque Esben está a mi lado. Sin saber cómo llegué ahí, me encuentro en el piso, con la cabeza presionada contra la alfombra, los dedos sosteniendo el teléfono con fuerza. Las manos de Esben me rodean la cintura y está intentando ponerme de pie. Pero no puedo moverme.

—No hables, Allison —continúa diciéndome con demasiada tranquilidad—. Así serán las cosas y lo lamento mucho, pero así sucederán las cosas. Es lo que necesito —sus palabras ahora están envueltas en dolor—. Ésta va a ser la última vez que hablemos.

—¡No! ¡No! —golpeo la mano contra el piso—. ¡Steffi, no!

—Sí. Las cosas se van a poner muy mal y no quiero que me veas deteriorarme así. Y no, no trates de hablar... No lo hagas. No hables —me advierte cuando no puedo contenerme—. No es tanto que no quiera hacerte vivir todo lo que me hará esta enfermedad, sino que no puedo estar preocupando por lo que esto te estará haciendo. No puedo —está destrozada, lo sé, pero continúa en tono directo—. Esto es lo que yo elijo, y debo poder elegir lo que quiero. No he podido tomar muchas decisiones en mi vida pero al menos voy a elegir cómo voy a manejar mi muerte. Y tú vas a respetar lo que te estoy pidiendo. Te amo y siempre te amaré, pero nos estamos diciendo adiós en este momento.

Mi mundo se pone negro.

—¡No! —le grito—. ¡No! ¡No me saques de tu vida! ¡Puedo ayudarte! ¡Puedo ayudarte!

Escucho sonidos a mis espaldas, alguien me toca en el hombro, tal vez. Creo que las manos de Esben están sobre mí, intentando acercarme a él, pero no estoy segura.

—Te quiero tanto, Allison —la escucho decir—. No lo olvides. Pero tengo que hacer esto yo sola. No me llames ni me mandes mensajes. No intentes ponerte en contacto conmigo para nada. Sólo lo hará más difícil para mí, ¿de acuerdo? Cada llamada o cada texto sería sobre el cáncer, sobre cómo me siento. O intentaríamos evitar el tema del cáncer y haríamos piruetas para no hablar de eso y no tengo la energía necesaria para lograrlo. Ya me siento del carajo todo el tiempo y las cosas se van a poner mucho peor, así que no quiero

sentir que tengo que contarte todo eso. Porque me quieres, querrías ayudar, y no puedes. No puedes hacer nada. Nadie puede. Tengo buenos doctores y enfermeras y... todos van a cuidar de mí lo mejor posible. Estoy en buenas manos. Pero es esta enfermedad. No es culpa de nadie, pero no hay manera de salvarme. No la hay —las palabras de Steffi son tan crudas y directas que una puñalada en el corazón me dolería menos—. Por favor. Te amo. No podría haber pedido una mejor amiga. Una hermana, en realidad. Y me da tanto gusto que hayas encontrado a Esben y que estés enamorada y que tengas a alguien que te ayude a superar esto. Y tienes a Carmen, ¿no? ¿Y otros amigos? Puedes con esto. ¿Me oyes? Puedes superar esto. Tienes que hacerlo.

Me cuesta trabajo oír mi propia voz por encima del rugido de la devastación.

—¡Deja de despedirte! No me hagas esto. ¡Dios, Steffi, no! Te amo. Dios, te amo tanto. ¡No te atrevas a despedirte! Esto no está bien..

—¿Esben está contigo? —me vuelve a preguntar con demasiada serenidad.

No estoy segura. No estoy segura de nada. Dónde estoy, qué estoy escuchando.

—¿Esben? —me cuesta trabajo hablar por lo jadeante de mi respiración—. ¿Estás aquí?

—Aquí estoy —me responde con firmeza.

Al fin me percato de la fuerza de su abrazo. Dejo de luchar contra él y le permito que me levante del piso para quedar recargada en su pecho.

—Sí —le digo a Steffi—. Aquí está.

—Muy bien. Apóyate en él. Te va a ayudar a superar todo esto. Eso me hace sentir mejor —Steffi está tan tranquila y se tarda tanto en volver a hablar que empiezo a sentir pánico—. Esto duele. Te dije que iba a doler. Desearía que hubiera una mejor manera de prepararte, pero no la hay —la voz de Steffi se empieza a poner ronca y ella cambia a un tono decisivo que me hace sentir escalofríos—. Ya voy a colgar. Necesito hacerlo. Por favor, tienes que saber que odio hacer esto tanto como tú. Si pensara que podría tolerar no hacerlo así, lo haría. Pero esto me facilitará las cosas. Dime que lo entiendes.

—¡No! —estoy hecha pedazos—. No está bien. ¡Déjame estar contigo! Siempre has hecho todo sola. No hagas esto sola —le ruego.

—Esto, en especial, debo hacerlo sola, así que no sigas. Te estoy pidiendo que no sigas —me dice con voz severa—. Dime que entiendes. Dime que vas a vivir tu vida con todas tus ganas y que no vas a permitir que esto te detenga. Vas a estar feliz, ¿de acuerdo? ¿Harás eso por mí? —me está suplicando pero lo está haciendo de una manera muy controlada—. Concédeme esto, Allison. Por favor. Y promete que me dejarás ir.

Lo que me está pidiendo contiene una desesperanza infinita pero sé que tengo que darle lo que necesita. Si tomara un vuelo hasta allá, se negaría a verme. La conozco. Me doy cuenta de que Steffi siempre se ha negado tercamente a que yo la ayude, a que cualquiera la ayude. Si hubiera entendido esto hace años, tal vez la podría haber presionado más para que me permitiera acercarme. Pero sus muros eran obviamente miles de veces más gruesos que los más grandes de los míos. Después de todo lo que mi amiga ha hecho por mí, no me queda opción salvo darle lo que me está pidiendo, sin importar lo mucho que lo odie.

—Está bien —le digo entre lágrimas—. Sí. Entiendo. Te lo prometo. Haré todo lo que quieras. Te amo. Te amo, Steffi.

—Sé valiente. Sé valiente. Sé valiente. Tú puedes con esto.

Cuelga el teléfono y yo empiezo a perder en verdad la capacidad para respirar. Mi capacidad de gritar, sin embargo, está a todo lo que da.

Esben me está abrazando y mi espalda está recargada en su pecho desnudo mientras yo sollozo y él es la única razón por la que puedo seguir sentada. No puedo hacer nada salvo sollozar con fuerza y sucumbir ante el dolor desgarrador.

Es la primera vez que entiendo el término de “dolor cegador” porque la agonía en la que estoy me ha robado la vista. Me libero del abrazo de Esben y me arrastro hacia el frente, buscando algo que romper. Escucho que el sillón choca contra el piso varias veces y supongo que yo debo estar haciendo eso pero no estoy segura. Luego escucho el sonido del vidrio que se rompe y después el rugido y los golpes mientras doy la vuelta por toda la habitación aullando a un volumen que perfora mis propios oídos.

—Allison, no. Amor, no —dice Esben.

Me toma del brazo y me acerca a él. Me quita algo de las manos y luego

me abraza con fuerza.

Quiero sostenerme de él pero mis piernas ceden antes de que lo logre. Esben logra detenerme cuando caigo al suelo, me toma en brazos y me lleva a la cama. Me coloca sobre el colchón con suavidad y se acuesta viéndome. Mis manos tratan de arañarlo y estoy llorando y suplicando.

—¡Haz que esto no pase! ¡Tienes que hacer que deje de pasar! —grito el nombre de Steffi una y otra vez. De pronto, me detengo, me seco los ojos y miro a Esben—. Espera. Tú puedes arreglar esto. Tú arreglas todo. Así que hazlo. Tienes que hacer algo.

Él niega con la cabeza, confundido.

—¿Qué está pasando? ¿Steffi?

Lo empujo con fuerza.

—Está enferma otra vez. Sólo dime que lo vas a solucionar, ¡maldición! ¡Haz algo! Alguien debe de conocer a una persona que la pueda ayudar—. Esben exhala con fuerza—. Dice que está en etapa terminal, pero eso no puede ser. No podemos permitir que sea así. Arréglalo. Cambia las cosas y que sean como eran antes. Tú puedes hacer lo que sea, haz esto por mí. Por favor, ay, por favor, Esben...

Él me acerca y yo intento resistirme pero ya estoy demasiado agotada.

—Me gustaría poder hacer algo —me dice.

—No, no, no. ¡No digas eso! ¡No digas eso! ¡Por favor, sólo esto! Tú eres mágico, tú puedes encontrar una manera.

Estoy llorando otra vez porque sé que me estoy portando como una loca y que estoy pidiendo algo imposible.

—Haría lo que fuera por ti. Lo haría. Esto es algo que no puedo arreglar. Dios, lo lamento tanto.

Me desmorono. Lloro y me ahogo de angustia durante horas mientras Esben me abraza. Finalmente empiezan a secarse mis lágrimas, me quedo sin voz y mi garganta está tan irritada que mi cuerpo lucha contra mi mente y me impide seguir llorando. Ya no queda nada dentro de mí.

Rescate

Me tardo tres semanas en volver a ser funcional. Aunque he estado yendo a clases y haciendo mi trabajo, aparte de eso, he alternado entre sentirme sedada o destrozada de dolor. Alguien me sacó todo el aire y me estoy tardando mucho en poder volver a respirar, pero lo estoy intentando. Sé que es lo que Steffi quiere. Ella odiaría saber el impacto que está teniendo en mí su enfermedad, así que tengo que salir de este estado de abatimiento de alguna manera. Kerry y Carmen se han portado de maravilla, han sido pacientes conmigo y me han dejado llorar cuando lo necesito. Es muy importante tener estas nuevas amigas pero todo el tiempo me recuerdo que no la voy a reemplazar a ella con ninguna de las dos. Ese pensamiento sí intenta surgir con demasiada frecuencia, me temo. Y los amigos de Esben, Jason y Danny, me están dando grandes abrazos con tanta frecuencia que me sorprende no tener moretones en el cuerpo. Y con cada palabra de consuelo que me ofrecen, sólo puedo pensar en cómo Steffi no tiene a nadie que la esté consolando. Que ella haya decidido y elegido con plena conciencia hacer las cosas así no hace que su aislamiento sea más fácil de tolerar.

Tres días después de que me llamó Steffi, le dije a Simon. Lleva ya un tiempo queriendo visitarme pero yo lo he estado posponiendo. Siento como si verlo haría que me volviera a desmoronar porque el amor que compartimos por ella es muy grande.

Despierto esta mañana de sábado en febrero y estoy decidida a tratarlo como un día normal. Debo hacerlo.

La habitación extra otra vez está llena de paquetes de Simon sin abrir y la escena no podría ser más representativa de mi bloqueo emocional. Es momento de empezar a liberarme de algo de este dolor, así que empiezo con algo sencillo y abro la caja más grande primero.

Unos días después de la llamada de Steffi, supe que había destrozado la

cafetera y la jarra de vidrio y que también había tirado el minibar y que rompí las botellas que había en su interior. No recuerdo esto, y Esben limpió todo antes de que yo viera el desorden que había creado. Creo que rompí más cosas de las que sé, pero en realidad no me importa. Sin embargo, sí he extrañado la cafetera y cada vez que volteo hacia su sitio y no está, siento otro recordatorio y luego otro golpe de dolor.

Metódicamente, abro la cafetera nueva y las tazas y las acomodo. Todo se ve igual que antes, pero es un truco porque nada es igual.

Seré valiente. Seré valiente. Seré valiente.

Seguiré adelante.

Todavía no es tan tarde como para sentir que no puedo salvar el día. Pienso que tal vez puedo intentar un día en el que no me desmorone cada minuto. Esben se fue mientras yo dormía y no estoy segura de dónde estará. Paso una hora limpiando mi cuarto, cambio las sábanas, me baño y me seco el cabello y luego preparo una jarra de café como si no tuviera el alma hecha jirones.

Acaban de dar las once cuando Esben entra a mi habitación. Todavía se está sacudiendo la nieve del cabello.

Se ve más animado cuando me ve.

—Hola, amor. Te ves bien.

—Me duché y me puse algo que no fueran pants —intento sonreír—. Me imagino que tenía que suceder en algún momento.

Esben cuelga su abrigo y me abraza.

—Sé que esto es una pesadilla —me masajea un poco la espalda—. ¿Sigues sin saber nada?

Él me pregunta esto todo el tiempo aunque ambos sabemos que no sabré nada de Steffi.

Me recargo en él y niego con la cabeza.

—No.

Le hablo todos los días. Todos y cada uno de los días. Tenía la esperanza de que cambiara de parecer, que me permitiera acercarme, pero no responde y mis llamadas siempre se van al buzón de voz. La mitad de las veces le dejo un mensaje y la mitad no porque ninguna de las cosas que le he dicho hasta el

momento la han hecho cambiar de parecer. Les he pedido a Esben y a Simon que intenten llamarla también, pero simplemente se aisló del mundo. Todas sus cuentas en redes sociales están cerradas y los correos rebotan como si no pudieran ser entregados.

Inhalo profundamente.

—Creo que es momento de detenerme. Esto es lo que ella quiere. Tengo que aceptarlo.

—Sí, creo que sí —me dice él con suavidad.

—Pero me imagino lo que está teniendo que pasar, cómo se está sintiendo. Me pregunto si tiene mucho dolor, quién la está cuidando —me duele respirar al decir esto—. Lo mal que están las cosas. Cuánto... —siento que me empiezo a ahogar—. Cuánto tiempo le queda. ¿Tiene miedo? ¿Se siente solitaria, triste, enojada? ¿Me...

Dios, no puedo creer que voy a decir esto en voz alta. Que tengo que prepararme de esta manera—. ¿Crees que alguien me llamará cuando... cuando ya no esté?

—Sí. Estoy seguro. Steffi se asegurará de eso.

La seguridad en la voz de Esben me ayuda a tranquilizarme un poco.

—Steffi siempre ha sido como la mamá generosa que haría todo para cuidar a su hijo. Siempre se ha preocupado por mí, me ha cuidado, más de lo que me ha permitido preocuparme por ella o cuidarla. Siempre. Eso no está bien. Una vez la salvé del dolor en el pasado, cuando le quité a ese tipo de encima. Quiero hacer lo mismo ahora. Arrancarle el cáncer de encima. Arrancarle el dolor. Esben, intercambiaría lugares con ella en un instante, lo haría.

—Sé que lo harías. Pero ella es así y no puedes cambiar eso, en especial no en este momento. Ella eligió cómo manejar esto. Si hacerte a un lado y enfrentarlo sola le da algo de consuelo, entonces tienes que permitirle hacer eso.

Yo asiento y me concentro en conservar la calma.

—Necesito una distracción. Necesito pensar en algo aparte de esto. Aunque sea por un rato.

—De acuerdo. ¿Qué quieres hacer?

La sensación de estar en sus brazos, la seguridad que ahora ya me es familiar, me hacen querer más. Más de él. Así que levanto mi boca a la suya y lo beso.

—Esto. Quiero hacer esto.

Recorro el frente de su camisa con las manos, llego a los hombros y luego le desfajo la camisa.

Esben contiene el aliento cuando muevo la mano a la parte delantera de sus pantalones.

—Allison, ¿estás segura? No hemos hecho nada desde... desde esa mañana.

Yo le toco el cuello con los labios y con la lengua y entonces, con un movimiento rápido, Esben me levanta en brazos. Yo lo abrazo con las piernas alrededor de la cintura y él me lleva a la recámara. La sensación de su piel, su sonido, la manera en que se mueve y respira y me hace sentir tan viva es justo lo que necesito. En vez de perderme en él y en hacer el amor, hago lo contrario. Me encuentro a mí misma de nuevo.

Después, mientras estoy descansando sobre su pecho y mi cuerpo sigue acelerado, me pregunta:

—¿Estás bien?

—Creo que sí. Todo lo bien que puedo estar —me doy la vuelta para acostarme boca abajo y me apoyo en los brazos—. Me siento mejor que antes.

—Me gusta volver a ver tu sonrisa —me dice él, pero sé que sigue preocupado por mí.

—Lo estoy intentando —le digo y lo beso rápidamente—. Entonces, ¿dónde estuviste en la mañana?

—Ah, sí... —se ríe y se estira por encima de mí para tomar su teléfono.

Me muestra su página personal y leo durante unos cuantos minutos. Mi sonrisa es enorme.

—Ése es el hombre mayor que estaba en la cafetería a la que me llevaste. Lo recuerdo. ¿Le diste un cachorrito?

Él se encoge de hombros.

—Siempre está ahí cuando llego y siempre se ve tan solitario y triste. Quería hacer algo al respecto. Así que empecé a hablar con él y no tiene familia cerca. Sólo una hija a medio país de distancia que no puede molestarse

en llamarlo más de una vez al año. Simplemente me pareció tan triste y deprimido y... no sé. ¿Qué es más divertido que un cachorrito? Lo llevé al albergue y le conseguimos este labrador negro. Es lindo, ¿no?

Hago un acercamiento a la fotografía y, en efecto, el cachorrito es una bola de pelo adorable, pero eso no es lo más importante.

—Dios, este hombre tiene la mejor expresión del mundo. ¡Mira lo feliz que está!

—¿Verdad? Y está retirado y pasa todo el día en casa, así que es el dueño perfecto de un cachorrito.

—¿El albergue era deprimente? ¿Todos esos perros que necesitan hogar?

—Un poco. No lo puedo negar.

—Siempre me siento mal por los perros más grandes que nadie quiere. Todos quieren un cachorrito o al menos un perro joven, pero los perros grandes pueden pasar años en los albergues. Son la versión de mí en perro — digo con una risita.

Esben me toca el hombro con delicadeza.

—La gente no sabe de lo que se pierde.

—Un día, voy a adoptar a un perro muy feo y viejo. Tan feo que sólo yo pueda pensar que es lindo. El perro que parezca menos adoptable posible.

—Me gusta esa idea. Mucho.

Algo se me debe estar pegando de Esben, porque empiezo a elaborar un plan. Busco perros feos en Google y perros viejos y perros no deseados. Esben guarda silencio mientras yo navego en internet. Luego miro el brazalete de fénix que se ciñe a mi muñeca.

—Tengo... tengo una idea —le digo.

Su sonrisa es contagiosa, me jala con energía para ponerme sobre él y empieza a hacerme cosquillas en la cintura.

—Estaba esperando esto. Cuenta conmigo.

Me río.

—¡Ni siquiera sabes cuál es mi idea!

—¡Sí lo sé!

Pongo los ojos en blanco.

—Claro que lo sabes. Tú prácticamente inventaste esto. Entonces, ¿me

ayudarás?

—Por supuesto. Vamos.

—¿Ahora?

—Ahora.

Toma un poco de ropa y yo me río porque nos cubre con los jeans y camisas que nos habíamos quitado.

Ya estoy más animada, me siento mejor de lo que me he sentido desde aquella llamada y ahora casi me avergüenza no poder dejar de sonreír.

—Estoy emocionada.

—Ésa es mi chica —dice Esben y enreda sus manos en mi cabello—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Crees que podamos hacer esto? ¿Crees que no les importará?

—Les encantará.

Mi teléfono suena y me sobresalto. No pierdo la esperanza de que me llame Steffi.

—Hola, Simon —abro muchos los ojos mientras veo a Esben e intento cubrirme con la camisa que él lanzó sobre la cama. No puedo hablar con Simon desnuda y subida sobre mi novio.

—Oye, no te vayas a enojar —me empieza a decir—. Pero he estado preocupado por ti. Muy preocupado. Así que voy para allá a verte.

—No estoy nada enojada pero no tenías que hacerlo —me bajo de la cama y voy adoptando posiciones extrañas para intentar vestirme con una mano. Esben se empieza a reír y lo miro con severidad para que se quede callado—. ¿A qué hora llegas?

Simon carraspea un poco.

—En unos seis minutos.

—¡Seis minutos!

Esben salta de la cama y se pone la ropa interior y los jeans de un tirón.

—Guau. Está bien —probablemente tengo peinado de sexo y empiezo a cepillarme mientras Esben me abrocha el brasier—. ¿No te importa salir con Esben y conmigo? Teníamos algo planeado.

—Lo que sea. Sólo quiero verte. Me voy a estacionar en el sitio donde me estacioné cuando te traje a la escuela en el otoño.

Dios, parece como si eso hubiera sucedido hace años.

—Está bien. Te veo en un minuto.

Nos apresuramos para vestirnos y medio arreglarnos y luego corremos al exterior. Busco el coche de Simon en la calle pero parece que todavía no ha llegado. Nos quedamos en las escaleras, enfriándonos más cada segundo y Esben me da un beso sensual mientras esperamos. Cuando su lengua está empezando a subir mi temperatura, escuchamos la bocina de un auto que me hace saltar. Miro de nuevo hacia la calle pero Simon sigue sin llegar. Estoy a punto de ir por otro beso cuando escucho la bocina tocar con más violencia. Me aparto y miro de nuevo.

—Espera un momento. ¿Ése es Simon? —bajo unos cuantos escalones y me asomo al coche color plateado y brillante—. Dios, sí es.

Corro a la ventana del copiloto y me encuentro con Simon, que me sonríe y me saluda con la mano.

Baja la ventanilla.

—¡Hola, niños!

—¡Qué buen coche! —exclama Esben.

—¿Cuándo demonios te compraste un Porsche? —exijo saber—. ¡Es una locura!

—El otro coche ya tenía más de trescientos mil kilómetros —me dice encogiéndose de hombros—. Y pensé, ¿por qué no? Súbanse. Deben de estarse congelando. ¿Quieres manejar?

—De ninguna manera —le digo negando con la cabeza—. Me daría demasiado miedo chocarlo.

Simon me saca la lengua.

—¿Esben? ¿Tú sí te animas?

—¿En serio? ¡Claro que sí! ¿Está seguro?

Como respuesta, Simon se baja del coche y se dirige al asiento del copiloto.

—¡Wuu! —dice Esben y corre hacia el volante.

Antes de que Simon se suba, me da un gran abrazo y mi pecho se hincha por la emoción.

—Me da mucho gusto que estés aquí —logro decirle—. Gracias.

—Siempre estaré aquí. Vas a superar esto. Lo harás.

Veinte minutos después, llegamos al albergue de perros y recorremos el pasillo largo con hileras de jaulas de metal a ambos lados. Todas están llenas de perros. Le contamos sobre nuestro plan a Simon y ahora está más feliz de haber venido de visita. Es una dicha escuchar los ladridos y apenas alcanzo a oír lo que dice Faith, la mujer que pasa de vez en cuando a decirnos algo sobre los perros. Ella es probablemente la que le ayudó a Esben hace rato con el cachorrito y de inmediato le agradó mi idea. Vamos a tomar fotografías de los perros y las publicaremos con información sobre lo especial que es cada uno, con la esperanza de animar a la gente a que adopte. Mi meta es lograr que la gente piense distinto y vea más allá. Que consideren un perro aunque inicialmente no parezca la alternativa más linda para mascota. Faith no puede dejar de hablar sobre lo fabuloso que es Esben, así que yo le guiño el ojo y sigo avanzando por el pasillo para ver las perreras.

Me detengo frente a un perro gigante con pelo largo y color gris. Tiene las patas demasiado largas, el pelo de un color raro y el hocico demasiado estirado y desproporcionado para el tamaño de su cara. No es un perro atractivo y lo amo de inmediato. La bestia está sentada en la esquina de su perrera y, detrás de los mechones de pelo, alcanzo a ver sus ojos oscuros y tristes. Veo derrota. Cuando me agacho para llamarlo, no se acerca a mí. Peor aún, aparta la mirada. Leo la información que cuelga de la jaula.

—Esben —me pongo de pie y grito con más fuerza para que me escuche a pesar de todos los ladridos—. Éste. Empecemos con este amigo.

Él asiente y Faith se acerca con la correa.

—Pueden sacarlo a pasear, si quieren. Tal vez haya mejor luz. Bueno, él es Bruce Wayne —dice con una mirada triste—. Les damos nombres divertidos a los perros con la esperanza de atraer posibles familias que los adopten. Suena tonto pero funciona. Es muy tímido. Lleva dos años con nosotros y, antes de eso, estuvo cuatro en otro albergue. Tiene nueve años y... —Faith guarda silencio un segundo— nadie ha pedido sacarlo nunca. Me rompe el corazón. Amo a este niño y me lo llevaría si pudiera pero ya tengo cinco perros en mi casa. Necesita una oportunidad.

—¿Puedo sacarlo? —pregunto.

—Claro. Es muy nervioso, así que dale unos minutos, pero es muy manso. Miro a Simon en busca de su apoyo y él asiente.

—Tú sabes cómo hacer esto. Sé que lo sabes.

Tiene razón. Entiendo demasiado a este perro. Es triste y casi patético cuánto.

Por el rabillo del ojo alcanzo a ver que Esben levanta el teléfono para capturar lo que sea que pase.

Se abre la puerta del área de Bruce y yo me agacho lentamente y luego me meto, pero me mantengo cerca de la entrada.

—Hola, Bruce —le digo con suavidad—. Hola, amigo —no responde, así que me siento y me recargo contra la pared de concreto—. Está bien. Te esperaré.

Y lo espero. Durante un largo rato. Cada ciertos minutos, Bruce voltea y me ve por un momento y luego aparta la mirada. Pero entonces yo me acerco un poco más, digo unas cuantas palabras suaves y espero otro rato. Haré esto todo el día si hace falta. Cuando estoy a unos cincuenta centímetros de distancia, el perro por fin voltea un poco su cuerpo hacia mí. Luego, sin previo aviso, Bruce se lanza hacia mí. Por un instante siento miedo de que este gigante me vaya a arrancar la cara de un mordisco, pero lo que hace es intentar sentarse en mis piernas. Es tan grande que apenas cabe sobre mí, pero hago lo que puedo. Bruce recarga todo su peso contra mí y yo empiezo a reírme mientras lo acaricio. Apesta y es torpe y muy dulce. Me recargo contra su pelo maloliente y deseo que este perro encantador pueda sentir cuán amado es, cuán valioso es. Bruce empieza a mover la cola.

—No puedo creerlo —dice Faith. Entra con cautela y me da la correa—. No había movido la cola desde que llegó aquí. Ni una sola vez. Tienes un toque mágico.

Le acaricio las orejas a Bruce y le pongo la correa alrededor del cuello. El movimiento de su cola se intensifica cuando me paro y empiezo a sacarlo. Miro a Simon con incredulidad y su expresión refleja mis sentimientos.

—Bueno, llevémoslo a caminar, ¿no? —me dice.

Bruce prácticamente me arrastra por el pasillo mientras vamos siguiendo a Faith al exterior. Voy riéndome encantada y entramos a la zona cercada de

buen tamaño que tiene el albergue. Desearía que la correa fuera un poco más larga porque Bruce se volvió loco y está saltando por todas partes en una especie de celebración. Lo vuelvo a acariciar y entonces se deja caer al piso para que le rasque la panza. Todo esto es tan extraño, los paralelos entre la vida triste de Bruce y la mía. Aunque en realidad no creo que en mi caso no me hayan adoptado por mi aspecto, Bruce y yo sí tenemos algo en común: nadie nos quería. En realidad, y sin que hubiera un buen motivo, nadie nos quería. Ambos empezamos con mucho ánimo y hambre y, con el paso de los años, nos fuimos desesperanzando más y más. Era difícil para los demás ver más allá de eso. Lo entiendo.

Pero yo aprendí de los errores de los demás y sé que este perro tiene un corazón debajo de su exterior dañado.

—¿Simon? Es un buen perro, ¿no? No es un perro en el que se fijaría la gente, pero es especial, ¿no?

Simon se arrodilla.

—Lo es. Míralo. Había un cachorrito muy contento escondido ahí adentro, ¿verdad? Eres muy lindo. Un ñiñote que estaba un poco triste, ¿eh? ¿Te estás sintiendo mejor? ¿Sí? —empieza a hacerle cariños y a rascarle la panza—. Allison te recordó que también te corresponde que te amen, como a todos los demás, ¿eh? ¿Lo hizo?

Durante los siguientes diez minutos, nos ponemos a jugar con Bruce, y Simon y yo posamos para que Esben nos tome fotos, con la esperanza de que sus seguidores vean lo maravilloso que es este perro.

—¡Publicada! —dice Esben con felicidad—. Entre ese video y las fotografías, este perro quedará adoptado en un instante. Subí también la foto de sus datos. Bueno, tenemos muchos otros perros que fotografiar, así que qué opinan si seguimos...

—¿Esben? —dice Simon con un tono de voz que no logro descifrar—. Creo que vas a necesitar editar tu publicación.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

Pero entonces lo entiendo. Y no puedo creer lo fantástico que es Simon.

—Porque —dice Simon y se para con orgullo sin apartar la vista de Bruce— el señor Bruce Wayne ya fue adoptado. Si el albergue me aprueba, claro

está.

Faith sonrío.

—Empezaré el papeleo.

Yo me arrodillo y acaricio más a Bruce.

—Simon, ¿estás seguro? No tienes que hacer esto. ¿De verdad quieres un perro grande y viejo? ¿Uno que vas a tener que llevarte a casa en tu nuevo Porsche?

—Sí estoy seguro. No voy a dejar a este niño aquí después de lo que vi. Se va a ver muy bien a mi lado en el coche. ¿Y quién sabe? Tal vez resulte ser un imán para los hombres y yo tenga muchísimas citas —se acerca a mí y me toca el hombro—. Y necesitamos de algo de alegría. Las cosas están difíciles pero se van a poner mucho más difíciles.

Tiene razón. Sé que Simon también está sufriendo mucho por lo de Steffi.

—Nuestra familia acaba de crecer un poco —intenta sonreír para animarme—. Nos apoyaremos entre todos.

Simon posa para una fotografía con un Bruce babeante y Esben comparte la foto en línea: #brucevaacasa #papádenoviaallison #lavictoriaesdulce

Un rato después, estoy haciendo una cara graciosa con un terrier rata, que parece más rata que terrier, y Esben toma varias fotografías. Luego revisa los comentarios de su cuenta.

—¡A la gente le están encantando!

—¿Sí? —pregunta Simon, que está lanzando una pelota que Bruce no tiene ningún interés en perseguir.

—Eh, ¿Simon? —dice Esben con una sonrisa—. Pareces estar ganándote un club de admiradores.

—¿Sí?

—Revisa Facebook.

Simon saca su teléfono.

—¡Tengo cincuenta y ocho solicitudes de amistad! Y... diez mensajes.

—Te etiquetaron como *papásexy* varias veces —dice Esben riendo.

—Qué bien. Probablemente un montón de mujeres —dice Simon con un puchero fingido.

—Este... Creo que no —dice Esben y ondea su teléfono frente a todos—.

Muchos de los comentarios son de hombres. Y hay varios guapos, además.

—¿En serio? —por primera vez en una hora, Simon se aparta un poco de nuestro nuevo perro—. Parece ser que voy a tener que investigar un poco.

Poso con más perros de los que puedo contar, sonrío más de lo que he sonreído en las últimas tres semanas y me llena por completo la sensación de que puedo hacer algo bueno por estos animales que tanto lo merecen. Este proceso me hace entender más a Esben. Ayudar a los demás me puede ayudar a sanar.

Mientras Esben sube la última foto, una conmigo y una labrador amarillo muy adorable, que nadie entiende por qué no ha sido adoptada, me recargo en él.

—¿Esa labrador? Esa perra es un amor. Odio esto. Odio pensar que ha estado tan sola. Pero sé que le vamos a encontrar una familia gracias a esto. Alguien la va a querer y ella va a sentir ese amor y olvidará su pasado. Lo sé —inhalo el olor de Esben—. Me siento mucho mejor. Gracias.

—Esto fue tu idea, querida. Fuiste sólo tú —me pone el brazo en los hombros y me mantiene cerca.

—Listo. Un día terminado —digo haciendo acopio de todo el orgullo y valentía que puedo—. Ahora sólo tengo que sobrevivir todos los demás.

—Haremos esto todos los días, si quieres —me promete Esben—. Todo el tiempo que sea necesario.

Tal vez tengamos que hacerlo. No sé cómo sobreviviré los días que falten hasta recibir esa llamada.

La llamada en la que me digan que Steffi murió.

Destrucción social

Para la segunda semana de marzo el clima empieza a mejorar y es una buena manera de empezar las vacaciones de primavera. Simon y yo planeamos irnos de viaje a Washington, D. C. y turistar juntos, pero estalla una huelga masiva de aerolíneas que afecta a todas las líneas principales y perdemos nuestros vuelos. Aunque me siento decepcionada, también estoy exhausta por las noches de desvelo que pasé investigando y redactando trabajos, así que no me importa tener unos días de descanso en la escuela. Simon quería que fuera a casa y me quedara con él pero creo que comprende que me quiera quedar acostada y dormir por una semana.

Esben y Kerry se irán a casa mañana y yo estaré entre la minoría que se quedará en el campus durante las vacaciones, pero en realidad estoy anticipando con gusto el silencio. Así es como se siente desear tener tiempo a solas pero de manera *sana*, a diferencia de lo que hubiera hecho el año pasado, y me siento orgullosa de mi progreso.

Esben ha estado escribiendo con furia en su laptop y yo levanto la vista del sitio donde estoy colapsada en la cama para ver qué está haciendo. Está recargado contra la pared, con mis piernas sobre las suyas, y por la mirada seria que tiene, sé que está de mal humor. Cierro los ojos y me tomo otros minutos para recuperarme de la semana. Ambos hemos estado tensos aunque no estoy totalmente segura de qué está sucediendo con él. Parece que no le fue mal en los dos exámenes importantes que tuvo en la semana, pero algo ha estado molestandolo el último mes. Sólo alcanzo a distinguir ciertas señales aquí y allá, pero es suficiente para que me dé cuenta. He intentado preguntarle pero me ha dicho una y otra vez que no pasa nada.

No me ha convencido.

Parece ser que me quedé dormida porque despierto de golpe cuando Kerry toca a la puerta y entra al mismo tiempo.

—¡Hola, queridos! ¿Cómo están?

Me toma un minuto responder.

—Hola, Kerry —digo mientras me froto los ojos y bostezo—. Te ves contenta.

Ella gira en su lugar.

—Lo estoy. Estoy enamorada y embobada y sintiéndome llena de vida y todas esas cosas cursis —echa un vistazo en dirección de Esben, quien no ha levantado la vista del monitor, y luego me mira y arquea las cejas—. Estaba esperando que pudiéramos tener una plática de chicas.

—Claro —le digo y me estiro—. Dame un minuto.

—¿Qué le pasa al enojón de allá? —pregunta.

Necesitamos darle varios empujoncitos para que deje de prestar atención a su computadora.

—¿Sí? ¿Qué? Ah, hola, Kerry. Perdón.

—Hola, Baby Blue —dice Kerry con una mano en la cadera—. ¿Por qué estás tan enfurruñado?

—Es que... No tenía idea de cuántas porquerías filtrabas en línea.

—¿Qué quieres decir? —pregunta y se sienta en mi silla con el ceño fruncido.

Él se truena el cuello y gira la cabeza.

—No has estado borrando comentarios ni bloqueando o vetando a la gente como solías hacerlo.

—Ah —dice ella y se apaga su expresión—. No me había percatado. Dios, Esben, perdón.

—No te disculpes. Sabía que ibas a hacer menos cosas y está bien. Estás... ocupada o lo que sea con Jason. Y lo entiendo. Está bien. Sólo estoy poniéndome al tanto de las publicaciones de los últimos meses y... estoy viendo tantas cosas más ahora —dice con poca expresividad—. No me di cuenta de la escala... del nivel de saña —niega con la cabeza y se nota cuánto le afecta enterarse de esto—. Las dimensiones de todo esto. Es demasiado. En verdad es demasiado.

La emoción y exuberancia de Kerry se empieza a disipar.

—Sólo son idiotas, Esben.

—Tienes que hacer caso omiso de ellos —digo yo con menos convicción de lo que quisiera.

—¿Cómo se supone que debo ignorar a este tipo? Acabo de regresar a la fiesta de Cassie y las fotos. Un idiota escribió... —niega con la cabeza e inhala antes de empezar a leer en voz alta—. Escribió: “Oigan, esa niña se ve rara. Con razón nadie quiso ir, lol”. ¿Y debajo de la foto de ese pequeño schnauzer? ¿Qué tal esta persona repugnante? “Ese perro está estúpidamente asqueroso. Deberían haberlo sacrificado hace años”. —Esben golpea la pared a sus espaldas—. Montones de porquerías sobre nuestro profesor y su amigo. Demasiadas cosas sobre Allison y yo. Cosas horribles, asquerosas, repugnantes que no leeré en voz alta. Que ya borré. Pero ¿por qué? —nos mira con expresión desesperanzada—. ¿Por qué? No lo entiendo. Nunca lo voy a entender. Y no quiero. No quiero entender a estas personas.

—Al diablo —dice Kerry y se pasa las manos por el cabello—. Es mi culpa. Mira, siempre han sido así las cosas pero por lo general estoy muy pendiente de quitar lo negativo. Lo siento mucho. No tendrías que estar leyendo este tipo de cosas.

Esben levanta bastante la voz.

—No. Claro que *deber a*. Debería ver todas y cada una de las palabras. Me has estado protegiendo de demasiadas cosas. He sido estúpidamente ingenuo. He visto mucha mierda en línea antes de esto pero ya es demasiado. Es demasiado. Ya llegué a mi límite —ríe con desdén y se frota los ojos—. Dios, soy tan tonto. Lo único que quiero ver es a la gente buena y decente que apoya y se entusiasma con las cosas increíbles. He estado cegado. Eso sin mencionar que nadie sabe escribir bien. ¿Ya nadie va a la escuela? ¿Nunca?

Kerry le responde con amabilidad.

—No puedes darle mucho valor a estos patanes. No lo entienden. Sus comentarios dicen mucho sobre ellos y nada más. Tienes que mirar en otra dirección. Para hacer lo que haces, tienes que estar dispuesto a aceptar que parte de la población no va a entender ni a responder como tú quieres. Como *deber an*.

—No sé —deja que la laptop se deslice de sus piernas—. Tal vez no lo acepto. ¿Cuál es el objetivo en realidad? No puedo lograr que nadie cambie,

¿o sí? Creo que eso pensaba. Que generaría un cambio. ¿Qué tan estúpido suena eso? Mira a Cassie. Dios, ¿qué especie de persona es capaz de hostigar a una niña con un comentario así? No puedo... no puedo siquiera empezar a entender. Y eso es sólo la punta del iceberg en toda esta basura. ¿Quién sabe de cuántas otras cosas me he perdido?

—Esben —dice Kerry con semblante incómodo—, no importa. Las voces de los que te apoyan son más fuertes.

Él niega con la cabeza.

—Ya no estoy seguro de creer eso.

—¿No viste cuántos de esos perros fueron adoptados? ¿Ya olvidaste el mensaje de Faith y lo emocionada que está? ¿Cómo se llenó el albergue de tantas solicitudes de adopción, y eso sin mencionar las donaciones que llegaron de todo el país, tantas que apenas podían mantenerse al corriente?

—Eso es cierto —acepta él.

—Y la mamá de Cassie te envió un mensaje apenas la semana pasada para agradecerte por milésima vez —dice Kerry.

Yo le pongo la laptop enfrente.

—¿Has visto cómo está Christian, el chico con el que bailaste? Tal vez deberías ver. Apuesto a que le está yendo muy bien y eso te hará sentir mejor.

Él titubea pero luego sonrío cuando le levanto las manos y se las dejo caer en el teclado.

—Muy bien, muy bien. Tal vez tengan razón.

—Mientras haces eso —dice Kerry—, tal vez Allison me pueda compartir algo de la comida especial que les manda Simon. Ya pasó la hora del almuerzo y me muero de hambre.

Arquea las cejas y se frota las manos con una codicia fingida tan absurda que tengo que reírme.

—Por supuesto —le acaricio el hombro a Esben y me bajo de la cama—. Esta semana —le digo con tono formal— tenemos corazones de alcachofa marinados, tres tipos de aceitunas, galletas de romero, mousse de paté, dip de pimientos asados y pimientos Sweet Drop. Simon enloqueció con los bocadillos, por lo visto.

Kerry se lleva las manos al pecho.

—¡Ah, cómo lo amo!

Me siento un poco ridícula sacando toda esa comida elegante en la habitación deslucida del dormitorio, pero Kerry está encantada y se está comiendo todo.

Vamos a la mitad del paté cuando Esben estalla en la habitación de junto.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Ambas nos quedamos petrificadas.

—¡Ya fue suficiente! ¡Al diablo! ¡Ya me cansé! —grita con más rabia de lo que le he escuchado jamás.

—¿Baby Blue? ¿Qué pasa? —pregunta Kerry intentando conservar la calma.

Él aparece en la puerta con su laptop abierta en una mano.

—¿Querías que viera cómo estaba Christian? Me da gusto haberlo buscado porque ahora sé que todo esto siempre será un paso adelante y un número infinito de pasos atrás.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —le pregunto.

Parece que Esben va a echarse a llorar en cualquier momento.

—¿La publicación que hicimos? ¿Toda la gente animándolo y apoyándolo? Eso no significó nada. Porque hubo dos personas que no lo apoyaron. Para nada. Sus padres, que dijeron no tener idea de que él era gay. Y les parece tan repugnante e intolerable que lo corrieron de la casa. Cortaron todo lazo con él —la laptop se sacude en sus manos—. Se está quedando con amigos la mayoría de las noches, pero tuvo que pasar varias otras en el parque y está intentando decidir qué hará el año entrante sin su dinero para la universidad y se pregunta si será demasiado tarde para solicitar ayuda económica para poder seguir estudiando.

—Ay, dios —digo en voz apenas audible.

—No tenía idea de que sus padres iban a reaccionar así. Ninguna —sin advertencia, Esben lanza la laptop contra la pared y nos provoca un gran sobresalto a Kerry y a mí—. ¿Quién hace eso, eh? A quien sea, pero mucho menos a su hijo. ¿En qué estúpido año estamos para que alguien haga algo así? ¡Díganme! Esto es mi culpa. Esto es *mí* culpa. Nunca debí haberme acercado a él. Si lo hubiera dejado solo, todavía tendría una familia —Esben ya está

frenético y su voz va aumentando de volumen con cada palabra—. ¿Quién sabe qué otros daños he provocado? ¿Los perros? Para el caso, es posible que estén viviendo con personas que los golpean o que no les dan de comer. No hay manera de proteger ni de ayudar a nadie. No sin repercusiones. Nunca — está caminando por el cuarto—. Ya no lo haré. Ya me cansé. Voy a cerrar todo. Cerrar mis cuentas, borrar todo. Al diablo. ¿Sabes qué, Allison? Creo que tenías razón. No se puede confiar en la gente. Son un asco. Digo, por lo general y cuando es importante, la gente es un asco.

—Ya es suficiente —dice Kerry con brusquedad.

—¡Es cierto! —grita él—. Nada de lo que yo haga cambiará eso. Y nada regresará el tiempo, ¿o sí, Kerry? Ni para ti ni para nadie más. No hay manera de enmendar el pasado de nadie.

—Nadie está esperando que regreses el tiempo, Esben —dice Kerry con suavidad pero con una seguridad que sé es genuina—. Eso es imposible. Y nadie te lo está pidiendo. Has mejorado mucho mi vida y me has ayudado a sanar de muchas maneras. Lo sabes. Vamos, ¡lo sabes! —dice con voz firme.

Es obvio que él no la está escuchando.

—Probablemente sólo estoy agravando el problema —dice—. Crear un sitio donde la gente puede escupir su odio y su arrogancia. Dios, eso termina siendo el corazón de lo que hago, ¿no? Ofrezco una oportunidad a la masa de lanzar su mierda sobre cualquier momento de esperanza o positividad o amor, ¿verdad? No puedo vencerlos en su juego.

—No digas eso, por favor —le digo y me pongo de pie—. No puedes perder de vista que miles de personas se han sentido animadas y motivadas. Ésas son las voces que hablan más alto. ¡Mírame! Mira lo que has hecho por mí. Mira cómo me has cambiado y me has hecho más fuerte y estar más viva que nunca.

Él intenta suavizar un poco su actitud.

—Tú eres distinta, Allison. Tú eres distinta. Eso es uno a uno. Eso se debe a lo que hay entre nosotros y a que eres una persona maravillosa. ¿En línea? ¿Con las hordas de seguidores? Es algo totalmente diferente.

Antes de poder llegar a su lado, abre la puerta de golpe y se va.

—¿Debería seguirlo? —le pregunto a Kerry.

—No. Está bien. Yo iré. Creo que puedo tranquilizarlo —se detiene junto a la puerta abierta—. Y, ¿Allison? No hagas caso de lo que dijo. Hasta yo sé que la mayoría de la gente es buena. Mi hermano sólo es demasiado pasional. Y esa pasión tiene sus lados buenos y sus lados malos. Lo que pasa... —golpea un poco la puerta abierta con la mano—. Lo que pasa es que esa pasión saca a relucir la generosidad más grande y el dolor más grande. Esben está ahora en el dolor. Es el precio momentáneo que hay que pagar para conseguir las cosas tan grandes que consigue. Dame unos minutos, ¿sí? Estará bien. No es la primera vez que explota por estas cosas y no será la última.

La laptop está en el piso así que la levanto para ver qué tanto la dañó. Cuando tomo la base, el monitor se desprende y caen astillas de vidrio en el piso. Después de pasar la aspiradora al menos cuatro veces por la alfombra, guardo la comida que Kerry y yo habíamos estado comiendo. Luego me siento en el sofá anaranjado horrendo y espero.

Y espero. Por mucho más tiempo de lo que pensaba.

Extraño a Simon. Tal vez debería irme con Esben y Kerry para ver a Simon esta semana, después de todo. Me permito distraerme con estos pensamientos porque estoy muy incómoda y alterada por lo demás que está ocurriendo. Odio que el chico que amo tanto esté pasando por una obvia crisis.

Cuarenta y cinco minutos después de que salieron de mi habitación, Esben y Kerry regresan. Esben se ve mucho mejor. Mi cuerpo se deshace de su tensión.

Esben apenas acaba de entrar por la puerta y ya está diciendo:

—Allison, lo siento mucho. Estaba portándome como loco...

—No digas nada. Está bien. No te disculpes. No —toco el lugar a mi lado en el sofá y él se sienta—. No puedo imaginar lo que es hacer lo que tú haces, en la escala que lo haces. Es algo muy intenso y estoy segura de que puede llegar a sentirse... inútil. Que estás luchando contra demasiadas cosas.

—Así es.

—Una cosa negativa parece superar a miles de cosas positivas. En un mar de amor, lo único que ves es a la persona que se está ahogando.

Nunca había visto su rostro derrotado.

—Sí.

Kerry se sienta en el piso y lo mira.

—Si no quieres seguir haciendo esto, o si quieres descansar un tiempo, está bien.

Su lenguaje corporal, la manera en que Esben está mostrándonos su lucha interna... es brutal de presenciar. No sabe qué hacer, eso queda claro.

Piensa un poco antes de hablar.

—Creo que debería. No sé si tenga otra opción. Esto se ha salido de control y no puedo hacer nada para arreglarlo. Creo que nunca he podido, pero con tantos seguidores ahora...

—Lo sé —dice Kerry—. Desde el otoño tus seguidores han aumentado muy rápido. Estás en más de setecientos mil en Twitter. Eso es una locura. Y nadie puede tener ese tipo de presencia en línea y no enfrentar a varios idiotas en el proceso. No es justo, no está bien y es desalentador.

La tristeza y el dolor de Esben son palpables.

—La mierda es más fuerte que todo lo demás en este momento. Es lo opuesto a lo que quería lograr —toma la mano de su hermana—. Y, Kerry, no es tu culpa. Estabas haciendo demasiado antes. Protegiéndome. Lo puedo ver.

—Entonces no estés en línea —propone ella—. Salte.

—Allison, ¿estás bien con esto? —voltea a verme con tanta más preocupación de la que debería.

—Por supuesto —le digo—. No quiero que seas infeliz. Esto se supone que debe ser divertido y... se supone que es para difundir amor. Y para hacerte sentir bien, también. Si no está cumpliendo esa finalidad, entonces salte.

Él me toma la mano e inhala hondo.

—De acuerdo. De acuerdo.

Mi teléfono suena y la melodía que se escucha me provoca escalofríos. Me tenso y mi mano libre choca de inmediato contra el brazo de Esben, jalo su camisa e intento buscar palabras.

—No. Dios, no.

Todo mi cuerpo tiembla y grita y, a pesar de ello, apenas logro pronunciar esas palabras.

—¿Qué pasa? —pregunta Esben.

—¿Allison? —dice Kerry a mi lado.

Antes de que los ojos se me llenen de lágrimas y no pueda ver, miro el número que está marcando y confirmo lo que ya sé es verdad.

—Es el número de Steffi. ¿Esben? Eso significa que alguien... —Dios, no puedo respirar—. Alguien me está llamando para... decirme...

No puedo terminar la oración y no puedo contestar la llamada.

La habitación empieza a darme vueltas y le doy el teléfono a Esben.

—¿Quieres que conteste? ¿Estás segura? —me pregunta con suavidad.

Yo asiento.

—¿Hola?

Su voz me suena rara, apagada por la oleada de pánico que está revolviéndose en mi cabeza y no puedo escuchar nada de lo que dice. Tengo que concentrarme en respirar. No logro volver a pensar con claridad hasta que me sacude de los hombros y dice mi nombre en voz más alta.

Esben está arrodillado frente a mí ahora.

—Es Steffi al teléfono —dice.

Me quedo viéndolo, incapaz de procesar esas simples palabras.

—Llamó ella. Quiere hablar contigo.

Niego con la cabeza, estoy confundida.

—¿Allison? Steffi está al teléfono y está pidiendo hablar contigo. Es verdad. Habla con ella.

—¿Qué? ¿Qué? —me tapo la boca para ahogar el sollozo que amenaza con salirse. Miro a Esben con desesperación y esperanza y temor.

Él me obliga a tomar el teléfono y me dice en voz baja:

—Está bien. Pero te necesita.

—¿Steffi?

—Allison.

Dios, suena tan débil.

—Aquí estoy y te amo —le digo instintivamente.

—Yo también te amo. Mucho —le cuesta mucho trabajo hablar, lo noto—.

Cometí un error.

Me cuesta mucho trabajo no llorar.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que quería... hacer esto sola, pero no.

—Está bien. Está bien —tengo que obligarme a lidiar con esta situación como nunca he tenido que hacerlo antes, así que me pongo de pie y camino por la habitación pasándome la mano por el cabello—. Dime qué necesitas. Lo que sea.

Luego me detengo y miro a Esben.

Él está alerta y asiente con seguridad. Lo que sea que tenga que hacer, él me ayudará.

—No me queda mucho tiempo, Allison. Lo puedo sentir. Las enfermeras también lo saben —el llanto de Steffi me rompe el corazón otra vez—. No quiero irme sin ti. En verdad te necesito.

—Voy para allá. Conseguiré un vuelo. Voy para allá, lo prometo.

Sin embargo, al pronunciar estas palabras, me doy cuenta de que me tendré que enfrentar a un problema y la expresión horrorizada de Esben me indica que él también está pensando en eso.

—Voy para allá —le digo de todas maneras—. Tú sólo espérame, ¿está bien? Espérame.

—Gracias.

—Te llamaré cuando consiga un vuelo.

—Mis enfermeras... son Rebecca y Jamie —alcanzo a oír su jadeo a través del teléfono—. Estoy durmiendo mucho. Así que puede ser que ellas contesten. Le pediré a una de ellas que te manden sus números. Estoy en Cedars-Sinai.

—Está bien, nena. Voy saliendo. Llegaré contigo. *Llegaré* contigo —necesito de toda mi fuerza de voluntad para colgar y más fuerza de voluntad para no desmoronarme—. Steffi quiere que esté con ella. Todo está por terminar.

—Eso escuché —dice Esben. Me abraza y me acaricia la espalda—. La huelga de aerolíneas. Y las vacaciones de primavera. Tenemos un problema.

Yo lo empujo un poco y lo miro con pánico.

—No voy a alcanzar a llegar. ¿Qué voy a hacer?

Él me sonríe con dulzura.

—Dije que tenemos un problema, no que no lo podamos lograr. ¿Kerry?

Ella está a nuestro lado en un instante.

—Estoy lista. Díganme qué necesitan.

—Empieza a revisar los vuelos que salgan de Bangor y de Boston. Intenta

Manchester, New Hampshire. Lo que sea. Iremos a Los Ángeles. De una manera o de otra.

—¿Vas a venir conmigo? —dejo caer mi cabeza contra él en agradecimiento.

—Creo que vamos a tener que organizar un viaje muy complicado y será más fácil si estoy contigo. Claro, si quieres que vaya.

—Sí quiero. No creo poder hacer esto sin ti.

—Podrías, pero no tienes que hacerlo —dice y me abraza—. Necesito una fotografía de ella. ¿Tienes alguna en tu computadora que me puedas mandar?

—Sí. ¿Por qué?

—Sólo hazlo, luego empaca algunas cosas y nos iremos. Saldremos en coche a... alguna parte. ¿Kerry? ¿Cómo se ven las cosas?

—Dame un minuto, dame un minuto... Estoy intentando encontrar algo.

Sin embargo, Kerry está negando con la cabeza.

—¿Danny está por aquí? —pregunta Esben.

—No, ya se fue a su casa.

—Entonces busca a Jason. Lo necesitamos. Publicaré algo y tú monitorea Twitter y Jason puede quedarse en Facebook.

Kerry lo empuja con cariño.

—La cosa es en serio si vas a convocar a Jason.

—Cállate. Ya sabes que lo quiero.

—Esperen, ¿qué está pasando? —digo casi sin voz—. ¿Qué están haciendo? ¿Van a publicar esto?

—Si no te molesta, es la mejor manera —dice Esben, me abraza y me besa en la cabeza—. Hay cientos de miles de personas allá afuera y van a enterarse de esto. Y van a ayudarnos a llegar con Steffi.

—Hace dos minutos ibas a dejar tu vida en línea. No es posible que pienses que esto va a funcionar. Dios, Esben, una cosa es pedir ayuda para una fiesta infantil. O para adoptar un perro. Pero esto ni siquiera tú lo puedes lograr.

—Sí, sí puedo —me aprieta con fuerza—. Ya verás.

—Pero ¿y ustedes? Se supone que van a ir a casa mañana.

—Nuestros padres lo comprenderán —dice Kerry—. Nos conocen.

Conocen a Esben.

—Gracias. Muchas gracias a ambos —miro a estas dos personas increíbles—. No sé qué más decir. Son...

—Te queremos —dice Kerry con firmeza—. Y vamos a hacer que llegues con Steffi.

—Lo haremos —dice Esben—. Mándame esa foto y nos iremos.

Las emociones empiezan a amenazar con sobrepasarme.

—¿Qué tal si..?. —maldición, esto me duele—. ¿Qué tal si no llegamos a tiempo? ¿Qué tal si...?

—No digas eso —insiste él—. Llegaremos. Escúchame. Llegaremos.

Espero que tenga razón. Tiene que tenerla.

#ALLISONYTEFFI

Esben inunda sus redes. Tuvo que separar sus tuits en un montón de publicaciones para poder dar toda la información, pero eso probablemente sirva para divulgarla más.

Amigos, necesito pedirles su ayuda. #noviaallison tiene una mejor amiga, Steffi. Una mejor amiga que ha estado con ella en situaciones muy difíciles, sobre todo cuando eran niñas en el sistema difícil y a veces inestable de los hogares temporales. Muchos comprendemos lo que significa tener la suerte de contar con un amigo verdadero e incondicional y Steffi ha sido la salvadora de Allison una y otra vez.

Con dolor en mi corazón les pido su ayuda.

Steffi está en la etapa final de un cáncer brutal, LMA. Es imperativo que ayudemos a Allison a llegar con ella lo antes posible para que estas amigas puedan estar juntas cuando Steffi deje este mundo. Necesitamos llegar al hospital Cedars-Sinai en Los Ángeles lo antes posible. Entre la huelga de aerolíneas y las vacaciones necesitamos ayuda. Iniciaremos este viaje en Landon, Maine. Por favor usen el hashtag #allisonysteffi si pueden ayudar. De antemano, muchas gracias. Los quiero a todos.

Agrega una fotografía hermosa de Steffi y yo. No sé si quiero ver esa imagen todo el tiempo o si no quiero volver a verla. Se ve sana y llena de vida en esa foto y sé que no se verá así cuando llegue con ella. *Sí* llego con ella.

Llevamos una hora en el coche y ya acepté que no puedo seguirles el paso a los otros tres. Esben, Kerry y Jason van a veces silenciosos y a veces intercambiando información a toda velocidad mientras revisan los comentarios

e intentan armar un plan. La conversación pasa entre demasiados aeropuertos, demasiadas ciudades, demasiados itinerarios. Se mencionan trenes y autos rentados y noches que nunca nos ayudarán a llegar allá mientras mi amiga y heroína siga con vida. Estoy aterrada de no llegar a darle a Steffi lo que necesita en sus últimas horas.

Últimas horas. Quiero vomitar al pensar esas palabras.

—¡Dejen de pensar tan a futuro! —grita Esben—. No quiero escuchar lo que sucedería si llegamos de casualidad a Orlando, ¿está bien? Ni qué sucederá con esa persona de Phoenix que nos metería en una carretilla para llevarnos corriendo a la estación de autobuses. Los horarios del metro en ciudades al azar no sirven de nada. ¡Eso no ayuda! Tenemos lugares en un vuelo de Bangor a Chicago. Apenas llegaremos, pero demos por hecho que funcionará. Así que busquemos cómo llegar de O'Hare a una segunda ciudad, de preferencia directo a Los Ángeles. Denme los próximos dos pasos, como máximo.

Yo dejo de ver un momento por la ventana y le pongo la mano en el hombro.

—Esben, están haciendo lo mejor que pueden.

—Lo sé, lo sé —mira por el espejo retrovisor—. Perdón, chicos.

—Chicago es un muy buen inicio —le recuerdo.

Steffi me mandó diez emoticones de corazón cuando le di la noticia.

Dos hermanas generosas e increíbles de Colby College, que iban camino a casa para pasar las vacaciones, se reunirán con nosotros en el aeropuerto de Maine para darnos sus lugares. Ya lo arreglaron con un agente de la aerolínea y ya les tuiteé cinco veces para agradecerles.

Llamo a Simon y él contesta de inmediato.

—Ya estoy enterado. ¿Qué puedo hacer? Tienes la tarjeta de crédito que te di para emergencias. Úsala para lo que necesites.

—Está bien. Muchas gracias —escuchar su voz debilita mi resolución de no llorar—. Pero no estoy segura de que eso sirva.

—Lo sé —dice comprensivo—. Pero ahí está. No te preocupes por el dinero. Se trata de Steffi.

—Gracias. Tenía que llamarte... Es que...

—Está bien. Te amo y amo a Steffi. Sé que vas a estar apresurada y enloquecida, pero no te olvides de que aquí estoy. Dime lo que necesites.

—Lo haré —vuelvo a mirar por la ventana.

—Le estoy mandando mensajes de texto y me está respondiendo —me dice —. Para que estés enterada.

—¿Simon? Te quiero.

Tengo que colgar antes de perder el control.

La plática constante del coche es más de lo que logro absorber y reviso Twitter y Facebook para ver si puedo ayudar en algo. Apenas unos minutos después de empezar revisar las cuentas, comprendo lo difícil que será todo esto. Hay muchísimas respuestas y comentarios con hashtags, incluyendo una buena cantidad de gente que envía su amor a Steffi y a mí. Otros mensajes de personas que han estado en situaciones similares, a punto de perder a un mejor amigo. Las muestras de apoyo en tan poco tiempo me dejan sorprendida y muy conmovida. Es un dolor insoportable, pero sigue siendo conmovedor. El problema, sin embargo, es que en el momento lo que necesitamos es ayuda práctica.

—Pongan otra publicación —digo, pero están tan ocupados hablando e intentando hacer planes que no me escuchan—. ¡Oigan, necesitamos otra publicación! —digo en un volumen más alto.

—¿Por qué? —pregunta Esben.

—Porque la última tiene demasiada gente que está... enviando sus buenos deseos. Es muy amable pero necesitamos una publicación que sólo esté dedicada a las ofertas de ayuda.

—Tienes razón. Maldición, debimos haber pensado en eso. Kerry, ingresa con mi cuenta y vuelve a publicar. Agradéceles a todos por sus amables palabras pero pide que en ese hilo sólo se hable de cosas de logística. Dile a la gente que publicaremos un nuevo hilo para cada tramo del viaje. Les iremos avisando dónde estamos y si ya tenemos planeada la siguiente etapa.

—Bien.

Jason me pone la mano en el hombro.

—¿Cómo vas?

Yo asiento.

—Bien, por el momento.

—Muy bien.

Se hace un silencio mientras empiezan a subir las nuevas publicaciones y yo apago el radio porque en este momento todas las canciones me suenan como un funeral.

—Ay, demonios —dice Esben de repente.

—¿Qué?

Pero el sonido chisporroteante del coche me responde y Esben se orilla en la carretera. Nos quedamos sin gasolina. Golpea el volante con fuerza tres veces.

—No puedo creer que hice esto.

—Salimos con tanta prisa —empiezo a decir—. A nadie se le ocurrió revisar.

Todos nos quedamos sentados, sin movernos ni hablar por unos minutos, y sé que todos estamos pensando en lo mismo: estamos en una carretera de dos carriles y no ha habido mucho tráfico.

Como diría Steffi, Dios salve a la reina. Tenemos un problema.

Jason es el primero en hablar.

—La AAA tardará demasiado. Veamos qué tan lejos está la siguiente gasolinera. Yo corro rápido.

—Catorce kilómetros —dice Kerry un minuto después—. Cerca del aeropuerto.

—Publica esto —mis dedos están golpeteando nerviosamente en el borde de la ventanilla—. Esben, publica nuestra ubicación.

—Allison, estamos en medio de la nada. No sé si...

—Públcala —digo con más decisión.

—Está bien, está bien.

Esben le quita su teléfono a Kerry.

—¿Tienes un papel o algo para hacer un letrero que diga que necesitamos gasolina? —pregunta Kerry y abre su puerta.

Esben abre la cajuela.

—Creo que tengo una caja de cartón allá atrás. No sé si tengo pluma.

—Labial —responde ella—. Tengo cinco labiales en mi bolso.

Kerry y Jason se paran afuera del coche con su letrero rudimentario mientras Esben y yo permanecemos pegados a nuestros teléfonos. Mi estómago se hace nudos cada vez que pasa un coche a nuestro lado y, después de que pasan diez coches sin ofrecernos ayuda, empiezo a perder la esperanza. Esto no va a funcionar.

De repente, Esben se entusiasma.

—¡Bum! —voltea a verme y sonrío—. Alguien viene en camino.

Sale del coche y yo lo sigo.

—¿En serio? —no puedo creerlo—. ¿Alguien nos va a traer gasolina?

—Es una pickup roja. Un adolescente y su papá. Vienen de allá —señala a nuestras espaldas.

El corazón me late con fuerza mientras esperamos. Estamos con el tiempo muy limitado y espero que logremos llegar al aeropuerto de Bangor a tiempo. Luego, como si fuera una señal de rescate, veo salir una pickup roja detrás de la colina en la carretera y todos empezamos a gritar. Avanza hacia nosotros tan rápido que me da miedo que no vaya a detenerse, pero el conductor se para frente al coche de Esben y vemos que un chico viene en la caja del pickup y levanta dos contenedores de plástico con expresión triunfal.

—¡Hola! —dice el chico con el rostro ruborizado y nos entrega uno de los contenedores—. ¿Esto será suficiente para ustedes?

Esben toma uno de los contenedores de gasolina y luego estrecha la mano del adolescente.

—Debes de ser Finn. Amigo, eres increíble. Sí, esto es más que suficiente para que lleguemos a una gasolinera. Me encantaría quedarme a conversar, pero...

—¡Llena el tanque, chico! —grita el padre desde el asiento del conductor.

Esben y Kerry empiezan a cargar la gasolina y yo voy a saludar a Finn. Para mi sorpresa, se asoma desde la pickup y me abraza.

—Vi el tuit. No podía creer que estuviéramos cerca y que, literalmente, acabáramos de conseguir gasolina para nuestro equipo de jardinería —me abraza con fuerza—. Mi madre murió de cáncer hace nueve años. Espero que logres llegar con tu amiga. No puedo imaginar qué habría sucedido si no hubiera podido estar con mi mamá.

Ahora soy yo quien lo abraza.

—No sé cómo agradecerte.

—No tienes que hacerlo.

—Sí —le doy unas palmadas en la espalda y me separo—. Voy a darle las gracias también a tu papá.

—No vayas —me dice con seriedad—. Le está costando trabajo. Esto le trae recuerdos... sólo... —Finn intenta sonreír—. Sólo llega con Steffi. Eso alegrará a mi papá.

Yo asiento y le toco el brazo.

—Haré todo lo posible.

—¡Listo! —grita Jason—. ¡Vámonos!

Nos volvemos a subir al coche. Frente a nosotros, la pickup roja toca cuatro veces y el padre saca su brazo musculoso por la ventana y lo eleva en el aire deseándonos suerte. Luego se marcha y deja detrás una estela de humo y polvo.

—Acelera, Esben —dice Kerry—. Acelera. Podemos llegar hasta el aeropuerto con lo que tenemos en el tanque.

Los neumáticos del coche rechinan cuando arrancamos y miro el reloj. No vamos a llegar. Unos quince minutos más tal vez nos hubieran bastado para llegar. Esben está conduciendo lo más rápido que puede sin ser irresponsable, pero no lo lograremos.

—El vuelo se va a ir —digo sin emoción.

—Sólo aguanta —dice Kerry que está de nuevo en el teléfono, escribiendo—. Le estoy escribiendo a Caroline y Deb, las chicas de los boletos... Muy bien, están con el agente de boletos. Tienen que imprimir dos boletos con sus nombres y eso. La seguridad se está moviendo muy rápido pero están listos para ponerlos al frente de la fila de todas maneras.

—No pienses. Sólo conduce —le dice Jason con calma a Esben—. Sólo conduce.

Nos quedamos en silencio hasta que Esben llega al pequeño aeropuerto y pisa los frenos. Salimos todos y él le lanza las llaves a Kerry. Pasa corriendo frente al coche para llegar conmigo y tomarme de la mano.

—Nos mantendremos en contacto. Los quiero.

Yo empiezo a avanzar hacia mis amigos pero Esben me jala de la mano.

—No hay tiempo. Vamos. Se supone que el vuelo sale en cuatro minutos.

Cuando entramos corriendo por las puertas de vidrio, volteo y veo que Jason y Kerry están despidiéndose. Como si no supiera ya lo maravillosos que son, hoy he terminado de entenderlo.

Buscamos rápidamente en la terminal y jalo la mano de Esben hacia el mostrador de la aerolínea.

—¿Caroline? ¿Deb? —grita Esben.

Dos chicas, ambas pelirrojas, agitan las manos con entusiasmo.

—¿Esben! ¿Allison! —gritan.

Llegamos con ellas y una dice:

—No hay tiempo para hablar. Muéstrenle a la agente sus licencias.

Lo hacemos y ella imprime nuestros boletos en tiempo récord.

—Los llevaré a seguridad —dice la agente—. Están deteniendo el vuelo por ustedes.

—¿Qué? —podría llorar—. Ay, dios, gracias. Les pagaré por los boletos. Mándenme un mensaje.

—No. Van por nuestra cuenta. Sólo váyanse.

Las dos chicas corren con nosotros a seguridad e intento decirles algo pero ambas niegan con la cabeza.

—Somos hermanas y estuvimos en el sistema de cuidados temporales hasta que tuvimos cinco años. Entendemos tu vínculo con Steffi —dice Caroline.

—Tu amiga Steffi te necesita más de lo que nosotras necesitamos cualquier cosa —dice Deb con la voz quebrada.

—Nunca olvidaré esto —les grito mientras paso por el arco de seguridad.

—¿Son geniales! —grita Esben.

Todavía tenemos los zapatos en la mano cuando vamos corriendo a la sala de abordaje que, afortunadamente, está justo después del punto de revisión. Gracias a Dios por los aeropuertos pequeños.

Una de las sobrecargos está esperando.

—¿Esben y Allison?

Asentimos.

—Bienvenidos al vuelo seis cuarenta y dos —escanea nuestros boletos y

nos indica que entremos al corredor hacia el avión. La puerta se cierra a nuestras espaldas y todos caminamos rápidamente—. Soy Michelle. Díganme si necesitan algo.

Imagino que las personas en el avión van a mirarnos con furia por haberlos retrasado, pero en el instante en que nos ven los demás pasajeros, empiezan a aplaudir. Miro a Michelle y a Esben, confundida.

—Les explicamos lo que estaba sucediendo. Todos los apoyan —dice Michelle—. Vamos a despegar.

No puedo creerlo, pero mientras vamos avanzando por el pasillo, la gente me toca el brazo, asienten amistosamente y siguen aplaudiendo. Una mujer tiene lágrimas en los ojos. Yo avanzo en una bruma de confusión y llego hasta nuestra fila. Me dejo caer en el asiento de en medio, junto a un señor serio de traje. Una parte de mí está esperando que nos grite por retrasar el vuelo, pero me sonrío un poco y devuelvo su atención al libro que está leyendo.

Nos abrochamos los cinturones de seguridad y recargo la cabeza en el respaldo cuando el avión empieza a avanzar. Esben busca en la bolsa del asiento.

—¿Qué estás buscando?

—Maldición —dice entre dientes cuando lee la tarjeta de información del avión.

—¿Qué?

—No hay Wi-Fi.

—Ay, dios.

Le envía un mensaje de voz rápido a Kerry.

—No vamos a tener conexión por casi dos horas hasta que lleguemos a nuestra escala en Detroit. Consíguenos un vuelo de O'Hare a Los Ángeles. Haz lo que tengas que hacer, hermanita. Lo que sea. Sé que lo puedes lograr. Y mándale a Steffi un mensaje para decirle que no tendremos conexión. Mantente en contacto con ella y con sus enfermeras, ¿de acuerdo?

Unos segundos después, Kerry responde y me tranquiliza escuchar lo serena que se oye.

—Muy bien. Les conseguiré un vuelo. Estoy llamando a Steffi en este momento. Aguanten. Intenten dormir un poco, ¿está bien?

El sonido del avión aumenta y rápidamente aceleramos. Se levanta el tren de aterrizaje y sé que ya vamos en el aire, de verdad en camino. Celebraría, pero el destino que nos aguarda no ofrece ningún motivo para celebrar. Tendré que bloquear esa idea. Pero no sé cómo. Tengo demasiado tiempo y nada que hacer salvo pensar. El White Noise siempre ha sido mi amigo así que trato de concentrarme en los sonidos que envuelven a la cabina.

Pero ¿este escenario? ¿Steffi en una cama de hospital? ¿Una cama de hospital en la cual, apenas me atrevo a pensar esto, está muriendo?

Los recuerdos de nuestros primeros días juntas me invaden. Desde el primer momento en que no me agradó hasta el momento en que detuve al tipo que la estaba atacando hasta nuestra hermandad. Recuerdo tantas cosas.

El hecho de que cada vez que la veía siempre lograba lucir como salida de un sueño. Siempre encontraba la manera de conseguir ropa y maquillaje cuando éramos más chicas y siempre lograba verse maravillosa, sin importar las circunstancias. Steff tenía una actitud de acción y sabía que lo demás caería en su sitio.

Cuando se enteró de que nadie me había leído *Buenas noches, luna*, me lo leyó todas las noches durante semanas. No importaba que yo ya fuera demasiado grande para ese libro, porque Steffi sabía que alguien debía leérmelo.

Cuando me cambié de ropa frente a ella y vio mi brasier muy aburrido y sin chiste para una chica de quince años, tomó sin permiso el coche de su familia temporal, me llevó al centro comercial y usó el dinero que había ganado trabajando en un restaurante de comida rápida para comprarme un brasier push-up sexy que no era para nada necesario.

—No está bien estar usando esas mierdas de algodón —me reprendió—. Tú, amiga mía, te mereces algo sexy.

Todavía tengo ese brasier.

Cuando despertaba con pesadillas, Steffi arreglaba mi almohada y mis sábanas y me decía que respirara y que me imaginara algo grandioso. Que visualizara un futuro glorioso y feliz. Que eso llegaría, me lo aseguraba. Este dolor era temporal y pronto quedaría en el pasado.

Nunca le creí, pero de todas maneras me ayudaba a volverme a dormir con sus palabras.

Me enseñó que el jugo de naranja sin pulpa era el único que debía tomar. Que el desodorante no siempre tenía que oler a alcohol. Que podía oler a toronja y lavanda, si buscabas la marca adecuada. Que la pizza de costra delgada siempre era mejor que la de base gruesa. Que memorizar teoremas aparentemente aburridos de matemáticas valdría la pena, sólo para demostrar que lo podía hacer. Que reír con tanta fuerza como para vomitar era posible.

Que aprender a odiarme menos era algo que podía hacer en realidad.

Que el agua es mucho mucho más espesa que la sangre.

En el avión no puedo quedarme quieta en mi asiento. No sé si perderme en esos recuerdos o bloquearlos. Tal vez no tenga control en esa decisión.

Me impacta la pérdida que estoy a punto de enfrentar y mi respiración empieza a agitarse. Sabía que esto iba a llegar pero la realidad me golpea con una nueva intensidad.

Nunca volverá a existir otra Steffi.

El sufrimiento que ha tenido que vivir probablemente sea insoportable. No me queda claro cuánto dolor físico estará soportando y me imagino que debe de estar tomando muchos medicamentos, así que tal vez no está sufriendo tanto...

Aprieto los descansabrazos y me obligo a respirar hondo varias veces.

Seguro me estoy engañando a mí misma. Es probable que su dolor sea horrendo y considerarlo es una tortura para mí. También considero su angustia emocional, que seguro es mucho más intensa. ¿El dolor físico podría ser peor? No lo sé. No sé nada.

No hay ninguna respuesta tolerable en este momento.

No hay ningún pensamiento tolerable en este momento.

Todas las ideas que cruzan por mi cabeza se sienten inadecuadas o egoístas o desconsideradas o débiles.

No sé cómo hacer esto.

En una oleada de dolor, mi cuerpo se contrae involuntariamente con un sollozo y empiezo a llorar.

Antes de que Esben me vea, el hombre de negocios, ese que parecía tan frío a mi derecha, me pone una mano en la espalda. Esto me hace llorar más.

—Sácalo —me dice sin mirarme—. Sólo sácalo. Eso ayuda.

Pasa la página de su libro con una mano temblorosa y no me mira.

Entonces lo saco porque no puedo hacer otra cosa. Sollozo. El hombre no me quita la mano de la espalda, ni siquiera cuando me colapso en el abrazo de Esben que me consuela.

Para cuando aterrizamos en nuestra escala en Detroit, estoy agotada y cubierta de pañuelos usados. No sé cómo voy a lograr pasar todas las horas interminables que aún nos esperan, pero debo hacerlo.

De ahora en adelante, me digo a mí misma, no habrá espacio para lo que yo sienta. Nada. Lo único que importa es llegar con Steffi y darle lo que necesite.

Motociclistas y arranques

Cada segundo del vuelo me dolió. El descenso sólo fue un paso más hacia la muerte de Steffi, así que el cuerpo me temblaba cuando aterrizamos en Detroit.

Como algo en la terminal. Al menos eso creo. Esben fue por café, me parece, así que me limpio las manos y llamo a Steffi.

Me alivia que contesta casi de inmediato.

—Me convertiste en una celebridad.

—Ah, supongo que sí. Perdón por eso. Sólo así... Necesitábamos ayuda, Steff. Con las vacaciones de primavera y...

—Me encanta —me dice. Sé, por el tono de su voz, que está sonriendo, pero me sorprende la potencia de su voz—. Es genial. Yo... estoy siguiendo las publicaciones y los comentarios. Es increíble. Me veo muy sexy en esa foto.

Yo río.

—Sí. Siempre te ves sexy.

—No en este momento. No hagas caso de eso cuando me veas.

—Por supuesto —reviso la hora—. Nuestro vuelo a O'Hare sale pronto. Voy a colgar para ver cómo vamos a conseguir el siguiente vuelo. Te avisaré en cuanto encontremos uno, ¿está bien?

—Muy bien. Me muero de hambre. Tal vez Rebecca me consiga una hamburguesa de In-N-Out. Una hamburguesa grande y una malteada de fresa me caerían de maravilla. Le voy a decir.

—¿Tienes... hambre?

—Me muero de hambre. Dormí un rato y me estoy sintiendo mucho mejor. Tienes que ir al In-N-Out cuando llegues. Te va a encantar. Oye, ¿sabías que hay mucha gente etiquetándome en Facebook y Twitter? Muchos chicos del sistema de hogares temporales. Y millones de personas con cáncer que están animándome. Es una locura, ¿no? Me está encantando.

—Muy bien —le digo un poco confundida—. Oye, Esben ya regresó con el

café. Tengo que ver si ha sabido algo de Kerry.

—Está bien. Dile que gracias por hacerme famosa. Quiero fotografías de todo, ¿sí? Y video. Publica todo o al menos enséñamelo cuando llegues. No quiero perderme de nada. No puedo esperar a verte. Te quiero tanto y te he extrañado. Tienes que actualizarme y contarme cómo van las cosas con Esben, pero es obvio que van súper bien —está hablando tan rápido que casi no puedo seguir lo que está diciendo—. Oye, ¿me haces un favor? ¿Podrías ver si puede lograr que Colton Haynes me tuitee? Me encanta. ¡Ah, ah! ¡O Norman Reedus! ¡O Dave Grohl! ¡Ya sabes que me encantan los hombres mayores! Dios... ¿Te imaginas? Son tan sexys.

Vuelvo a reírme.

—Claro que sí.

—Bueno, me voy a pedir unas cinco hamburguesas. Bye, Allison. Hablamos pronto.

Cuelgo y miro a Esben.

—Vaya.

—¿Qué pasa?

—Algo está extraño. Steffi está... alegre. Voy a llamar a una de sus enfermeras.

—Abordaremos pronto así que sé breve.

Llamo a la enfermera de Steffi que se llama Jamie y me contesta casi de inmediato.

—Allison —me dice con calidez—. Steffi me dio tu número. No sabía si llamarte o no.

—Acabo de hablar con Steffi. Suena... llena de energía. Y hambrienta. Casi contenta, incluso. ¿Es una buena señal? Sé que no puede estar mejorando en realidad pero...

Escucho un silencio breve.

—Esto sucede a veces —me explica Jamie—. Lo he visto mucho. Los pacientes tienen un brote de energía. Se ponen un poco eufóricos. Como una descarga de adrenalina. Puede durar unas horas o incluso un día o más pero, no, lamento decirte que no es buena noticia. Es... es señal de que el fin está cerca.

—Ah. De acuerdo —digo y avanzo entumecida hacia la fila para abordar el avión.

—Pero, por el momento, se está sintiendo bien. Este arranque de energía se debe a que está muy emocionada por verte. Concentrémonos en eso. Es lindo verla tan contenta.

—De acuerdo —repito—. ¿Tú vas a cuidarla?

—Sí, te lo prometo. Rebecca y yo estaremos aquí toda la noche. A las dos nos importa mucho Steffi y estamos haciendo todo lo posible por que esté cómoda.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. Jamie, tengo que irme. Estamos abordando y llegaremos a Chicago como a las diez.

—Todos estamos siguiéndolos en línea. Lo van a lograr.

Colgamos y Esben y yo nos dirigimos a nuestros asientos en este segundo vuelo.

—Por favor, que haya Wi-Fi. Por favor, que haya Wi-Fi —va repitiendo Esben.

—¿Alguna noticia de Kerry o Jason? —pregunto y me recargo en la ventana.

Él toma la tarjeta informativa de la bolsa del asiento y esta vez sonrío.

—Todavía no. Pero sí tenemos Wi-Fi. ¿Por qué no intentas dormir un poco? Para cuando despiertes, te tendré alguna noticia.

Estoy demasiado cansada y estresada para discutirle, así que le doy mi café. No va a hacer otra cosa salvo quedarse en línea el resto del vuelo, así que necesita más la cafeína que yo.

—Estaría bien dormir. ¿Esben? —no puedo evitar sonreír—. A Steffi le gustaría que Dave Grohl y otras celebridades le tuiteen.

—¿Sí? —ríe—. Veré qué puedo hacer.

—Oye, y también...

—Dime, corazón...

Volteo a verlo a los ojos.

—Eres increíble.

Él me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—No. El mundo es increíble. Te dije que la gente es básicamente buena.

De verdad lo son.

—Yo no entendía... —me faltan palabras—. No podría siquiera haber predicho...

—Lo sé —me dice—. A pesar de todas las maravillas que he visto antes, esto es más que todo lo anterior. Tal vez es lo bueno que tiene toda esta situación.

—Sí —digo con firmeza—. Sí lo es.

Justo después de que el capitán anuncia que llegamos a la altura de crucero, me quedo dormida y duermo sin soñar, lo cual agradezco. Despierto cuando Esben me empieza a sacudir un poco. Ya aterrizamos.

—Escucha —me dice—. La sobrecarga está hablando sobre ti y Steffi.

Me froto los ojos. En la parte delantera de la cabina, una mujer está de pie y sostiene el micrófono. Me mira a los ojos.

—Esta canción va dedicada a Allison y Steffi. Amor y paz de parte de la aerolínea y de todos sus pasajeros. Estamos con ustedes.

Con suavidad y una voz hermosa empieza a cantar “Amazing Grace”.

Esben me toma de la mano y, juntos, escuchamos. Inhalo con fuerza cuando varios pasajeros empiezan a cantar también. Mi corazón se rompe y se eleva simultáneamente. El abrumador nivel de humanidad y cariño que muestra este grupo de desconocidos es inaudito. Porque sé que esto es importante, y porque sé que lo voy a querer ver después, le pido a Esben que lo grabe y él lo hace.

Al descender del avión, busco el baño más cercano y me lavo la cara con agua fría. No voy a llorar. No es el momento.

Cuando me estoy secando las manos, escucho que Esben me llama desde la puerta del baño de mujeres.

—¿Allison? Tenemos que irnos. ¡Ahora!

Me apresuro y empiezo a correr detrás de él sin preguntarle nada.

—Tenemos que llegar Midway. Está a unos cuarenta minutos de aquí —dice—. El vuelo sale en cincuenta y cinco minutos.

—Ay, no.

—Sólo tenemos que apresurarnos —me lleva entre los demás viajeros que van en la banda móvil y seguimos corriendo y esquivando personas—. Ya tenemos a alguien que nos puede llevar y creo que te va a gustar.

El aeropuerto es tan grande que es frustrante y siento que tardamos una eternidad en llegar al reclamo de equipaje. De pronto, Esben se detiene y busca entre la multitud

—¿Qué estamos buscando?

Sonríe y se agacha para recuperar el aliento y reír y luego señala.

—Dios, es una locura, pero allá.

Un hombre de traje y gorro negro de chofer sostiene un letrero con nuestros nombres.

—¿Una limusina? ¿Es un chofer de limusina?

Esto es una locura.

—Sí lo es —responde Esben—. En verdad lo es. Vamos.

El hombre nos saluda a ambos rápidamente.

—Soy Leon. El policía de la entrada me dio permiso de dejar el coche al frente, pero sólo me dio cinco minutos. Apúrense.

Salimos y llegamos a la limusina blanca en tiempo récord. Incluso cuando ya estamos saliendo del aeropuerto todavía no logro procesar lo que está sucediendo. Escucho música dance y siento que en verdad mis sentidos ya no pueden procesar más cosas. Veo asientos de cuero, luces de colores en el techo, dos botellas de champaña y... ligueros en los cuellos de las botellas.

—¿Leon?

—¿Sí, señora?

—¿Esta limusina? Eh... ¿estaba reservada para hacer otra cosa esta noche?

—Una despedida de soltera, señora. La novia le transfirió la renta a ustedes.

—Eso fue muy generoso de su parte —respondo—. ¡Por favor, agrádzcaselo!

Esben me pone el teléfono enfrente.

—Se lo puedes agradecer personalmente. Usó el hashtag de ti y Steffi para desearnos un buen viaje.

Respondo el tuit de la novia con una selfie dentro de la limusina. Su amabilidad es extraordinaria. A continuación, le mando a Steffi un video recostada en los asientos de la limusina.

¡En camino a Midway con mucho estilo!, escribo.

¡Carajo!, me responde. Acabo de leer de esto en línea. Apenas puedo seguir tantos comentarios. ¡Tómame un trago de esa champaña por mí!

—Entonces, ¿tenemos boletos para Los Ángeles? —pregunto.

Esben asiente.

—Sí. Una pareja muy amable. Simplemente... nos cedieron sus asientos. Sólo porque son increíbles —suspira con una especie de felicidad—. Si puedes creerlo, el piloto nos va a esperar en seguridad y nos ayudará a pasar. Pero no puede esperar mucho. Apenas vamos a alcanzar a llegar.

—No puedo creer que esto esté funcionando —sigo en shock.

—Lo sé. Yo tampoco.

Llevamos más de treinta minutos en el coche cuando Leon nos dice desde el asiento delantero.

—¿Señor? ¿Señora? Tenemos un problema.

El coche frena hasta detenerse. Vemos coches detenidos y sus luces rojas por todas partes.

Antes de que pueda decir algo, Esben ya está en línea. Termina de escribir y me ve.

—Reza un poco.

Luego abre el quemacocos del coche y se asoma.

—¿Qué estás haciendo? ¡Esben! —me pongo de pie también y miro el horrible congestionamiento en la calle—. Dios. No. No, no ahora. Por favor.

—Vamos, vamos, vamos —repite Esben, que está viendo los coches detrás de nosotros.

—¿Qué haces? Estamos atorados. Estamos atorados —me froto la cara—. Tendremos que... tendremos que esperar a que haya un vuelo más tarde.

—Es el último de esta noche.

—Ay, dios.

—Llegaremos —dice él con terquedad—. Sólo... sólo espera.

Los coches detrás de nosotros se me confunden y se convierten en uno. Esto ya terminó. No llegaremos con Steffi. El sonido de las bocinas de los coches es ensordecedor y el mar infinito de luces es deprimente. Escucho el rugido de una especie de motor, pero no me importa lo que sea.

—¡Ahí! —grita Esben emocionado—. ¡Ahí!

Miro sorprendida cómo llegan cuatro motociclistas de aspecto rudo y se detienen junto a nosotros.

—Ustedes deben de ser Allison y Esben. Nos enteramos de que necesitaban que alguien los llevara.

Los tipos se ven como de cincuenta y tantos años, todos con barbas canosas, pantalones de mezclilla y cuero, botas pesadas y mascaradas anudadas en las cabezas. Con tatuajes por todas partes. También traen lentes de sol a pesar de que es de noche.

—Vaya, pues —dice Esben.

—Definitivamente tienes que publicar esta locura —digo riendo—. Steffi no nos lo perdonará si no lo hacemos.

—¿Vienen o no? —pregunta el primer motociclista y nos entrega un casco.

—¡Vamos! —respondo y me agacho—. Gracias, Leon. Muchas gracias.

Abro la puerta y camino hacia el motociclista que hace sonar su motor. Miro a Esben y, divertida, veo que mueve la cabeza con un gesto de aceptación.

—¿Todo listo? —me pregunta con voz ronca mi nuevo conductor—. Sostente fuerte, linda. Vamos a ir por el acotamiento. Las cosas podrían ponerse intensas.

Me subo a la motocicleta y me sostengo de la cintura inmensa del hombre.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas?

—No importa —dice y vuelve a hacer sonar el motor—. Vámonos.

Siento que una oleada de temor me recorre las venas y cierro los ojos por un momento. Vamos, sin duda, a toda velocidad, pero me consuela ver que mi conductor obviamente tiene el control absoluto de su motocicleta mientras pasa volando junto a los carros detenidos. Sin estos motociclistas nunca llegaríamos a Midway. Nunca.

Justo cuando pasamos la zona donde parece estar liberándose el tráfico, no vemos señales de un accidente ni nada, sólo un congestionamiento inexplicable, escuchamos una sirena a nuestras espaldas.

—¡Allá vamos! —grita el motociclista triunfal y acelera—. Sostente bien, jovencita. ¡Sostente!

Ay, díos m o.

Un policía en motocicleta nos está siguiendo.

Damos una vuelta y pronto alcanzamos a ver la entrada del aeropuerto. Nos detenemos y la sirena del policía todavía se alcanza a escuchar pero se quedó atrás.

—¡Vamos! —me grita el motociclista—. ¡Ve, ve, ve!

Me bajo a toda velocidad de la motocicleta y antes de poder siquiera quitarme el casco, él ya se fue.

Sigo parada en la acera en el área de salidas del aeropuerto y Esben me toca el hombro.

—¡Tenemos que movernos, Allison! ¡Ya!

Me doy la vuelta y corro con él hacia la terminal. No tenemos tiempo de pensar en lo que acaba de suceder y apenas llegamos a nuestro vuelo al aeropuerto de Los Ángeles. Después de aterrizar, nos recoge un chofer de Uber que no está trabajando y nos dirigimos a toda velocidad a Cedars-Sinai. Es demasiado. Tal vez estaba esperando en secreto que surgiera otro problema para posponer lo inevitable, pero ya llegamos. Siento que me invade la tristeza.

Después de horas y horas de caos, hemos llegado. El coche se detiene en la entrada y me siento tan conmovida por lo que veo que me quedo sin palabras.

Hay al menos unas treinta personas en la puerta. Algunas tienen velas, otras tienen letreros de #ALLISONSTEFFI o de #QUESEJODAELCÁNCER o de #MEJORESAMIGAS. Algunos tienen flores, animales de peluche o globos. Están en silencio y se portan tan dulces e irradian tanto amor que casi no sé qué hacer cuando paso entre ellos. Me abrazan y me dicen palabras de consuelo. Principalmente están formando un círculo de serenidad. Estas personas están aquí para evitarle a Steffi todo el dolor que puedan.

—¿Podrías tomar una foto de esto para Steffi? Creo que le gustaría verlo —digo casi enmudecida por la emoción.

El amor que nos ha demostrado el mundo hoy es incommensurable. Y nadie quiere agradecimientos. Nadie quiere atención por su contribución para que llegáramos aquí. Todas y cada una de las etiquetas que he visto hoy están impulsadas sólo por un gran corazón. Me tambaleo un poco al caminar.

—Toma una foto —repito.

—Por supuesto —dice Esben—. Esto es hermoso.

Cuando entramos por las puertas principales, intento prepararme para ver pronto a Steffi.

Sin embargo, no estoy lista para ver a las dos personas que me llaman por mi nombre en la sala de espera. Cuando llegan con nosotros mi respiración es agitada, llena de rabia, de una furia por el dolor del pasado que casi soy incapaz de controlar.

—¿Qué demonios están haciendo aquí? —les escupo—. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo se *atreven*?

—Allison —dice la mujer con lágrimas en los ojos. Me queda claro que tenía la intención de abrazarme pero mis palabras la frenan—. Leímos sobre Steffi en línea. Estábamos de casualidad en San Diego. Obviamente vinimos para acá de inmediato.

—Teníamos la esperanza... —empieza a decir el hombre.

—¿Qué esperaban? ¿*Exactamente* qué esperaban lograr, eh? —casi estoy gritando.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —pregunta Esben y me toca el brazo con preocupación.

—Son Cal y Joan Kantor —digo y les lanzo una mirada llena de veneno.

—¿Los padres temporales de Steffi? —pregunta él incrédulo.

—Sí. Los que la echaron cuando cumplió dieciocho años —digo con palabras heladas.

—Espera, ¿qué? —dice Cal—. ¿Eso te dijo ella?

Joan se lleva la mano a la frente. Se ve tan alterada como yo me siento.

—Ay, Cal...

Su esposo la toma de la mano y hace un esfuerzo por controlarse antes de hablar.

—Allison, eso no es lo que ocurrió. Para nada...

—¿Qué quieres decir? —el estómago se me va a los pies cuando empiezo a atar cabos.

—No corrimos a Steffi —dice él intentando no llorar—. Nunca habiéramos hecho algo así.

—A mí me dijo... —no lo puedo creer. Pero al mismo tiempo sí—. Me dijo que ustedes no la quisieron. Que no la querían a largo plazo. Que no había funcionado.

—Dios —dice Joan y niega con la cabeza.

—Estaba asustada —digo en voz baja cuando empiezo a entender lo que ocurrió en el pasado—. Estaba demasiado asustada para confiar en ustedes. ¿Eso fue, no? Ay, Steff...

—Debimos haberlo supuesto —dijo Joan con la voz llena de dolor—. Maldición, debimos haberlo supuesto. Pero ella fue muy clara, muy decidida y fuerte. Fue amable al decirnos que no quería que la adoptáramos pero fue muy clara. Queríamos respetar sus deseos pero intentamos convencerla. Hicimos todo lo posible, pero...

Yo intervengo.

—Pero no es posible convencer a Steffi de nada que no quiera hacer. Y ella nunca quiere depender de nadie. No *puede*. Sé esto bien. Debí haber supuesto que este comportamiento se extendería a Cal y Joan.

Cal asiente.

—Sí. Allison, nosotros la queríamos y la seguimos queriendo. La consideramos nuestra hija —su rostro se contrae de dolor—. Siempre, siempre será nuestra hija.

Doy un paso al frente.

—Lo puedo ver. Les creo.

Devastada. Estoy devastada porque ahora veo que existe otro estrato de tragedia en la enfermedad de Steffi.

Hasta la luna y de regreso

Las enfermeras, Rebecca y Jamie, son amables. Muy dulces. Me queda claro que han pasado por situaciones similares antes. Así que hacen lo posible para prepararme antes de que entre al cuarto. Escucho algo sobre lo delgada que está Steffi, sobre el color de su piel, que será extraño. Sobre las máquinas, los sonidos y los monitores. Sobre el poco tiempo que queda, cuestión de horas. Cuando las presiono para que me den una respuesta, Rebecca me lo dice. Ha visto suficientes pacientes como para saberlo y cree que será pronto. Entre cuatro y diez horas.

Esben espera en el pasillo, sentado en una silla incómoda.

—Estaré aquí todo el tiempo que haga falta.

Sé que lo hará y es el único consuelo que me queda.

Cal y Joan están con él. No estoy segura de cómo decirle a Steffi que están ahí, pero supongo que me las ingeniaré.

Jamie abre la puerta y me acompaña al interior. Al salir, me dice:

—Estaré afuera por si necesitas cualquier cosa.

—¡Allison! —grita Steffi a un volumen y con una alegría que me aterrorizan.

Está sentada en la cama, rodeada de envolturas. La habitación huele a hamburguesas y papas fritas.

Hago lo posible por no dejarla ver mi reacción, porque la chica que está frente a mí se ve radicalmente distinta a la que apareció frente a mi dormitorio el otoño pasado. Está muy muy delgada y su piel se ve grisácea. Su cabellera, antes abundante y rubia, está aplanada contra su cabeza, lacia y apagada. Veo ojeras donde nunca antes las había.

Todo en ella se ve mal pero de todas maneras me encanta ver a mi mejor amiga. Siempre será Steffi, sin importar las circunstancias.

—¡Ven acá! —me llama—. Dios, no puedo creer que lo hayas logrado. ¿Fue un día de locos, verdad?

Es media noche pero ella está completamente despierta y con energía.

—Un poco —le digo intentando sonar como un ser humano normal—. Pero haría lo que fuera por ti.

—¡Sabía que lo lograrías!

Cruzo la pequeña habitación y me acerco para abrazarla. Ver lo débil que luce Steffi es difícil de soportar y no sé si la estoy abrazando con demasiada fuerza. Sin embargo, ella me sostiene con más fuerza de la que yo anticipaba, así que le respondo. Se siente increíble abrazarla después de todos estos meses, en especial después de que pensaba que no la iba a volver a ver.

Me da varias palmadas en la espalda hasta que me siento en la silla al lado de la cama.

—Ahora cuéntamelo todo. Cuéntame sobre ti. Sobre ti y Esben.

Es difícil no sonreírle, porque su entusiasmo es tanto, y es típico de Steffi querer hablar de mí cuando ella es la que está en crisis.

—¿Qué quieres saber?

Steffi arquea la ceja como sólo ella sabe hacerlo, haciendo un arco muy alto y ojos maliciosos.

—¿Ya sucedió?

—¿Qué?

—¿Ya te acostaste con él?

Dice estas palabras a un volumen tan alto que volteo a ver si alguien escuchó afuera de la habitación. Jamie está haciendo un esfuerzo por no reír.

—Bueno...

—Tengo poco tiempo, niña. Escupe...

—Sí.

—¿Y?

—Y... es increíble. Él es increíble.

—Esben es tan genial como yo pensaba, ¿verdad? —dice ella con alegría—. Tenía razón sobre él, ¿no?

—Sí tenías razón. Mucha razón.

Durante más de una hora me obliga a contarle todo lo que ha sucedido. Así que le cuento sobre Esben y la escuela y Simon. Sobre los paquetes que me envía Simon, sobre lo que está sucediendo con Carmen, Kerry, Jason y Danny.

Le cuento muchas cosas sobre mi nuevo mundo que no le he contado y le digo que desearía que fuera parte de eso, que pudiera ser parte de eso.

Me está costando trabajo mantener controlada mi respiración. Algo sobre esta conversación cotidiana hace que estar en este sitio sea más atemorizante. Miro a Jamie y ella asiente para tranquilizarme. Sólo debo permitir que las cosas fluyan, eso es lo que me está diciendo.

—¡Ah! ¡El brazalete! —dice Steffi—. ¡Déjame verlo! —toma mi mano y ahoga un grito—. Está increíble. Lo hizo muy bien. Está aquí, ¿verdad? ¿Dónde está? —mira por encima de mi hombro—. Sé que me veo fatal pero ¿oye? Estamos en el hospital. No le va a importar, ¿verdad? Además, no me has dicho nada sobre mi blusa. Es obra de Simon, por supuesto. De alguna manera logró que me llegara hoy.

No me había dado cuenta pero bajo la mirada y sonrío. Tiene puesta una blusa roja con el logotipo de la Mujer Maravilla en el frente. Es perfecta.

—Me dejaron quitarme esa horrenda bata de hospital. O bata de *hospicio*, si vamos a ponernos técnicas. Porque eso es básicamente lo que es este lugar. Qué deprimente, ¿no?

No sé cómo contestarle. No sé cómo hacer esto. Pero Steffi sigue hablando, así que tengo otro momento para recuperar la compostura.

—Entonces, ya en serio, ¿dónde está Esben? Quiero ver todos los videos y las fotografías que tomó. ¿Por qué no ha publicado más? He estado siguiendo todo en línea. Oye, eso de la limusina estuvo de locura. No puedo creerlo. No puedo creer nada. Sólo me separé de internet para comer. Vas a ir a In-N-Out mañana, ¿verdad? Prométemelo.

—Te lo prometo.

—¿Dónde está Esben? —vuelve a preguntar—. Quiero ver más.

Su emoción me hace reír.

—Voy por él.

—¡Sí!

Camino a la puerta con cautela y nerviosismo.

—¿Esben? Steffi quiere que entres. Para ver las demás fotografías y videos que tengas.

—¿En verdad? —está tan sorprendido como yo—. Está bien. Sí. claro.

Me sigue a la habitación y veo que Steffi le clava la mirada. Está silenciosa, esperando hasta que él llega a poner una silla a mi lado. Steffi se recarga en la cama y lo mira.

—Esben —dice con voz suave y extiende la mano.

—Steffi —dice él y le toma la mano.

—Me da gusto verte —está más callada, más tranquila—. Enséñame. Enséñame las fotos de hoy. Quiero ver... —Steffi respira un poco agitada y me alarma— todo. Y tienes que publicarlo todo. Éste es mi momento, ¿no? —dice con una sonrisa.

—Claro. Lo que tú quieras.

Esben sostiene el teléfono y le muestra las fotos y los videos. Ella hace muchísimas preguntas y él se las contesta todas. Cuando llega al video de la sobrecarga cantando, Steffi extiende la mano a su lado pero no estoy segura de qué quiere.

—¿Steffi? ¿Qué pasó? —le pregunto.

Jamie está junto a Steffi en un instante.

—Sólo necesita algo de oxígeno. Es todo. Está bien.

Se mueve rápidamente y le pone una máscara de oxígeno a Steffi.

Yo aprieto la mano en la pierna de Esben.

Steffi levanta un dedo, pidiéndonos que esperemos un minuto. Yo asiento y le pongo la mano en el hombro para indicarle que tome todo el tiempo que necesite. La mirada nerviosa que le lanza a Jamie me asusta muchísimo pero conservo mi expresión tranquila. Como si fuera normal que mi mejor amiga, la que me ha mantenido viva, necesite ayuda para respirar.

Sólo es cuestión de segundos, unos cuantos momentos de inhalar y exhalar, y luego Steffi asiente. Se levanta la mascarilla por un segundo.

—Muéstrame más.

Esben parece cauteloso cuando le digo:

—Muéstrale a la sobrecarga. La canción.

—¿Sí? Está bien. ¿Segura?

—Sí. Le va a encantar —Steffi y yo sabemos que se está muriendo. Que el momento está cerca. Y esta canción y su melodía hechizante no la van a hacer más consciente de algo que ya sabe.

Steffi se vuelve a poner la mascarilla de oxígeno sobre la boca y mira. A mitad del video, extiende el brazo. Le tomo la mano. Ya no la soltaré. Lo que la tenía tan emocionada, la adrenalina que la estaba impulsando, ya desapareció.

Todo irá en bajada a partir de ahora.

—“Amazing Grace”. Me encanta... esa canción. Tiene una voz muy bonita —las palabras de Steffi apenas se alcanzan a oír detrás de la máscara pero de todas maneras la oigo—. Tanta gente amable.

—Le importas a todos —le digo.

Ella voltea y puedo ver la sonrisa en su mirada.

—Prepárate para esto —digo con todo el ánimo que logro reunir—. No lo vas a creer, en serio. Esben, muéstrale lo que sucedió entre O’Hare y Midway.

Durante unos minutos, Steffi mira aunque los ojos se le están empezando a nublar. Es algo sutil, muy sutil, pero lo noto.

—¿Una motocicleta? ¿Te subiste a una motocicleta? —se levanta la máscara para hablar.

—Ya sé. Increíble, ¿no? Fue genial —más actitud positiva fingida—. Estuvo de locura.

—Allison lo manejó mucho mejor que yo —agrega Esben.

Steffi pone su otra mano sobre la de Esben y respira hondo unas cuantas veces. Luego baja la máscara y le habla a él.

—¿Esben?

—¿Sí?

—¿La amas? —pregunta.

Esben sonrío para tranquilizarla.

—Sí.

—Lo sabía. Pero es bueno escucharlo. Muy bien —vuelve a tomar un tiempo para respirar—. Gracias. Gracias. Esto... esto lo hace más fácil. ¿Allison?

—Sí, nena. Dime.

—Me duele. Dios salve a la reina, me duele.

Sonreiría si pudiera, pero no puede.

—Dios salve a la reina —repito—. Dios salve a la reina.

—Yo, eh... —cierra los ojos un segundo—. Ya estoy lista para que esto termine. De verdad estoy lista.

—Lo sé.

—Lo siento. Por lo que hice.

—No hay nada de qué disculparse. Sólo hay amor.

Ella asiente.

No sé cómo decirle lo que tengo que decir pero es el momento.

—Hay otras personas aquí que quieren verte —le digo con suavidad.

Ella voltea lentamente pero no dice nada.

—¿Esben? ¿Podrías...?

No puedo apartar la vista de Steff pero lo veo darle un beso en la mejilla.

Esben sostiene el beso por tanto tiempo que sé que se está despidiendo. Y su despedida es muy importante porque Steffi sabe cuál es mi conexión con él y lo que ha hecho para que yo esté aquí. Siento un dolor extraordinario que permanece en mi corazón pero lo bloqueo. Dejaré que me duela después.

Ciega ahora porque no puedo ver entre las lágrimas, escucho que la puerta se abre y se cierra y luego unos pasos. Sé que Cal y Joan están en la habitación.

—Son personas que te aman —le digo. Parpadeo para intentar despejar mi vista—. Por favor no te molestes conmigo.

Una oleada de emoción le recorre el rostro pálido y levanta una mano para taparse los ojos.

—Te aman —le digo—. Todo está bien. Te aman. Quieren estar aquí contigo.

Steffi empieza a sentir pánico y se mueve buscándome. Luego se arranca el oxígeno.

—Están locos —empieza a llorar—. Están locos, ¿no?

—No, no, no —le respondo y le vuelvo a poner la máscara—. Escúchame. Escúchame con atención. No. Ellos te aman. Tú eres su hija. Ellos son tus padres. Y están aquí.

Sus ojos lagrimean tanto que el corazón se me hace aún más pedazos. Pero ella asiente y, detrás de las lágrimas, puedo ver un tremendo alivio. Puedo ver paz.

—¿Steffi? —dice Joan del otro lado de la cama.

—Eres nuestra dicha —dice la voz tranquila de Cal, más estable de lo que debía estar.

Steffi voltea.

Nadie se mueve pero, entonces, con un gran esfuerzo, Steffi acerca un brazo a ellos. Ambos se sientan y se recargan en la cama para estar lo más cerca de ella posible.

Joan sonríe.

—Te amamos, ¿lo sabes? Te amamos.

Steffi empieza a protestar y busca algo junto a la cama. Jamie de nuevo se pone de pie y le entrega algo.

—Es morfina —nos explica Jamie en voz baja—. Steffi puede presionar el botón cada vez que necesite algo para el dolor.

Cuando veo que Steffi presiona el botón tres veces, me es imposible seguir viendo y es imposible no sentir que me están arrancando el corazón y el alma del cuerpo.

—Siento mucho lo que hice —dice Steffi con voz ronca.

—No —responde Cal negando con la cabeza—. No hiciste nada malo. No debes disculparte.

Le toma un rato responder, pero Steffi asiente.

Joan está alterada pero lo oculta bien.

—Sabemos que estás disculpándote en tu mente. No lo hagas, ¿de acuerdo? Estamos ya todos juntos y eso es lo importante. Somos tu mamá y tu papá y siempre lo hemos sido. Nunca has estado sin nosotros y nunca lo estarás. Es muy sencillo.

La sonrisa de Steffi es lo más grande que puede ser en este momento y Cal y Joan se acercan para abrazarla. Sólo entonces me percato de que tiene un catéter en el brazo, probablemente para la morfina.

Siento como si debiera salir de la habitación para darles un momento a solas, pero sé que no queda mucho tiempo y no me atrevo a salir. Además, Steffi está sosteniendo mi mano con debilidad pero sin soltarme. Así que me quedo.

Durante un rato largo sólo nos quedamos sentados con ella. Luego se quita

la máscara de oxígeno.

—¿Joan? ¿Recuerdas las... cortinas que pusiste en mi recámara? —es obvio que le cuesta mucho trabajo hablar—. Transparentes. Blancas. Con estrellas.

Joan toca el rostro de Steffi.

—Sí las recuerdo.

—Me encantaron. Hiciste algo... tan amable. Por mí —el rostro de Steffi no cambia pero todos sabemos que está recordando algo agradable—. Eran muy bonitas.

—Me alegra que te hayan gustado —Joan suena tan maternal que me duele el corazón—. Tenemos tus fotografías por todas partes en la casa. Y tu recámara sigue siendo tu recámara. No la hemos tocado.

—Lo siento mucho —dice Steffi que ya está más débil—. Siento mucho no haber sido mejor. No haber sabido... —se ve agitada, lo más que puede estar en este momento—. Debí haber dicho que sí. Debí haberlos elegido a ustedes.

—No —la voz de Cal transmite tan sólo gran sinceridad y amabilidad—. No. Hiciste lo que pudiste. Tomaste una decisión que pensaste era la correcta en ese momento y nadie puede culparte por ello. Entendemos por qué no podías confiar en nosotros. Joan y yo lo entendemos —se pasa un dedo debajo de los ojos—. Eso no importa. Lo que importa es que somos una familia, ¿está bien? —se obliga a sonreír—. ¿Entiendes que te adoramos? ¿Que eres nuestra hija? Porque es verdad.

Un nuevo nivel de comprensión y aceptación la llena. Lo puedo ver. Puedo ver que Steffi acepta su amor.

—Gracias —dice Steffi y se acomoda un poco. Es obvio que siente dolor—. Los quiero a ambos también. De verdad.

Presiona el botón de la morfina.

Cuando se acomoda y me mira, yo me doy cuenta de que estoy pasando a otro estado emocional, a un nuevo tipo de paz, a un puerto donde no hay nada salvo nosotras dos. La habitación estéril, monótona y aterradora del hospital se desvanece en la nada.

Está a punto de suceder.

Me subo a su cama y me acuesto a su lado. Ella siempre me ha abrazado a

mí pero, esta noche, yo la abrazo a ella.

—Allison...

—Está bien, Steffi. Todo está bien.

—Antes de que lo olvide... hay unas cosas que tengo que decirte. Cosas finales.

En mi interior, grito. Me resisto a esto. Pero no le permitiré que lo escuche.

—Lo que sea.

—Mis cenizas. No quiero... —lucha por respirar—. Pedí que me cremaran. Pero no quiero estar en una urna horrenda. ¿Está bien? Esparce mis cenizas en el mar.

—Haré lo que quieras —sin emoción, me concentro en lo práctica que tengo que ser en este momento—. ¿California o donde sea? —le toco el cabello—. Simon y yo iremos a Cape o al Vineyard en el verano. ¿Eso te gustaría?

Hay una pausa larga.

—En el Vineyard. Eso está perfecto.

—Entonces eso haremos.

—Y...

—Y Cal y Joan pueden venir con nosotros, sí —le digo para que no tenga que decirlo ella—. Sí.

—Por supuesto —dice Cal.

Ella me aprieta un poco la mano.

—Esben.

—Él también —le confirmo.

—No estén... tristes. ¿De acuerdo?

Steffi me mira con esperanza.

—No, no estaremos tristes ese día, mi niña hermosa —responde Joan cuando yo no puedo—. Celebraremos toda la dicha que nos trajiste a todos. Será un día de celebración, no de lágrimas.

Steffi se ve en paz al escuchar esas palabras y los ojos empiezan a cerrársele.

—Después de esto. Cuando no esté. Estarás bien, ¿verdad?

—Sí estaré bien —le prometo—. No te preocupes por mí. Por favor, no lo

hagas. Te extrañaré por siempre pero lograré superarlo. Me dijiste que fuera valiente y puedo hacerlo.

—¿Me lo prometes?

—Sí —odio mentirle pero lo tengo que hacer—. Lo único que importa ahora es que te amo. Y confía en que soy fuerte. Es hora de que tú confíes en eso, ¿de acuerdo? Steffi, eres mi corazón y siempre te voy a amar. Hasta la luna y de regreso. Eternamente y para siempre.

Ella respira con la mascarilla un rato.

—Estoy tan cansada... ¿Allison? Sólo quiero dormir un poco —dice tras la mascarilla con el flujo de oxígeno—. ¿No te importa?

—Duerme todo lo que quieras.

Lentamente voltea a ver a Cal y Joan y luego de nuevo a mí.

—¿Estarás aquí cuando despierte? Lo siento tanto... Necesito dormir un poco.

—Aquí estaremos cuando despiertes —porque debo ser una roca en este momento, no lloro al decir esto—. Aquí estaremos. Así que duerme, Steffi. Sólo duerme. Y sueña con maravillas hermosas.

Steffi sonríe un poco, luego se toca la máscara y yo la levanto.

—Vinieron mi mamá y mi papá —dice en un susurro.

—Sí, vinieron —le digo.

Estoy presionada contra ella y sé lo que significa que las enfermeras de Steffi no me muevan de mi posición. Cal y Joan están doblados sobre la cama, su amor como una manta, fluyendo suavemente sobre ella, alrededor de ella.

Steffi está tan desgarradoramente débil ya.

—Te amo... luna y de regreso.

Duerme y despierta a medias demasiadas veces. Pero principalmente, no es consciente de las siguientes horas que pasan y eso es todo lo que puedo pedir. Odiaría que todavía tuviera que estar consciente. *Ella* odiaría estar consciente. Así que Cal, Joan y yo nos quedamos a su lado. Eso es todo lo que podemos hacer.

Cuando no puede, le acomodo la máscara del oxígeno.

Cuando no puede, yo presiono su morfina todo lo que es posible.

Cuando no puede, le hablo y le digo que no tiene que hablar. Le digo que lo

sé y lo siento todo. Y que ella también debe sentirlo. Que está bien ya no hablar. Que es mi amiga eterna. Que es la hija eterna de Cal y Joan.

Durante un rato sólo duerme y respira. Luego, al fin, duerme y no vuelve a despertar.

Me alegra que no esté al final. Que no esté despierta para los momentos previos a su muerte.

Y cuando suena el monitor, cuando deja de respirar, Joan, Cal y yo estamos abrazándola.

No deja este mundo sola.

Deja el mundo entera.

El mundo cambió

Acaban de dar las ocho de la noche y despierto en un cuarto de hotel, desorientada y entumecida. Dormí intensamente y sin soñar y me toma unos cuantos minutos recordar dónde estoy y lo que ha sucedido.

Debería estar llorando, sintiendo algo. Pero estoy totalmente vacía. Es una especie de dicha retorcida encontrarme en este estado. Debe de ser algo mal entendido e ilusorio, lo sé, pero es una bendición.

Esben está en un sillón pequeño. Se ve agotado revisando su teléfono. Levanta la vista cuando me quito las cobijas de encima y me siento en la cama.

—Hola. ¿Cómo estás? —viene a sentarse a mi lado—. Pregunta tonta, perdón.

—No te preocupes —le digo y me tallo los ojos—. Voy a darme una ducha. ¿Tienes hambre? Yo me muero de hambre. Deberíamos comer algo.

—Claro —trata de tocarme la pierna pero yo me alejo—. Lo que tú quieras.

—Se supone que hoy tenemos que ir a In-N-Out Burger. Se lo prometí —digo rápidamente.

—Está bien. Entonces eso haremos.

Camino al baño y cierro la puerta. Me quito la ropa y veo el montón que se forma en el piso. Decido que tengo que quemar toda esa ropa al llegar a casa. Mi ropa y mi cuerpo huelen a muerte y no traje ningún cambio de ropa. A fuerza de obligarme a hacerlo, me paro derecha y me miro en el espejo. Quiero tener una idea de cómo me veo, una base a partir de la cual debo empezar a subir. Me sorprende mi reflejo. No parezco yo, y no sólo por mis ojos hinchados y el cabello despeinado. No me veo como yo. Tal vez nunca volveré a verme como yo. No después de anoche.

Las losetas en la ducha se sienten extrañas, el agua que cae sobre mí se siente demasiado fuerte y el olor del champú y del jabón me provoca arcadas.

Todo está mal. Todo, lo sé, siempre estará mal.

Pero estar consciente de eso no me alarma. Es un hecho. Algo absoluto. Así que, cuando termino de ducharme y me visto con mi ropa corrompida, lo hago con calma.

Cuando salgo del baño, Esben me sonríe un poco.

—¿Estás lista? Hay como seis lugares muy cercanos al hotel.

—No me importa. Cualquier lugar está bien.

Apenas me sequé el cabello con la toalla y el agua me escurre por la espalda.

—De acuerdo. Salgamos y veamos en qué dirección se ve mejor —mueve el teléfono frente a mí—. El tipo que nos dio esta habitación de hotel escribió para confirmar que todo estuviera bien. Dijo que podíamos ordenar algo a la habitación o lo que quisiéramos. Si quieres desayunar en la mañana...

—Esben —le digo con expresión neutra—, fue muy amable de su parte. Por favor dale las gracias de mi parte. Pero... —inhalo exhausta. Apenas tengo la energía para salir de esta habitación y ciertamente no tengo la energía para conversar—. No quiero hablar, lo siento. Vamos a terminar con esto de la hamburguesa.

Él asiente.

—Está bien. Entiendo.

El patrón de la alfombra del pasillo parece estarme gritando, así que miro directamente al frente mientras caminamos. Hay espejos en el elevador y de nuevo pienso en lo completamente distinta que me veo. Esben también me parece casi un desconocido. Sé que está mal, pero no siento ningún impacto emocional en estas revelaciones, sólo acepto la verdad que he descubierto.

Todo el mundo cambió. *As que, allá vamos. Eso es todo.*

La caminata corta en el exterior se siente ardua, como si estuviera corriendo el último kilómetro de un maratón y no caminando unas cuantas cuadras. Pedimos hamburguesas y malteadas y como sin sentir su sabor. Esben está callado y se lo agradezco. Una parte de mí reconoce que estoy hecha un zombi en este momento y que estoy actuando extraño, pero otra parte de mí quiere sumergirse más en esa nada.

Las bancas y la mesa son duras e incómodas. Arrugo los papeles de la

comida y el sonido hace que me duelan las orejas. Me duele la fatiga.

—Me gustaría regresar a la cama.

Esben se ve triste y preocupado y probablemente no sabe cómo tratarme. Me gustaría poder decirle que no se sienta así. Que estoy bien porque ahora yo misma estoy medio muerta y no siento gran cosa. Pero me tomaría demasiado tiempo expresar esas palabras. No estoy segura siquiera de cómo regreso a mi cama.

Pero lo logro de alguna manera. Me meto a la cama con la ropa puesta y luego empiezo a estirar neuróticamente las cobijas. *No he perdido mis habilidades. Puedo separar en compartimentos, apagar y protegerme como siempre lo he hecho.* La alternativa sin duda me conducirá hacia un remolino de dolor pero estaré bien porque de cierta manera logré reconstruir mis muros en cuestión de horas. Eso me hace sonreír. Estoy a salvo.

Cierro los ojos y me quedo dormida de inmediato.

A las cinco de la mañana del domingo, despierto y sé en ese instante que no voy a volverme a dormir. Es una pena porque dormir es un escape bastante maravilloso de la vida. Esben está profundamente dormido y espero que pueda dormir hasta tarde. Se mueve un poco cuando le beso la mejilla pero, por suerte, no despierta. Sé que lo amo y me gustaría poder sentirlo en este momento, pero el corazón vacío es uno de los resultados de mi armadura protectora.

Necesitamos conseguir vuelos de regreso y no tengo motivos para no empezar con eso, así que tomo mi teléfono para entrar en línea. Para mi alivio, la huelga de las aerolíneas terminó a la media noche de ayer. *Por supuesto.* Un día antes hubiera sido bueno. Una búsqueda rápida y encuentro varias opciones de vuelo para esta tarde.

Aunque todavía tengo incontables personas por agradecer en las redes sociales, la idea de entrar a Twitter o Facebook es intimidante, así que dejo el teléfono en mi bolso. En la bruma de anoche, le pedí a Esben que publicara que todo había terminado y que Steffi ya no estaba sufriendo. Las respuestas serán demasiado difíciles de leer en este momento.

Luego recuerdo algo.

Yo tengo el teléfono de Steffi.

Su enfermera, Rebecca, me lo dio, creo. Busco robóticamente en mi bolso hasta que lo encuentro. Doy gracias por los segundos que tarda en encenderse porque tengo la oportunidad de respirar y prepararme. No sé para qué. Es sólo su teléfono, pero es de ella y se siente como algo monumental. Toco el icono de internet para ver qué fue lo último que vio. Es imposible no reír al ver una página de Amazon que confirmaba que enviaran sus compras a las chicas de su antiguo departamento: un barril de dinosaurios pequeños de juguete, unas toallitas húmedas para hemorroides y una guía turística de las carreteras secundarias de Arkansas.

En su álbum de fotos hay imágenes de su viaje cuando me visitó en el otoño y las veo rápidamente porque me niego a perderme en las imágenes de una vida que ya no existe. No lo haré ahora y tal vez nunca. Miro sus mensajes de texto. Espero que haya tenido amigos que la apoyaran, que no se haya cerrado por completo. Mis mensajes están hasta arriba y luego veo otros que obviamente son textos de doctores para confirmar citas, pero luego me detengo porque otra cosa llama mi atención.

Un nombre. Un nombre que es tan conocido para mí que ni siquiera lo noté al principio.

Esben Baylor.

El corazón me late con fuerza cuando abro la conversación.

Veo los últimos mensajes que son apenas de hace unas semanas. ¿Estás seguro de que está bien?, pregunta Steffi. ¿Me lo prometes?

Lo está, de verdad. Esto sigue siendo difícil, obviamente, pero de verdad está bien. Le tomó un tiempo después de la llamada pero Allison es fuerte.

Regreso a una parte previa de la conversación. Es del día de Navidad.

¿Allison está pasando bien la Navidad?, le pregunta Steffi a Esben. ¿La vas a ver esta noche? ¿Qué le diste? ¿Qué te dio ella? ¿Te encantó conocer a Simon?

Esben le responde con un texto largo y detallado. Le cuenta a Steffi todo lo que podría querer saber sobre las vacaciones de invierno hasta ese momento. Le dijo lo bien que me veía con el suéter rojo que Simon me compró, sobre la situación con el postre, Christian y su baile, nuestros planes para el Año

Nuevo..., todo.

Regreso de nuevo a la conversación. Hay una fotografía del brazalete que me compró y le pregunta a Steffi si me gustaría.

Las palabras se ponen borrosas frente a mí y cierro los ojos por un momento. Cuando los vuelvo a abrir me voy hasta el principio de la conversación.

Me toma una hora leer todos los mensajes de Esben y Steffi. Lo que leo hace pedazos lo que me queda de corazón.

Esben despierta después de las diez de la mañana y yo sigo congelada en esta silla. Mi rabia y mi tristeza han tenido varias horas para esparcir su veneno en mi corazón.

—Hola —dice él con voz ronca—. ¿Despertaste hace mucho?

Me doy la vuelta lentamente hacia él. No puedo ocultar el dolor en mi cara. No quiero.

—Esben, ¿qué hiciste? —pregunto con la voz entrecortada pero decido no romperme en este momento.

Él se frota los ojos.

—¿De qué estás hablando?

Levanto el teléfono de Steffi.

—De esto.

Esben niega con la cabeza.

—¿Tu teléfono? ¿Qué tiene?

—Éste no es *mi* teléfono.

Le toma un segundo entender pero luego Esben deja caer la cabeza e inhala hondo antes de volverme a ver.

—Es el de Steffi, ¿verdad?

Yo asiento.

Él empieza a pararse pero lo detengo.

—No. Quédate donde estás —digo con la voz temblorosa.

—Allison, déjame explicarte.

—No tienes que explicar, Esben. Todo está aquí. Leí todos los mensajes. Steffi fue a verte cuando me visitó en Andrews. La noche que fue por la comida china recuerdo que se tardó demasiado... Fue contigo, ¿verdad? Y te

dijo que estaba enferma y que iba a morir.

—Sí —dice él con pesadumbre.

—Y luego te pidió que me cuidaras. Que te acercaras a mí.

Él titubea.

—En esencia. Pero era porque ella quería...

—Ya sé lo que quería. Sabía que yo estaba sola, así que quiso que tuviera a alguien. Vio el video y decidió juntarnos. Steffi también sabía qué tipo de persona eras tú. Que nunca podrías negarte a algo así, ¿verdad? No harías eso —miro por la ventana el sol que brilla con fuerza—. No le dirías que no a la última voluntad de una chica moribunda —digo sin emoción.

—No, no fue así —repite Esben con énfasis.

—Ella organizó esto. Desde el momento en que vio ese video de nosotros empezó a pensar en este plan. Así que, ¿esta supuesta relación que tenemos? —ahora lo volteo a ver con gran dolor y una pena insoportable—. Esta relación no sucedió como yo pensaba. Para nada. Era una obligación que tú debías cumplir. Tú... tú me hiciste creer tanto en ti, pero no existía nada de eso, ¿verdad? Es como si esto hubiera sido tu experimento social más grande, más impresionante, más sacrificado, ¿no? Pero te conozco... Eso no puede ser cierto. Por favor, dime que no es cierto.

—Por supuesto que no es cierto —a pesar de que levanto las manos para detenerlo, Esben cruza la habitación y se arrodilla junto a mí—. Sabes tan bien como yo que algo muy real pasó entre nosotros *antes* de que llegara Steffi. Lo *sabes*, Allison. Yo no supe cómo manejar la situación cuando Steffi se apareció en mi puerta. ¿Qué debía hacer? Intenté convencerla de decirte lo que estaba pasando pero ella se mantuvo firme. Yo... le dije lo que quería escuchar pero sólo quería decir... —niega con la cabeza—. No sé. Tú sabes que me enamoré de ti prácticamente en el instante que te conocí. Y, ¿todo lo que hemos construido juntos? Steffi nunca hubiera podido hacer que eso sucediera. *Tú y yo* lo hicimos suceder. Esto es real.

—Y todo este tiempo —estoy tan confundida que apenas logro escuchar lo que me está diciendo y casi no puedo hablar—, todo este tiempo, tú lo sabías. *Supiste que estaba enferma durante meses, antes de que ella me lo dijera*. Si hubiera sabido

lo que ella estaba enfrentando, entonces tal vez podría haber hecho algo. Podría haber venido acá sin hacer caso a la manera en que me estaba evitando. Simon podría haberla convencido. Algo. Tal vez me amaste, pero no me diste ninguna opción —me cuesta mucho trabajo no llorar—. Hiciste lo que te pidió la chica moribunda.

Él niega enérgicamente con la cabeza.

—Nunca pensaría en lastimarte. Lo lamento mucho, Allison. No fue mi intención. Quería respetar la decisión de Steffi. Viste los mensajes. Viste cuántas veces le pedí que te lo dijera ella misma.

—Te acostaste conmigo y... —me detengo.

Ay, no.

De repente mi cuerpo entra en un estado de pánico y me pongo de pie para recorrer la habitación en lo que ato cabos.

—Tal vez Steffi tenía razón.

—¿Sobre qué cosa?

Me detengo y lo miro.

—Nos toca *una* persona. Ella siempre dijo que sólo había una para cada quien. ¿Recuerdas que te lo conté? Tenía toda la razón. Yo la tenía a *ella* —me río con dolor al comprender y me cuesta trabajo conseguir aire—. Yo la tenía a ella y la cambié por ti. ¿Por eso murió? ¿El mundo no me permitiría tenerlos a los dos? Si no la hubiera escuchado...

Puedo ver ahora lo que hice.

Esben sigue negando con la cabeza.

—Allison, eso es una locura. Sabes que no es verdad. El mundo *no* funciona así.

—Si no hubiera habido un tú y yo —digo, principalmente para mí misma—, Steffi no se hubiera enfermado de nuevo. Estaría viva.

—No, Allison —dice Esben con severidad—. Steffi se iba a enfermar sin importar lo que sucediera. Tú no podrías haber controlado eso. No podemos hacer ese tipo de negociaciones.

Tiene razón. O tal vez yo tengo razón. No lo sé. Supongo que no importa porque Steffi está muerta y nada cambiará eso.

Tomo mi bolso.

—Tengo que irme —le digo con las emociones entumecidas—. Tengo que ir a casa.

—No, por favor, no te vayas. No estás pensando bien las cosas, amor, no estás bien —me toca el brazo—. Allison, te amo. Te amo con todo el corazón. Dime que crees eso.

Me da miedo empezar a llorar y nunca poder detenerme, así que me trago las lágrimas cuando levanto la vista y lo miro con tristeza intolerable.

—Sí sé eso. Y yo te amo también, Esben. Pero eso no es suficiente ahora —todo mi ser me duele como nunca me ha dolido antes—. O tal vez es demasiado. Siempre me recordarás la muerte de Steffi. Estoy agradecida, más de lo que puedo expresar, por cómo me trajiste hasta Los Ángeles. Pero nunca podré verte a los ojos y no pensar en Steffi. *Siempre* —empiezo a derrumbarme —, *siempre* me romperás el corazón por lo que hemos vivido. Lo que teníamos ya no va a funcionar.

—Allison, no. Dios, por favor, no digas eso —Esben dice con lágrimas en los ojos y trata de abrazarme.

—No, no, por favor, no me toques —apenas puedo mantenerme bajo control—. Tengo que irme. Lo siento. Siento estar toda dañada otra vez.

—No tiene sentido lo que dices. Por favor, sólo siéntate y hablaremos de esto —me suplica.

—No puedo. Esben, te dije hace mucho tiempo que estaba dañada. Tal vez no lo estaba antes, pero ahora definitivamente sí lo estoy. Será mejor para ti al final. Te amo muchísimo pero así será mejor.

Me alejo de él retrocediendo. Todo es muy confuso, muy deprimente y terrible. Antes de poder hacer una estupidez, como cambiar de opinión, le doy la espalda y salgo de la habitación. Es la única opción inteligente que tengo. No habrá manera de recuperarme ni de recuperarnos.

De alguna manera logro tomar un taxi al aeropuerto de Los Ángeles. Llamo a Simon y, cuando escucho su voz, muero de ganas de llorar otra vez pero no lloro.

—¿Allison?

Pasan siete cuerdas antes de que logre formar palabras, pero él espera.

—Necesito ir a casa. Papá, necesito ir a casa. Por favor, ayúdame. Por

favor, ayúdame. Por favor, ayúdame.

—Ve al aeropuerto. Te conseguiré un vuelo.

—Por favor, ayúdame —sigo diciendo.

—Lo haré.

Horno y locura

Durante dos días no hago nada salvo llorar y esconderme en mi habitación en casa. Bruce Wayne casi no se separa de mí, se acurruca a mi lado y trata de consolarme. Ronca mucho y a mí el sonido por alguna razón me parece tranquilizador. El martes me levanto de la cama y aunque tal vez esté gravemente deshidratada al menos ya dejé de llorar. Simon no va a trabajar en la semana y no deja de intentar hablar conmigo pero yo no quiero hablar. Quiero hornear. Galletas, pasteles, barras, pasteles de crema, tartas..., todo.

Sólo quiero hornear. No importa lo inepta que sea en la cocina, eso hacemos. Es lo único que hacemos.

El viernes, Simon y yo estamos en la cocina, rodeados de tantos postres que parece como si fuéramos a abrir una pastelería. Bruce Wayne está roncando con fuerza en un rincón, dormido en una cama para perro muy elegante que Simon le consiguió. Lo único de lo que quiero hablar es de cómo perfeccionar mis habilidades para decorar o sobre cómo sostener la manga pastelera para rellenar profiteroles y Simon me ha explicado con gran paciencia todas las recetas que he elegido. Pero mientras veo con obsesión la decoración que acabo de poner en una galleta, Simon azota el rodillo en la tabla que tiene frente a él.

—¿Qué? ¿Le pasó algo a la masa?

Él suspira con fuerza y se quita el delantal.

—¿Allison? Niña, sabes cuánto te quiero y que te apoyaré no importa lo que pase. En todo lo que hagas. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondo en voz baja y empiezo a decorar otra galleta.

Él apoya las manos en la mesa y me mira.

—Pero, en este momento, no estoy de acuerdo con la manera en que estás haciendo las cosas y no voy a permitir que lo sigas haciendo. Si mi hija está haciendo algo que no es sano, entonces tengo la obligación de decírselo, así

que eso es lo que voy a hacer.

—Tú leíste los mensajes de texto. Te dije todo lo que pasó y...

—¡Basta! —me dice con brusquedad—. Guarda silencio y escúchame. Sí, leí los textos. Sí, escuché tu teoría idiota sobre sólo tener una persona y cómo crees que eres tan poderosa que causaste la muerte de Steffi por enamorarte de Esben. Es ridículo y sería irresponsable de mi parte decirte cualquier otra cosa.

Me está haciendo parecer loca.

—Yo no dije que era tan poderosa...

—Eso hiciste, en esencia. Se llama pensamiento mágico. Y es basura —mueve un banco hacia mí y se sienta—. Querida, necesitas poner tus ideas en orden. ¿La muerte de Steffi? Es una pérdida enorme, lo es. Murió tu mejor amiga. Una amiga con quien compartías un vínculo muy cercano. Tienes el derecho de estar de luto y enojada y triste y muchas otras cosas. Eso es verdad. Lo que no puedes hacer es esperar que te apoye cuando estoy viendo que estás volviendo a encerrarte. Te estás apartando de mí, de Esben, de la gente que te quiere. *No* apoyaré que vuelvas a un sitio aún más oscuro que antes, en especial después de todo lo que has avanzado. Vi lo feliz que estabas, cómo saliste de tu caparazón de cientos de formas este año, y no voy a permitir que tires todo eso a la basura. Mira, tesoro... —Simon me quita la decoración de las galletas de la mano y se sienta inmóvil hasta que me veo obligada a mirarlo—. Steffi era maravillosa de muchas maneras. Era muy enérgica, dinámica, graciosa, *tan* graciosa, ¿no?, hermosa, inteligente y de lo más ruda. Pero también era demasiado ruda —hace una pausa para que lo que dijo se asiente en mi cabeza—. ¿Estás de acuerdo?

Pienso un momento.

—Tal vez —acepto.

—Creo que así era. Era tan ruda que te alejó cuando podría haber aprovechado tu ayuda. Eso me hace sentir muy triste. Sí, todos teníamos que respetar su decisión porque era de lo más enérgica, pero también fue triste. Y creo que, aunque fue tu modelo a seguir en muchas maneras, Steffi también te dio muchas ideas equivocadas sobre la vida. Sobre la gente. Ella decidió que sólo teníamos una persona especial en la vida porque eso era lo único que ella

podía manejar. Eso le permitía dejarte entrar a ti y a nadie más y sonaba razonable. Hacía que rechazar a Cal y Joan sonara razonable. Es desafortunado que se haya hecho eso a sí misma. Pero tú no tienes que ser así, Allison. No tienes que alejar a todos para protegerte.

Me quedo viéndolo, incapaz de responder.

La expresión de Simon se suaviza.

—¿No has estado contenta este año? ¿No se sintió bien ser cercana a la gente? Puedo decirte que yo he disfrutado estar contigo de una manera totalmente nueva. No retrocedas, tesoro. No lo hagas. Sería un grave error. Steffi puso a Esben en una situación imposible. ¿Qué se supone que debía hacer, eh? Tú dime qué hubieras hecho si tú fueras él. No había una decisión correcta.

—Pero... —sé que suena estúpido incluso mientras lo estoy diciendo, pero tengo que sacarlo— no fue leal a mí cuando debía haberlo sido. Es como si hubiera elegido a Steffi sobre mí.

—Eso no es verdad. No estás viendo las cosas por lo que son. Para nada. Esben fue leal a ella porque *tú* eras tan leal a ella. Fue un peso muy grande que ella le colocó injustamente sobre los hombros. Él no podía violar su confianza y, por eso, tenía que violar la tuya. Esben tuvo que elegir entre el menor de dos grandes males. Si dejaras de portarte tan loquita —dice con una sonrisa—, lo podrías ver.

Me quedo pensando en todo eso por un tiempo.

—¿Enloquecí, verdad? —digo al final.

—Sí. Vaya que lo hiciste —toma una galleta de la bandeja que está frente a mí y se la come entera—. Mira, tal vez estabas confundida por lo que hicieron Steffi y Esben. Supéralo. Ambos hicieron lo que pensaban era mejor para ti. Ambos querían que tú superaras esto con el menor daño posible. Steffi definitivamente no querría que volvieras a desaparecer dentro de un cascarón escuálido, y ella no querría que terminaras tu relación con Esben. Quería lo contrario.

Noto que las galletas que están frente a mí se están mojando. Aparentemente estoy llorando sobre ellas.

—Steffi me quería. De verdad.

—Sí —dice Simon y me pone un pañuelo desechable en la cara—. Lo sabes. Escucha a tu corazón.

—Y Esben me ama. También de verdad.

Las galletas están quedando empapadas.

—Mucho.

—De verdad me equivoqué. Mucho.

—Tuviste una —Simon carraspea, obviamente está intentando decirlo con tacto—, una mala reacción. Una reacción comprensible, mala, regresiva ante una situación terrible, pero lo puedes componer.

Lo miro con desesperación.

—¿Qué tal si no puedo componerlo? ¿Qué tal si es demasiado tarde?

—Mi querida hija —dice con una sonrisa—, sólo han pasado unos días. No ha sucedido nada irreparable. Esa magia que tienen Esben y tú no se evapora porque te volviste loca una vez. Ni siquiera una locura tan dramática como la tuya.

No estoy segura de que esto sea cierto o no. Nunca he tenido una relación parecida a la que tengo, o tenía, con Esben. Excepto que, me doy cuenta, sí la tengo.

—¿Y qué hay de nosotros?

—¿Qué hay de nosotros? —dice Simon que ya se puso a amasar de nuevo.

—¿Nos lastimé a nosotros? ¿Con mi manera de actuar?

—El único daño que has hecho es hacerme subir de peso, lo cual no aprecio porque tengo una cita la semana entrante.

—¿En serio?

Él mueve la mano como para restarle importancia al tema.

—Ah, alguien que conocí... en los comentarios para Esben. Un tipo que comentó.

Yo me animo.

—¿Una de las personas que te etiquetó con *papásexy*?

Simon se sonroja.

—Tal vez. Sí. Pero es de mi edad. No es un jovencuelo. Es un hombre muy apuesto.

Intento inútilmente secar las galletas mojadas con una toalla de papel hasta

que Simon me las quita.

—Ya déjalas. Estas galletas ya no sirven.

Me seco los ojos.

—Entonces, ¿estamos bien? Siento haberte lastimado. Siento haberme portado así desde que llegué a casa.

—Estamos bien. Siempre estamos bien. Y siento haberte hablado con brusquedad, pero creo que tenía que hacerlo.

—Esben probablemente me debería haber hablado así.

—¿No lo hizo?

Me encojo de hombros.

—En realidad no. No estoy segura de haberle dado la oportunidad — extendiendo el brazo para tomar una barra de limón—. Dijo que lo que le estaba diciendo no tenía sentido. Básicamente se portó demasiado amable. Y quizá estaba asustado de lo lunática que me estaba portando —me agacho y recargo la frente en la mesa—. Estoy muy avergonzada. Y me siento fatal. Él no se merecía todo lo que le dije. Lo que le hice.

—La mayor parte probablemente no —dice Simon y me acaricia la espalda—. Pero tal vez un poco. No estoy seguro. De nuevo, estaba entre la espada y la pared y creo que no había una decisión correcta. Al final, me parece que tú conoces *bien* a este chico. Y confías en él.

Simon tiene razón. No soy la persona que era antes. Confío en Esben. Y sí creo en él y en nosotros.

—¡Maldición! —grito de repente—. Papá, ¿cómo demonios arreglo esto?

Simon se ocupa batiendo la cobertura de queso crema para los panqués de zanahoria y no dice nada.

Yo tamborileo con los dedos en la mesa, lloro otro poco, me pongo inquieta, dudo entre ahogarme en mi vergüenza y perdonarme por la pérdida que enfrenté. Porque tengo defectos y no me acerco siquiera a ser perfecta.

Y entonces un momento lúcido en esta espiral depresiva me ilumina.

Me enderezo.

—Te llamé “papá”.

Simon asiente pero sigue batiendo la mezcla con furia en el tazón.

—Te dije “*papá*” —digo con más énfasis—. Eso es grande.

—Sí lo hiciste. Y sí lo es.

—Cuando iba en el taxi camino al aeropuerto... —me sorprende un poco —. Lo hice entonces también.

—Sí. Pero no estaba seguro si lo habías... dicho en serio.

Yo sonrío. La felicidad me invade.

—Sí fue en serio.

—Eso me gusta —dice Simon. Su rostro se ve tan dulce en este momento que alivia mi estrés y mi intranquilidad.

—Recuerdo que te pedí que me ayudaras.

—Sí.

—Y lo hiciste. Siempre lo haces.

—Y siempre lo haré.

Me pongo a acomodar los ingredientes para decorar pasteles y formo hileras de contenedores de chispas, perlas y azúcares brillantes. Tengo como diez manchas de comida en mis mangas, pero no me importa.

—Lo sé. Ahora sé que nunca debí dudarlo. Dudar de *tí*. No en realidad. Eres mi padre. Mi papá.

—Para siempre.

Así que, aunque no he dudado de Simon, aparentemente tuve una falla enorme en el área de confiar en Esben. Me encorvo. Dios, Esben merecía más.

—Esben dejó de mandarme textos y de llamarme el martes en la mañana. Eso no es buena señal. Tal vez ya sea demasiado tarde. ¿Qué pasaría si ya lo perdí todo?

—No lo has perdido —dice Simon con convicción y saca un pastel de chocolate perfecto del horno—. Sólo han pasado unos días. Unos días desde que perdiste a Steffi y explotaste con Esben. Pon tus ideas en orden y sé racional, ¿de acuerdo? Y, vamos, en serio. Ya lograste perfeccionar el postre que hiciste en Navidad. ¿Cómo podría suceder algo malo después de un logro así?

—Te dije “papá” y pude hacer un postre que no le provoca el vómito a quien lo come. Dos momentos importantes, ¿eh? —pregunto esperanzada.

—Así es.

Simon sonrío ampliamente y me da una cucharada de su cobertura de queso

crema para que la pruebe.

—¿Me vas a llevar a la escuela mañana, verdad? —pregunto.

—Sí, ¿por?

Me recargo y saboreo la cobertura. Por supuesto, es perfecta.

—Necesito llamar a Kerry. Tengo que pedirle que me aconseje y tener una plática de chicas antes de regresar a la escuela. ¿No te importa?

—Para nada. Ve. Sé una chica universitaria que no ayuda a recoger la cocina, está bien. De alguna manera lo lograré... sin ti —finge angustia y su actuación es tan exagerada que me hace reír. Me río de verdad por primera vez en días.

—Regresaré en unos minutos y te juro que dejaré la cocina reluciente.

—No te preocupes —dice Simon y de pronto finge estar despreocupado—. ¿Allison? Si quieres, podrías... podrías llevarte mi coche y quedártelo, ¿quieres? Ya tengo el nuevo.

—Ah, claro. Ese Porsche sencillito. ¿Conservaste el otro? ¿El que sabes que no necesito? —me como otras cinco cucharadas de cobertura e intento controlar una sonrisa cuando Simon me quita la cuchara de la mano.

—Sólo di que sí.

Técnicamente, Simon no me compró un coche...

—Está bien. Sí.

No quiero hacer un escándalo de esto, pero Simon se dirige a Bruce y lo empieza a acariciar con locura.

—¿Oíste eso? Nuestra Allison ahora es la orgullosa dueña de un carro.

Bruce golpea el piso con la cola y jadea como si estuviera emocionado de verdad.

—Pero, lo más importante..., ¿qué pasa con Kerry? —pregunta Simon y frota su nariz contra la de Bruce—. ¿De que tratará esta llamada?

Camino hacia ellos y acaricio a Bruce.

—Voy a regresar al principio.

Se siente bien ser yo de nuevo. O, mejor dicho, ser la nueva yo. Segura de lo que quiero aunque no sepa cómo vayan a salir las cosas.

—¿Oye, Simon? ¿Papá?

—¿Sí, corazón?

Me acerco y le doy un gran abrazo a mi increíble padre.

—Muchas gracias. Por todo.

—Siempre.

—Perdón por hornear como loca.

—Todos enloquecemos a veces. Es mejor hornear que, no sé, quemar la casa.

—Cierto.

Lo abrazo tanto tiempo que empieza a reír y me da unas palmadas en la espalda.

—Anda. Ve a hacer tu llamada. Estaré aquí cuando termines.

Yo me aparto y sonrío.

Sé lo que quiero y sé lo que haré para conseguirlo.

Bruce Wayne se estira y presiona su nariz contra mí en lo que yo interpreto como una señal de aprobación. Aceptaré la positividad que me llegue de cualquier parte en este momento.

Una y otra vez

El camino de regreso a Andrews College a la mañana siguiente fue interminable y, más de una vez, Kerry me aplacó los dedos porque iba tamborileando en el volante. No podía evitarlo.

Mi llamada con Kerry me avergonzó y fue torpe y llena de muchas disculpas de mi parte, pero ella está conmigo. Y no está muy emocionada de que Esben no le dijera lo que había sucedido entre nosotros, así que le alegra que yo le haya explicado. Después de decirle a Esben que estaba harta de su silencio, regresó a la escuela conmigo en vez de con su hermano.

La noche es bellísima en el pintoresco Landon. Kerry y yo estamos sentadas en la misma banca donde me senté el otoño pasado. Como hice entonces, miro el lago, sólo que esta vez no estoy intentando escapar ni ahogarme.

Esta noche estoy tratando de vivir.

Ella me pone una mano en la espalda para que deje de temblar.

—Todo estará bien.

Miro el movimiento del ir y venir en el agua del lago. La semana anterior fue demasiado y, aunque perdí a Steffi, y perdí momentáneamente a la persona en quien me había convertido, no puedo perderlo todo. El agua se ve hermosa, absolutamente hermosa.

Después de un rato, digo:

—Estoy tan enamorada de él.

—Lo sé —me dice ella—. Sólo respira, Allison. Puedes hacer esto.

A las seis de la tarde, miro a Kerry.

—¿Ahora?

Ella asiente.

—Ahora. Llegó a la escuela hace una hora. Le llegará la notificación, seguro.

Me tiembla la mano cuando tuiteo y etiqueto a Esben:

Hui cuando no debía. Si puedes perdonarme, reúnete conmigo a las 7. En el mismo lugar, los mismos 180 segundos después. #besodebesos2.

No hubiera podido hacer esto sin la ayuda de Kerry y ella está segura de que funcionará.

—Está dolido —dice—, pero más que nada está enojado con él mismo por la parte que tuvo en todo esto. Sé eso aunque él no me lo diga. ¿Además? He visto cómo está desde que regresó de Los Ángeles. Allison, muere de amor. Prácticamente puedes ver cómo le sangra el corazón por toda la camisa.

—Ésa es una imagen linda.

Ella se encoge de hombros.

—Hoy es un buen día para el drama.

—Lo dejé allá, Kerry. Lo dejé en Los Ángeles —me paso la mano nerviosamente por el brazo—. Él hizo todo y yo enloquecí por completo. Eso no está bien.

—Estabas muy tensa. Tú... Allison, no estabas pensando bien. Todos lo entendemos. *Esben* lo entiende. Tiene que entenderlo. Está asustado ahora. Igual que tú.

Durante cuarenta y cinco minutos reviso Twitter neuróticamente, buscando con desesperación una respuesta, algo que me diga que viene en camino, pero no hay nada. Sin embargo, hay más de seiscientos retuits de mi publicación.

—Vamos —me dice Kerry confiada—. Jason, Danny y Carmen tienen todo preparado.

Yo asiento pero me tiene que obligar a levantar de la banca.

La caminata corta hacia el centro del pueblo me parece demasiado corta y las calles empedradas, los postes de hierro y las tiendas lindas me llevan de regreso a septiembre. Kerry me lleva de la mano a una calle cerrada que se está llenando de gente en esta noche cálida.

—¿Estás lista? —me pregunta.

—No —pero me obligo a sonreír—. Sí.

—Entonces siéntate.

Me lleva hacia una mesa muy conocida con dos sillas. Lentamente, camino a mi lugar y me siento. Miro a mi alrededor. Ya hay bastante gente, por lo que veo. De hecho, hay mucha más gente que la primera vez que nos sentamos uno frente al otro. Mi corazón empieza a latir con fuerza pero no puedo evitar sonreír un poco. Aparentemente mi publicación en Twitter atrajo a varios seguidores. También hay muchos desconocidos, pero me relajo un poco cuando veo a Jason y Danny, que me hacen caras graciosas y una señal de pulgares arriba. Cada uno tiene un teléfono en la mano para grabar esto y el estómago se me hace nudos. Veo a Carmen por el rabillo del ojo y noto que me está saludando y que me sonríe para apoyarme. Miro otra vez a esa gente que se ha convertido en parte de mi vida y por quienes estoy muy agradecida. Al menos esta vez, no estoy sola. Tal vez esté más asustada, pero no estoy sola.

Hay un reloj en la parte superior de una de las tiendas y puedo ver que faltan dos minutos para las siete. Miro a Kerry y ella me hace una señal de que sea paciente.

Me reacomodo en mi silla y luego paso las manos por mi cabello y exhalo con fuerza. No debo empezar a sentir pánico todavía.

Pero pasan los minutos y no puedo evitar seguir viendo el reloj una y otra vez.

Pronto ya son las siete y diez.

Maldición. Niego con la cabeza y bajo la mirada. No puedo enfrentar a Kerry ni a nadie más.

Unas cuantas personas aplauden y gritan mi nombre. Escucho que alguien dice: “Está bien, Allison. ¡Tú puedes! ¡Va a llegar!”. Escucho más aplausos que me animan y levanto la vista. Trato de sonreírle a la gente aunque los ojos se me llenan de lágrimas.

A las siete dieciocho, mi corazón empieza a hundirse. *No va a venir. Esben no me perdona.*

Pienso en lo horrible que será no volver a abrazarlo, besarlo, reírme con él o vivir plenamente. Nunca poder volver aamarlo.

¿Qué tal si nunca vuelve a poner su mano en mi nuca, haciéndome aterrizar de la manera que hace cuando me toca?

¿Qué tal si esos ojos color ámbar nunca más brillan traviesos cuando me vean?

¿Qué tal si nunca más puedo recorrer la curva de su espalda baja de la manera que lo enloquece? Hace una especie de jadeo cuando bajo más allá de la cintura y lo acaricio llevando mis dedos a la parte de enfrente de su cuerpo. Quiero hacer eso una y otra vez.

¿Qué tal si nuestros cuerpos no vuelven a estar unidos, moviéndose sin interrupción y suavemente de la manera que aprendimos y que deriva en magia y romance y dicha vueltos realidad?

¿Qué tal si no hay más besos de mora azul y frío intenso con una temperatura aún más intensa?

¿Qué tal si no hay más brazaletes de fénix, relojes de arena, calcetas impares o macarrones con queso de microondas?

¿Qué tal si nunca más ayudamos a un albergue de perros a encontrar hogares para sus habitantes o no volvemos a reconectar amigos perdidos ni a crear fiestas de princesas para niños? Nos hemos convertido en un equipo y nuestra sociedad tiene fuerza y el poder de sanar. Podemos cambiar el mundo. Podemos encontrar más cosas buenas. Sé que podemos. Lo sé.

¿Y qué pasaría si, ay dios, si nunca logro demostrarle cuánto más y cuán más intensamente puedo amarlo? ¿Cómo puedo enamorarme más profundamente de este chico sincero, generoso, que es mi todo y que ha sacudido mi mundo hasta sus cimientos?

¿Qué pasaría si este romance ya terminó?

Qué pasar a, qué pasar a, qué pasar a...

Mi corazón se llena de terror al ver todo lo que pude haber destruido.

Siete veinticinco. Estoy segura de que me veo obviamente angustiada porque la gente a mi alrededor empieza a cantar el hashtag que hice.

“¡besodebesos2!”

Ya no puedo más. No lo soporto y empujo mi silla para atrás. Miro a Kerry y ella asiente con tristeza. Es hora de darme por vencida.

Estoy a punto de ponerme de pie y terminar con este infierno cuando la multitud estalla en unos aplausos tan fuertes que me da miedo siquiera albergar una esperanza de qué los está provocando. El corazón se me paraliza cuando

veo que Esben se lanza sin aliento hacia la silla que está frente a mí.

No estoy segura de cómo logro hablar, pero lo logro.

—Llegaste —digo y no intento ocultar el alivio y la emoción en mis palabras.

Él asiente lentamente y veo el innegable amor que brilla en sus ojos.

—Siempre —me responde entre jadeos—. Siempre.

Tiene la cara enrojecida y necesita recuperar el aliento antes de continuar.

—Vi tu tuit. Mi teléfono murió... Eso es todo. Amor, *eso es todo* —se pasa la mano por el cabello y empiezo a tranquilizarme—. Así que no pude contestar. Y luego tuve que venir hasta acá y mi coche necesitó que le pasaran corriente otra vez, así que corrí —traga saliva e intenta respirar con más calma—. Pero corrí hacia ti —dice y me mira a los ojos—. Aquí estoy. Estoy completamente aquí.

—Eso es lo único que importa —le sonrío e inhalo hondo, tranquilizando mis nervios que estaban ya muy alterados apenas hace unos momentos—. ¿Y quieres hacer esto?

Él me sonrío y empieza a acomodarse.

—Sí.

Está sudoroso y perfecto e insoportablemente guapo. Él lo es todo.

Esben nunca tendrá que volver a demostrarme nada.

Y ambos encontramos cierta medida de estabilidad y cuando sé que el momento es el adecuado, arqueo la ceja.

—¿Estás listo? Ciento ochenta segundos.

—Ciento ochenta segundos —acepta.

Volteo a ver a Kerry y asiento. Ella está a punto de estallar y pasa una fracción de segundo antes de que calle a la multitud y grite:

—Empezamos a contar el tiempo ahora.

Diez segundos. De entrada, Esben es intenso, su contacto visual es directo y sé que no va a titubear ni dudar un solo momento. A diferencia de la última vez, hoy le agradezco esto. Mientras yo hacía todo para bloquear a Esben aquella mañana de septiembre, esta vez mi mente y mi cuerpo están relajados y abiertos, alimentando y retroalimentándose con esta experiencia. Es fácil dejarnos ir en estos primeros momentos de reunión y, con base en su

expresión, él está sintiendo exactamente lo mismo.

Treinta y seis segundos. He extrañado profundamente a Esben. Sólo llevamos una semana sin vernos, pero se siente como un siglo. No puedo creer lo loca que me puse.

Lo dejé en Los Ángeles. Después de todo lo que hizo por m . Lo veo con expresión de disculpa. *Lo siento tanto. Estoy tan, tan arrepentida. No merec as que te tratara tan terriblemente. De ninguna manera. Odío lo que te hice y desear a poder regresar en el tiempo y borrarlo.* Aprieto los labios y Esben se mueve apenas unos centímetros hacia un lado y niega con la cabeza de forma casi imperceptible. Me está diciendo que todo está bien, que yo estaba muy alterada y que tenía autorización de volverme loca.

Me perdonas con demasiada facilidad pienso. *Eres demasiado generoso y demasiado bueno y demasiado paciente. Pero admiro esas cosas de tí y estoy aprendiendo de ellas. Lentamente, pero estoy aprendiendo. No volveré a equivocarme as , lo prometo. Esto fue más sobre lastimarme a m misma, sobre esos fragmentos de mi pasado que siguen siendo hirientes a veces. Pero ya soy más fuerte. Gracias a tí, gracias a Simon, gracias a Steffi.* Mi sonrisa proviene de mi confianza en mí misma y en el futuro.

Sesenta y ocho segundos. La expresión de Esben cambia un poco. Me toma un momento adivinar lo que está pensando. Aunque me cuesta un poco de trabajo aceptarlo, él quiere que entienda que yo también le ayudé. Nuestra relación no es tan unilateral como pienso a veces. Tiene una expresión seria y su mirada firme nos tiene congelados juntos. Es importante para él que yo crea en él. Me *necesita* tanto como yo a él. Me *quiere* tanto como yo lo quiero a él. Recuerdo cuánto tiempo pasó sin novia y sin ninguna relación verdadera, así que tengo que prestar atención al hecho de que se enamoró de mí. Existe un motivo para eso y no tiene nada que ver con Steffi y su presión por juntarnos.

Tiene razón. No volveré a olvidar mi valor en este romance.

Noventa y nueve segundos. Mientras continuamos avanzando en esta experiencia por segunda vez, se me ocurre otra cosa. A pesar de lo mucho que Esben me ha ayudado a transformarme, hay otra persona que merece tanto, si no es que más, crédito. Simon. Mi padre. *Papá.* Mucho antes de que Esben llegara a mi vida, Simon ya estaba ahí, construyendo las bases de mi confianza

lenta y pacientemente para que yo pudiera empezar a construir sobre ellas. Pasé mucho tiempo reconociendo esto vagamente y sintiéndome culpable pero ya no quiero tener culpa. Éste es el momento para apreciar y absorber todo lo que me ha ofrecido, para hacer algo inteligente y sanador con su amor. Y lo haré.

A pesar de que intenté apartarme de él, las lecciones de Simon penetraron en mis muros. Él fue el motivo por el cual me sentía tan distinta al principio del año, incluso cuando todavía no sabía de la existencia de Esben Baylor. Una parte de mí estaba respondiendo al amor y la devoción de Simon y eso me estaba haciendo sentir inquieta por aceptar lo que me ofrecía y pedir más. Le debo tanto a mi padre. En vez de sentirse como una carga, esto se siente como una oportunidad, y una oportunidad que aprovecharé.

Ciento veintidós segundos. La intimidad y comodidad que comparto con Esben saca a relucir demasiadas cosas. No las bloquearé en esta ocasión pero me duele. Extraño a Steffi. Sabía que esto vendría. *Su muerte.* No puedo soportar esas palabras pero de todas maneras las pienso porque tengo que acostumbrarme a ellas. *Steffi está muerta.* Pensar en mi mejor amiga y pensar en la muerte es una asociación de ideas muy grotesca e inimaginable, una realidad que estoy tratando de asimilar aunque supe que venía durante meses. Acepto la fortaleza de Esben como consuelo. Levanto la barbilla e intento recuperar mis fuerzas. *Ya la extraño. No creo tener a una amiga como ella jamás. Nadie podrá reemplazarla. Pero...* Casi pierdo el contacto visual cuando mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Quiero caerme hecha pedazos pero no lo hago. *Pero puedo encontrar otras relaciones, otras amistades, nuevas y distintas y maravillosas. No serán lo que ten a con ella. Pero eso va a tener que estar bien. Adorarla y adorar lo que nos dábamos una a la otra siempre tendrá un sitio sagrado dentro de m y eso está bien. No es una competencia.* Empiezo a llorar abiertamente. Pero no aparto la mirada de los ojos de Esben. No puedo. Él es mi salvavidas.

Cuando Steffi me dijo que fuera valiente, lo dijo en serio. Quería que tuviera, de cierta manera, lo que ella no podía permitirse. A pesar de su fortaleza y su ferocidad, no podía aceptar la vida porque estaba demasiado asustada, porque había construido demasiados muros. Y antes de poder

descubrir otra manera de vivir un cáncer salvaje le desgarró el cuerpo y la mató.

No tuvo suficiente tiempo para sanar por su pasado, pero yo sí tengo el tiempo así que lo voy a aprovechar. Disfrutaré la oportunidad de encontrar el renacimiento y el rejuvenecimiento. De encontrarme por completo.

Ciento cuarenta segundos. Esben ha seguido todos mis movimientos en los últimos minutos, cada movimiento de mis músculos, cada cambio diminuto en mi expresión facial... Yo llego de regreso a un lugar de paz y amor. A un lugar donde lo único que quiero es reunirme con este chico que me ayudó a encontrarme a mí misma. Le envío sólo amor y romance. Y deseo. No puedo ignorar eso. Esben, por lo visto, está sintiendo lo mismo que yo porque, para mi sorpresa, rompe sus propias reglas y, por un instante, baja los ojos hacia mi cuello al sitio que sabe me encanta que bese y luego regresa a verme a los ojos. Tiene lujuria en la mirada. Sin duda. Yo arqueo las cejas y le dedico una mirada coqueta mientras ajusto mi posición.

Ciento cincuenta y nueve segundos. Sigue viéndome directamente, con una firmeza y fortaleza que adoro. Luego mueve la boca para formar dos palabras perfectas. No importa cuándo o cómo las hayamos dicho antes. Sólo importa lo que significan ahora.

Te amo.

No pasa ni un segundo y le respondo en silencio.

Te amo.

Gritos de la gente. “¡Wuu!” “¡Sí!” se escucha a nuestro alrededor. Las miradas llenas de lujuria y de calor que nos transmitimos por lo visto no son nada sutiles. Todos pueden ver lo que está pasando entre nosotros y yo agradezco su ánimo en este momento.

Ya casi quiero decirle. Espera. Espérame.

Ciento setenta y dos segundos. Es posible que ambos explotemos. La gente que nos rodea está haciendo una cuenta regresiva.

“...¡Ocho! ¡Siete! ¡Seis!”

Me pongo de pie. Esben se pone de pie. Estamos listos. Seguimos las reglas y no rompemos el contacto visual, pero estamos listos.

Los últimos tres segundos son insoportables y maravillosos. Esben es tan increíblemente apuesto y fuerte y encantador en todos los niveles. Toda su belleza solía dejarme destrozada pero, esta noche, me empodera. Me asegura que puedo crear una vida que me va a permitir estar plena.

—Tiempo —grita Kerry.

Estamos tan perdidos el uno en el otro que ninguno de los dos la escucha. Yo estoy viendo los hombros anchos de Esben y cómo se ajustan perfectamente a mi cuerpo, su concentración en mí es tan fuerte que no puedo separarme del momento y mi devoción por él es tan grande que mi cabeza y mi corazón no están bajo mi control.

—¡Tiempo! —grita Kerry con fuerza—. ¡Tiempo!

Regreso de golpe a la realidad y miro a Esben con coquetería y desafiándolo.

Esben me devuelve la sonrisa. *Hazlo* me dice en silencio. *Hazlo. Déjame volverte a abrazar.*

Llena de una confianza pura, golpeo la silla con el pie y la saco volando. Me toma una fracción de segundo más bajar la mano y voltear la mesa de lado. El tiempo se detiene y nos quedamos viéndonos un momento sin movernos. Empiezo a desmoronarme porque puedo ver que todo por lo que luchamos ha perdurado.

—¡Tiempo! ¡Maldita sea, tiempo! —está gritando Kerry.

No es posible apresurarnos más y, esta noche, yo soy quien sostiene a Esben, porque él se está desmoronando, está enterrando la cara en mi cuello y sus lágrimas me están mojando la piel. Así que lo abrazo de la cintura y lo acerco a mí.

—Por favor, no llores, amor —le digo—. Por favor.

Me envuelve con sus brazos y saboreo su abrazo perfecto.

—¿Te entendí bien? ¿Estás dispuesta a hacer esto? ¿No te volverás a ir? —pregunta con voz temblorosa.

—Sí —le confirmo—. Perdón. Lo siento tanto. Dios, estaba destrozada en Los Ángeles. Cometí todos los errores y más.

—No sigas —me dice y me abraza con fuerza—. Todo estará bien. Dios, Allison, sólo bésame.

Eso es fácil de hacer. En unos segundos, recreamos nuestro beso de hace unos meses pero con más sinceridad y con muchas más capas de sentimientos. Nada de las ruinas de mi pasado invade mi necesidad de tenerlo esta vez. No hay nada salvo amor puro y crudo. Así que cuando me acerca con más fuerza a su boca, yo le respondo parándome de puntas y respondiendo al poder de su beso. *Está permitido* me recuerdo a mí misma *estar completamente enamorada. Devorar a este chico maravilloso y celebrar el futuro.*

No hay ningún motivo para dejar de besarlo y sería capaz de quedarme así el resto de la vida. Pero cuando su lengua pasa por mis labios... y baja a mi cuello... y cuando me acerco con demasiada fuerza a él, recuerdo que no estamos solos para nada. Que hay cámaras y flashes y más gritos de aliento de la multitud que va creciendo. Esos son sonidos que antes hubiera rechazado, pero ¿esta noche? Esta noche me llenan de felicidad.

Cuando nos llega un silbido particularmente fuerte, ambos retrocedemos y reímos.

Acaricio el pecho de Esben y al instante me pierdo de muchas maneras maravillosas. Cómo se siente él y su forma, que son sensaciones muy familiares y que necesitaba tanto.

—¿Quieres ir por un café? —le susurro por fin—. ¿Y tal vez después por unos ostiones?

Me toca la nuca con la mano.

—Por supuesto.

Respiro hondo unas cuantas veces para recuperar la compostura pero lo miro.

—Y luego ¿quieres que platiquemos sobre unos experimentos sociales muy locos que podríamos hacer juntos y publicar en línea? Porque tengo varias ideas.

Él se toma el tiempo de mirarme y deja que su boca recorra la mía suavemente una vez más.

—Claro que sí.

—Pero antes —digo sin vergüenza y sin titubear—, pero antes, antes que todo eso, ¿quieres ir a mi habitación y estar enamorado con locura?

—Sí quiero —los labios de Esben juegan en mi cuello y me toma de la

mano—. Más que nada.

—¿Y después? —le pregunto y presiono mi cuerpo contra el de él—. ¿Qué tal si después no lo dejamos de hacer nunca?

—De acuerdo. Nunca.

Esben me toma de la cintura y hace que juntos demos vueltas. Levanta nuestras manos hacia el público que nos rodea para que podamos ver toda la ayuda y dicha de la gente que ha estado apoyándonos. Luego, con un movimiento fluido, me inclina hacia atrás de manera tan perfecta y romántica que casi se me va el aliento. Su boca roza mi cuello.

—Internet va a enloquecer con esto —le digo de manera que me escuche a pesar de todos los gritos enloquecidos.

—Sin duda —dice y ríe hacia mi cuello—. ¿Y supongo que, en esta ocasión, tengo tu permiso de publicarlo?

—Sabes que sí.

—Te amo tanto, Allison.

Estas palabras las respira no sólo sobre mi piel sino sobre mi corazón.

—Y yo te amo tanto, Esben.

No hay ya White Noise en mi mente ni en mi alma.

Ya no creo que sólo tendré a una persona.

Tengo mucho más que una. Tengo a todas las que yo permita y planeo poder tener muchas.

Voy a vivir una vida hermosa. En honor a Steffi, en honor a Simon, en honor a todas las personas gloriosas, generosas, amables en línea y, lo más importante, en honor a mí misma.

Me aferro a Esben. Sigue oliendo a galletas y a amor.

Agradecimientos

Una enorme gratitud a Courtney Miller de Amazon Skyscape por su apoyo, entusiasmo y ardua labor para que este libro se publicara. No sólo eso, sino que también me puso en contacto con mi editora increíblemente talentosa, Amara Holstein. Ella hizo maravillas con mi primer borrador desorganizado y me ayudó a esculpir este libro para que brillara como yo quería. Le agradezco muchísimo su talento y dedicación. Jason Kirk, de Skyscape, ha sido un gran apoyo y nos entendió a mí y a este libro desde el principio. Le envió grandes cantidades de amor.

Para poder ser mi agente, se debe tener la paciencia de un santo y Deborah Schneider sin duda la tiene, además de un incisivo sentido del humor y una gran inteligencia editorial. Tengo mucha suerte de estar en tan buenas manos.

Rebekah Crane, Tracey Garvis-Graves, Tammar Webber y Rebecca Donovan me apoyaron cuando lo necesité y no podría pedir amigos autores más inteligentes o cariñosos. Abrazos y reverencias a Michelle Odland por leer una versión temprana del libro y proporcionarme retroalimentación muy minuciosa y por creer siempre en mí. También, mucho amor a Cara Leuchtenberger por compartir información difícil que adquirió a lo largo de sus años como enfermera de oncología y por hacerlo con gran inteligencia y compasión.

Como han hecho con todos los libros que he escrito, Tom Cullinan y Alexa Longley leyeron y me dieron retroalimentación importante, junto con mucho amor y risas.

De nuevo, mi esposo, Bill, y mi hijo, Nicholas, se merecen mucho crédito por soportarme durante los días intensos de escritura y por darme pañuelos desechables cuando me hicieron falta.

Como siempre, Andrew Kaufman fue mi roca mientras escribí este libro. Algunas amistades casi te noquean con su fuerza, su atemporalidad y su verdadera reciprocidad. Nuestra amistad es una de éstas y no lo olvido ni por un segundo.

Danielle Allman es una en un millón. Leyó todos los capítulos en cuestión de horas después de que terminé el libro y, juntas, reímos, lloramos, nos desmayamos y resolvimos problemas. Juntas logramos recorrer todo el libro.

Y a quienes comparten, se arriesgan, confían y dan tanto de sí mismos en línea, gracias. Lo que están haciendo importa y nos recuerdan a todos que, en este mundo que puede parecer tan oscuro, existe una fuente inagotable de luz y amor genuino.

Sobre la autora

JESSICA PARK es la autora exitosa de más de quince novelas, incluyendo *Flat-Out Love* y *Left Drowning*. Creció en el área de Boston y asistió al Macalester College en Saint Paul, Minnesota. Después de cuatro años en el helado norte, donde vivió una tormenta memorable en Halloween, decidió mudarse a climas más cálidos. Ahora vive en el relativamente caluroso estado de New Hampshire con su esposo, su hijo, dos perros y un gato. Admite que pasa demasiado tiempo pensando en roqueros y sus guitarras, en complicadas bebidas cafeinadas y vacaciones tropicales.

**Algunas personas se pasan toda la vida sin cambiar de perspectiva.
Para Allison sólo 180 SEGUNDOS bastarán 180 segundos...**



Tras una dura infancia viviendo de aquí para allá en hogares temporales, Allison mantiene su distancia, no se le da la vida social. Le cuesta mucho hacer amigos y prefiere la seguridad de su cuarto, pues sabe mejor que nadie que las cosas no duran mucho tiempo. Pero ya en la universidad cada vez le es más difícil aislarse en sus audífonos.

Una tarde cualquiera se ve enganchada en un experimento social en las afueras del campus. De repente ya está frente a una multitud, forzada a interactuar con un completo extraño durante 180 segundos. Ni Allison ni Esben Baylor, el chico estrella de las redes sociales sentado justo frente a ella, están preparados para lo que va a pasar.

Cuando se acaba el tiempo, la intensidad de la experiencia los abruma a ambos, los electriza. Con un empujoncito de su mejor amiga, Allison se embarca en una aventura para averiguar si lo que Esben y ella compartieron es real y si por fin podrá confiar en sí misma, en los demás y en el amor.

Jessica Park es la autora de *Clear, Left Drowning y Restless Waters, Flat-out Love, Flat-out Matt, Flat-out Celeste y Relatively Famous*, serie bestseller del *New York Times*. Vive en New Hampshire, donde pasa una obscena cantidad de tiempo pensando en chicos rockers y sus guitarras, en complejas bebidas con cafeína y en vacaciones tropicales. En las raras ocasiones en que puede enfocarse en sus asuntos, escribe.

180 segundos

Título original: *180 Seconds*

Primera edición: junio, 2018

D. R. © 2017, Jessica Park

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © 2017, Carolina Alvarado Graef, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el
conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición
autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está
respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o
parcialmente esta

obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,
<https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-316-808-3

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

180 segundos

1. Polluela
2. Nos toca uno
3. Motivación
4. White Noise
5. Ciento ochenta segundos
6. La curiosidad no mató al gato
7. Tratando de respirar
8. Tequila y cosas
9. Macarrones y videos
10. Robin Hood
11. Valentía
12. Oso
13. Baby Blue
14. Deseada
15. Sigue tu sueño
16. Rencor
17. Espectro
18. Destrózame
19. Revivir
20. Mezcla de desayuno

21. Milagro navideño
 22. Baile
 23. Tienes mi corazón
 24. Sin aliento
 25. Rescate
 26. Destrucción social
 27. #ALLISONYTEFFI
 28. Motociclistas y arranques
 29. Hasta la luna y de regreso
 30. El mundo cambió
 31. Horno y locura
 32. Una y otra vez
- Agradecimientos
- Sobre la autora

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos